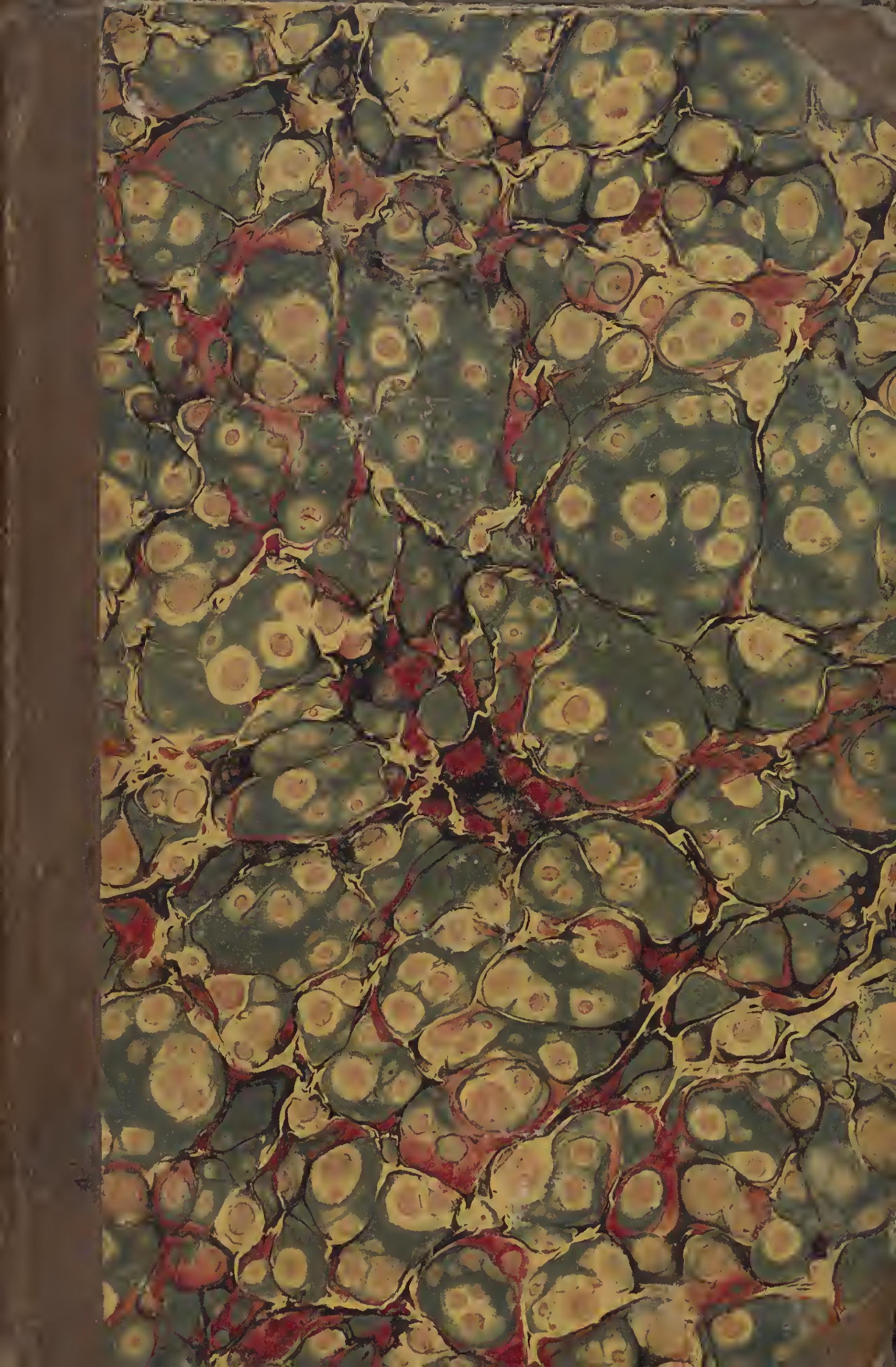
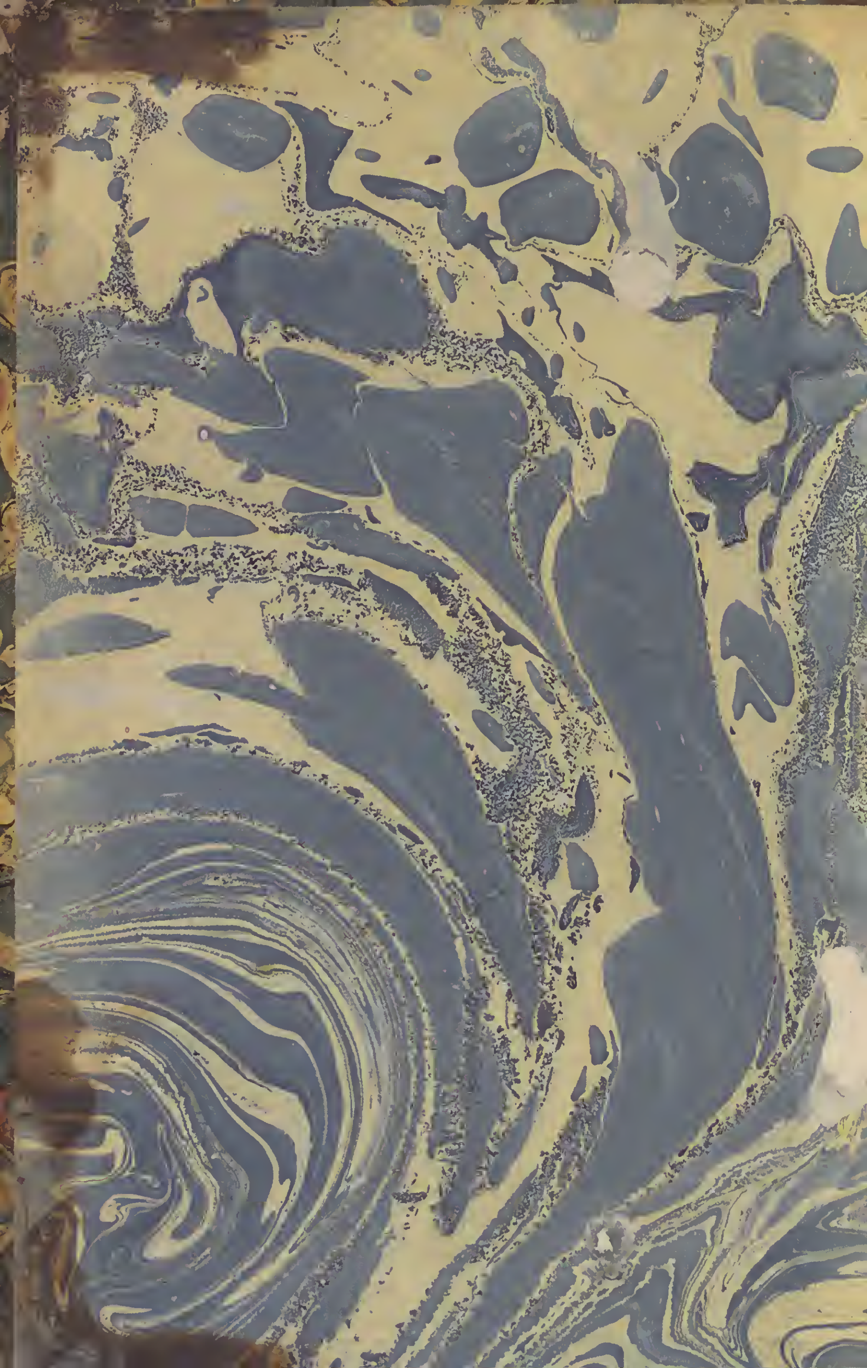
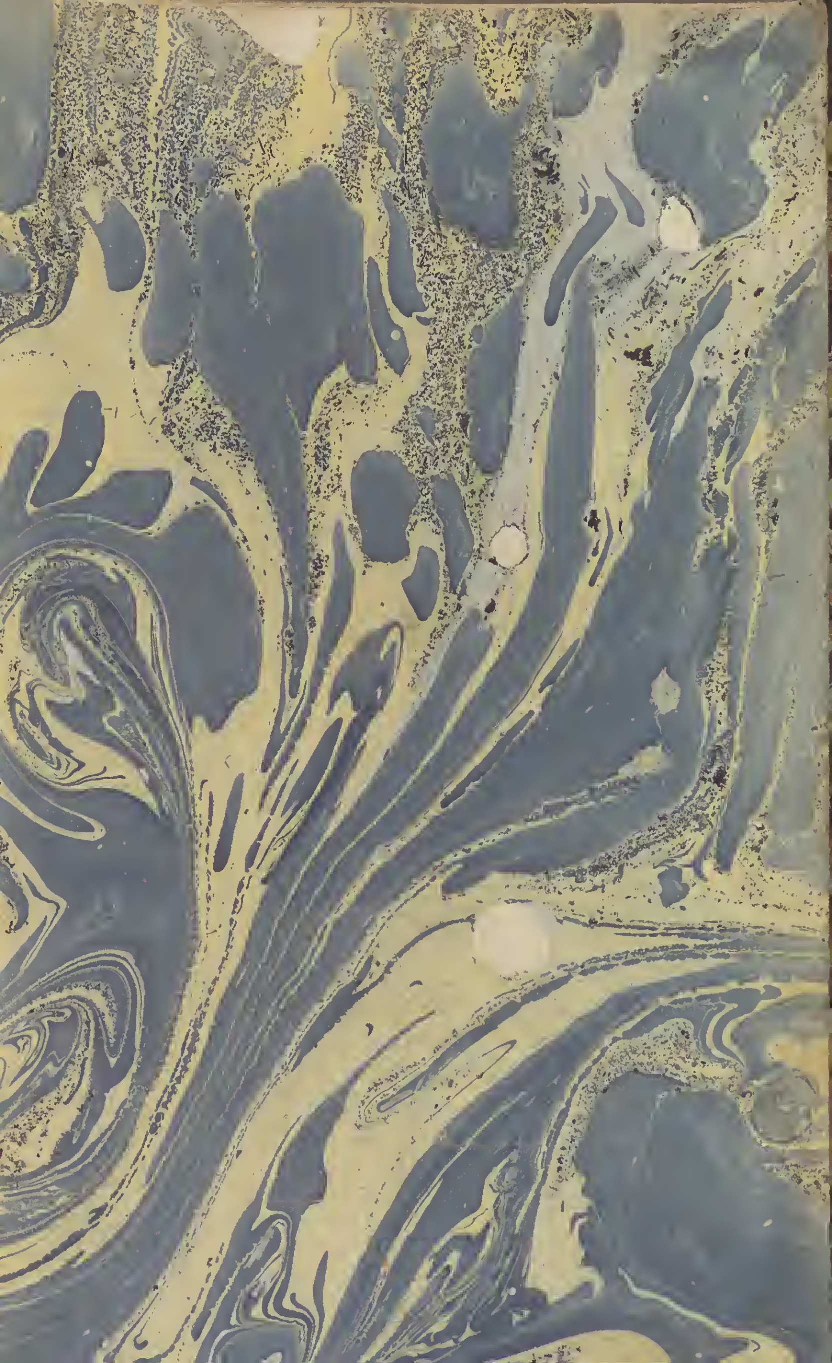






Hecho Indica Com—

[illegible]

TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO VIII.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.

mas yo debo ser un zafio,
un....

DON GABRIEL.

Empieza ya.

MONTOYA.

Un pollino,
una mula de alquiler,
pues no merezco saber
la causa de este camino.
¿Qué mosca te dió? No há un hora
que con la cara serena
triunfando te ví en Lorena: (1)
¿de qué es la murria de agora?
Danzaste á satisfaccion
de todo el salon ducal
antenoche, sin igual
Adonis del tal salon.
Cinco premios de la justa
esta tarde te has mamado,
de monsiures envidiado
porque tu cólera adusta
dió con tres patas arriba,
que del campo sastres fueron,
pues que la arena midieron.
¿Qué belleza, por esquiva,
soberbia, qué generosa
presuncion, qué tiranía
de voluntades te via,
que con cara cosquillosa
no te echase bendiciones,
si siempre que las mirabas,
desde la tela agarrabas
sus almas por los balcones?
¿Hubo favor de importancia
que el de Orliens no te haya hecho,
de tu valor satisfecho,
hermano del rey de Francia,
y tan tratable contigo,

(1) En su capital, en Nancy.

que desde que nos sacó
de España, te sublimó
á la igualdad de un amigo?
¿Dónde vas, si no has sacado
monja ó doncella, no has muerto,
no herido, no has encubierto
ladrones, no te han hallado
moneda falsa, no joya
contrahecha, no papel
de conjuracion infiel,
no resistencia?

DON GABRIEL.

Montoya,
ya sabes mi condicion:
servir y callar.

MONTOYA.

Apelo
sola esta vez.

DON GABRIEL.

¿Cuándo suelo
tener yo satisfaccion
de tí ni de otro criado?
¿Comunico yo secretos
contigo?

MONTOYA.

Muchos discretos
á sus ministros han dado
cuenta de cosas mas graves,
cuyo consejo remedia
imposibles. ¿Qué comedia
hay, si las de España sabes,
en que el gracioso no tenga
privanza, contra las leyes,
con duques, condes y reyes,
ya venga bien, ya no venga?
¿Qué secreto no le fian?
¿qué infanta no le da entrada?
¿á qué princesa no agrada?

DON GABRIEL.

Los poetas desvarían
con esas civilidades,
pues dando á la pluma prisa,

por ocasionar la risa,
no escusan impropiedades.

MONTOYA.

Ni hay criado que merezca
con su amo menos que yo.

DON GABRIEL.

Basta: no me enojes.

MONTOYA.

No.

DON GABRIEL.

Llámame cuando amanezca,
porque al punto caminemos.

MONTOYA.

(*Aparte.* ¡Qué maldita condicion!)
Allí un gallo motilon
canta maitines: podremos,
si es media noche, dormir
dos ó tres horas no mas;
quizá en ellas soñarás
que te importa no partir.
Paséome, por guardarte
el sueño, junto al frison:
maleta y caparazon
desean acomodarte
al pie de aquel chopo viejo.
Duerme, ¡y ojalá, el mi dueño,
mude caprichos tu sueño,
y estimes mas mi consejo! (*Vase.*)

ESCENA II.

DON GABRIEL.

Liviana imaginacion,
huyendo voy de imposibles;
resistencias invencibles,
apadríneos la razon.
Volved por vos, opinion;
que pretende una beldad,
desluciendo mi lealtad,

enloquecerme y rendiros;
mas valen cuerdos retiros,
que loca temeridad.
Vi á Beatriz cuando ignoraba
que pudiera darme enojos,
sin que advirtiesen mis ojos
que tan cérca el alma estaba.
Imaginé que feriaba
deleites, á cuyo alarde,
ni pechero ni cobarde,
retirara mi valor;
pero ¡ay cielos! que el amor
entra presto y sale tarde.
¡Beatriz, hija y sucesora
del gran duque de Lorena!
¡Carlos de Orliens, cuya pena
le trae á casarse agora,
si pena quien se enamora...!
¿Y yo que le sirvo y sigo,
amo á Beatriz, y desdigo
de quien soy? ¡Civil cuidado!
¿Obligaréle criado?
¿corresponderéle amigo?
Alto, amor desvanecido,
el mas eficaz remedio
será poner tierra en medio,
pues la razon no lo ha sido.
La ausencia engendra al olvido,
de Marte es amor despojos,
la guerra divierte enojos
que amor pudo ocasionar;
si me perdí por mirar,
yo castigaré los ojos.
Enfrena, Montoya, enfrena;
que no necesito al dia,
cuando la luna es mi guia;
lastimada de mi pena,
porque salga de Lorena,
mi resolucion apoya.
De los incendios de Troya
huyendo, saco violentos

penates, mis pensamientos.

(*Sale Ricardo con una maleta debajo del brazo, y se pone delante de don Gabriel.*)

ESCENA III.

RICARDO.—DON GABRIEL.

DON GABRIEL.

¿Es Montoya?

RICARDO.

No es Montoya.

DON GABRIEL.

¿Quieres algo?

RICARDO.

Lo que llevo.

DON GABRIEL.

¿Qué llevas?

RICARDO.

Todos los bienes
que en esta maleta tienes.
Robételos, y me atrevo
á decírtelo.

DON GABRIEL.

¿Estás loco?

RICARDO.

No, pero estoy obligado
á quien esto me ha mandado,
y sé que no te ama poco.

DON GABRIEL.

¿Qué dices, hombre?

RICARDO.

Esto digo.

DON GABRIEL.

¿Qué me robes te mandó
quien bien me quiere?

RICARDO.

Y soy yo
de sus desvelos testigo.

DON GABRIEL.

¿Y gusta que me des cuenta
del hurto que has hecho?

RICARDO.

Sí.

DON GABRIEL.

¿Quién es?

RICARDO.

Cerca está de aquí.

DON GABRIEL.

Dime su nombre.

RICARDO.

No intenta
que le sepas por ahora.

DON GABRIEL.

¿No? ¿pues cuándo?

RICARDO.

Mas despacio.

DON GABRIEL.

¿Dónde está?

RICARDO.

¿Ves el palacio
del bosque? pues en él mora.

DON GABRIEL.

Sepa yo como se llama.

RICARDO.

Que lo ignores determina.
¿Conoces á la sobrina
de Felipo?

DON GABRIEL.

¡Hermosa dama!

RICARDO.

Pues no es esa la curiosa,
inventora de esta empresa.
¿Sabes quién es la duquesa,
en Lorena, de Joyosa?

DON GABRIEL.

Esa es madama Clemencia,
de dos hijas la menor
del duque.

RICARDO.

Pues no es su amor

quien quiere impedir tu ausencia.

DON GABRIEL.

¿Pues quién? que me vuelves loco.

RICARDO.

Ya conoces á Beatriz.

DON GABRIEL.

¿Qué dices? ¡Suerte feliz!

RICARDO.

Pues no es aquesa tampoco.

DON GABRIEL.

¡Oh bárbaro burlador!
Viven los cielos....

RICARDO.

Despacio.
En ese hermoso palacio
te tiene una dama amor,
que desea conocerte,
y ver si en España amaste,
por qué ocasion te ausentaste,
y agora intentas volverte.
Dióme para esto la traza
que has visto y ejecuté:
la maleta te robé;
que á no hacerlo, me amenaza
no menos que en la cabeza;
y harálo; que es poderosa:
sabrá por ella curiosa
tu estado, patria y nobleza;
pues claro está que ha de hallar
papeles que de esta duda
la saquen. De intentos muda,
sin resolverte á ausentar;
que puesto que este secreto
importa lo que no sabes,
por haber estorbos graves
y serlo tanto el sugeto,
estimarás tu fortuna
cuando conozcas quien es,
porque es una de las tres,
y de las tres no es ninguna. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON GABRIEL.

Fuése, y burlóse de mí;
pues para que no le siga,
con disparates me obliga.—
Ó sueño, ó es frenesí.—
Ladron ingenioso, aguarda.
¿Que ansí un hombre se me atreva?
Seguiréle; que me lleva
las joyas de mi Gerarda. (*Vase.*)

ESCENA V.

MONTOYA.

¡Qué me durmiese yo en pie!
¿Hiciera mas un liron?
Pero ¿qué es de mi frison?
Maniatado le dejé.
¡Oigan esto! ¡Vive Dios,
que se me acoge con él
un hombre!—Cuatrero cruel,
espera, aguarda.—Otros dos
van corriendo uno tras otro.
¡Ay! ¡tambien falta el cojin!
Trampantojos de Merlin
nos llevan maleta y potro.
La luna me está diciendo
que es mi amo aquel que corre;
si él la maleta socorre,
y yo el caballo defiendo,
¡o enlunada claraboya!
sacrificaréte un gallo.—
Franchote, deja el caballo;
que es pupilo de Montoya.

(*Quiere entrarse; pero salen dos criados que le cogen por las espaldas.*)

ESCENA VI.

DOS CRIADOS.—MONTOYA.

CRIADO 1.º
Tenga, que hay mucho que hacer.
MONTOYA.
¡Ay! Por detras y conmigo,
¿qué hacen?
CRIADO 2.º
Punto en boca, digo.
MONTOYA.
Señores, no es menester
apuntar bocas: la mano
meta en esa faltriquera
el uno; que yo quisiera
ser un príncipe: no gano
mas que una triste racion,
y con ella veinte reales
de salario, aun no cabales,
porque es mi dueño un pelon.
Doce de estos hallarán
con otra mosca menuda;
quien la maleta nos muda,
si rompe su cordoban,
desembolsará doblones,
que en Francia llaman del sol;
yo soy un pobre español.
CRIADO 2.º
Acortemos de razones;
que no nos trae su dinero.
Atadle esas manos bien.
(Se las atan atras.)
MONTOYA.
¿Mi dinero no? Pues ¿quién....?
CRIADO 2.º
Allá lo sabrá.
MONTOYA.
Si muero,

dígaume por qué delito.

CRIADO 2.º

Con el lienzo le vendad
los ojos.

MONTOYA.

No hice maldad
por obra ni por escrito.
Si mi dueño derribó
tres monsiures, ¿en qué peca
un lacayo, pica seca,
que en su vida se metió
en justas ni en pecadoras?
Por solo no tornear,
dejé en un torno de hablar
tres monjísimas señoras.

CRIADO 1.º

Ande y calle.

MONTOYA.

¿A dónde bueno?
¿ó para qué tantas prisas?

CRIADO 1.º

Dieránselo allá.

MONTOYA.

¿De misas?
¿Luego á requien me condeno?

CRIADO 2.º

En chistando, claro está.

MONTOYA.

No muy claro, pues á escuras
me llevan. De estas venturas
la fortuna me dará
infinitas. (*Aparte.* Hilo á hilo
me voy.)

CRIADO 2.º

Chiton.

MONTOYA.

No hablo nada.
(*Aparte.* Labrando voy cera hilada;
pero fáltala el pabilo.)

Sala de la quinta. Una chimenea; un torno como de monjas en la pared, una luz en un bufete.

ESCENA VII.

RICARDO, *con la maleta, huyendo, y* DON GABRIEL *que le sigue con la espada desnuda.*

DON GABRIEL.

Hombre, ¿estás encantado?
Cuando corro tras tí por bosque y prado,
sus alas te da el viento;
si te pierdo de vista, á paso lento
me aguardas; y al instante
que pienso que te alcanzo, la inconstante
cometa no te iguala.
Siguiéndote me traes de sala en sala,
despues que en esta quinta
entraste, que de Circe hechizos pinta,
sola y deshabitada,
de luces y tapices adornada.
A nadie en ella veo.
Ó loco estoy, ó lo que sueño creo.

RICARDO.

El orden he cumplido
que me dió quien aquí te ha reducido.
Consulta con tu suerte,
español, el ganarte ó el perderte;
porque si eres discreto,
toda tu dicha estriba en tu secreto;
y no te asombres tanto;
que esta es industria toda, no es encanto;
porque lo que primero
te dije es, español, tan verdadero,
que de las tres madamas,
la que examina en tí amorosas llamas,
y prueba tu fortuna,

es una de las tres, y no es ninguna.
(*Apaga la luz, vase y cierra la puerta.*)

ESCENA VIII.

DON GABRIEL.

Espera. Fuése y mató
la luz, cerrando la puerta.
Cuando tanto enigma advierta,
¿podré interpretarle yo?
De tres damas que nombró,
afirma que la una es
quien bien me quiere, y despues,
que no es de las tres ninguna:
¿cómo si es de las tres una,
no es ninguna de las tres?
No será Beatriz hermosa,
que ha de casarse mañana
con el de Orliens; no su hermana,
que ha de ser de Enrique esposa;
no Armesinda generosa,
que es muy niña su belleza
para tanta sutileza:
pensamientos, poco á poco;
que me vais volviendo loco,
y ya mi frenesí empieza.

ESCENA IX.

MONTOYA *y* DOS CRIADOS *á quienes se oye hablar arriba en lo alto de la chimenea.*—DON GABRIEL.

MONTOYA.

¿A dónde bueno conmigo,
señores? que encaramados,
me han hecho pisar tejados
á cierra ojos.

CRIADO 1.º

Ya le digo
que ande y calle, si desea
vivir.

MONTOYA.

Pues ¿de esto se enojan?
¿Por dónde diablos me arrojan?

CRIADO 2.º

Sabrálo cuando lo vea.

MONTOYA.

¿Si es verdad esto que toco?
Sin ser chorizo ó jamon,
me han colgado de un cañon
chimeneo.

CRIADO 1.º

Poco á poco;
que si cae se ha de matar.

MONTOYA.

¿Quién vió á escuras volatin?
¡Puf! Llenóseme de hollin
la boca. ¿En qué ha de parar
mi ciego descendimiento?

CRIADO 2.º

Hombre, calla.

MONTOYA.

¡Confesion!
A humo huelo de carbon.
¿Mas si hubiese quemamiento?
Lástima de mí tened.

DON GABRIEL.

Una voz se va acercando
querellosa.

MONTOYA.

Bamboleando,
doy de pared en pared.

(*Asoma Montoya debajo de la campana de la chimenea, colgado de un cordel, vendados los ojos y atadas las manos.*)

Si abajo hay leña encendida,
¿qué ha de ser de mi trascara?
Mi chamuscacion es clara.
Yo ¿gomorricé en mi vida?

Pues ¿por qué me carbonizan?
¡Ay! que pienso que me abraso.
Si yo buscara el ocaso
del greguesco....

DON GABRIEL.

Atemorizan
estas voces por venir
á escuras. ¡Cielos! ¿qué es esto?
Ea, vil temor, dispuesto
estoy, matando, á morir.

(*Saca la espada.*)

CRIADO 2.°

Soltadle; que ya estará
en el suelo.

(*Suéltanle y cae.*)

MONTOYA.

¡Ay! Desloméme,
tullíme, desvencijéme
del golpe.

DON GABRIEL.

Hombre, tente allá,
si no quieres que te mate.

MONTOYA.

¿Qué mas tenido me quieres,
si estoy atado?

DON GABRIEL.

¿Quién eres?

MONTOYA.

Ese es gentil disparate.
Vésme, y no te puedo ver,
¿y eso preguntas? Yo he sido
lacayo, y ya soy Cupido
vendado. ¿Quién puede ser
un hombre cuando no vea?

DON GABRIEL.

¿Quién eres, en conclusion?

MONTOYA.

Soy tuétano del cañon
de toda esa chimenea.
Duélete de un pobre mozo.

DON GABRIEL.

No te veo.

MONTOYA.

¿No, por Dios?
¿Luego estaremos los dos
en el limbo, ó en el pozo?

DON GABRIEL.

¿Es Montoya?

MONTOYA.

¿Es don Gabriel?

DON GABRIEL.

¿Cómo ó quién te trajo aquí?

MONTOYA.

¿Sélo yo? Llégate á mí,
desátame ese cordel
que me tiene estropeado,
mientras mis dichas te cuento.

DON GABRIEL.

Pues desataréte á tiento.
(*Desátale.*)

MONTOYA.

¿Luego tambien te han vendado
los ojetes como á mí?

DON GABRIEL.

No; pero estamos á escuras.

MONTOYA.

¡Provechosas aventuras
nos suceden! Hácia aquí.
¿Topaste con la lazada?

DON GABRIEL.

Álzate.

MONTOYA, *Levántase.*

¡Gracias á Dios!
¿Adónde estamos los dos?

DON GABRIEL.

En una casa encantada.

MONTOYA.

¡Encantada! ¿Desvarías?
¿Qué dices?

DON GABRIEL.

¿Qué he de decir,
si no hay por donde salir?

MONTOYA.

Libros de caballerias

alquilaba mi racion,
donde topaba Amadises,
Esplandianes, Belianises,
que de region en region,
por barbechos y restrojos
descuartizando gigantes,
deshacian, siendo andantes,
los tuertos, y aun los visojos;
donde sabios de ventaja
encantaban de una vez
princesas de diez en diez,
por quítame allá esta paja;
mas siempre estos hechiceros,
(que los mas eran traidores)
encantando á sus señores,
dejaban los escuderos.
¿Quieres apostar, señor,
que los monsiures caidos
nos embaulan, ofendidos
de su afrenta y tu valor?

DON GABRIEL.

Tenlo por cierto.

MONTOYA.

Emboscados
y sin cenar nos cogieron;
pero, en fin, nunca murieron
de hambre los encantados,
(cosa que es bien que se note;)
mas mis alientos se holgaran
que esta vez nos encantaran
cuatro platos de gigote.

DON GABRIEL.

¡Qué diferentes cuidados
son los tuyos de los mios!

MONTOYA.

Diremos mil desvaríos;
que estamos encantusados.
Mas mejor fuera buscar
la puerta de este castillo,
si no han echado el rastrillo.

(*Llaman dentro, dando golpes en el torno.*)

DON GABRIEL.

Oye: ¿no sientes llamar?

MONTOYA.

Parece que allí golpean.—
Diga quien es el que llama.

DON GABRIEL.

¿No responden?

MONTOYA.

Será dama
de las que vernos desean
encantados; y es sin duda,
porque aunque hubiese otros tantos,
no bastarán mil encantos
á que una muger sea muda.
(*Llaman otra vez.*)

DON GABRIEL.

Segunda vez han tocado.

MONTOYA.

Y es el toque en la madera
de la puerta. No quisiera
(*Vase llegando á tiento al torno.*)
que hubiese algun lazo armado,
ó trampa por donde voy;
que todo encanto es tramoya.

DON GABRIEL.

Anda, no temas, Montoya.

MONTOYA.

Como no sé donde estoy....

DON GABRIEL.

En una sala adornada
de doseles y pinturas.

MONTOYA.

Pues la puedes ver á escuras,
no está para tí encantada.
Llego á tiento hácia la parte
que pulsa el tal llamador.
¿Quién llama? ¿quién es?
(*Llega al torno, que se vuelve, y le coge la cabeza.*)
¡Señor...!
¡Jesus!

DON GABRIEL.

¿Quién puede asombrarte?

MONTOYA.

Una cosa que se anda
al rededor, y me muerde.
¡Ay! ¡si fuese el dragon verde
que fue palafren de Urganda!
Llega presto, si deseas
que no me desmaye.

DON GABRIEL.

(*Llégase y tienta el torno.*)
Loco,
este es torno.

MONTOYA.

No le toco.
Llega tú, pues que torneas.

(*Vuelve el torno con dos luces en candeleros de plata, recado para escribir y un billete.*)

DON GABRIEL.

Con dos luces se volvió.

MONTOYA.

El *Lumen Christi* cantemos;
di *Deo gratias*, pues nos vemos.

DON GABRIEL.

¡Qué es esto, cielos!

MONTOYA.

¿Quién vió
monasterios encantados?
Mas soy necio; no hallaré
devoto que no lo esté
como bojes torneados.

DON GABRIEL.

Todo esto tiene misterio.

MONTOYA.

Seremos por lo ordinario,
yo el confesor, tú el vicario,
y este nuestro monasterio.

DON GABRIEL.

Un billete para mí
viene y una escribanía.

(*Toma el papel y lee don Gabriel el sobrescrito.*)

MONTOYA.

Pues donde hay monjas ¿podia
faltar billetico? dí.

Respóndela con ternura;
que yo seré la andadera.
¡Ojalá con él viniera
la santa bizcochadura!
Dichosos fuimos los dos.
¡Qué necios discursos hice!

DON GABRIEL.

Asi el sobre escrito dice:
leed solo para vos.

MONTOYA.

¿Y para mí?

DON GABRIEL.

Aparta allá.

MONTOYA.

En fin, topó tu recato
con horma de tu zapato.

DON GABRIEL.

Retira: acabemos ya.

(Lee.) *Por los papeles que os he usurpado, sé, don Gabriel Manrique, parte de vuestros amores. Quien temerosa de perderos os ha impedido el viage, mal os le consentirá celosa. El cuarto de esta quinta que os detiene, está deshabitado, y imposible en él vuestra salida mientras no jureis, con la seguridad que los bien nacidos empeñan palabras, y las firmeis de vuestro nombre, no partiros de nuestra corte sin licencia mia, no revelar á persona estos secretos, y conjeturar por señas cual de las tres primeras damas es la que en palacio os apetece amante. Resolveos: ó en el silencio de esa prision vengarme en vuestra muerte, ó disponeros á las dichas que os prometo, que por el riesgo que publicadas corren, importa por ahora el secreto que os fia quien desea hallaros tan advertido como os ha visto valeroso. El cielo os guarde.*

(*Aparte.* ¿Pudo la imaginacion
en novelas marañosas,
sutiles por ingeniosas,
deleitar la admiracion
con mas estraño suceso?)

(*Lee para sí otra vez.*)

MONTOYA.

Sepa yo esa cosicosa.
¿Es verso? ¿es papel en prosa,
ó anda en el aire tu seso?
¡Vive Cristo que me apuran
los peligros que recelo!

(*Llégase á leer, y saca contra él don Gabriel la daga.*)

DON GABRIEL.

Loco, necio, vive el cielo....

MONTOYA.

¡Ay! ¿los encantados juran?

DON GABRIEL.

Si otra vez aquí te llegas....

MONTOYA.

¿Para qué aprendí yo á lêr?
Si nada tengo de ver,
mas valiera estarme á ciegas.

DON GABRIEL.

Retírate en hora mala.

MONTOYA.

¿Para tí solo que leas
dice el papel? Nunca creas
monja, mientras no regala,
por mas ternezas que escriba.

DON GABRIEL.

(Lee.) *Y conjeturar por señas....*

MONTOYA.

Las monjas son albagüeñas;
mas si esta no es donativa,
tripularla con desden;
ó acudir con cena y camas.

DON GABRIEL.

(*Recordando.*)
"Cual es de las tres madamas
la que en casa os quiere bien...."

MONTOYA.

Las dos dan: por Dios, que es tarde.
¿Ni cenado ni dormido?
¡Bueno va!

DON GABRIEL.

(Lee.) *Tan advertido....*

MONTOYA.

¿Es paulina?

DON GABRIEL.

(Lee.) *El cielo os guarde.*

(Para sí.)

¿Si será Beatriz la dama
de tanto artificio autora?
Mas no, que á Carlos adora.
¿Si es Clemencia? Mas no, que ama
á Enrique. ¿Si es Armesinda?
Despenadme, cielo santo.

MONTOYA.

¡Miren si escampa el encanto!
¡Por Dios, que la flema es linda!

DON GABRIEL, *aparte.*

Pero séase quien fuere,
¿dejaréme yo morir
rebelde, por no admitir
leyes de quien bien me quiere?
No me manda este papel
que ame yo, sino que firme
ser secreto y no partirme;
¿pues qué riesgo corro en él,
cuando por señas colija
quien es quien me hace dichoso?
Obedecerla es forzoso.

MONTOYA.

Mala noche y parir hija.
En fin, ¿no habemos de hablarnos
en toda esta encantacion?

DON GABRIEL.

Respondo á satisfaccion.

(Pone el recado de escribir y una luz sobre un bufete, y responde.)

MONTOYA.

Pues paciencia y pasearnos.
¿Escribes? Eres discreto.
Embillétala, y verás
los regalos que tendrás:
un villancico ó soneto
conquista diez mazapanes.
Dila que con la andadera

la enviarás flores y cera
para uno de los san Juanes;
que qué puntos calzar suele;
que si hay ataifor ó caja,
que nos dé flor de borraja,
ó, en fin, que nos bizcotele,
ó que nos saque de aquí.

DON GABRIEL.

(*Notando y escribiendo.*)
*Haré de mi dicha alarde
discreto y fiel. Dios me os guarde.—
Don Gabriel.* Bueno está ansí.
Cierro, y no le sobre-escribo
porque su nombre no sé.
Vuelvo al torno.

(*Pone el papel en el torno, y vuélvele con otra luz.*)

MONTOYA.

¿No podré,
o señor el mas esquivo
del orbe para quien vive
contigo, ver un adarme
del dicho papel? ¿Matarme
quieres? ¿Qué es lo que te escribe
la soror encantatriz?

DON GABRIEL, *aparte.*

La esperanza y el temor,
con la lealtad y el amor,
desean, bella Beatriz,
que seais vos de este empleo
el dueño, y no lo seais.
¿Qué he de hacer, cuando causais
deseo contra deseo,
sino enloquecer confuso?

(*Llaman por dentro al torno.*)

MONTOYA.

No está el tiempo para gracias.
Otra vez llaman.—*Deo gratias.*—

(*Vuélvese el torno con luz y con un tabaque grande y curioso lleno de comida: cúbrenle unos manteles, y sobre ellos viene otro papel.*)

Sin respondernos, nos puso
un tabaque provisor.

¡Cuerpo de Dios! Don Gabriel,
¡qué bien que huele!

DON GABRIEL.

Y sobre él
otro billete.

MONTOYA.

(*Levantando los manteles.*)
¡O soror,
la mas callada obradora
de cuantas amor registra!
Hágate el cielo ministra,
abadesa, correctora,
guardïana, archibispesa,
pontifista, preste Juana.

DON GABRIEL.

(Lee.) *Leed para vos.*

MONTOYA.

¡O humana
divina! Pongo la mesa.
Esta es sopa, este es capon,
estos pichones, estotros
gazapos, niños ó potros;
ternera esta, ¡y qué sazon
para quien está en ayunas!
Como yo muy bien ternera.
El pomo con la contera;
ensalada y aceitunas,
con la fruta de sarten.
De tales encantamentos
vengan á dieces y á cientos,
per omnia sæcula, amen.

DON GABRIEL.

(*Leyendo para sí.*)

Cumplid lo jurado; que en amaneciendo, hallareis desembarazado la salida; y advertid que os va la cabeza en el secreto. Camas hay en que reposeis lo que os han de permitir (á lo que juzgo) mis artificios: cuanto mas os desvelaren, mas tendré que agradeceros; aunque á participar vos mis cuidados, no dormireis mucho ni poco. El cielo os guarde.

(*Aparte.* Alto, discursos, dejad

de atormentar mi sentido;
obligado, agradecido
he de ser; cualquier beldad
de las tres puede dar pena
amorosa al mismo sol,
cuanto y mas á un español
pobre y estraño en Lorena.)
Toma esa luz.

MONTOYA.

¿Para qué?

DON GABRIEL.

Trae todo eso.

MONTOYA.

¿A dónde vamos?
Si aquí encantados estamos,
y hay quien regalos nos dé,
¿no es mejor cenarlo aquí
que probar mas aventuras?
¿Qué sabes tú si hay figuras
de Rufalda y Malgesí,
que nos lo quiten delante?
que suele salir jayan,
que se engulle un ganapan
con carga y todo.

DON GABRIEL.

Ignorante,
calla y ven; que prevenida
nos tiene quien nos regala,
cama y mesa en esa sala.

MONTOYA.

Despachémos la comida
aquí, y entremos despues.

DON GABRIEL.

Acabemos.

MONTOYA.

Si te encanta
qualche princesa ó infanta,
llámate Partinuplés.

Salon de la quinta.

ESCENA X.

BEATRIZ. RICARDO.

BEATRIZ.
Hicístelo de suerte,
que infinito tendré que agradecerte.
Los que te acompañaron,
en fin, ¿nada del caso sospecharon?

RICARDO.
Al criado prendieron,
y donde los mandé le condujeron,
creyendo, á instancia mia,
que hacerle alguna burla pretendia.
No saben otra cosa.

BEATRIZ.
La traza, si se logra, fue ingeniosa.

RICARDO.
Los dos son mis criados,
valientes, pero poco aficionados
á hacer por conjeturas
discursos.

BEATRIZ.
Mis recelos aseguras:
alguna vez, Ricardo,
satisfacerte este servicio aguardo.
Pártete á Italia agora,
donde el duque mi padre te mejora;
que el cargo que te ha dado
en Valencia del Pó, cuyo condado
le toca por herencia,
seguro le tendrás con el agencia
que queda á cargo mio.

RICARDO.
De tí, señora, mis aumentos fio.

BEATRIZ.

Guarda tú este secreto;
que otros mas importantes te prometo.
Mas mira que es mi gusto
que hoy te ausentes.

RICARDO.

Harélo por ser justo,
puesto que, aunque en Lorena
me quedara, el leal no desenfréna
la lengua, ni el respeto
osara yo perder á tu secreto.

BEATRIZ.

Nunca yo le fiara
de tí, si tal desaire imaginara;
mas que te partas digo
en todo caso hoy: lleva contigo
los que te acompañaron.

RICARDO.

Harélo ansí, no obstante que ignoraron
el fin de este suceso.

BEATRIZ.

Escríbeme en llegando.

RICARDO.

Tus pies beso. (*Vase.*)

ESCENA XI.

—

BEATRIZ.

Temeridades de amor,
¿qué intentais con arrojaros
sin ojos á despeñaros
á los riesgos de mi honor?
Aficionóme el valor
de España, que en sus blasones
cifró todas las acciones
de un hombre, cuyo sugeto
perdió gallardo el respeto
á todas mis presunciones.
Su memoria me desvela;

enamoróme su gala;
Adonis le vi en la sala,
airoso Marte en la tela:
que se me ausente recela
mi libertad, que no es mia,
porque enviando una espía
á informarse de quien es,
supo Ricardo despues
que esta noche se partia.
Valíme del industrioso
modo de encerrarle aquí,
hallándose amor en mí,
como en otras, ingenioso.
Crece, porque está celoso,
el fuego que me acobarda;
de los papeles que guarda,
y curiosa le usurpé,
que adora en España sé
desdenes de una Gerarda.
No sé yo que cuerdo fuese
Carlos en traer consigo
á quien para su castigo
tantas ventajas le hiciese.
Justo fuera que temiese
tan grande competidor,
pues si á vistas sale amor,
y este es ya mercaduría,
rústica el alma seria
que escogiese lo peor.

ESCENA XII.

CLEMENCIA. ARMESINDA.—BEATRIZ.

CLEMENCIA.

Tus tristezas, Beatriz mia,
las fiestas nos desazonan;
tus bodas las ocasionan,
y tu ausencia las enfria:
apenas espiró el dia,

cuando te ausentó tu pena
de los ojos de Lorena;
será esta quinta, Beatriz,
mas que la corte feliz,
si en ella te hallas mas buena.

ARMESINDA.

Prima mia, tu belleza
trata al de Orliens con rigor,
si al principio de su amor
pagas gozos con tristeza:
Francia te intitula alteza
porque has de ser su consorte,
y en fe de que eres el norte
por quien todos nos guiamos,
tristes la corte dejamos,
porque tú dejas la corte.
¿Qué tienes?

BEATRIZ.

¡Ay bella prima!
¡ay Clemencia! no es tan grave
el mal, si el por qué se sabe,
cuando con causa lastima:
mis penas son un enîma
dificil de declarar;
acrecentando el pesar
que ocasionan las estrellas,
mi congoja influyen ellas,
mi consuelo es el llorar.
Pasar la imaginacion
de libre al temerse agena,
dará motivo á mi pena,
materia á mi suspension.
Tengo á Carlos aficion,
y considero cuan justo
medra mi gusto en su gusto;
mas pues he de ser su esposa,
tratemos en otra cosa
que divierta mi disgusto.
A mí me entretiene el dar,
como á otros el recebir;
ansí quiero desmentir
desvelos de mi pesar;

si me quereis alegrar,
honre, hermana, tu belleza
los diamantes de esta pieza,
y los de esta, hermosa prima,
tu pecho; tendrán la estima
que les quita mi tristeza.
De las joyas que me dió
Carlos, estas he escogido
para las dos.

(*Da á Clemencia una banda con una lazada de diamantes, y á Armesinda una cruz de los mismos.*)

CLEMENCIA.

Ofendido
las has, porque juzgo yo
que pueden formar querellas,
apartándolas de tí.

BEATRIZ.

Mejores dueños las dí.

ARMESINDA.

No las he visto mas bellas.

BEATRIZ.

Trújolas Carlos de España.

CLEMENCIA.

Nacion en todo dichosa,
hasta en las piedras airosa.

BEATRIZ.

Tal clima las acompaña.
Ponéoslas luego; estarán
ahora en su misma esfera.

(*Pónenselas.*)

CLEMENCIA.

Cuando su valor no fuera
tanto, si gusto te dan
enagenadas, por tí
toda estimacion merecen.

BEATRIZ.

Bizarramente os parecen.

ARMESINDA.

Los duques vienen aquí.

ESCENA XIII.

FELIPO. CARLOS. ENRIQUE.—DICHAS.

CARLOS.

Desde que ganó el aplauso
comun, habiendo salido
de la justa victorioso
y de parabienes rico,
no le he vuelto á ver, y estoy
recelándole peligros,
porque el valor estrangero
con gracias, medra enemigos.

FELIPO.

Perded, duque, esos cuidados;
que en Francia siempre han tenido
hidalgas estimaciones
estrangeros bien nacidos.
Yo le he enviado á buscar,
y no há tanto que le vimos
honrar á España en Lorena
á costa de sus vecinos,
que su falta os desazone.

CARLOS.

Ya mis pesares retiro,
con la presencia olvidados
de las bellezas que he visto.
(*Hácense cortesía caballeros y damas.*)

FELIPO.

Hijas, sobrina, quejosa
nuestra corte, el regocijo
podrá trocar en tristezas,
á vista de tu desvío. (1)
¿Por qué tan presto á Floralba?

BEATRIZ.

Juzgo, señor, por prolijo

(1) Suplido.

el tiempo que aquí no empleo;
criéme en estos retiros,
y no sé hallarme sin ellos.

CLEMENCIA.

Como á madama seguimos,
y sin ella estamos solas,
fuerza el imitarla ha sido.

FELIPO.

Los generosos en Francia,
por escusar el bullicio
de la çonfusion plebeya,
moran quintas y castillos:
no es mucho que apetezcais
la amenidad de este sitio;
que por lo poco distante
de Lorena, habreis querido
gozar de uno y otro á tiempos.

ESCENA XIV.

DON GABRIEL. MONTOYA.—DICHOS.

MONTOYA.

(*Hablando con su amo á la puerta.*)
Con todos los duques dimos;
gracias á nuestra alcaidesa,
que nos alzó el entredicho.

DON GABRIEL, *aparte.*

Aquí está Beatriz hermosa,
con ella á Clemencia miro,
su prima las acompaña;
ya estoy en el laberinto
de mi confusion amante:
discursos, demos principio
á conjeturas dudosas;
ojos, saquemos en limpio
por señas mis desengaños.

CARLOS.

¡Don Gabriel!

DON GABRIEL.

Príncipe mio....

CARLOS.

¡Retirado y victorioso!
¿Hiciérades mas vencido?
¿Desde ayer tarde sin vernos?

DON GABRIEL.

Militares ejercicios,
honrando, gran señor, cansan:
dió treguas á su fastidio
y mi sosiego la noche.

CARLOS.

Con recelos la he dormido
de alguna desgracia vuestra.
Hablad al duque Felipo.

DON GABRIEL.

Dadme, gran señor, la mano.

FELIPO.

De las vuestras necesito
para derribar con ellas
soberbias de presumidos.
Mucho le debeis al cielo,
pues tanto con vos propicio
como con otros avaro,
en todo perfecto os hizo.

DON GABRIEL.

Honra, señor, vuecelencia
estrangeros; y yo estimo
mas el favor que me hace,
y el estar en su servicio,
que las prendas que encarece,
y no tengo.

ENRIQUE.

Vos sois digno
de la privanza con Carlos,
venturoso en elegiros.

DON GABRIEL.

Bésoos la mano mil veces.

ENRIQUE.

Hemos de ser muy amigos.

DON GABRIEL.

Muy vuestro esclavo, señor,

es solo el nombre que admito.

CARLOS.

(*Hablando aparte con don Gabriel.*)
¿Qué juzgas de mis empleos,
don Gabriel? ¿qué del prodigio
de la belleza que adoro?
¿No es milagro?

DON GABRIEL.

Es un hechizo
de voluntades, un cielo,
un sol, un fenix, un.....

CARLOS.

Dilo.

DON GABRIEL.

Un (*Aparte*. ¡Ay amor que me abraso!)
querubin de este paraiso.

CARLOS.

Mientras deidad no llamares
á Clemencia, poco has dicho.

DON GABRIEL.

¿A quién, señor?

CARLOS.

A Clemencia.

DON GABRIEL.

¿Y no á Beatriz?

CARLOS.

Desatino:
vínose á la lengua el alma.
Si tiene en ella dominio,
¿cómo la desmentiré,
desmintiéndome á mí mismo?
Digna es Beatriz del imperio;
mas no debe hallarse digno
mi amor de sugeto tanto;
por eso á Clemencia elijo.

DON GABRIEL, *aparte*.

Pedidme, albricias, deseos.

CARLOS.

Por mas que llamas resisto,
ni puedo, Gabriel, ni quiero
dar licencia á mi albedrío.
Clemencia ha de ser mi esposa,

yo su esclavo, tú mi amigo,
como no me disüadas
que la adore.

DON GABRIEL.

Yo te sirvo.

CARLOS.

Dilataré por ahora
mis bodas; de un rey soy hijo,
del que está reinando hermano;
de su poder participo:
perdone Beatriz. (*Vase.*)

ESCENA XV.

BEATRIZ. CLEMENCIA. ARMESINDA. FELIPO. DON GABRIEL. MONTOYA.

DON GABRIEL, *aparte.*

Deseos,
á mi amor os habilito;
lealtad, ya os quitan estorbos;
alma, amad, que no os lo impido.
Los ojos de cuando en cuando
ocupan en mí benignos
Clemencia y su prima bella;
sola Beatriz no ha querido
favorecerme con ellos.
Si señas sirven de indicios
á certidumbres dudosas,
y en Beatriz no las animo,
no es Beatriz quien bien me quiere.
¡Ay pensamientos ambiguos!
Sin competencia de Carlos,
con mis temores compito.

ENRIQUE.

(*Llegándose á don Gabriel.*)
Un torneo hemos trazado
esta noche; mi padrino
habeis de ser, porque espero
que le mantendré lucido,

como vos en él entreis;
otorgadlo si os obligo.

DON GABRIEL.

Favoreceisme hasta en eso;
que era el vencerme preciso,
á oponerme á vuestras armas.

FELIPO.

Venid, duque, á preveniros.
¿Qué colores son las vuestras?

ENRIQUE.

Blanco, leonado y pajizo.
(Vanse Felipo y Enrique.)

ESCENA XVI.

BEATRIZ. CLEMENCIA. ARMESINDA. DON GABRIEL. MONTOYA.

MONTOYA.

(Aparte á su amo.)
¿Hemos de estarnos aquí
hasta el dia del jüicio,
ó rematar con los nuestros,
guiados de tus caprichos?

DON GABRIEL, *aparte.*

Esta es Armesinda bella;
(Cruza Armesinda la sala para retirarse.)
risueña, en sus ojos pinto
esperanzas que no acepto,
porque á Beatriz las dedico.
Pero ¡ay cielos! la lazada
de diamantes y zafiros,
que entre sus joyas me dió
mi Gerarda al despedirnos,
honra Armesinda en su banda.
Amor, ¿qué mas señas pido?
¿Si fue ella la usurpadora
del robo que anoche me hizo
el ladron, todo misterios?
En años ¡cielos! tan niños,
¿pueden caber sutilezas

tan estrañas?

ARMESINDA.

(*Aparte á don Gabriel.*)
Mucho envidio
la dama, español bizarro,
dueño de vuestros sentidos;
que quien á vos os merece,
será en belleza un prodigio. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

BEATRIZ. CLEMENCIA. DON GABRIEL. MONTOYA.

DON GABRIEL, *aparte.*

Esto está ya declarado.
¡Gracias á Dios que averiguo,
á pesar de obscuridades,
geroglíficos de Egipto!
¡Ay Beatriz! ¡que he de perder
mi esperanza, agradecido
á favores no buscados,
mas por cortés, admitidos!
(*Pasa Clemencia.*)
Clemencia es esta, y aquella
la cruz que de mi martirio
fue instrumento, y de Gerarda,
no diamantes, sino vidrios.
¿Qué es esto, sueños despiertos?
¿Ojos, podré desmentiros?
¿alma, podré recusaros?
¿amor, podré reprimiros?

CLEMENCIA.

(*Aparte á don Gabriel.*)
Yo conozco, don Gabriel,
cierta dama que me ha dicho
que tiene el gusto español
despues que en Francia os ha visto. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

BEATRIZ. DON GABRIEL. MONTOYA.

MONTOYA.

Bergamota es esta pera;
madura está, vive Cristo;
vaya con cáscara y todo;
que no has menester cuchillo.

DON GABRIEL, *aparte.*

Yo estoy loco, yo lo sueño;
de mí propio me distingo;
no os doy crédito, ilusiones;
no os escucho, no os admito.

(Pasa por delante de él Beatriz sin mirarle, leyendo un papel.)

Beatriz grave y desdeñosa
aun no me ha juzgado digno
objeto para sus ojos.
¡Qué imperiosos y qué esquivos!
Pero alentaos, esperanzas;
recobraos, amor perdido,
pues trae la firmeza al pecho
que idolatran mis suspiros.
De señora ha mejorado;
pasó al hermoso dominio
de un sol que rayos coronan,
de un cielo que hospeda signos.
De Gerarda fue; ofendióla
(como es mudable) su olvido;
firmeza es, busco firmezas;
si en ellas me hiciese rico,
guarnezca constelacion
del globo celeste el cinto
tachonado de oro eterno,
que al sol adorne el camino.
Leyendo un memorial pasa.

(Vase Beatriz.)

ESCENA XIX.

DON GABRIEL. MONTOYA.

MONTOYA.

Esta es de casta de pinos;
rollo espetado y derecho
parece de pergamino.

DON GABRIEL.

(*Aparte*. Las demas me favorecen
hablándome, ¡y aun no quiso
siquiera Beatriz mirarme!
Amor, si sois discursivo,
filosofead ingenioso.
¡Vive Dios, que hay escondido
en esto mas de un misterio!
problemas, ya soy Edipo.
¿De palabras favorables
las dos, y humanas conmigo,
y Beatriz, toda severa,
con tal silencio? Este aviso
es examen de mi ingenio;
certidumbres sois, indicios;
las señas fueron no hacerlas,
cifras con cifras descifro.
Para deslumbrarme mas,
las joyas ha repartido
en todas; y con no verme,
quiere que viva advertido
de lo que el secreto importa.
Esto es lo cierto, esto sigo:
amar por señas sin señas
sabrán los bien entendidos,
sirviéndoles yo de ejemplo.)
Vamos, Montoya.

MONTOYA.

Bendito
el amo primero sea,
que "vamos, Montoya," dijo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

FELIPO *leyendo en voz alta una carta*, CARLOS. ENRIQUE. BEATRIZ. DON GABRIEL.

FELIPO.

Duque primo: aunque con mi gusto y permision se partió mi hermano á desposarse con Beatriz vuestra hija, importa á mi servicio que por agora se suspenda ese casamiento, ó se ejecute con su hermana Clemencia. Yo estoy viudo, Francia sin heredero, Beatriz digna de mas alta fortuna, vos propincuo á nuestra sangre, y mi corona deseosa de sugeto que la merezca: considerad las mejoras que de esta accion se os siguen, y la obligacion que os corre á cumplir lo que os ordeno.=Yo el Rey.

Esto el rey nuestro señor
me escribe.

CARLOS.

Fuerza ha de ser,
por no irritar su rigor,
sentir, al obedecer,
los malogros de mi amor.
No sin causa mis recelos
mis bodas apresuraban;
pues profetas mis desvelos,
en calma pronosticaban
la tormenta de mis celos.
Deme Clemencia la mano,
si en tal pérdida merezco
el bien que con ella gano,
y sepa que le obedezco
el rey, mi señor y hermano.

ENRIQUE.

Eso no, duque, eso no;

prendas que en el alma estimo,
no he de enagenarlas yo:
mi sangre es real, vuestro primo
me llama Francia; no os dió
mas accion naturaleza
que á mí, ni las magestades
ofenderán su grandeza:
amor, de las voluntades
es rey, si vos sois alteza.
Clemencia está agradecida
á mi voluntad, Clemencia
dirá, de vos ofendida,
que no es el amor herencia
que se ha de usurpar en vida.

CARLOS.

Duque, yo á Beatriz adoro,
y á mi rey vivo sujeto;
su padre está aquí.....

ENRIQUE.

No ignoro
que pretendeis en secreto
mudanzas contra el decoro
que en su hermosura ofendeis,
y que al rey, á quien echais
la culpa que vos teneis,
no es mucho que obedezcais,
si os manda lo que quereis.
Dueño soy de prometido
de Clemencia; mi fe labra
en ella amor mas que olvido,
su padre me dió palabra
de su esposo; esta le pido,
y esta cuando se me niegue,
buscará satisfaccion
armada.

FELIPO.

Duque, no os ciegue
sin discurso la pasion
tanto, que á perderos llegue.
A Clemencia os ofrecí,
subordinando en mi rey
palabras que entonces dí.

ENRIQUE.

¿Esa es nobleza? ¿esa es ley?
No tiene dominio en mí
el rey de Francia: mi estado
solo al César reconoce,
de Francia privilegiado.
Primero que Carlos goce
la prenda que me ha usurpado,
la venganza y el rigor
atajará inconvenientes;
mi agravio tiene valor,
poder y armas mis parientes,
celos fuerzas, y yo amor. (*Vase.*)

FELIPE.

No sin causa está quejoso;
que es amante y ofendido:
templarle será forzoso;
que va con razon sentido,
y es Enrique poderoso. (*Vase.*)

ESCENA II.

BEATRIZ. CARLOS. DON GABRIEL.

BEATRIZ.

Muestras habeis, duque, dado
en la mudanza presente
de que sois cuerdo obediente,
pero poco enamorado.
El interés coronado
probar mi firmeza quiso,
pero ofendida, os aviso
que es tanta la presuncion
de mi altiva inclinacion,
que á mis pies sus lises piso.
Yo apetezco rendimientos,
finezas y voluntades,
no ambiciosas magestades
que amenazan escarmientos.
Yo penetro pensamientos,

que honestais con la apariencia
de la hipócrita obediencia
que conmigo os disculpó.
Yo conozco al rey, y yo
sé que adorais á Clemencia.

(*Llora mirando á Carlos, vuelve luego la cabeza á don Gabriel, ríese y vase.*)

ESCENA III.

CARLOS. DON GABRIEL.

CARLOS.

Gabriel, detenla, repara
que corrido de ofenderla,
es un rayo cada perla
que contra mi amor dispara.
Cuando nunca adivinara
las mudanzas que no ignora
quien tales hechizos llora
y ansí mis agravios juzga,
¿qué mucho que me reduzga,
si castigando enamora?
Mejórese mi cuidado;
alma, mudemos de estilo;
imagen soy de Perilo;
mi tormento me he labrado.
¡Ay cielos! si enamorado
mi hermano ocasiona estremos,
alma, ¿cómo viviremos?
Ciego niño, pues sois dios,
estudiad palabras vos
con que la desenojemos. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON GABRIEL.

¡Lágrimas á Carlos, cielos,
y al mesmo tiempo con risa
mirándome, quien me avisa
que hay gustos entre desvelos!
Beatriz llora, y me da celos,
Beatriz con risas provoca
mi esperanza, ó cuerda ó loca;
¿á quién crêremos, enojos?
¿á las perlas de sus ojos,
ó á la risa de su boca?
Llorando, á Carlos miró,
riyéndose, me asegura;
con llanto á Carlos conjura,
con risa mi fe alentó;
nunca en los ojos mintió
el amor cuando suspira;
que el engaño habla y no mira,
y aposenta la beldad
en los ojos su verdad,
en los labios su mentira.
Segun esto, á Carlos dijo
verdades en que mostraba
pena porque la olvidaba;
que amor de la vista es hijo.
Segun esto, ya colijo
que en confusion tan precisa,
quien me desdeña me avisa:
¿quién vió jamás, ciego encanto,
los favores en el llanto,
los desdenes en la risa?
Pero si Beatriz no fuera
quien mi esperanza alentara,
ni con el duque llorara,
ni conmigo se riyera.
Llora porque considera

muerto á Carlos; no me espanto
si aborreciéndole tanto
que sin vida desea verle,
las obsequias quiso hacerle
con el luto de su llanto.
Llore por él, si es castigo
de su leve voluntad;
que siempre es noble piedad
llorar por el enemigo.
Ríase Beatriz conmigo,
porque esperanzas pequeñas
medren con muestras risueñas
la fe que conservan viva;
que en ellas mi amor estriba,
pues tengo de *amar por señas.*
(*Quédase suspenso y no repara en Clemencia que sale.*)

ESCENA V.

CLEMENCIA, *con un billete abierto.*—DON GABRIEL.

CLEMENCIA.
(*Para sí.*)
¡En el suelo tal papel!
Poco le debe al cuidado
de quien perderle ha dejado
el español don Gabriel.
En el cuarto de mi hermana
le dejó el descuido en tierra;
si es ella quien me hace guerra,
saldreis, esperanza, vana.
¡Papel de tanta importancia,
y con tan poca advertencia,
que le olvida la imprudencia,
cuando cada circunstancia
de las que en él he leido
amenaza con agravios,
si le publican los labios,
á destierros del olvido!
¿Don Gabriel juramentado

á no partirse, y á *amar*
por señas que le han de dar,
mudo siempre su cuidado?
¿Y que lo firma? ¿y que ofrece
alcanzar por conjeturas
cual de las tres hermosuras
en palacio le enloquece?
¿Si será Beatriz? Mas no;
que esta ya, toda arrogancia,
reina se sueña de Francia.
Pues no soy su autora yo.
Segun esto, nadie ha sido
sino Armesinda quien quiere
que esperando desespere
el español. No ha tenido
hasta agora voluntad,
que yo sepa, á quien desvelos
deba de amor ó de celos;
que estos piden mas edad.
Si es ella, pues, sutileza
notable abona su amor;
¿qué ha de hacer cuando mayor
quien niña con esto empieza?
Ahora bien, por señas quiere
desmentir publicidades;
prosigamos novedades
que no alcance quien las viere.
Aquí el español está.
¡Qué suspenso! ¡qué elevado!
El primer enamorado
sin saber de quien, será,
porque si de tres es una
y no conoce á quien es,
mientras pretendiere á tres,
no vendrá á tener ninguna.—
Don Gabriel.

DON GABRIEL.

(*Vuelve como de una profunda suspension.*)
Señora mia.

CLEMENCIA.

Retirado os han los ojos
contemplativos enojos

al alma; mas ¿qué seria
que mereciese Lorena
ofreceros la ocasion
de tan tierna suspension?

DON GABRIEL.

Sabrosa fuera esa pena;
mas ni yo la he merecido,
ni, estraño aquí, me prometo
tanto bien.

CLEMENCIA.

Siempre el secreto
es blason del bien nacido.
Habíanme dicho á mí
que una hermosa tiranía
blasonaba que os tenia
sin alma.

DON GABRIEL.

¿En Lorena?

CLEMENCIA.

Sí,
y que aumentándoos suspiros,
entre apacible y crüel,
os obligó en un papel
á prometer no partiros
sin gusto suyo.

DON GABRIEL.

(*Aparte.* ¡Ay, cuidado!
si señas buscando andais,
ya las teneis: ¿qué dudais?)
¡Papel!

CLEMENCIA.

Y en él empeñado
el valor que obliga á un hombre
de vuestra sangre y talento;
su fiador un juramento,
y su firma vuestro nombre.

DON GABRIEL.

(*Aparte.* Probar quiere de la suerte
que cumplo el saber guardar
secretos: yo he de negar
las señas con que me advierte,
mientras mas no se declara,

y á lo contrario me obliga.)
No sé, señora, que diga
á mentira que es tan clara.
¿Yo papel? ¿yo juramentos?
¿yo empleo en esta ciudad?

CLEMENCIA.

Pues lo negais, escuchad;
oid encarecimientos,
que de puro exagerados,
vuestro crédito recelan.

DON GABRIEL.

Si á algun celoso desvelan,
gran señora, mis cuidados,
y intenta con ese ardid
perseguirme....

CLEMENCIA.

Don Gabriel,
vuestro es aqueste papel,
(*Mostrándole el que él escribió.*)
vuestra aquesta firma. Oid.

(Lee.) *Ensoberbeciérame la dicha de tan no esperado bien, si la esperiencia de mis pocos méritos no me avisara ser mas curiosidad de saber á lo que se estiende el talento de los españoles, que empleos fuera de los límites de sugeto tanto. Mas como quiera que sea, mi señora, yo estoy dispuesto á obedeceros en todo, y ansí desde hoy viviré muy subordinado á vuestras órdenes, jurando por la fe de caballero de no ausentarme de esta corte sin vuestro espreso gusto, de desvelar mis sentidos hasta averiguar* (como mandais) *por señas, cual de las tres bellezas superiores de esta casa me dispone á tanta dicha, y de no comunicar con viviente mercedes tan deudoras del silencio, sujetándome al castigo propuesto, si le profanare, y apercibiendo desde aquí los ojos, en cuyo estudio haré alarde de mi suerte.=El cielo os guarde para felicidades superiores, &c.=Don Gabriel Manrique.*

Decid que no es vuestra ahora
la carta de obligacion
que os tiene casi en prision.

DON GABRIEL.

Si habeis vos sido la autora
del examen que quereis
hacer de mi ingenio corto,
y yo la lengua reporto
con el recato que veis,
¿para qué mas confusiones,
equivocando las señas
que entre esperanzas pequeñas
atormentan mis pasiones?
Vueselencia, ¿qué procura?
¿á qué propósito agora
leerme el papel, señora,
que os escribió mi ventura?
¿He yo acaso delinquido
contra lo que en él prometo?
¿comuniqué su secreto,
loco de favorecido,
con persona que se alabe
que mi palabra rompí?
Desde el punto que seguí
al que vuecelencia sabe,
favorable robador
de mi caudal, (ya dichoso
por ser vos su dueño hermoso)
hasta agora, ¿en qué el valor
que profeso os ha ofendido?
¿He dicho yo la ocasion
de mi agradable prision,
encerrado y detenido
en el cuarto cuyo adorno
solo pudo vuestro ser?
¿Quién hay que pueda saber
lo de la sala y el torno,
la industria ingeniosa y nueva
de entregarme á mi criado,
el hospicio regalado
de quien sois ilustre prueba,
los dos papeles discretos
al paso que misteriosos,
que me intiman amorosos
la guarda de estos secretos,

la afable serenidad
que cuando libre salí,
en vuestro semblante ví,
y luego....?

CLEMENCIA.

Tened, parad;
que vais confundiendo cosas
de algun frenesí compuestas.
¿Qué torno ó salas son estas?
¿qué prisiones misteriosas?
¿qué robador? ¿qué criado?
Don Gabriel, ¿estais en vos?

DON GABRIEL.

No sé, señora, por Dios;
débolo de haber soñado.
Si secretos que sabeis,
esos mismos estrañais,
si tantas señas negais,
y conmigo os ofendeis
porque con vos me disculpo,
mucho os debe de importar
el verme desatinar.
Mi atrevida lengua culpo;
no se trate mas en esto.

CLEMENCIA.

¿Yo á vos dos papeles? ¿yo
joyas robadas? ¿Quién vió
frenesí tan manifiesto?

DON GABRIEL.

Ilusion debió de ser.

CLEMENCIA.

¿Hácia qué parte de casa
cae el cuarto donde pasa
tanto engaño? ¿En qué muger
sospechais que pudo haceros
burlas que fingiendo estais?

DON GABRIEL.

Si á vos misma os preguntais,
podreis por mí responderos;
que yo no oso declararlo.

CLEMENCIA.

¿Un torno decis que habia

en la sala que os tenia
preso?

DON GABRIEL.

Debí de soñarlo.

CLEMENCIA.

Enseñad los dos papeles
que esa dama os escribió.

DON GABRIEL.

Señora....

CLEMENCIA.

Mándooslo yo.

DON GABRIEL.

Los bien nacidos son fieles.
Mientras no tenga evidencia
de que vos la beldad fuistes
que estas cosas dispusistes,
bien podrá vuesa escelencia
con mi muerte en su rigor
esperimentar aprietos;
mas no saber los secretos
que hacen prueba en mi valor.
Morir honrado, eso sí;
manchar mi fama, eso no.

CLEMENCIA.

¿Y os persuadís á que yo
la dama encubierta fuí
que quiso esperimentar
con traza y modo tan nuevo
vuestro ingenio?

DON GABRIEL.

No me atrevo,
por no ofenderos, á hablar.

CLEMENCIA.

Acabad, no me enojeis;
este es mi gusto; que intento
saber con qué fundamento,
de los discursos que haceis
la persona adivinais
que os obliga á *amar por señas.*

DON GABRIEL.

No son, señora, pequeñas
las que en ese papel dais,

aunque me arriesgue á arrojarme
en tal golfo.

CLEMENCIA.

¿Quereis bien,
en fin, sin saber á quién?

DON GABRIEL.

¿De qué sirve examinarme
en cosas que vos sabeis,
y yo nunca he de deciros?

CLEMENCIA.

¡Que podais vos persuadiros
á que yo os amo! ¿No veis
que siendo Enrique mi igual,
y vos estraño....?

ESCENA VI.

UN PAGE.—CLEMENCIA. DON GABRIEL.

PAGE.

Madama,
á vuestra escelencia llama
el duque mi señor. (*Vase.*)

CLEMENCIA.

Mal
vuestras señas conjeturan;
examinadlas mejor.
A Carlos le debo amor;
los servicios me aseguran
de Enrique; estad advertido,
ya que os habeis empeñado,
en que no todo llamado
alcanza ser escogido,
y que ardides ingeniosos,
joyas poco defendidas,
prisiones favorecidas,
papeles dificultosos,
torno, salas y ocasiones,
son exámenes discretos
de vuestro ingenio y secretos:

id averiguando acciones,
y advertid, si imaginais
que de lo que ha sucedido,
yo, Gabriel, la autora hè sidò,
que acertais y no acertais. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON GABRIEL.

¿Cómo si acierto, no acierto?
¡Válgate Dios por muger!
Otra vez me vuelvo á ver
en el golfo y en el puerto;
otra vez confuso advierto
la paradoja importuna
de mi equívoca fortuna.
No hay que dudar, Clemencia es
la que es una de las tres,
y de las tres no es ninguna.
Acertar y no acertar,
¿no es lo mismo? ¿De qué suerte
será posible que acierte
en lo que es forzoso errar?
Si por señas he de amar,
que Clemencia me ama es cierto.
¡Ay cielos! sueño despierto,
pierdo cuando estoy ganando,
soy lince, y á escuras ando;
y en fin, acierto y no acierto.

ESCENA VIII.

CARLOS.—DON GABRIEL.

CARLOS.

Gabriel, Beatriz celosa
merece por discreta, por hermosa,

ocupar mis desvelos
en tierna suspension, no en darla celos.
Mas si á Clemencia miro,
olvidando á Beatriz, luego retiro
el primer pensamiento,
y de no darla el alma me arrepiento.
Inclíname Clemencia,
movil de mis sentidos su presencia,
y loco en este empleo,
de ella me aparto, y á su hermana veo,
que volviendo á rendirme,
culpa mi poca fe de poco firme;
y entre las dos perdido,
en círculo mi amor desvanecido,
de mis deseos esclavo,
vuelvo ciego á empezar por donde acabo.
¿Qué haré cuando navego
entre Scila y Caribdis?

DON GABRIEL, *aparte.*

Mal un ciego,
si no es que desvaría,
á otro ciego servirá de guia.

CARLOS.

¿Qué dices?

DON GABRIEL.

Que si adora
á tu Beatriz el rey, y te enamora,
como dices, Clemencia,
sigas tu inclinacion y su obediencia.

CARLOS.

¡Ay, cielos, que te engañan
quimeras que mis penas enmarañan!
A instancia solo mia
el desposorio estorba; mi porfia
y el amor que me tiene,
hizo escribir la carta que previene
en mí nuevos desvelos.
¡Pluguiera á Dios que el rey me diera celos
con Beatriz! que á Clemencia
me obligara á olvidar su competencia.
Mira, español discreto,
amor sin competir pierde el afeto

con que se perficiona;
con celos sus quilates proporciona.
Si á Clemencia ama Enrique,
¿ qué mucho que celoso sacrifique
mi gusto á sus deseos?
En lo facil amor no logra empleos.
Beatriz no tiene amante
que en su favor feliz se me adelante;
por esto en su belleza,
con ser tanta, se engendra mi tibieza.
Pienso yo (y es sin duda)
que si de objetos mi esperanza muda,
es porque en mi deseo,
sin ser dificil, á Beatriz poseo,
y que en otro empleada
Clemencia, cuanto mas dificultada,
es mas apetecida;
que amor con imposibles cobra vida.
Ven acá; haz una cosa,
y encenderásme tú en Beatriz hermosa;
dame con ella celos.

DON GABRIEL.

¿Qué dices, gran señor?

CARLOS.

En tí los cielos
gracias depositaron,
Gabriel, que mis deseos envidiaron;
digno eres que compitas
con sugeto mayor.

DON GABRIEL.

Desacreditas
tu discrecion con eso.

CARLOS.

Tú eres mi amigo fiel, yo estoy sin seso;
finge que enamorado
de Beatriz, y en España potentado,
por verla, te humillaste
á servirla, y tus prendas disfrazaste.
Si en mi amistad apoyas
la tuya, don Gabriel, daréte joyas
con que este engaño ostentes,
y allanes dadivoso inconvenientes.

Reparte, desperdicia,
gasta Alejandro, colma la codicia
de avaros medianeros;
que las alas de amor son los dineros.
Doradas flechas tira;
yo apoyaré industrioso tu mentira.

DON GABRIEL.

Vaya, pues tú lo quieres;
mas no formes de mí, cuando me vieres
por tu gusto empeñado,
quejas que den tormento á tu cuidado.

CARLOS.

No has de amarla de veras.

DON GABRIEL.

No, que son mis lealtades verdaderas,
puesto que amor, que es loco,
acaba en mucho, aunque comience en poco.

CARLOS.

Ven, que no me fiara
de tí, si en tu lealtad no edificara
la máquina presente.
Tenga amor yo á Beatriz perfectamente;
que en tu amistad presumo
que si el azogue se resuelve en humo
despues que el oro afina,
amor que con los celos se examina,
sabrá, apartado de ellos,
en humo como azogue resolvellos.

DON GABRIEL.

El que en azogues trata,
si no la vida, su salud maltrata;
pues tal vez le sucede
que con temblores del azogue quede,
y otro se lleve el oro.
Teme el riesgo, señor, que yo no ignoro;
pues dice un avisado
que es todo uno, celoso y azogado. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

ARMESINDA.

El amor y la sospecha
nacieron en una casa:
ciego aquel, todo lo abrasa;
lince esta, todo lo acecha.
Despues que mal satisfecha
miro acciones
de este español, mis pasiones
conjeturan
que ausentes penas le apuran
la paciencia que retira
al alma. A solas suspira;
suspensiones le procuran
enagenar de beldades,
que usurpando voluntades,
materia dan á desvelos,
porque sin amor y celos,
nadie busca soledades.
¿Hablando siempre entre sí
quien lances de amor ignora?
No es posible: luego adora.
¿Dónde, pues, si no es aquí?
Será en su patria, (¡ay de mí!)
¡Que entre engaños
lloran mis primeros años
competencias
que disfrazan apariencias,
y en tan riguroso estremo,
temiendo, no sé á quién temo!
Amo aquí, y envidio ausencias
que ocultas muerte me den:
¿quién quiso hasta ahora bien
que á compararseme venga?
¿ni quién ¡cielos! hay que tenga
celos sin saber de quién?

ESCENA X.

MONTOYA.—ARMESINDA.

MONTOYA.

(*Sin ver á Armesinda.*)
Cuanto sueño, cuanto miro
desde la noche pasada,
se me antoja chimeneas,
guindaletas, tornos, trampas,
aventuras, estantiguas,
monjas, jayanes, fantasmas,
quintas, castillos, quimeras.
¡Válgate el diablo la casa!

ARMESINDA, *aparte.*

Este sirve á don Gabriel,
y trayéndole de España,
sabrá quien es la belleza
que ausente tan mal le trata:
informarme de él pretendo.

MONTOYA.

Al rededor se me anda
cuanto topo, cuanto piso;
garatusas, musarañas
me parece cuanto veo.

ARMESINDA.

¡Hola!

MONTOYA.

Vuescelencia añada
dos *eles* y una *a* al tal ola,
vendréme á llamar *Olalla.*

ARMESINDA.

¿A quién servís?

MONTOYA.

Pues yo ¿sélo?
Cristiano soy por la gracia
de Dios; serviréle á él,
y despues de Dios al papa
que en su iglesia vicariza,

y tras este al rey de España,
hasta tener lamparones
que me cure el rey de Francia;
luego á don Gabriel Manrique,
á quien en palacio embauca
un duende monjitornero,
que invisible nos regala.

ARMESINDA.

Venid acá.

MONTOYA.

Estoy venido.

ARMESINDA.

¿Sabreis decirme la causa
que tanto melancoliza
á vuestro dueño?

MONTOYA.

¿No basta
á entristecer cuatro bodas
una noche toledana,
un torno tras un torneo,
una maleta mamada,
una cena por tramoya,
tres billetes y dos camas?

ARMESINDA.

¿Qué decís? ¿estais en vos?

MONTOYA.

Debo estar en Guatemala,
y mi dueño en Guatebuena;
despertadme vos, madama,
tirándome las narices.

ARMESINDA, *aparte.*

Este es loco.

MONTOYA.

¿Sois la infanta
Lindabrides, á lo Febo,
á lo amadisco, Orïana,
Gridonia, á lo Primaleon,
Micomicona, á lo Panza,
ó á lo nuevo quijotil,
Dulcinea de la Mancha?
¿Qué desmesura vos puso
en tanta cuita? ¿qué fadas,

qué Artus encantadero
tal fermosura maltrata?
¿Quién vos fizo tuerto ó vizco?
¡Mal haya el torno, malhaya
el sortijo de Brunelo,
si quien vos busca no os halla!
No os le volvais á la boca.

ARMESINDA.

Hombre, ¿sabes con quién hablas?

MONTOYA.

Con Angélica la bella,
tan bella como bellaca;
si no dígalo Medoro,
aquel morisco sin barbas,
que diz que la fizo dueña
en una choza de paja.

ARMESINDA.

Descortés, descomedido....

MONTOYA.

Si se ensuegra, si enmadrastra
porque esta nigromancía
la trampea lo que pasa,
oiga verdades tan puras,
que no tienen pizca de agua,
porque á tener media gota,
nunca yo se las contara.
Vive Dios, que está mi seso
con todas las zarandajas
de cuerdo á prueba de brujos,
que nos hacen garambainas.
Va de cuento: mi señor,
(despues de las alabanzas
que en el sarao y torneo
le dieron duques y daifas)
sin comunicar conmigo
secretos, (que me los guarda,
no sé yo con qué conciencia,
siendo toda su privanza)
sin chistárselo á persona,
de noche ensillar me manda,
y dejando estos paises,
iba á enfardelar á Holanda.

Brindóle el sueño dos millas
de esta selva encantusada,
que á esta quinta, ó á esta sesta,
sirve de sombra ó guirnalda;
y apeándose en su centro,
mientras convida á ensalada
á nuestro frison la yerba,
peregil de la cebada,
recostado en el cojin,
y yo dormido en estátua,
(quiero decir, como grullo)
la luna entre yema y clara,
le hurta un hombre la maleta.
Corre en su alcance, la espada
en *puribus*, por el bosque;
y yo abriendo las pestañas,
oigo cuitas del rocin,
cuarteado de dos maulas.
Quise desfacer el tuerto;
pero por detras me agarran
dos Galalones monsiures;
ojos y boca me embargan,
y sin decir chus ni mus,
las manos á las espaldas,
en la silla atado el cuerpo,
y en Sansueña presa el alma,
á escuras corro la posta,
hasta que despues me abajan,
luego á un tejado me suben,
y al cabo de esto, me envainan
por un esmeril de yeso,
guindándome hasta una sala,
sin haberse otra vez visto
lacayo por cerbatana.
Conocímonos á ciegas
mi dueño y yo, y á mi instancia
desencordelado el cuerpo,
las lumbreras me destapa;
pero entrambos tan á escuras
como antes, porque la cuadra,
avarienta de un candil,
sin luz nos desatinaba.

Alternábamos á versos
él y yo nuestras desgracias,
con temor de otras peores,
y hétele que á un torno llama
no sé quien; fuimos á tiento,
y respondiendo *Deo gratías*,
se nos vuelve el bofeton,
y sin hablarnos palabra,
nos presenta dos bujías
encendidas y una carta,
con papel, pluma y tintero.
Mi dueño de mí se aparta;
leyó para sí el billete;
treinta veces le repasa,
santiguando el frontispicio;
pregúntole el por qué, y calla;
mas respondiendo con otro,
vuelve la atahona, y halla
tercer billete, y con él
una pródiga canasta
de potable y comestible.
Gozamos de la abundancia,
y acostándonos repletos
en dos magníficas camas,
despertamos á las trece,
hallamos la puerta franca,
y atravesando salones,
dignos todos de un patriarca,
nos hallamos á la vista
de tres duques, tres madamas
y tres mil encantamentos.
Esto, en suma, es lo que pasa,
y lo que yo alcanzar pude;
juzgue ahora, siendo alcalda,
si es maravilla que crea
que de Medusas y Urgandas
está este palacio lleno,
y que alguna nigromanta
enmaga con su hermosura
á cuantos viven en casa.

ARMESINDA.

A no teneros por loco,

y juzgar que disparatan
vuestros discursos enfermos,
no sé lo que maliciara
de todas esas quimeras.

MONTOYA.

Voto á toda una semana
de fiestas y de domingos,
aunque entre en ellos la pascua,
que es lo que digo tan cierto
como que hay bellezas calvas
que se solapan con moños,
que hay títulos con mohatras,
que hay doncelleces con hijos,
que hay tintoreros de barbas,
y que hay dientes de alquiler,
que se mudan.

ARMESINDA.

Basta, basta.
En fin, ¿á vos os trajeron
á un cuarto de nuestra casa,
y á vuestro señor tambien,
por engaño?

MONTOYA.

Por fayancas
nocturnas y encantatrices.

ARMESINDA.

¿Pues qué hizo entonces la espada
de vuestro dueño, que ociosa,
de dos hombres no os libraba,
siendo español tan valiente?

MONTOYA.

Pues contra encantos ¿hay armas
que defiendan á un Golías?
Cuando se le antoja, saca
un libro enano del seno
el nigromanto ó la maga,
y en leyendo dos renglones,
á pares los grifos bajan
que desmayan Palmerines,
y los llevan en volandas
á la isla de las lechuzas.
Poco sabe de las chanzas

de un Friston, encantador,
contra príncipes de Jauja.

ARMESINDA.

¿Tornó la pieza tenia?

MONTOYA.

Mantenia y torneaba,
pues á las tres torneaduras,
cena nos dió torneada.

ARMESINDA.

¿Y no sabeis, en efeto,
lo que contienen las cartas,
ó papeles?

MONTOYA.

Pretendílo;
pero sacando la daga
contra mí, (mal le conoce)
me echó mucho en hora mala;
que para vuesa escelencia
no hay secreto de importancia
que le reserve mi boca.

ARMESINDA.

Cosas me contais estrañas.
Recibid esta cadena.

MONTOYA.

¿Para qué?

ARMESINDA.

Para trocarla
por un secreto que intento
fiaros.

MONTOYA.

¿Cadena? ¡Guarda!
Non fago yo esas sandeces.

ARMESINDA.

¿Por qué?

MONTOYA.

Temo, siendo maula,
que en carbon me la conviertan
los duendes de esta posada.

ARMESINDA.

Bueno está ya de locuras:
acabad.

MONTOYA.

Tómola. Vaya
de interrogacion agora.

ARMESINDA.

¿A quién, decid, en España
tuvo don Gabriel amor?

MONTOYA.

Una ninfa toledana
sospechamos que le puso
tal vez silla, y tal albarda,
los que andábamos con él.

ARMESINDA.

¿Que lo sospechaste?

MONTOYA.

Guarda
mi señor tanto secreto,
que con darnos leche un ama,
y fiarme la despensa,
no me fia una palabra.
Pero como amor es niño,
y los niños nunca callan,
sacamos por los gorgeos
quien es á quien dice *mama*.

ARMESINDA.

¿Y quién era la dichosa?

MONTOYA.

Era y es una Gerarda,
digna de todo un cabildo
de Píramos.

ARMESINDA.

¿Muy bizarra?

MONTOYA.

Tan bizarra y gentil hembra,
que á no ser desmantelada,
con guarniciones de fria
entre desaires de larga
y presunciones de boba,
pudiera ser archidama.

ARMESINDA.

Pintádmela, si sabeis.

MONTOYA.

Va de pintura en estampa.

Semirubia de cabellos,
frente desembarazada,
cejas buenas, ojinegra,
(ya no se usan ojizarcas)
puesto que eran mas ojetes
que ojales las luminarias
por lo pequeño y redondo,
que en las fermosas se rasgan.
Las mejillas, por estremo,
ni bien mármol, ni bien grana,
mezcla sí de las dos sierras,
la Bermeja y la Nevada.
En proporcion las narices,
ni judaizantes, ni chatas,
ni nabo por corpulentas,
ni alezna por afiladas.
Buenos labios, malos dientes,
porque aunque era su tez blanca,
á caballo unos sobre otros,
tanti-cuanti moriscaban.
La garganta, cuelli-erguida,
cándida, gruesa, torneada,
y tal que hiciera yo un Judas,
á haber saucos gargantas.
Las manos, no hay que pedir
en ellas porque no daban,
puesto que ambas recebian,
y eran muy hermosas ambas.
Privilegiado de cuartos
el tallazo; mas avara
en las obras que en el cuerpo....
Lo demas, el argonauta
de tal golfo, que le pinte,
si hay quien tenga dicha tanta
que mida con la esperiencia
los grados del dicho mapa.

ARMESINDA.

¿Quiso á vuestro dueño mucho?

MONTOYA.

Quiso á muchos; que mudaba,
como si fueran camisas,
tres á tres cada semana.

ARMESINDA.

¡Válgame Dios! ¡muger noble,
y tan fácil!

MONTOYA.

Suspiraba
por lo ido, y lo venido
la daba al momento en cara.

ARMESINDA.

¿Y por qué vuestro señor
se ausentó?

MONTOYA.

Porque esta daifa,
dicen que escribió contra él
á nuestro rey quejas falsas,
y don Gabriel, por servirla,
cuando vió que deseaba
rempujarle, puso tierra
en medio.

ARMESINDA.

¡Fineza estraña!

MONTOYA.

Dióle al partirse unas joyas,
pesarosa de esto: ¡tanta
es su variedad!

ARMESINDA.

¿Por qué
se partió, si le llamaba,
y á su amor se reducia?

MONTOYA.

Por haber dado palabra
de acompañar nuestro duque,
y por ver si la mudanza
hace en él de las que suele,
que esta es general triaca.
Esto sospécholo yo;
que como á puerta cerrada
pudre don Gabriel secretos,
y ninguno los alcanza,
hablo á tiento en sus amores.
Lo que me pesa, madama,
es que volaron las joyas.

ARMESINDA.

¿Cómo?

MONTOYA.

En la maleta estaban
que nos gazmió el vandolero.

ARMESINDA.

¿Eran ricas?

MONTOYA.

Empedradas
de diamantes, mas que un trillo.

ARMESINDA.

¿Que, en efeto, no os engaña
lo de la prision y el torno,
confusiones y desgracias?

MONTOYA.

Por Dios....

ARMESINDA.

Ahora bien, yo quedo
satisfecha y informada
(aunque en confuso) de cosas
que os han de ser de importancia,
si sabeis guardar la lengua.

MONTOYA.

¿A mí?

ARMESINDA.

A vos. No digais nada
de lo que vos me habeis dicho,
á vuestro dueño.

MONTOYA.

Me tapa
los labios esta cadena.
Vueselencia, pues es sábia,
calle tambien y averigüe;
porque si mi amo alcanza
que me deslicé, no doy
por mi vida una castaña. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ARMESINDA.

Amor, ¿qué es esto que oís?
¿Quién, decid, os dificulta?
¿quién, competidora oculta,
celos os da y los sufrís?
Si con ellos presumís
crecer, crecerá la pena
que esperanzas enagena,
pues temo ¡congoja estraña!
una enemiga en España,
y otra invisible en Lorena.
Aquella ausente me abrasa,
esta presente me enciende;
pero ¡ay Dios! que mas ofende
el enemigo de casa.
Con Carlos Beatriz se casa,
porque en él logra su amor,
aunque un rey competidor
se le opone, que no estima;
luego no es Beatriz mi prima
quien motiva mi temor.
Clemencia de esta quimera
la autora ha venido á ser,
porque con menos poder,
¿quién á tanto se atreviera?
Sospechas, echemos fuera
temores, y averigüemos
sutilezas que estorbemos
con industrias que opongamos;
y porque las consigamos,
las suyas desbaratemos.

ESCENA XII.

FELIPO. CARLOS. ENRIQUE. DON GABRIEL. BEATRIZ. CLEMENCIA.—ARMESINDA.

BEATRIZ.

Vuestra escelencia, señor,
no ha de usar hoy de la ley
de padre conmigo: el rey
logre en iguales su amor;
que esta vez yo he de lograr
las de mi libre albedrío.
No apetezco señorío
que á título de reinar,
imperioso me lastime
y me ame con presuncion:
hecha tengo la eleccion
de quien templado me estime,
y no ofenda mi respeto.
Amor busco, no poder;
esto, señor, ha de ser;
entiéndame el mas discreto. (*Vase.*)

CARLOS, *aparte.*

Por mí lo dijo. ¿Hay amor
semejante? Adoraréla;
por mi sol respetaréla,
por la firmeza mayor
que jamás vió el interes.
Mi mudanza ha sido loca.
Voy á que estampe en mi boca
los vestigios de sus pies. (*Vase.*)

ENRIQUE, *aparte.*

¿Mas si madama Beatriz,
castigando la mudanza
de Carlos, me da esperanza
de ser mi dueño? ¡Feliz
trueco, si en él me prometo
tal dicha! Voy á saber
si llegándola á entender,

vengo á ser el mas discreto. (*Vase.*)

FELIPO, *aparte.*

¡Que un rey desprecie por Carlos!
Pero sí, que en sus empleos
su amor empeñó deseos
y siente en mí el malograrlos.
El rey es prudente y justo;
ni yo me atrevo á intentar
que se case á su pesar,
ni él querrá muger sin gusto. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ARMESINDA. CLEMENCIA. DON GABRIEL.

DON GABRIEL, *aparte.*

Estas señas interpreto,
aunque loco, en mi favor:
permitidme agora, amor,
presumirme el mas discreto.
¿Risa ayer, cuando lloraba
con Carlos, y enigmas hoy?
Mas si de Clemencia soy,
si no há media hora que acaba
de darme señas escritas,
¿qué intentas, soberbia vana?
A Carlos quiere su hermana;
¿para qué me precipitas?
¿cuándo, amor, me has de sacar
de tanto golfo crüel?

CLEMENCIA.

¿Qué tal os va, don Gabriel,
(*Pasando junto á él disimulada, y hablándole aparte.*)
de acertar y no acertar?

DON GABRIEL.

Mal, pues cuando conjeturan
discursos que me atormentan,
hallo señas que desmientan
las señas que me aseguran.
Ríense de un ignorante,

gran señora, como yo....
(*Disimuladamente deja ella caer un guante en el suelo, y levántale él.*)
Mire que se le cayó
á vuesclencia este guante.

CLEMENCIA.

(*Tomándole desdeñosa.*)
¿Qué decís?

DON GABRIEL.

Se le ha caido,
y alzándole yo, pretendo
con él....

CLEMENCIA.

Ó yo no os entiendo,
ó vos no sois entendido. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

—

ARMESINDA. DON GABRIEL.

DON GABRIEL, *aparte.*

¡Gracias á Dios, esperiencia,
que de dudas me sacais!
¿Para qué filosofais,
temores, en la evidencia?
Esto está ya averiguado.

ARMESINDA.

La toledana es hermosa,
(*A él, como que va á entrarse.*)
puesto que ni muy airosa,
ni muy firme: hanme agradado
las joyas, pero no el brio
ni el alma de la Gerarda;
que aunque en el alma gallarda,
hiela á España por lo frio.
Tiene partes escelentes,
puesto que la gracia es poca
que es gran defecto en la boca
tan mal avenidos dientes.
Lo que yo afirmaros puedo,

que en el aliño y adorno
puede obligar la del torno
á olvidar la de Toledo. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON GABRIEL.

¿Señas nuevas? ¡Vive Dios,
que se han las tres concertado
á enloquecerme! Cuidado,
si confuso entre las dos,
quieres que el seso las rinda,
con tres ¿qué hará mi paciencia?
¿Señas Beatriz y Clemencia?
¿Señas tambien Armesinda?
Burlarme intenta cada una;
solucion del enigma es,
pues son mis damas las tres,
y de las tres no es ninguna.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

CLEMENCIA. ENRIQUE.

CLEMENCIA.

Mi hermana me dijo á mí
que interpretando razones
de contrarias intenciones,
la amais.

ENRIQUE.

Es, señora, ansí;
que como Carlos procura
con cartas, mas negociadas
que por el rey deseadas,
desbaratar mi ventura,
y no lo repugnais vos,
hallo en vuestro desengaño
el remedio de mi daño;
y compitiendo los dos,
me parece que es prudencia
(antes que en celos me ofusque)
que en madama Beatriz busque
lo que peligra en Clemencia.

CLEMENCIA.

Cuando él, duque, os compitiera,
y entrada en mi pecho hallara
que el paso os dificultara,
¿mejor salida no fuera
(á ser amante de ley)
sus ardides desmentir,
que por Beatriz competir
con un infante y un rey?
Confesarlo ansí es forzoso.
En efeto, haceis alarde

de ser el primer cobarde
que se retira celoso;
aunque os tendreis por feliz
si en tan loca competencia
sois tímido por Clemencia,
y animoso por Beatriz.

ENRIQUE.

Cuando yo no interesara
mas medras de mis intentos
que el causaros sentimientos
con que mi amor se repara,
fue ardid, señora, discreto
fingir haceros agravios;
que tal vez suelen ser sabios
los celos. Mostré, en efeto,
que á vuestra hermana servia,
y fue admirable mi aviso,
pues mi amor por su orden quiso
probar lo que en vos tenia.
Ya que lo sé, á vuestros pies,
dándoos gracias, perdon pido;
sosegad vos mi sentido,
porque os ame mas despues.
¿De veras que no estimais
á Carlos? ¿que os resistís?
¿que, en fin, cuando me admitís,
sois muger, y no os mudais?

CLEMENCIA.

Mi inclinacion no consiente
mudanzas; que la firmeza
es en mí naturaleza,
si en las otras accidente.
Yo quise desde el instante
que dí principio al querer
á quien mi esposo ha de ser,
y nunca mudé de amante.
Carlos (desvanezca ó no
promesas á su cuidado)
persona trae á su lado
que en mi pecho despertó
desvelos de mas momento.

ENRIQUE.

¿Cómo es eso?

CLEMENCIA.

¿Qué temeis?

A don Gabriel le debeis
amistades, que si os cuento,
dudareis satisfacerlas
en llegando á ponderarlas;
el principio de pagarlas
es, duque, el agradecerlas.
Haceldo ansí; que él ha sido
á quien fé mi pecho da.

ENRIQUE.

¿A don Gabriel?

CLEMENCIA.

Él será,
si me entiende, preferido
á muchos.... Quiero decir,
en materia de consejos.

ENRIQUE.

Estaba de eso tan lejos,
viéndole á Carlos servir,
que aunque me lo certifique
vuestro crédito, y sea ansí....

CLEMENCIA.

Cada cual hace por sí
antes que por otro, Enrique.

ENRIQUE.

Pues él en eso, ¿qué hace
por sí? ¿qué es lo que medró?

CLEMENCIA.

¿No es el amigo otro yo
que á dos almas satisface
con sola una voluntad,
si á un mismo fin se encamina?

ENRIQUE.

Ansí es bien que se difina
el amigo.

CLEMENCIA.

¿Y su amistad
no puede ser tal con vos,
que se verifique en él

tal fineza?

ENRIQUE.

¿Don Gabriel
contra su dueño? Por Dios,
que ha de quedar asombrado
quien tal imposible oyere.

CLEMENCIA.

Cuanto mas por vos hiciere,
os tendrá mas obligado.

ENRIQUE.

Poco abona su opinion
quien esa cuenta da de ella.

CLEMENCIA.

Como por eso atropella,
si es viva una inclinacion.
Esperimentad la mia,
disculpando á don Gabriel,
que yo os juro que por él
dejara una monarquía.

ENRIQUE.

¿Cómo por él?

CLEMENCIA.

¿Pues no dejo
la herencia casi de Francia
con el de Orliens, á su instancia?
Inclínome á su consejo,
de suerte, duque, os prometo,
que toda mi libertad
pende de su voluntad.

ENRIQUE.

El español es discreto,
y si yo alcanzo por él
que os inclineis á mi amor,
le seré eterno deudor.

CLEMENCIA.

Id, Enrique, hablad con él;
esperimentad verdades
que antes de mucho admireis;
solicitalde, y vereis
prodigios entre amistades,
que no poco han de importaros.
Decid que siga la traza

que amor y su ingenio enlaza;
que alguna véz saldrán claros
los cielos, hasta aquí obscuros,
pues para los animosos,
principios dificultosos
prometen fines seguros;
y que esto le aviso yo
para vuestro buen suceso.

ENRIQUE.

¿Pues no sabré yo algo de eso?

CLEMENCIA.

Por agora, Enrique, no.

ENRIQUE.

¿Pues es razon que el tercero
alcance mas que el amante?

CLEMENCIA.

El medio que es importante
para los fines que espero,
con vos me requiere muda,
y toda lenguas con él:
si os regis por don Gabriel,
presto saldreis de esa duda;
que hemos dispuesto los dos
cierta traza sin testigos,
con que quedeis muy amigos
mi padre, Carlos y vos.
Solo este fin me reporta
en los labios el secreto;
vos vereis, duque, en efeto,
lo que á los dos nos importa.

ENRIQUE.

Alto: si por don Gabriel
se han de allanar competencias,
voy á alentar sus agencias.

CLEMENCIA.

Nuestro amor estriba en él.
Diréisle, pues le confio
que os industrie y aconseje,
que por señas no lo deje,
pues hartas con vos le envio.

ENRIQUE.

Obedecer y callar.

Voy.

CLEMENCIA.

¿Oís? y que en los dos
sabrá aquello, yendo vos,
de acertar y no acertar.
(*Vase Enrique.*)

ESCENA II.

CLEMENCIA.

Confuso parte. No es mucho
que si imita mis acciones,
participe confusiones,
cuando yo con tantas lucho.
Si señas tienen de ser
del gallardo español prueba,
señas Enrique le lleva
con que me pueda entender.
¿Qué modo hallara yo agora
para sosegar desvelos,
y conocer de mis celos
la oculta competidora?
Si yo conociese el dueño
que inadvertida perdió
el papel que ocasionó
los riesgos en que me empeño,
facilitara el cuidado
que confusa dificulto;
porque el enemigo oculto
mas daña que el declarado.
Ahora bien, aquí le hallé;
vuélvole al mismo lugar;
que escondida he de sacar
quien la perdidosa fue.
(*Echa el papel en el suelo.*)
Dudo en mi hermana y mi prima,
si bien con mas fundamento
en la segunda; mi intento
á nuevas cosas me anima.

Cualquiera que pase de ellas,
en viéndole le ha de alzar;
y si le perdió, ha de dar
muestras de gusto, y por ellas
quedaré informada yo.
Las dos estaban agora
en esa cuadra; no ignora
trazas quien celosa amó.

ESCENA III.

FELIPO.—CLEMENCIA.

FELIPO.

Clemencia, de tu eleccion
pende la paz de mi estado:
palabra á Enrique le he dado;
Carlos te tiene afición;
ama á Beatriz el de Francia;
ya tu sabes su poder:
consultar es menester
cosas de tanta importancia.
De tu entendimiento fio
riesgos que á tu arbìtrio dejo.

CLEMENCIA.

En el tuyo mi consejo,
siendo tuyo, será mio.

FELIPO.

Ven, y estudiemos los dos
lo que se ha de hacer en esto.

CLEMENCIA, *aparte.*

¿Hay estorbo mas molesto
que el presente? Ciego dios,
mal podreis averiguar
quien es mi competidora,
si dejo el papel agora,
y me obligan á ausentar.
¿Alzaréle? Pero no;
que si mi padre lo ve,
el crédito arriesgaré,

que mi recato ganó.
¿Qué he de hacer? Poco dichosa
soy en amores.

FELIPO.

¿No vienes?

CLEMENCIA.

Sí, señor.

FELIPO.

Discrecion tienes,
que es milagro siendo hermosa:
busquemos los dos salida
á confusion tan crüel.

CLEMENCIA, *aparte.*

Volveos á perder, papel;
que mas que vos voy perdida. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

—

BEATRIZ.

Perdíle, y sin él confusa,
desvanezco mi sentido.
¿Si acaso se me ha caido
por aquí? No tiene escusa
mi descuido. Echéle menos
agora: guardéle aquí.
(*Señalando la manga.*)
No sé cuando le perdí;
sé mi desgracia á lo menos.
¿Si le halló mi padre? ¡Cielos!
¿Si alcanzó á saber por él,
con riesgo de don Gabriel,
mi osadía y sus desvelos?
Negaré disimulada,
aunque la vida me cueste.
¡Mas válgame Dios! ¿no es este?
(*Álzale.*)
¡Ay prenda tan mal guardada,
cuanto con gusto adquirida!
no saldreis mas de mi pecho.

¡Qué de agravios que os he hecho!
Vos seais bien parecida.
Cuando agora por aquí
con Armesinda pasé,
se me cayó; ya podré,
temores, volver en mí.

ESCENA V.

CARLOS. DON GABRIEL.—BEATRIZ.

CARLOS.
(*Hablando aparte con don Gabriel á la puerta.*)
Yo sé que dándome celos,
la he de volver á adorar.

DON GABRIEL.
Tu estraño modo de amar
tendrá pocos paralelos.

CARLOS.
Gabriel, madama está aqui.

DON GABRIEL.
Comencemos tu quimera;
yo la llego á hablar.

CARLOS.
Espera;
déjame primero á mí
que con ella te introduzga
en España poderoso,
y que me muestre celoso
porque á tu amor se reduzga,
y tú despues llegarás.

DON GABRIEL.
Voyme, pues.

CARLOS.
Vé, y vuelve luego.

DON GABRIEL.
Mas que el amor eres ciego.

CARLOS.
¿Qué quieres? no puedo mas.
(*Vase don Gabriel.*)

ESCENA VI.

BEATRIZ. CARLOS.

CARLOS.

Madama, si os desobligo,
y á vuestra hermana pretendo,
es porque ofendido entiendo
que truje mi mal conmigo.
Quiero de suerte á un amigo,
y quereisle tanto vos,
que puesto que sabe Dios
lo que me cuesta olvidaros,
no os he de amar, por amaros
y daros gusto á los dos.

BEATRIZ.

Duque, ¿qué decís? Volved
por vuestro seso y por mí;
no os precipiteis ansí,
y en mas mi opinion tened.
Vuestra mudanza ofended;
pero no, Carlos, mi fama.
¿Qué amigo es ese?

CARLOS.

Madama,
no disimuleis conmigo;
soy de que le amais testigo, (1)
y él correspondiente os ama.
Pródigo intento y cortés
lograr con él una hazaña;
tendrá que envidiar España
desde hoy el valor frances.

BEATRIZ.

Acabemos ya: ¿quién es
sugeto tan ponderado?

---

(1) Suplido.

CARLOS.

Duque que á Castilla ha dado
sangre real; duque, en efeto,
de Nájara, que en secreto
es mi igual, y es mi criado.

BEATRIZ.

¡Válgame Dios! ¿Don Gabriel
es duque? ¿es tan gran señor?

CARLOS.

En los ojos vuestro amor
os lleva el alma tras él.

BEATRIZ.

A lo menos, si es mas fiel
que vos y menos mudable,
fuera ingratitud culpable
no amarle, cual presumís;
mas vos ¿de qué colegís
defecto en mí tan notable?

CARLOS.

(*Aparte.* Mintamos un poco, amor;
que va hallando esta quimera
mas celos que yo quisiera.)
Fiado de mi valor,
hasta el mínimo favor
me comunica.

BEATRIZ.

En efeto,
¿no hay entre los dos secreto?

CARLOS.

A persuadirme se anima
que fue por él el enîma
de «entiéndame el mas discreto.»
Presentóme por testigo
del amor que le mostrais,
señas que disimulais,
y él conjetura conmigo.
Si algunas de estas os digo,
ya graves y ya risueñas....

BEATRIZ.

Duque, ¿qué decís de señas?

CARLOS.

Señas le apuran el seso.

BEATRIZ.

Pues él ¿alábase de eso?

CARLOS, *aparte.*

Mentira, en mucho me empeñas.

BEATRIZ.

¿Señas, os ha dicho á vos,
que en mí alientan su esperanza?

CARLOS.

La amistad todo lo alcanza,
y es mucha la de los dos.

BEATRIZ.

¿Yo señas? (*Aparte.* ¡Válgame Dios!
En hombre que es tan perfecto,
¿puede caber tal defecto?)

CARLOS.

Por él, en fin, determino
que mude mi amor camino.
Tanto su amistad respeto.

BEATRIZ.

Sois vos todo gentilezas
que él os podrá agradecer,
mas no yo, pues llego á ver
mi agravio en vuestras finezas.
¡Ay cielos! si da en flaquezas
como esas, presumirá
señas que dicho os habrá.

CARLOS.

Muchas me contó, aunque obscuras,
y por esto no seguras,
que averiguando en vos va.

BEATRIZ.

¿Muchas y obscuras decís?

CARLOS.

Todo su pecho me fia.

BEATRIZ, *aparte.*

¿Qué escuchais, desdicha mia?
Necias industrias, ¿qué oís?

CARLOS.

Parece que lo sentís
como ofendida.

BEATRIZ.

¿Qué mucho,

si mis desdoros escucho
en quien ansí os engañó?

CARLOS.

Ó le amais, madama, ó no.

BEATRIZ.

(*Aparte.* ¡Con qué de congojas lucho!)
En fin, ¿es duque?

CARLOS.

Y marques
de Aguilar.

BEATRIZ.

No sé que hiciera
de mi libertad, si fuera
en vez de español, frances.

CARLOS, *aparte.*

Alto, celoso interes,
ya os hizo mi amor lugar.

BEATRIZ.

Pero podreisle afirmar
que alcanzara ventajoso
suertes que merece airoso,
y pierde por no callar. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CARLOS.

Buscaban celos mis daños
que á mi amor diesen desvelos,
y andando á caza de celos,
encontré con desengaños.
El que por medios estraños
en nuevos riesgos se arroja,
cuando coja
el fruto que yo cogí,
échese la culpa á sí;
porque siempre el que se ofusca
en peligros que aborrece,
si desdichas apetece,
halla mas de las que busca. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

FELIPO. ARMESINDA.

FELIPO.

Esto es lo consultado
por Clemencia, y de tí tiene cuidado
de suerte, que te estima
con afectos de hermana mas que prima.
Condesa de Bles eres;
si al duque Enrique por esposa adquieres,
y yo le persüado
que olvidando á Clemencia, trueque estado
y amor en tí, podemos
mudar en paces guerras que tememos.

ARMESINDA.

Señor, en vueselencia
libré, muertos mis padres, la obediencia
que á ellos les debia:
mi voluntad es tuya mas que mia;
mas cosas de ese porte,
no es justo que la prisa las acorte.
Consúltelas despacio,
pues sobran consejeros en palacio,
que mirarán prudentes
si se atajan con eso inconvenientes;
y yo del mismo modo,
entretanto veré si me acomodo
á disponer deseos
tan libres en mi edad de esos empleos.

FELIPO.

Tu discrecion, sobrina,
merece admiracion por peregrina.
Yo voy á consultarlos:
tú eres la paz del rey, de Enrique y Carlos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ARMESINDA.

Examine voluntades,
y haga Felipo esperiencia,
entretanto que en Clemencia
mis celos sacan verdades
si quiere al español mas
que obedecer á mi tio;
que despues, pues no soy rio,
bien puedo volverme atrás.

ESCENA X.

BEATRIZ.—ARMESINDA.

BEATRIZ.

(*Sin ver á Armesinda.*)
¿Es posible que tan grave,
tan cuerdo, tan entendido,
tan discreto y bien nacido,
(cuando lo que importa sabe)
duque don Gabriel Manrique,
el secreto encomendado,
y en fe de noble jurado,
con Carlos le comunique?
No, sospechas, no lo creo;
miente Carlos; conjeturas
serán las que mal seguras
(porque mude de deseo)
le inquietan la voluntad:
como en mis ojos ha visto
lo que en la lengua resisto,
querrá sacar la verdad
con mentiras que le impone.
Anda el español buscando
las señas con que le mando

que sus dichas ocasione;
ocupa cuando le asisto,
los ojos y el alma en mí;
y saca Carlos de aquí
(porque á los dos nos ha visto
con descuido cuidadoso)
celos de causas pequeñas.
Mas ¡decir lo de las señas!
Aquí el culparle es forzoso.
Lo mismo que acuso, abono;
y entre el sí y el no confusa,
hallo el agravio en la escusa,
y condenando, perdono.

ESCENA XI.

CLEMENCIA.—BEATRIZ. ARMESINDA.

CLEMENCIA.

(*Sin ver á las dos.*)
Si Armesinda lleva bien
el dar á Enrique la mano,
salió mi recelo vano;
poco mis sospechas ven.
Si rehusa este concierto
dándose por ofendida,
don Gabriel la trae perdida,
y mi temor salió cierto.

ARMESINDA.

(*A Clemencia.*)
Prima, en notable cuidado
hoy mis aumentos te ven;
darte puedo el parabien
de consejera de estado.
Tu padre que dificulta
riesgos que nacen de nuevo,
me afirma lo que te debo;
quedaréle á tu consulta
deudora; que es circunstancia
mucha que á Enrique se rinda

la libertad de Armesinda,
porque Beatriz reine en Francia.

BEATRIZ.

(*Aparte, recatándose de las dos.*)
¿Cómo es esto de reinar?
¿Otra vez vuelve este miedo?
Desde aquí escucharlas puedo.

CLEMENCIA.

¿Qué quieres? séte afirmar
que te estimo de manera,
que por tí me desposeo
del duque.

ARMESINDA.

¿Ya yo no veo
que eres mi casamentera?
Débote voluntad tanta,
que no admites, y te pesa
ser con Enrique duquesa,
por ser con Carlos infanta.

CLEMENCIA.

Prima, reales intereses
efectuólos la ambicion;
prométote que no son
mis pensamientos franceses.

ARMESINDA.

Serán españoles, prima.

CLEMENCIA.

¿Cómo?

ARMESINDA.

¿Pues no han de tener
alguna patria?

CLEMENCIA.

¿Es querer
pedirme celos?

ARMESINDA.

Enîma
es esta que tu amor traza,
y cuando piensas que está
secretísima, anda ya
á pregones por la plaza.

CLEMENCIA.

¿Estás en tí?

ARMESINDA.

No te asombres;
que debe ser tu beldad
alcalde de la hermandad
que prende en los campos hombres.

BEATRIZ, *aparte.*

¡Ay cielos! todo se sabe.
El español fementido
pródigo indiscreto ha sido;
perjuro dejó sin llave
secretos y confianzas.

ARMESINDA.

Alcaide fue tu cuidado
del cuarto en que retirado,
diste á riesgos confianzas.
¡Qué ingeniosa te apercibes
de torno, tiniebla y salas!
¡qué sazonada regalas!
¡qué misteriosa que escribes!
Ya yo he visto los papeles,
cifras de tu estraño amor.

BEATRIZ, *aparte.*

Todo lo ha dicho el traidor.

ARMESINDA.

No hay para que te receles;
que ya el español me fia
secretos encomendados,
porque tercie en sus cuidados.
¿Luego piensas, prima mia,
que no me reveló señas,
ya en acciones y ya escritas,
en que dudas facilitas,
y animas cuando despeñas?
Pues advierte que me hace
agente de tus amores,
y sé todos los favores
con que intentas que se enlace
en laberintos dudosos,
no sé á qué fin prevenidos,
conceptos con dos sentidos,
obscuros por misteriosos.
El papel que te escribió,

el crédito que con él
te acredita....

CLEMENCIA.

¿Don Gabriel
eso de mí te mintió?

ARMESINDA.

Eso y otras liviandades
que callo. ¿De qué te admiras?
(*Aparte.* Amor, digamos mentiras,
para averiguar verdades.)

CLEMENCIA, *aparte.*

¿Mas si celosa de mí
mi prima se ha declarado
con él, y cuenta la ha dado
de cosas que presumí
guardar seguras en él?
No hay hombre que no se alabe
de favores que aun no sabe:
imitólos don Gabriel.

ARMESINDA.

No hay para que recelarte
ya de mí: declaraté
con los dos. ¿Qué le diré,
prima mia, de tu parte?

CLEMENCIA.

Dile, prima, que por tí
facilitarle deseo
estorbos, y que en tu empleo
me tiene obligada á mí;
que no malogre invenciones
que tanto estudio te cuestan,
pues ellas le manifiestan,
aunque en sombra, tus pasiones;
que las joyas usurpadas
por tu industria, repartidas
tambien por tí, aunque escondidas,
no engañan disimuladas;
que facil se manifiesta
cualquiera ardid estudiado,
si se afecta demasiado;
y en fin....

ARMESINDA.

¿Qué locura es esta,
prima engañosa? ¿A qué efeto
es tanto disimular?
Hácesle desatinar,
sábese ya tu secreto,
¡y atribúyesme quimeras
que ni por el pensamiento
me pasan!

CLEMENCIA.

¡Donoso cuento!
Mira, prima, cuando quieras
que por señas un amante
sus discursos encamine,
no le hagas que desatine;
procura de aquí adelante
probar su ingenio de modo,
que señas y conjeturas,
ni del todo sean obscuras,
ni tan patentes del todo,
que los demas las entiendan;
porque es fuerza que el cuidado
ame siempre desvelado,
y que sus ojos pretendan
registrar en cualquier dama
acciones que acasos hechas,
den motivo á sus sospechas,
y luego piense que le ama.

ARMESINDA.

¿Para qué gastas dotrina
que tú sola has menester?

CLEMENCIA.

¿Yo? Pues mira: has de saber
que tu español imagina
que yo soy la arquitectora
de la máquina que hiciste;
que como le persuadiste
á amar por señas, y ignora
cual de las tres de esta casa
es la que ha de obedecer,
apenas nos llega á ver,
cuando estudioso nos tasa

las acciones mas pequeñas,
una risa, un volver de ojos,
con que al punto sus antojos
juzgan que le hacemos señas.
Cayóseme un guante ayer,
y creyéndole favor,
ya me imagina en su amor
perdida; quise volver
por mí, y atajar locuras;
mas poco me ha aprovechado,
pues necio y desbaratado,
no sé que salas á escuras,
tornos y prendas robadas
alega, con presuncion
de que yo fui la ocasion.
Como no le persüadas
á que eres tú su desvelo,
contemporizar con él
es fuerza; que el don Gabriel
es un español del cielo,
y no es bien que ya apurado
el seso, siendo yo cuerda,
permita que por tí pierda
el poco que le has dejado. (*Vase.*)

ESCENA XII.

—

BEATRIZ, *retirada.* ARMESINDA, *sin verla.*

ARMESINDA.

Esto es burlarse de mí,
esto es haber ya sabido
del criado fementido
cuanto en este caso oí.
A no ser ella la autora
de esta confusa quimera,
claro está que no supiera
lo que me refirió agora.
De celos estoy perdida;
mas no logrará, si puedo,

los lances de tanto enredo.
¿Yo burlada? ¿Ella querida?
Haré que el duque castigue
arrojos de amor tan loco;
que en competencias, no es poco
estorbar quien no consigue. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

BEATRIZ.

No hay en casa quien no sepa
cuanto al silencio fié.
¡Ay cielos! ¿cómo creeré
que en semejante hombre quepa
tal falta, tan vil defecto?
Pero culparle es en vano;
que ya escediera de humano,
si en todo fuera perfecto.

ESCENA XIV.

DON GABRIEL.—BEATRIZ.

DON GABRIEL.

Harásele, gran señora,
á vueselencia de nuevo
el ver que á hablarla me atrevo,
cosa rara en mí hasta agora;
pero alienta mi temor
quien puede, y por vos se abrasa.

BEATRIZ.

Decid; que no es nuevo en casa
teneros por hablador.

DON GABRIEL.

¿Hablador yo?

BEATRIZ.

Proseguid.

DON GABRIEL.

Mal su opinion acredita
quien la que tengo me quita,
mintiendo....

BEATRIZ.

Decid, decid.

DON GABRIEL.

Porque es la mas civil mengua
para mí....

BEATRIZ.

Serán antojos
de quien os buscó todo ojos,
y os ha hallado todo lengua.
Decid.

DON GABRIEL.

Envidia será
de quien con vuestra escelencia
lo que no osa en mi presencia....

BEATRIZ.

Decid, acabemos ya.

DON GABRIEL.

Afirma, contra el valor
que en mí esos desdoros teme.

BEATRIZ.

Don Gabriel, decid, ó iréme,
que sois terrible hablador.

DON GABRIEL.

Si en tal opinion me veo....

BEATRIZ.

Dejad eso, y proseguid.

DON GABRIEL.

Pues vos lo mandais, oid.
Yo deseo, y no deseo,
cumplir leyes y precetos
de quien á hablaros me envia,
y sus secretos me fia.

BEATRIZ.

¡Guardais vos muy bien secretos!
(*Saca y hace que lee un papel.*)

DON GABRIEL.

¿Pues podeis vos ofenderos
de haberlos quebrado yo?

BEATRIZ.

¡Jesus! ¿Vos quebrado? No:
antes los decís enteros.

DON GABRIEL.

El envidioso ignorante,
que me juzga poco fiel....

BEATRIZ.

Levantad ese papel,
(Déjale caer de industria ella, y levántale él mirándole.)
y proseguid adelante.

DON GABRIEL, *aparte.*

¡Ay cielos! mi letra es esta.

BEATRIZ.

Dadle acá.
(Tómasele desdeñosa.)

DON GABRIEL.

Señora mia....

BEATRIZ.

Al que secretos os fia,
podeis darle por respuesta
que estudie en mis escarmientos
si el fiarse es cosa baja
de habladores de ventaja,
que infaman sus juramentos. *(Vase.)*

ESCENA XV.

DON GABRIEL.

¡Madama! ¡señora mia!
Rayos mortales arroja.
¡Agora, cielos, se enoja,
que manifestar queria
obscuridades de amor!
¡agora que comenzaba
mi dicha, y se declaraba!
¡Tal desden en tal favor!
¡Gentil premio de desvelos!
¡Bien satisfechos cuidados,
de habladores infamados!

¿Qué es esto, inclementes cielos?
¿No ví en manos de Clemencia
hoy mi papel? ¿No es el mismo
que hallé agora? En tal abismo,
¿quién ha de tener paciencia?
¿Con quién comunico yo
secretos tan castigados,
de injurias galardonados,
sino con quien me mostró
como carta de creencia
el billete que firmé?
Si amor por señas juré,
y hallo señas en Clemencia,
¿es mucho que desatine
creyendo que es su inventora?
¿Pues cómo lo sabe agora
su hermana? ¿cómo á hallar vine
en sus manos mi papel?
¿cómo Armesinda me aguarda
con las señas de Gerarda?
¿Fue el intrincado vergel
mas confuso, de Teseo?
No, cielos, no hay mas salida
para no apurar la vida,
(que pienso que lo deseo)
sino creer que las tres
conjuradas contra mí,
comunican entre sí
secretos, porque despues,
como cada cual me engaña,
entre tanta confusion,
castiguen la presuncion
que Francia culpa en España.

ESCENA XVI.

—

CLEMENCIA.—DON GABRIEL.

CLEMENCIA.

(*Aparte.* Mi padre, pues yo no puedo,

tanta máquina averigüe,
y mis celos apacigüe;
desharemos este enredo,
y saldré yo de cuidado,
aunque me llamen crüel.)
¿Aquí estais vos, don Gabriel?
Nunca os veo acompañado;
mas tampoco lo está Apolo.

DON GABRIEL.

Es esta condicion mia.

CLEMENCIA.

Sí; pero sin compañía,
mucho hablais para estar solo.

DON GABRIEL.

¿Tambien vos formais agravios?

CLEMENCIA.

Amante he yo conocido
que hubiera dichoso sido
á saber cerrar los labios;
y alguna en casa ofendida....

DON GABRIEL.

Diréos, si me dais lugar....

CLEMENCIA.

¿Hablarme vos? No hay que hablar.
Guardaos, no os cueste la vida. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON GABRIEL.

Alto, otra vez se eclipsó
la certidumbre infeliz
de que madama Beatriz
conmigo se declaró,
pues su hermana hizo lo mismo.
¿Cuál de ellas, amor, creeré
que de esta máquina fue
la artífice? En un abismo,
con dos vientos encontrados
navego sin esperiencia;

ya Beatriz, y ya Clemencia,
la nave de mis cuidados
combaten; y en tanta mengua,
las dos intimando agravios,
una castiga mis labios,
y otra aborrece mi lengua.

ESCENA XVIII.

CARLOS.—DON GABRIEL.

CARLOS.

De la confianza necia
que en vos mi amistad creyó,
sé que á España se pasó
la fe fallida de Grecia.
Basta, que á Beatriz amais,
y dueño de sus desvelos,
por darme de veras celos,
los de burlas escusais.
Cuando yo puse los ojos
en Clemencia, si á su hermana
amó vuestra fe liviana,
escusárades enojos
diciéndome la verdad
que ya en vuestra lengua dudo;
pero amigo que es tan mudo,
guárdese de mi amistad. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON GABRIEL.

¡Señor! ¡gran señor!—¿Qué es esto?
¿qué concurrencia de males,
qué espíritus infernales
tanta maraña han compuesto?
A todos los he agraviado:

todos acusan mi amor;
con las damas hablador,
y con el duque callado.
La fortuna intenta verme,
gustosa en desbaratarme,
con lengua para culparme,
sin ella para perderme.

ESCENA XX.

—

ENRIQUE.—DON GABRIEL.

ENRIQUE.

Gabriel, Clemencia me envia,
puesto que entre obscuridades,
á que agradezca amistades
que no supe que os debia.
Afirma que en mi favor
le habeis propuesto razones
opuestas á pretensiones
de Carlos, vuestro señor;
y como sé la lealtad
que le guardais y debeis,
aunque de mi parte esteis,
no es tanta nuestra amistad
que presumiera tal cosa,
á no tener fundamento
en que lo haceis con intento
de que Beatriz sea su esposa.
¡Digna accion de la cordura
que en vuestro valor se encierra,
pues se ataja así la guerra
que de otra suerte aventura!
Porque aunque arriesgue el perderme,
su palabra ha de cumplirme
Felipo, ó yo prevenirme
contra quien guste ofenderme.
En efecto, sea por esto,
ó por lo que vos sabreis,
tan persuadida teneis

á mi dama, que ha propuesto
no hacer mas de lo que vos
dispusiéredes.

DON GABRIEL.

¿Clemencia
dice que estriba en mi agencia
el desposaros los dos?

ENRIQUE.

Y que estos inconvenientes
bastais vos solo á atajarlos.

DON GABRIEL.

¿Yo? ¿en deservicio de Carlos?

ENRIQUE.

Señas me dió suficientes,
aunque obscuras para mí,
que sin quererse esplicar,
dice, no podreis negar.

DON GABRIEL, *aparte.*

¡Cielos! ¿en que os ofendí?
¡Amante y casamentero!
¡Desleal á mi señor!
¡Ya infamado de hablador!
¡ya su esposo, y ya tercero!

ENRIQUE.

Que esperimente verdades
que en vos admire, desea;
y que obligaciones crea
de finezas y amistades.
No sé yo con que pagaros
tanto. Dice que sigais
la traza que en esto dais;
que alguna vez saldrán claros
los cielos, hasta aquí obscuros;
pues para los animosos,
principios dificultosos
prometen fines seguros.
Don Gabriel, ¿qué traza es esta?
que es rigor demasïado,
siendo yo el interesado,
ignorarla.

DON GABRIEL, *aparte.*

¿Qué respuesta

la daré, confusion mia?

ENRIQUE.

Y que si nó me creeis,
por señas no lo dejeis;
que hartas conmigo os envia.

DON GABRIEL, *aparte.*

¿Pudo declararse mas?
¿Luego no fue Beatriz ¡cielos!
la autora de mis desvelos?
volved, esperanza, atrás.
¿Pero cómo me condena,
si no es Beatriz, su rigor
á delitos de hablador?
¡Nunca yo entrara en Lorena!

ENRIQUE.

Acabadme de sacar
del golfo en que me habeis puesto.
Decid, don Gabriel, ¿qué es esto
de acertar y no acertar?

DON GABRIEL.

¿Pues eso tambien os dijo?

ENRIQUE.

Esto al partirse la oí;
y que entendereis por mí
este misterio prolijo
sin declaróroslo á vos,
afirma; y que es de importancia,
en tal caso, mi ignorancia.

DON GABRIEL, *aparte.*

¡Estraña muger, por Dios!

ENRIQUE.

¿Queréisme ya despenar?
Sacadme de este cuidado.

DON GABRIEL.

Duque Enrique, hanme obligado
á ver, oir y callar.
Si ella afirma que os importa
que este secreto ignoreis,
y os ama, ¿qué mas quereis?

ENRIQUE.

¿Clemencia conmigo corta,
y con vos tan liberal?

Don Gabriel, ¡aquí de Dios!
¿por qué habeis de saber vos
lo que á mí no me esté mal,
y ha de negárseme á mí?

DON GABRIEL.

Eso dígalo Clemencia;
que yo no tengo licencia.

ENRIQUE.

Mirad que saco de aquí
conjeturas no pequeñas,
que os desdoran de algun modo.

DON GABRIEL.

Eso sí, sed vos y todo,
astrólogo de mis señas;
pero no ingrato á lo mucho
que afirma que me debeis
Clemencia.

ENRIQUE.

En fin, vos quereis
que en los misterios que escucho,
y no acabo de alcanzar,
pierda el seso.

DON GABRIEL.

¿El seso? no;
mas quiero que como yo
tengais que filosofiar.
Que os prometo que es mi amor
tan mudo, que vive preso
en el alma, y con todo eso
me le culpan de hablador.
No alcanza quien no obedece,
ni sin peligro hay batalla,
ni merece quien no calla,
ni quien malicia merece.
Esto la dad por respuesta;
y decid, que pues dispuso
que os tuviésemos confuso,
y os importa, aunque os molesta,
la traza entre los dos dada,
se ponga en ejecucion,
porque perderá sazon
si hoy no queda desposada;

que os disfrazó pensamientos
para acendrar vuestra fe,
porque yo jamás quebré
palabras ni juramentos.

ENRIQUE.

Amor es loco, sus temas
imposibles de vencer;
yo no acabo de entender
el blanco de estas problemas;
pero si cual conjeturo,
hoy ha de llamarme esposo
Clemencia, tan venturoso
seré, como el medio obscuro.
Voy, porque no me hagais cargo
de que á malicias me atrevo,
si bien sabré lo que os debo,
pues no es el término largo.
Pero vivid advertido
en lo que habeis maquinado,
que si agradezco obligado,
me satisfago ofendido. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

DON GABRIEL.

Todos forman de mí queja;
á tragos la muerte bebo.
(*Echan por una ventana un billete.*)
¿Qué es esto? ¿Hay peligro nuevo?
Arrojaron de la reja
un papel. Si es semejante
(*Álzale y léele.*)
á sus dos antecesores,
no mas ambiguos amores;
mude su dueño de amante.
(Lee.) *Ya por esperiencia sé*
cuan obediente y discreto
vive por vos el secreto
que oculta os encomendé;

no es bien que el premio lo esté,
que os ofrece la fortuna:
ocasion hay oportuna;
id como la vez primera
al torno; que allí os espera,
de las tres la una, y ninguna.
Como cumpla lo que dice,
demos por bien empleado
todo el desvelo pasado;
si es que á dudas satisfice,
fortuna, acábese ya
el tema de estos engaños.

ESCENA XXII.

—

MONTOYA.—DON GABRIEL.

MONTOYA.

(1) Dos horas, si no dos años,
anda de acá para allá
en busca tuya, y no te halla....

DON GABRIEL.

¡Montoya!

MONTOYA.

Cierta señora
tapada, que embaucadora....

DON GABRIEL.

Montoya, sígueme y calla.

MONTOYA.

Doy á la lengua cien nudos;
que pues por tí se me estanca,
aquí pasa Salamanca
el colegio de los mudos. (*Vanse.*)

---

(1) Este trozo está impreso en la edicion original en la forma siguiente.

Dos horas sino dos años,
anda de aca para allá
en busca tuya, y no te halla,
Montoya, cierta señora
tamañana. *Gab.* Calla, Montoya.
Mon. Que embauca. *G.* Sigueme, y calla.

ESCENA XXIII.

FELIPO. CLEMENCIA.

CLEMENCIA.

Esto es, señor, lo cierto;
Armesinda este ardid ha descubierto.
Lo que de mí has oido,
del modo que te afirmo ha sucedido;
á Enrique menosprecia,
no estima á Carlos, porque loca, ó necia
al español adora.

FELIPO.

¡De tantos embelecos inventora!
Clemencia, considera
que parece imposible tal quimera.
En tan pequeños años
¿puede Armesinda hacer tantos engaños?

CLEMENCIA.

Para ellos la habilita
ese cuarto, despues que no se habita
desde el año pasado
por las muertes que en él hemos llorado
de mi madre y señora,
y del duque mi hermano; alli inventora
de peregrinas trazas,
con tornos, con papeles y amenazas
que ingeniosa dispuso,
del español el seso trae confuso.

FELIPO.

Júzgote con tu prima
apasionada, viendo que no estima
á Enrique, cuando quieres
á Carlos: sois estrañas las mugeres.

CLEMENCIA.

Espera, haz una cosa;
darásme, si nos sale provechosa,
el crédito debido.
Llama aquí al español favorecido,

como otras veces sueles;
que entre otros, trae consigo dos papeles
que le escribió esa dama
á quien su confusion por señas ama;
conocerás sin duda
por la letra la autora amante y muda
que el estilo profana
con que amor hasta aquí su imperio allana.

FELIPO.

Bien dices: de ese modo
sabré quien es, y se averigua todo.
Mandaré que le llamen,
y en él de estos misterios haré examen.

ESCENA XXIV.

ARMESINDA.—FELIPO. CLEMENCIA.

ARMESINDA.

(*Aparte al salir.*)

¿Qué puede buscar ¡cielos!
don Gabriel en tal parte sino celos
que apuren mi cuidado?
¡En el cuarto tanto há deshabitado,
y cerrarle la puerta
luego que entró! Sospecha, saldreis cierta,
si á confirmaros torno:
allí el teatro oculto, allí está el torno,
amor, de mi tragedia.
Si el duque tanto insulto no remedia,
quedará mi esperanza
marchita en flor, sin fruto mi venganza.

FELIPO.

Armesinda, ¿qué es esto?

ARMESINDA.

Sutilezas de amor con que ha dispuesto
Clemencia, señor mio,
cuando tu ofensa no, su desvarío.
Esa parte de casa
que no se vive, tu opinion abrasa.
Mi prima, que atropella

respetos de quien es, oculta en ella
á quien te certifique
la causa porque deja al duque Enrique.

CLEMENCIA.

Desatinada vienes.
¡La culpa me atribuyes que tú tienes!
¿Perdiste el seso, prima?

ARMESINDA.

Ya se saben verdades de este enîma,
ya el cuarto, el torno y salas
donde escribes, obligas y regalas
al español dichoso,
agora en posesion, antes dudoso.
Derriba, señor, puertas,
que solo estan á nuestro agravio abiertas.

FELIPO.

¡Qué es esto, cielo santo!

CLEMENCIA.

Averigua, señor, enredo tanto;
que si la letra miras
de los papeles, no podrán mentiras
desdorar mi inocencia.

ARMESINDA.

Eso pretendo yo, haga esperiencia
la averiguacion sábia
de la agresora que tu casa agravia.

FELIPO.

Echaré por el suelo, (1)
abrasaré impaciente
el palacio, la autora, el delincuente
de tanto ciego insulto. (*Vase.*)

ARMESINDA.

No has de lograr tu amor hasta aquí oculto.

CLEMENCIA.

Con frívolas disculpas
disfrazas evidencias de tus culpas.

ARMESINDA.

¡Qué loca te despeñas!

CLEMENCIA.

Pues poco has de lograr tu amor por señas. (*Vanse*)

---

(1) Verso no rimado, que el autor se olvidaria de borrar.

La sala del torno. Está oscura.

ESCENA XXV.

DON GABRIEL. MONTOYA.

MONTOYA.

Segunda vez nos enmonjan,
y cerrándonos las puertas,
solos, de noche y á escuras,
á pares nos emparedan.
Tú que sabes lo que pasa,
ni tienes miedo, ni tiemblas;
mas yo que no he merecido
tantica historia siquiera
con que sobornar temores,
¿qué he de hacer sino hacer cera?

DON GABRIEL.

Todo ha de parar en bien.

MONTOYA.

No pare en la chimenea
por donde á ciegas me embutan;
pongan luz y saquen cena,
y estémonos aquí un siglo.
(*Llaman dentro al torno.*)

DON GABRIEL.

Allí llaman.

MONTOYA.

Allí llega
tú, que eres el consiliario;
que yo en la dicha comedia
no soy mas que el mete-sillas.
(*Vuélvese el torno con un billete y una luz.*)

DON GABRIEL.

¡Luz y papel!

MONTOYA.

Ansí empiezan

los actos de nuestra farsa.

DON GABRIEL.

(*Aparte.* Una es la nota y la letra
de este y de los otros tres,
y dice de esta manera:

(*Apártase de Montoya, y lee.*)

*Madama Beatriz se alaba
de que le habeis dado cuenta
de secretos prometidos
que el bien nacido conserva;
Carlos los sabe, Armesinda
á todos los manifiesta,
ya se los habrá contado
á los tres duques Clemencia:
ved si está puesto en razon
que quien juramentos quiebra,
cuando el premio que esperaba
perdió, pase por la pena.
Poneos bien con Dios al punto,
porque dentro de hora y media
he de hacer que en ese sitio
encubra siempre la tierra
lo que no encubrístes vos;
que temo de vuestra lengua,
si agora no la sepulto,
que ha de hablar despues de muerta.*
Esta es sofistica escusa
de quien cavilosa intenta
honestar sus liviandades
al nuevo interes que afecta.
Ya Clemencia, ya Beatriz,
ya Armesinda la una sea
de las tres, la enigma dama,
si ama á Carlos la primera,
la segunda al rey frances,
y apetece la tercera
á Enrique, ¿qué maravilla
que recele que se sepan
los arrojos de su gusto?
Temerosa de mis quejas,
con la muerte me amenaza;
pero primero que muera,

hará mi valor alarde
de la sangre que le alienta.)
(*Saca la espada.*)
Saca la espada, Montoya.

MONTOYA.

¿Para qué la quieres fuera?

DON GABRIEL.

Acaba, ó te mataré.

MONTOYA.

¿Pues tú conmigo pendencias?
¿A cuchilladas me pagas
catorce ó veinte cuaresmas
que he ayunado en tu servicio?
¿No digo yo que andan sueltas
por este cuarto de ahorcado
Margarusas? (*Aparte.* ¿Si me trueca
la cara algun Gacipiro,
y que soy gigante piensa?)
Montoya soy, vive Apolo:
ten, señor, por Dios, vergüenza
de ensuciar tus limpias manos
en sangre lacaya.

DON GABRIEL.

Bestia,
¿qué dices?

MONTOYA.

Las letanías.

DON GABRIEL.

Mira que á matarnos entran
traidores disimulados.

MONTOYA.

¿Hácia dónde estan, que puedas,
encantados, verlos tú,
y yo agora llenos tenga
los ojos de cataratas?
A Dios y á ventura, muera
todo fauno, sierpe ó grifo.
(*Saca la espada.*)

DON GABRIEL.

Ponte á mi lado, no temas.

MONTOYA.

Si se hallare en toda Europa

quien mas desdichado sea
que yo....

DON GABRIEL.

¿Tiemblas?

MONTOYA.

Tiemblo y sudo;
olerásme si te acercas.
¿Quieres ver cuán venturoso
soy? Pues escucha. Una siesta
soñaba que me habia hallado
tres bolsas y dos talegas
de doblones de á dos caras;
tendílos sobre una mesa,
y cuando empecé á contarlos,
al primero me despiertan,
dejándome de la agalla,
sin permitirme siquiera
que entre sueños recrease
mi codicia con su cuenta.
Soñé otra vez que me daban,
sacándome á la vergüenza
por las calles de la corte,
cuatrocientos de la penca.
Iba yo cari-vinagre,
llorado de verduleras,
entre escribas y envarados,
las espaldas berengenas.
Y á cada «esta es la justicia,»
me pespuntaba el gurrea
los ribetes cuatro á cuatro,
cual Dios le dé la manteca.
Considera tú qué tal
iria mi reverencia,
que vive Dios, que escocian
como si fuesen de veras.
Pues fue mi ventura tanta,
para que envidia la tengas,
que hasta el último pencazo
no desperté; de manera
que cuando sueño doblones,
al primero me recuerdan,
y cuando azotes, me obligan

que hasta el cuatrocientos duerma.
¿Hay bestia mas desdichada?
(*Golpes grandes á la puerta por dentro.*)

ESCENA XXVI.

FELIPO. BEATRIZ. CLEMENCIA. ARMESINDA. ENRIQUE. CRIADOS *y* DAMAS.—DON GABRIEL. MONTOYA.

FELIPO, *dentro.*
Si no abriere, echad por tierra
las puertas.

MONTOYA.
Descomunal
jayan Tranquitrinco, espera.
Santïago, cierra España.
A ellos, señor, ó á ellas.
(*Cae la puerta, y salen los duques, damas y criados.*)

UN CRIADO.
Ya está abierto para todos.

MONTOYA.
¡Los duques y las duquesas!

DON GABRIEL, *aparte.*
¿Pues cómo? Quien me amenaza
de muerte, porque no sepa
ninguno mudanzas suyas,
¿agora con todos entra?

FELIPO.
Rendid, español, las armas.

DON GABRIEL.
A los pies de vuestra alteza,
ellas, el dueño y la vida.

MONTOYA.
La bolsa, el dinero y ellas.

FELIPO.
¿Es blason de generoso,
á costa de su nobleza
desasosegar palacios,
y, estrangero, hacer ofensa
á tanto príncipe y dama?

DON GABRIEL.

Quien á sustentar se atreva
que yo....

FELIPO.

Ya se sabe todo.

DON GABRIEL.

Hice cosa que no deba,
ni aquí, ni....

FELIPO.

Don Gabriel, basta;
dicho me han de esta quimera
lo que pasa, aunque en confuso.

DON GABRIEL.

No yo á lo menos; que precia
mi valor guardar palabras
que tanto riesgo me cuestan.
Y pues contra esto me indician,
diga madama Clemencia,
diga Carlos, señor mio,
Beatriz y su prima bella,
vuestra alteza, el duque Enrique,
¿cuándo permití á la lengua
secretos encomendados,
que de los labios escedan?

MONTOYA.

(*A Armesinda aparte.*)
Chiton, por amor de Cristo,
dama en cifra, niña almendra,
en lo de la sala y torno,
joyas, papel, noche y cena.

FELIPO.

¿Cuál de estas tres, español,
mandándoos amar por señas,
es la sutil inventora
de tanto artificio?

DON GABRIEL.

Fuera,
gran señor, yo afortunado,
á alcanzar mis diligencias
la solucion de esas dudas.
No lo sé, si bien sospechas
tengo en todas tres.

FELIPO.

Mostrad
dos papeles; que su letra
alumbrará confusiones.

DON GABRIEL.

Dénme todas tres licencia
para hacer de ellos alarde;
que sin dármela, aunque muera,
no me atreveré á enseñarlos,
por no ofender la una de ellas.

BEATRIZ.

Yo os la prometo.

CLEMENCIA.

Yo y todo.

ARMESINDA.

Yo tambien.

MONTOYA.

Traza discreta
para deshacer pandillas.
(Dáselos, y míralos Felipo.)

FELIPO.

Ni de Beatriz, ni Clemencia,
ni de Armesinda es la forma;
todos son de mano agena.

MONTOYA.

Pues volvamos á tocar
tercera vez á tinieblas.

DON GABRIEL.

Si las tres me lo permiten,
y perdona vuestra alteza
de este amor enmarañado
culpas, que no sé que tenga,
señas ofrezco bastantes
mas seguras que la letra (1)
para conocer su autora,
por mas que ocultarse quiera.

BEATRIZ.

Ya la teneis.

CLEMENCIA.

Acabad.

---

(1) Suplido.

FELIPO.

¿Qué dices tú?

ARMESINDA.

Que desea
mi confusion verse libre.

MONTOYA, *aparte.*

Aquí la trampa se suelta.

DON GABRIEL.

¿Quién, pues, de las tres madamas,
á las dos de vueselencias
dió las joyas de diamantes,
que al pecho sacaron puestas
la primer vez que me hablaron?

BEATRIZ.

Leonora mi camarera
debajo mis almohadas
halló esta cruz, sin que sepa
cómo ó quien allí la puso,
y tambien esotras piezas,
que por saber este enigma
dí á las dos.

UNA DAMA.

Es cosa cierta
lo que mi señora afirma.

FELIPO.

En fin, ¿que quien nos enreda
se ha de reir de nosotros?

MONTOYA.

Desmaráñelo un poeta.

DON GABRIEL.

Señor, si esta vez no doy
con el engaño, no tengas
de averiguarle esperanzas.

FELIPO.

Decid.

MONTOYA.

Ya va la tercera.

DON GABRIEL.

Cuando agora entré á esta sala
¿estaban con vuestra alteza
las tres madamas presentes?

FELIPO.

Solo Beatriz faltó de ellas.

DON GABRIEL.

Pues ella estaba en el torno,
y apurando mi paciencia
amenazaba mi vida;
ella es la dama encubierta
que se entretiene en burlarme.

FELIPO.

¿Qué respondeis?

BEATRIZ.

Que confiesa
lo que la lengua rehusa
en la cara la vergüenza.

ESCENA XXVII.

CARLOS.—DICHOS.

CARLOS.

Antes moriré á su lado,
que en Francia persona ofenda
al de Nájara, mi amigo.

FELIPO.

¿Qué es?

MONTOYA.

Es chilindrina nueva.

CARLOS.

Mi hermano el rey se casó
con Ricarda, infanta inglesa;
y muerto en España el duque
de Nájara, porque queda
sin sucesion, don Gabriel,
sobrino suyo, le hereda.
Pésames y parabienes
os den juntos estas nuevas,
y vos Felipo á Beatriz,
permitiendo que merezca
mi intercesion y amistad
lo que madama desea,

que es juntar en don Gabriel
á Nájara con Lorena.
Mi esposa será Armesinda,
dando la mano á Clemencia
Enrique, porque amistades
desbaraten competencias.
Alcance yo vuestro sí.

FELIPO.

Dueño es, señor, vuestra alteza
de mi voluntad y estado;
como lo dispone sea.

DON GABRIEL.

A vuestros pies, gran señor....

CARLOS.

Levantad; que ansí se venga
de agravios que amor enlaza,
la sangre noble francesa.

MONTOYA.

¡Trinidad de desposorios!
Solo Montoya se queda
incasable ó celibato,
paralelo de una dueña.

DON GABRIEL.

Invencionero ingenioso
es amor; esta novela,
senado ilustre, lo diga,
y en ella el *Amar por señas.*



EXAMEN

DE

AMAR POR SEÑAS.

Un caballero español, á quien habian sacado de su país inconstancias de su dama, se acomoda al servicio de un príncipe frances, y enamora con su brio y nobles cualidades á una duquesa, cuya mano por fin obtiene. Acompaña al feliz aventurero un criado hablador y medroso que descubre los secretos de su amo, de quien el príncipe su favorecedor exige que le dé celos con la duquesa. Esto es una repeticion de la comedia *Amor y celos hacen discretos*, incluida en el tomo segundo de Tellez, y publicada por Francisco Lucas de Ávila, su sobrino, el año 1626: la de *Amar por señas* debió ser escrita mucho despues, porque no forma parte de la coleccion. No obstante que los incidentes indicados se hallan en ambas comedias, se distinguen estas entre si mucho, porque en la una son el fundamento de la fábula, y en la otra una parte muy accesoria. Los caracteres de los principales personages tambien difieren. La duquesa de Amalfi es envidiosa, apasionada y resuelta, la de Lorena reflexiva, disimulada y sagaz. Carlos, el gran mariscal de Nápoles, es un mentecato; Carlos duque de Orleans, no pasa de ser un joven caprichoso. Don Pedro se grangea el afecto de Margarita solo porque escribe cartas discretas de amor en nombre de su amo; don Gabriel inspira aficion á Beatriz venciendo en un torneo á los paladines de Francia. En *Amor y celos* la figura principal es de muger, en *Amar por señas* luce algo mas el hombre. Aun con estas diferencias quedaria gran semejanza entre ambos argumentos; pero la fecundidad inagotable de Tellez halló el modo de distinguirlos completamente, variando la base de la fábula y la situacion de los personages, pues en la primera composicion empieza la dama desde la primera entrevista que tiene con el español á manifestar que le quiere, y en la segunda tiene él que rastrear la verdad

entre las equívocas señales que le dan tres mugeres, que obrando de por sí y por interes particular cada una, parece que de comun acuerdo conspiran para confundirle.

El acto primero es sumamente teatral. En la esposicion vemos un amo y un criado puesto cada cual en su lugar respectivo, cosa tan rara en las obras dramáticas de aquella época, que el autor, quizá mas para disculparse de la novedad que con ánimo de reprimir una licencia de que él usaba como todos sus compañeros, introduce un diálogo de crítica literaria, que ni era propio ni necesario despues de haber dicho don Gabriel á Montoya: «ya sabes mi condicion: servir y callar.” Con todo, aquellos pocos versos ofrecen una de las muchas pruebas que tenemos de que si nuestros antiguos cómicos cometian ciertos defectos, no era por falta de luces para conocer que erraban, sino porque escribian de prisa y sacrificaban los avisos de la cordura á la diversion del vulgo. Hecha la esposicion en las escenas primera y segunda, aparece un nuevo personage en el bosque. No viene allí por casualidad; casi nada hay casual en esta pieza, cuyo plan es el que debió meditar mas el autor, ó le salió mejor que todos, ora con mas ora con menos estudio. Ricardo quiere obligar á don Gabriel á que le siga hasta el palacio donde piensa encerrarle: obsérvese con qué tino estimula su curiosidad. Apenas ha dicho que le ha robado la maleta, cuando añade que es de orden de una dama que le quiere; pregunta don Gabriel quién es la dama, y el astuto emisario de Beatriz nombra á las tres princesas de Lorena, y le asegura que una de ellas solicita que suspenda su viage. Ya sabemos por confesion del mismo don Gabriel que tiene inclinacion á la sucesora del duque; esta misma puede ser la que le llame, porque es una de las que habitan en el palacio vecino; en la maleta van las joyas de la dama que fue primer amor de don Gabriel: es imposible, pues, que deje de correr tras de Ricardo, el cual, ya huyendo, ya parándose, le hace llegar hasta la sala donde consigue su intento. La ocurrencia de descolgar al criado por la chimenea es singular y chistosa, que es lo que necesita.

Mueven el torno, vense los presos á la luz que trae, lee don Gabriel la carta anónima, y no desmiente un punto su ordinaria reserva: don Gabriel no tiene confi-

dente en todo lo que dura el drama, Beatriz se queda sin el suyo á la mitad del primer acto: véase si Tellez sabia salir de la senda trillada cuando queria. La partida de Ricardo está bien dispuesta: retirado este testigo, el espectador ya comprende que el nudo no se ha de desatar por el trivialísimo medio de encontrarse don Gabriel con aquel hombre, conocerle y obligarle á declarar quién le habia mandado hacer el hurto de la maleta. Montoya no vió á los que le sorprendieron, y así es imposible que los conozca. Beatriz reparte luego con su prima y su hermana las joyas de don Gabriel, sin darles cuenta de su designio: al llegar aqui ocurre una duda. ¿No hubiera sido mas natural y prudente que Beatriz se fiara de Armesinda y Clemencia, interesándolas á favor suyo? No: porque el amor de una dama á un hombre inferior á ella no podia merecer la aprobacion de dos deudas tan inmediatas, y Beatriz sin duda habia conocido que la gallardía del español habia hecho en el ánimo de la prima y de la hermana el efecto que advertimos por lo que le dicen la primera vez que le ven. Beatriz queria saber á cuál de las tres se inclinaria don Gabriel voluntariamente; Beatriz superior en poder, discrecion y belleza á sus competidoras, queria probar si don Gabriel tendria talento y gusto para escoger lo mejor. Fuera de esto, prestándose Clemencia y Armesinda á divertirse con don Gabriel á sabiendas, el plan de la comedia ninguna novedad ni interes hubiera ofrecido.

Preséntase don Gabriel á las tres hermosas, pone los ojos en Armesinda, y la ve una de las joyas de Gerarda: luego aquella es su favorecedora oculta: mira á Clemencia; Clemencia tiene tambien otra joya de las mismas: ¿cuál es entonces de las dos, supuesto que entrambas se le han manifestado halagüeñas? Ve por fin á Beatriz, á quien él prefiere, y Beatriz no lleva consigo ninguno de los adornos hurtados, ni hace caso siquiera del español. El amor inspira á don Gabriel la ingeniosa esplicacion de que *las señas son no hacerlas*, se persuade de que Beatriz le ama, y el acto concluye de modo que parece que la accion está tambien concluida.

Pero no es asi: Clemencia encuentra en el acto segundo el papel que escribió don Gabriel en la sala del torno, y se lo presenta á este; Armesinda recibe de Montoya no-

ticias acerca de Gerarda, y dice á don Gabriel que la dama del torno merece que olvide á la española por ella; Beatriz se niega á casarse con el rey de Francia, declarando que busca amor y no poderío, (lenguage por cierto bien ageno de una princesa): don Gabriel que se figuraba al terminar el primer acto que era amado de una de las tres, ahora confuso entre tan diversos indicios, cree que ó le aman todas, ó las tres se burlan de su credulidad.

En el tercer acto su confusion sube de punto. Armesinda y Clemencia tienen una conversacion acerca de don Gabriel, y Beatriz las escucha. Irrítanse aquellas dos por celos, irritase Beatriz por celos y por creer que el español ha quebrantado el secreto; hablan sucesivamente las dos hermanas á don Gabriel, y ambas le menosprecian; sabe que Armesinda da la mano á Enrique: persuádese, pues, entonces de que no le quiere ninguna. Sin embargo, hace falta una escena en que Armesinda manifieste á don Gabriel su enojo como Beatriz y su hermana: maltratado por ambas y no habiendo visto á Armesinda desde la escena última del segundo acto, debia creer que habia dado por fin con la dama duende que le enamoraba por señas.

Desairado don Gabriel por las princesas, amenazado por Carlos y por Enrique, el peligro del héroe acrecienta vivamente el interes de la fábula hasta el desenlace. Hállase con un billete en que le mandan volver á la sala del torno para recibir la recompensa de su silencio; acude al sitio indicado, y allí otro billete le da á conocer que aprovechándose de su docilidad, le han encerrado para quitarle la vida. Ya en esto el duque Felipo está instruido de todo lo que saben ó sospechan Clemencia y Armesinda, y se dirige colérico á la estancia donde don Gabriel espera á sus matadores, espada en mano: el interes ha llegado á su ápice, el desenlace es preciso. ¿Corresponde este al buen desempeño de las demas partes de la comedia? En nuestro entender, no del todo: la misma camarera que tan oficiosamente apoya lo que dice Beatriz en cuanto al hallazgo de las joyas, podia por encargo de su ama haber dado por el torno á don Gabriel el postrer billete, y hallarse entre tanto Beatriz al lado de su padre como Clemencia y Armesinda; fue-

ra de que tan breve operacion era cosa de un momento. Mas natural parecia que se hubiesen descubierto los enredos de Beatriz por la distribucion de las joyas, pues habiendo dicho en el acto primero que se las habia regalado Carlos, y asegurando ahora que la camarera las habia encontrado al alzar una almohada, esta contradiccion debia escitar la sospecha de que Beatriz era la autora de todo. Como quiera que sea, ello es cierto que en el teatro, donde solo se notan los defectos de bulto, este desenlace ha producido siempre muy buen efecto. No se puede decir lo mismo de los dos personages de Carlos y Enrique: el caracter caprichoso, pero sin gracia, del uno, que para amar necesita que le den celos, y la necedad del otro que no conoce que sirve de tercero á Clemencia con don Gabriel, desagradan casi constantemente: como no aman de veras á nadie, no pueden interesar tampoco á ninguno.

La muerte del duque de Nájera es un incidente traido por los cabellos, y lo peor es que recordando lo que se dice en la escena octava del acto segundo, nos quedamos al caer el telon con duda de que don Gabriel sea en efecto individuo de aquella familia.

De la versificacion y el lenguage de *Amar por señas*, basta decir que en ninguna de sus obras fue Tellez mas igual y correcto. Aunque en el papel de Montoya hay algunas obscenidades, es de los graciosos de Tellez que dicen menos.

Calderon imitó algunas cosas de esta comedia en la de *El encanto sin encanto*; pero fue mucho mas feliz en la parte original de su obra que en lo que tomó para ella del maestro Tellez.

Don Ramon Mesonero, bien conocido por los escelentes articulos de costumbres que ha publicado con el seudónimo de *El curioso parlante*, dió el año de 1826 al teatro de la Cruz esta comedia hábilmente refundida en cinco actos, y se representó por primera vez á 7 de Octubre. Don José Garcia Luna y el inimitable gracioso don Pedro Cubas desempeñaron brillantemente los papeles de don Gabriel y Montoya.

EL PRETENDIENTE AL REVÉS,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL DUQUE DE BRETAÑA.	CARMENIO... pastores.
LEONORA, *duquesa de Bretana.*	PEINADO... pastores.
ENRICO, *duque de Borgoña.*	TIRSO....... pastores.
SIRENA, *dama.*	CELAURO.. pastores.
CARLOS..... *caballeros.*	MENGO...... pastores.
FLORO...... *caballeros.*	CLORI........ pastores.
LUDOVICO. *caballeros.*	FENISA...... pastores.
GUARGUEROS, *sacristan.*	TORILDA... pastores.
NISO, *barbero.*	DOS PAGES.
CORBATO, *alcalde, pastor viejo.*	PASTORES.

La escena es en Nantes y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Plaza delante del palacio de Sirena en un pueblo á seis millas de Nantes.

ESCENA I.

CARMENIO, CELAURO y TORILDA, *cantando y bailando, y* TIRSO *con ellos.* PASTORES.

Cantan TODOS.

Buenas eran las azucenas,
mas las clavellinas eran mas buenas.

UNO.

Si las rosas eran lindas,

lindas son las maravillas,
mejores las clavellinas,
olorosas las mosquetas.

TODOS.

Buenas eran las azucenas,
mas las clavellinas eran mas buenas.

UNO.

Verde estaba el torongil,
el mastuerzo y peregil,
y mas verde por abril
el poleo y la verbena.

TODOS.

Buenas eran las azucenas,
mas las clavellinas eran mas buenas.

CARMENIO.

¿Venimos tarde ó temprano?

CELAURO.

Buena hora pienso que es;
que agora raya las tres
del reloj del sol la mano,
y el cura hisopaba ya,
señal que acabado habia
las vísperas.

TORILDA.

¡Lindo dia!

TIRSO.

Es san Juan: ¿qué no tendrá?
Poca gente ha de venir
hoy al baile.

TORILDA.

Han madrugado,
y estará el pueblo cansado,
sin hartarse de dormir;
que las tardes de san Juan
siempre son tan dormidoras,
como son madrugadoras
las mañanas.

CELAURO.

Acá estan
con tal silencio en palacio,
que nadie nos ha sentido.

CARMENIO.

Habrán á las dos comido,
y descansarán despacio.

TIRSO.

Mal hemos hecho en armar
hoy el baile acostumbrado,
que es, en fin, dia cansado.

CARMENIO.

¡Bueno es eso! por bailar
no comerá una muger
ni dormirá en todo un año.

TORILDA.

Claro está; de cualquier daño
la culpa hemos de tener.

CARMENIO.

¿Si saldrá á vernos Sirena
como acostumbra?

CELAURO.

¿Pues no?
¿Cuándo de alegrar dejó
nuestra fiesta, estando buena?

TIRSO.

Para ser tan preucipal,
y, en fin, dueño del aldea,
su conversacion recrea
desde la seda al sayal.
¿Hay señora mas tratable? (1)

CARMENIO.

Muestra al menos que es posible
ser grave y ser apacible,
ser ilustre y conversable.

CELAURO.

Pardiez, ella es buena moza.
¡Venturoso el desposado
que ha de comer tal bocado!

TIRSO.

Poco el amor la retoza.
No se casará tan presto;
que en fé de su libertad,

(1) *Agradable* dice en la edicion original.

ha dejado la ciudad,
y en el ejercicio honesto
de esta aldea, gozar deja
sin sospechas su edad verde.

CARMENIO.

El tiempo que agora pierde
llorará cuando sea vieja.
Pero volved á cantar,
porque si duerme la siesta,
despierte, y salga á la fiesta;
que es ya hora de bailar.

(*Cantan.*)

Buenas eran las azucenas,
mas las clavellinas eran mas buenas.

ESCENA II.

SIRENA.—DICHOS.

SIRENA.

Tan buena es vuesa venida
como la música es buena.

TIRSO.

A ser la vuesa, Sirena,
pudiera ser que dormida
la gente, se descuidara
de los alegres estremos
que el dia de fiesta hacemos
en vuesa casa, y tardara
de venir al baile.

SIRENA.

¡Bueno!
Eso es decir que he dormido
mucho, y que tarde he salido.

CELAURO.

Por san Juan, el campo ameno
dilata á la tarde el sueño
que por la mañana agrada;
pero no valemos nada
sin vos, que sois nueso dueño,

y llama el amor tardanza
lo que solo es dilacion.

SIRENA.

Merécelo mi aficion.

ESCENA III.

NISO. CLORI.—DICHOS.

NISO.

Por adonde va la danza
iba el otro pescudando
el Corpus, despues que habia
dia y medio que dormia;
y yo le voy imitando,
porque si no me despierta
Clori, hoy se hace sin mí
la fiesta.

CARMENIO.

Sentaos aquí,
Niso, mientras se concierta
el baile.

CELAURO.

Presto los dos
os pareais.

CARMENIO.

Siempre quiero
tener contento al barbero;
como lo sois, Niso, vos,
gusto andar á vueso lado,
y contentaros codicio.

NISO.

¿Por barbero?

CARMENIO.

Es vueso oficio
peligroso y delicado.
Anda puesta en vuesa mano
la vida, y si se os encaja,
al tumbo de una navaja
podeis tumbar un cristiano.

NISO.

Y aun por aquesa razon
Dionisio, que no fiaba
de barberos, se quemaba
la barba con un tizon
á un espejo, pelo á pelo.

CELAURO.

Ese lo mas tenia andado
para puerco chamuscado.

NISO.

¡Ved lo que puede un recelo!

TORILDA.

¡Y lo que un barbero sabe!
No dejará de encajar
su historia en cada lugar,
por cuanto hay.

CLORI.

Cuando se alabe
de leido, hacello pudo;
que no es mucho quien intenta
aguzar siempre herramienta,
que de aguzar, quede agudo.

TIRSO.

Si el discreto en cualquier parte
dicen que parte un cabello,
¿qué mucho que venga á sello
quien tantos cabellos parte?

TORILDA.

Todo barbero es picudo.

CELAURO.

Unos imposibles vi
ayer, y entre ellos leí
pedir un barbero mudo.

NISO.

No hablo mucho, pues consiento,
callando, tanto picon.

SIRENA.

Niso ha tenido razon;
déjenle, y muden de intento.

ESCENA IV.

CORBATO. FENISA.—DICHOS.

CORBATO.

Salve y guarde.

SIRENA.

Bien venido,
alcalde. ¿Cómo tan tarde?

CORBATO.

¡O señora! Dios la guarde,
y dé un famoso marido.
Pardiez que hemos arrendado
unos prados del concejo;
pujólos Anton Bermejo,
y picóse Bras Delgado.
Volvió á pujallos mas;
y emberrinchándose Anton,
pególes otro empujon;
pujó cuatro reales Bras;
y á tal la puja los trujo,
que aunque los llevó Delgado,
creo, segun han pujado,
que quedan ambos con pujo.

TIRSO.

No ha gastado el tiempo en balde.

CLORI.

Ni se ha empezado á bailar.

SIRENA.

Dénle al alcalde lugar.

CELAURO.

Asiéntese aquí el alcalde.

SIRENA.

Fenisa.

FENISA.

¡Señora mia!

SIRENA.

Triste venis: ¿qué teneis?

FENISA.

Porque la fiesta no agüeis
ni el baile de aqueste dia,
aunque me afrija y me aburra,
no he de decir lo que ha habido.

SIRENA.

Por amor de mí, ¿qué ha sido?

FENISA.

Movió habrá un hora mi burra:
ya su merced la conoce,
la mohina....

SIRENA.

Bien está.

FENISA.

Que cuando al molino va,
no hay burro que no retoce.
Unos dicen que de ojo,
porque era linda criatura;
pero yo me atengo al cura,
que dice que fue de antojo.

SIRENA.

¿De antojo?

FENISA.

Como lo pinto.

SIRENA.

¿Y fue el antojo?

FENISA.

Creo yo,
que porque almorzar me vió
dos sopas en vino tinto,
porque rebuznó al momento,
y sé yo que come bien
sopas en vino tambien;
ella, en fin, movió un jumento,
con su cola y con hocico
tan acomodado y bello,
que si se lo cuelga al cuello
su merced, no habrá borrico
que tras ella no se vaya.

SIRENA.

El presente es de estimar.

FENISA.

Hoy juré de no bailar.

SIRENA.

Jura mala en piedra caya.

FENISA.

Y mas en tocando Gil;
que si va á decir verdá,
á cada golpe que da,
me retoza el tamboril.

ESCENA V.

GUARGUEROS.— DICHOS.

GUARGUEROS.

¿La fiesta se hace sin mí?

CORBATO.

¿Qué fiesta hay sin sacristan?

SIRENA.

Y mas fiesta de san Juan.

GUARGUEROS.

¡O señora! ¿Vos aquí?
Los cielos salud os den,
larga vida, honra y provecho,
y un esposo hecho y derecho,
per omnia secula, amen.

SIRENA.

Dios os dé lo que deseais,
Guargueros.

FENISA.

Serán entierros.

TIRSO.

Aqueso no, dóile á perros.

GUARGUEROS.

A lo menos que parais
de dos en dos los infantes
las mugeres de esta aldea
el sacristan os desea,
y os caseis antes con antes,
que es desearos lo mismo;

porque no hay melancolía
ni pariente pobre el dia
que es de boda ó de bautismo.

NISO.

¿Qué hay de bodigos, Guargueros?

GUARGUEROS.

Bueno ha estado el pie de altar.

SIRENA.

¿Qué hace el cura?

GUARGUEROS.

Repasar
antífonas y dineros,
con unos antojos viejos
y un sombrero con mas grasa
que el arroz que haceis en casa.
Ha dado en criar conejos,
y va á vellos al corral,
donde tal vez, si se enoja,
el báculo les arroja,
y al que alcanza por su mal,
le sentencia al asador
y á un salmorejo que el ama
hace, con que la sed brama,
hasta que aplaque el calor
un sabroso ojo de gallo,
que saltando con pies rojos,
se quiere entrar por los ojos.

CARMENIO.

¡Qué bien sabeis alaballo!

GUARGUEROS.

Harto mejor sé bebello.

CELAURO.

¡Linda vida rompe un cura!

GUARGUEROS.

Es regalada y segura;
no me muera yo hasta sello.

NISO.

¿Hemos de jugar un rato?

GUARGUEROS.

Ajedrez no, damas sí.

NISO.

Vaya, pues, sentaos aqui.

TORILDA.

Juego donde no hay barato
no es bueno.

NISO.

Venga el tablero.

SIRENA.

¡Qué ordinario es cada vez
jugar damas ó ajedrez
un sacristan y un barbero!

GUARGUEROS.

Un peon me habeis de dar,
y tablas.

NISO.

Aqueso no,
media pieza os daré yo.

GUARGUEROS.

Las tablas quiero soltar,
y dadme la pieza entera.

NISO.

Vaya, no os quejeis de mí.

CORBATO.

¿Qué haceis los demas aquí?
Echemos el pesar fuera.
¿Hay naipes?

CELAURO.

Donde yo estoy,
¿ pueden faltar ?

CARMENIO.

Claro es.

CORBATO.

Juguemos los cuatro, pues.

TIRSO.

¿Qué juego?

CORBATO.

Flor, ó rentoy.

CELAURO.

Va al rentoy: tended la capa.

CARMENIO.

Dos contra dos.

CORBATO.

Claro está.

CELAURO.

Carmenio, pasaos acá.

TIRSO.

Juega bien.

CELAURO.

Mejor quel papa.

(*Juegan á las damas Guargueros y Niso, y sobre una capa en el suelo Corbato, Celauro, Carmenio y Tirso, y á otra parte, al rededor de Sirena que está en una silla, sentadas en el suelo parlan Torilda, Clori y Fenisa.*)

SIRENA.

Clori, ¿cómo va de tela?

CLORI.

Ya está empezada á tejer.

SIRENA.

¿Es delgada?

CLORI.

¿Qué ha de ser,
si como murió mi abuela,
no me ha vagado el hilar?
y así saldrá poca y gruesa.

SIRENA.

De vuestros males me pesa.—
¿Está bueno el palomar,
Fenisa?

FENISA.

Hay poca alcarceña,
y culebras y estorninos
me comen los palominos.

SIRENA.

¿Que no hay ganancia?

FENISA.

Pequeña.

NISO.

Coma vuesarcé esa dama,
comeréle cuatro yo.

GUARGUEROS.

Par Dios que me la pegó.

SIRENA.

¿Y el niño, Torilda?

TORILDA.

A un ama
le he dado, señora mia;
que yo crio al de un marques.

SIRENA.

Mal haceis.

TORILDA.

El interés,
y el dar leche á un señoría
de quien espero favor,
hace que á mi hijo olvide.

SIRENA.

No es madre aquella que impide
con interés el amor.
Clori, ¿teneis muchos gansos?

CLORI.

Gansos y pavos, señora,
he dado en criar agora.

SIRENA.

Provechosos son y mansos.
¿Qué tantos tendreis?

CLORI.

Tendré
como obra de dos docenas.

CORBATO.

Rentoy.

CELAURO.

¿Teneis cartas buenas?

CARMENIO.

Así, así.

CORBATO.

Rentoy.

CARMENIO.

¿Querré?

CELAURO.

Si.

CARMENIO.

Pues quiérole....

CORBATO.

Perder.

CELAURO.

La malilla.

CORBATO.

Rendivuy.

CARMENIO.

Non rendire, permanfuy;
que aun otro juego ha de haber.

ESCENA VI.

CARLOS.—DICHOS.

CARLOS, *dentro.*

Tené este estribo.

SIRENA.

Este es
Carlos.

FENISA.

Ya yo me espantaba
que nuestra fiesta olvidaba.

(*Sale Carlos, y levántanse todos.*)

CELAURO.

Quédese para despues
el juego.

CARLOS.

¡Prima Sirena!

SIRENA.

Ya yo, Carlos, os queria
acusar la rebeldía.

CARLOS.

Sin culpa fuera esa pena.

SIRENA.

¿Sin culpa, dia de san Juan,
y mi primo estar sin ver
á quien por sola y muger,
los que en este pueblo estan,
vienen á hacer compañia?

CARLOS.

Unas cartas de importancia
que he despachado al de Francia,
envidiosas, prima mia,
del gusto que tengo en veros,

el tiempo me han ocupado.
¡O Tirso, o alcalde honrado,
Niso, Carmenio, Guargueros,
Clori, Torilda, Fenisa!
Donde vosotros estais,
¿qué falta en mi ausencia hallais?

CORBATO.

Por Dios que es cosa de risa
la fiesta y conversacion
do no está su señoría.

FENISA.

Sin él, la mejor es fria.

CARLOS.

Todo es pagar mi aficion.
Ea, vuélvanse á poner
los bolos en su lugar;
volveos todos á sentar,
á jugar y entretener.

(*Se vuelven á sentar como estaban primero, menos las pastoras, que se apartan de Sirena, la cual habla con Carlos, silla á silla.*)

TIRSO.

Pardiez, pues nos da licencia,
que hemos de acabar un juego.

CARLOS.

Jugad, y báilese luego.

GUARGUEROS.

Yo he perdido la paciencia,
y he de ver si aquesta vez
la desquito.

CARLOS.

¿Qué es, Guargueros?
¿Habeis menester dineros?

GUARGUEROS.

Pocos gasta el ajedrez;
mas se juega por la honrilla.
Yo agradezco la merced.

NISO.

Entable vuesa merced.

CARMENIO.

Siempre os entra la malilla.

GUARGUEROS.

Yo abriré el ojo de suerte,
que no me sopleis mas pieza.

CARLOS.

Mi bien, sin vuestra belleza,
todo es pena, todo es muerte.
Sola una legua que dista
mi castillo de Peñalba
de este lugar, donde el alba
amanece en vuestra vista,
cuando os vengo á ver, se me hace
una peregrinacion
prolija; la dilacion
que del no gozaros nace,
con pinceles del deseo
pinta en lienzos del temor
lejos y sombras de amor,
que en cortas distancias veo.

SIRENA.

No son, mi esposo, diversos
los pensamientos prolijos,
del amor que os tengo hijos.
¡Qué de lisonjas y versos
digo al sol porque se vaya,
y en la noche su luz borre,
dándole porque no corre,
para que se corra, vaya!
¡Qué de veces que le riño,
porque contra mi consejo,
madrugando como viejo,
nace y llora como niño!
Suelo decirle que guarde
en su autoridad la ley,
pues es de los cielos rey,
y el rey se levanta tarde.
Que de su poco amor pienso
que es mentira lo que de él
publica Dafne en laurel,
como Leucóthoe en incienso;
y que si á Clicie quisiera,
y su amor no le enfadara,
de madrugar se cansara,

y en sus brazos se durmiera.
En fin, porque salga menos,
le ruego que á los caballos
los hurte al aparejallos,
Mercurio sillas y frenos;
y todo es por el deseo
que con la noche cumplís,
esposo, cuando venís,
y en vuestros brazos poseo
gustos que el temor limita,
y el sol, de envidioso, loco,
para que los goce poco,
madrugando me los quita.

CARLOS.

Ya, Sirena de mis ojos,
que el duque se ha desposado,
y mudando de cuidado,
muda mis penas y enojos,
sin el peligro y temor
que hizo mudo al secreto,
tendrá el esperado efeto
nuestro venturoso amor.
Un año há que á vuestro llanto
pone fin y á mi fatiga
la noche, discreta amiga,
pues calla y encubre tanto,
sin que hayamos parte dado,
por lo que el peligro enseña,
ni vos á doncella ó dueña,
ni yo á amigo ó criado.
Las fuentes de aquel jardin
son solas las que aseguran
nuestro amor; que aunque mormuran,
es entre dientes al fin.
Ellas saben solamente
el temor que en perseguiros
el duque, dió á mis suspiros
otra mas copiosa fuente.
¡Qué de veces les di cuenta
de los celos y temor
con que mi competidor
nuestros amores violenta;

y pidiéndoles consejo,
como si pudieran dalle,
hice alarde de mi talle,
siendo sus vidros mi espejo;
porque advirtiendo mis faltas,
pudiese conjeturar
qué partes podia envidiar
en él, mas perfetas y altas!
Y aunque os parezca arrogancia,
mas de una vez al mirarme
dije: "¿quién puede igualarme
en cuerpo y ingenio en Francia?"
Y si el temor no me engaña,
mas de dos me pareció
que el agua me respondió:
«¿quién? el duque de Bretaña.»
De aquesta suerte he pasado
un año, Sirena mia,
siempre aguando mi alegria
el temor desconfiado,
hasta que cansado ya
de cansaros, se casó
el duque, y alientos dió
á mi esperanza, que está
lozana, alegre y gozosa,
pues sin estorbo, Sirena,
os llamará á boca llena,
y no con temor, esposa.

SIRENA.

¡Qué largo se me ha de hacer,
por corto que sea, ese plazo!

NISO.

Soplo aquesta.

GUARGUEROS.

Soy un mazo.

CELAURO.

Ren toy.

CORBATO.

Héle de querer.

GUARGUEROS.

Tablas son: ¿qué hay que esperar?
La calle tengo de en medio

y una dama: ¿qué remedio?

NISO.

Juegue, y comience á contar
las tretas; que tengo yo
tres damas, y la forzosa
verá á seis tretas.

GUARGUEROS.

¡Donosa
flema!

CORBATO.

Gran juego ganó.

FENISA.

Torilda, daca el pandero;
que los quiero despertar,
si es que habemos de bailar.

TORILDA.

Saca al sacristan primero.

(Levántase Fenisa, y cantando al son del pandero, saca á Guargueros.)

FENISA.

¡Ah mi señor Guargueros! salga y baile.

GUARGUEROS.

(Responde sentado, cantando al son de una pieza con que toca el tablero.)

Por vida de Guargueros, que tal no baile.

TODOS.

Salga al baile, salga al baile.

GUARGUEROS.

En entablando otro juego.

CORBATO.

No, Guargueros, salí luego.

GUARGUEROS.

No haré, por vida del fraile.

FENISA.

(Cantando.)

¡Ah mi señor Guargueros, cuerpo garrido!
Deje el juego, pues al baile le convido.

GUARGUEROS.

No puedo, porque he perdido cuatro reales.

FENISA.

¡Ah mi Guargueros! salga y baile.

GUARGUEROS.

Que por vida de Guarguerico, que tal no baile.

ESCENA VII.

EL DUQUE. FLORO.—DICHOS.

DUQUE, *dentro.*

Avisad á la marquesa.

SIRENA.

Ó mi sospecha me engaña,
ó es el duque de Bretaña.

CARLOS.

¡Apenas un temor cesa,
cuando entran en su lugar
sin número los recelos!
¡O cadenas de los celos!
¡qué os haceis de eslabonar!

SIRENA.

Mi bien, tu esposa soy, deja
el temor.

CARLOS.

Soy desdichado,
mozo el duque, enamorado,
tú muger, justa mi queja;
¿qué he de hacer sino morir?

SIRENA.

Sufre y calla, si eres cuerdo.

CARLOS.

Hoy, Sirena, el seso pierdo,
¿y he de callar y sufrir?

(*Salen el duque y Floro.*)

DUQUE.

Ya que á darme no habeis ido
los parabienes, Sirena,
si es bien dallos á la pena
que en vuestra ausencia he tenido,
y por verme con estado
y esposa no os conformais
con los demas, y os holgais

(que sí hareis) que haya cuidado
que á mi amor pueda obligalle
á que de vos se divierta,
porque advirtais que no es cierta
vuestra sospecha, á Belvalle
vengo á veros, y podré
daros con mas fundamento
de mi nuevo casamiento
el parabien, pues que fue
para bien vuestro el casarme,
conforme vuestra opinion,
que con tan poca aficion
obligó á desesperarme,
(*Aparte.* y para mal de mi amor,
que siendo en mí mas terrible,
halla el remedio imposible
cuando su fuego es mayor.)

SIRENA.

Vueselencia, pues es sabio,
en mí podrá disculpar
el no habelle ido á dar
parabienes, pues no agravio
la obligacion que confieso,
si mi impedimento ha sido
estar sin padre y marido.

DUQUE, *aparte.*

Yo sin esperanza y seso.

SIRENA.

Goce un siglo prolongado
de la duquesa Leonora
la gracia que en ella mora
vueselencia, y noble estado;
que de su buena eleccion
ha llegado acá la fama.
De muy discreta y muy dama
tiene en Bretaña opinion;
y segun esto, mal hace
en dejar vuestra escelencia,
por venir acá, presencia
de quien tanto valor nace;
pues siendo ya prenda suya,
justamente pedirá,

si en nuestro poder está,
que yo se la restituya.

DUQUE.

Siempre, vos, bella Sirena,
dando á mis tormentos copia,
por no tenerme por propia,
me llamastes prenda agena.—
¡O Carlos! ¿acá estais vos?

CARLOS.

Parentesco y vecindad
en aquesta soledad,
señor, nos junta á los dos.
El ver tan sola á mi prima
me obliga á mirar por ella.

DUQUE.

Yo no solo vengo á vella,
sino por lo que la estima
mi persona: ya que tengo
estado, en razon juzgué
que á Sirena se le dé.
Por esto á Belvalle vengo,
pues cuando el marques murió,
su padre, dejó al del mio
encargado lo que fio
sabré por él cumplir yo.
No está Sirena aquí bien,
sujeta á agravios y enojos;
mientras que pongo los ojos
y la voluntad en quien
la merezca, me parece
que en la duquesa hallará
mas recreo, y la tendrá
en el lugar que merece.
Ella lo desea mucho,
y os está bien á los dos.

CARLOS, *aparte.*

¿Estais contento, amor dios?
¡Con qué de sospechas lucho!
Apenas he visto el puerto,
cuando me vuelvo á engolfar.
Si de celos es el mar,
y hay tormenta, yo soy muerto.

DUQUE.

Que siga mi corte quiero
Carlos tambien; que se queja
porque de alegralla deja
tan notable caballero.

CARLOS.

Beso tus pies. Siempre huyo
la corte y su confusion.

DUQUE.

No haceis bien, porque es razon
darle al tiempo lo que es suyo.
A una vejez jubilada
le está bien tanta quietud,
no á la noble juventud,
por cortesana estimada.
El ver allá á vuestra prima,
pues la teneis en lugar
de hermana, os ha de obligar.

CARLOS.

Y el hacer yo justa estima
de lo que vos, gran señor,
mandais.

DUQUE.

Para entreteneros
entre mozos caballeros,
sois mi cazador mayor.

CARLOS.

Honrándome de esa traza
pondré á Peñalba en olvido.
(*Aparte*. Cazador soy; si has venido,
duque, á espantarme la caza,
no harás presa en el amor
que en ofensa mia deseas,
pues por cazador que seas,
soy yo cazador mayor.)

DUQUE.

¿Qué me respondeis, señora,
á lo que he determinado?

SIRENA.

Puesto me habeis en cuidado:
no sé lo que os diga agora,
sino agradecer la estima,

gran señor, que de mí haceis.

DUQUE.

Ya, Carlos, la razon veis
que hay para estar vuestra prima
en mas decente lugar,
y la voluntad que os muestro.
Hoy he de ser huesped vuestro;
mañana os he de llevar
á la corte; la duquesa
lo quiere, Sirena, así.

SIRENA.

Quisiera tener aquí,
por lo mucho que interesa
con tal huésped esta casa,
lo que en vuestra corte sobra;
pero siempre el deudor cobra
mal de hacienda que es escasa.
(*Aparte.* ¡Ay, Carlos, y cómo siento
lo que aquí sintiendo estás!)

CARLOS, *aparte.*

A mi enemigo, amor, das,
crüel, casa de aposento;
la sospecha que me abrasa,
hoy de mi honor me ha de hacer
perro; ladrar y morder
sabré por guardar la casa.

FENISA.

En fin ¿el baile se queda....?

CORBATO.

Está el lugar enducado;
todo con velle ha cesado.

CLORI.

¡Mal haya el oro y la seda
que así entristece el sayal!

SIRENA.

Vueselencia, gran señor,
entre en su casa.

TIRSO.

Mijor
será echar á fuera el mal.
Cantemos.

DUQUE.

Id vos delante;
pues sois luz, Sirena bella,
alumbraréisnos con ella.

GUARGUEROS.

¡Bravo dicho!

NISO.

Es estudiante.

CARLOS, *aparte.*

Vivid alerta, mi honor;
no sufrais que en la marquesa
haga la deshonra presa,
pues sois cazador mayor.
(*Cantan.*)
Buenas eran las azucenas,
mas las clavellinas eran mas buenas. (*Vanse.*)

Salon del palacio del duque en Nantes.

ESCENA VIII.

LEONORA. LUDOVICO. UN PAGE *y* UNA DAMA, *retirados.*

LEONORA.

¿Tan presto el duque me engaña?

LUDOVICO.

La primera voluntad
es la que siempre acompaña
al alma.

LEONORA.

Si eso es verdad,
¿para qué vine á Bretaña?
Mejor me estaba en Borgoña.

LUDOVICO.

No es mucho que sintais tanto
los celos; que sois bisoña,
y suele aplacar el llanto
la fuerza de su ponzoña.
Es la marquesa Sirena
muger de tanto valor,

que os puede aplacar la pena,
y agora mucho mejor
que es del duque prenda agena;
pues cuando libre no pudo
ser bastante la promesa
del santo y conyugal nudo,
ni el esperar ser duquesa
de Bretaña, á que el desnudo
amor del duque encender
pudiese en su pecho llama,
menos habrá de querer
admitir nombre de dama
quien no admitió el de muger.

LEONORA.

No sé en eso el natural
de su voluntad incierta.
Una muger principal
sé yo que tuvo una huerta
y en ella un bello peral,
cuya fruta apetecida
hasta del mismo rey era,
sin que á ella en toda la vida
se le antojase una pera,
ni preñada ni parida.
Las puertas le desquiciaban
de noche, y por ir á hurtar
la fruta, le desgajaban
el pobre arbol, que á guardar
los de casa no bastaban;
y viendo que cerca y puerta
eran flaco impedimento
para no tenella abierta
de noche al atrevimiento,
vendió á un vecino la huerta.
Luego, pues, que la vió agena,
la que peras no comia,
tuvo por peras tal pena,
que en su mesa cada dia
eran su comida y cena.
Ved si con ejemplo igual
en Sirena podrá hacer
la privacion otro tal,

siendo en el gusto muger,
y viendo ageno el peral.

LUDOVICO.

Mientras que fuere rogada,
no os tengais por ofendida,
porque la mas recatada
se enamora aborrecida,
y aborrece requestada.

LEONORA.

Ludovico, esa ignorancia
no es de vuestra discrecion:
¿qué Sagunto ó qué Numancia
no conquistó la ocasion,
y mas con perseverancia?
Vence el amor que porfia,
y el oro todo lo merca;
y aun por aqueso queria,
para gozarla mas cerca,
tenerla en mi compañia.

LUDOVICO.

¿Eso señora, os pidió?

LEONORA.

Dice que la tiene á cargo,
porque se la encomendó
con un discurso muy largo
su padre cuando murió:
y que por esta ocasion,
y porque yo me entretenga,
y goce su discrecion,
gusta que á la corte venga.
¡Ved lo que los hombres son!

LUDOVICO.

Eso os está bien, señora;
porque si teneis en casa
á vuestra competidora,
podreis saber lo que pasa,
y ser vos su guardadora.
Sed espía y centinela;
Sirena en palacio esté;
que amor que sospecha y vela,
menos siente el mal que ve,
que el que dudoso recela.

LEONORA.

Ese es consejo estremado;
en seguille me he resuelto;
que un contrario declarado
mas mal hace estando suelto,
que no cautivo y atado.
Vamos atajando engaños
á costa de mis desvelos;
que al fin viendo yo mis daños,
por no llorar entre celos,
lloraré entre desengaños.
¿Cuánto está de aquí el lugar
adonde vive esa dama?

LUDOVICO.

Seis millas debe de estar
de aquí.

LEONORA.

¿Belvalle se llama?

LUDOVICO.

Bello se puede llamar
porque es bella recreacion.

LEONORA.

(*Al page.*)
¡Ola! aderezadme un coche.
(*Vase el page.*)

LUDOVICO.

¿Qué es, señora, tu intencion?

LEONORA.

Traella á casa esta noche;
que daña la dilacion.
Yo sé que el duque está allá;
si es tan cerca, yendo, impido
lo que amor temiendo está.
(*A la dama.*)
Lorena, dame un vestido
de camino.
(*Vase la dama.*)

LUDOVICO.

¿No será
justo pensallo mejor?

LEONORA.

No, que si no vamos luego

dando al remedio calor,
por lo que tiene de fuego
suele apagarse el amor. (*Vanse.*)

Calle con vista de la casa de Corbato. Es de noche.

ESCENA IX.

CARLOS, *vestido de pastor y rebozado.*

Un año, cielos, há, que amor me obliga
á la dicha mayor que darme pudo;
que, en fin, de puro dar, anda desnudo,
y por tener que dar, pide y mendiga.
A Sirena me dió, porque le siga,
en amoroso é indisoluble nudo;
mas con tal condicion, que siendo mudo,
goce callando: ¡vióse tal fatiga!
Callar y poseer sin competencia,
aunque el bien es mayor comunicado,
posible cosa es, pero terrible;
Mas que tanto aquilaten la paciencia
que obliguen, si el honor anda acosado,
á que calle un celoso, es imposible.

ESCENA X.

SIRENA, *á la ventana.*—CARLOS.

SIRENA.

(*Sin ver á Carlos.*)

¡Qué de mercedes nos hubiera hecho
naturaleza, madre verdadera,
si porque el corazon se descubriera,
rasgara una ventana en nuestro pecho!
Industria hubiera sido de provecho,
pues mirándola Carlos, descubriera
mi amor incontrastable, y estuviera

en lugar de celoso, satisfecho.
¡Qué de males cesaran, qué de enojos,
si no estuviera el corazon secreto!
Pero esta condicion ya está cumplida.
Ventanas son del corazon los ojos,
por donde verá Carlos, si es discreto,
que es el duque mi muerte, y él mi vida.

CARLOS.

(*Sin ver á Sirena.*)

Sirena para escusar
la sospecha que me abrasa,
al duque dejó su casa,
pues no la quiere él dejar.
A esta se pasa, ¿y quién duda
que en fé de su lëaltad,
por no mudar voluntad
mi esposa, la casa muda?
¿Si dormirá? Pero ¿cómo,
conociendo mis desvelos,
y sabiendo que los celos
son pesadilla de plomo?
Mas sí hará; que es pretendida
del duque, á quien desvanece,
y la que mas aborrece,
se huelga de ser querida.
Hacelda, si duerme, cielos,
y con ruegos os obligo,
que no sueñe en mi enemigo,
que aun soñado, me da celos.

SIRENA.

Quejas en la calle siento.
¿Si será Carlos? ¿Quién duda?
Un año há que por ser muda,
hago mayor mi tormento.
No oso hablar; que estoy agora
en casa villana, y sé
que desde que nació, fue,
la malicia labradora.
¡Ay cielos! ¿si será él?
Desde aquí quiero escuchalle.

CARLOS.

Ya que me mandan que calle,

medio, anque sabio, crüel,
si quejándose el mal mengua,
oid, cielos, mis enojos;
que aunque esteis sembrados de ojos,
ó estrellas, no teneis lengua.
Yo há un año que en posesion
gozo á un angel; pero en duda
que se mude....

SIRENA.

No se muda
la angélica perfeccion.

CARLOS.

¡Válgame Dios! ¿no es Sirena
la que mi mal satisface,
y en ausencia del sol hace
la noche clara y serena?
¿Sois vos, mi bien?

SIRENA.

No lo sé,
pues no haceis de mí confianza.

CARLOS.

Navego, temo mudanza;
en el mar de amor no hay fé;
culpo mi sospecha loca;
mas no me oso asegurar.

SIRENA.

De que se alborote el mar,
poco se le da á la roca.

CARLOS.

Ya yo sé que vence ella
la firmeza siempre viva;
pero aunque no la derriba,
suele en la roca hacer mella,
y basta para perder
la opinion, joya estimada;
que mellada honra ó espada,
¿qué valor ha de tener?
Que aunque firme se autorice
por mas que el mar la combata,
puesto que nunca la abata,
al menos la esteriliza.
¿Dó hallareis peña ni amor,

si el mar furioso la alcanza,
que al abril de la esperanza
permita yerba ni flor?
¿Qué importa, esposa querida,
que inmóvil permanezcais,
si á la corte al fin os vais
á ser siempre combatida,
donde yo en celos eternos
estéril vuestro amor vea,
pues aunque el alma os posea,
será ya imposible el vernos?
Mudais de casa y lugar;
no sin causa temo y dudo.

SIRENA.

Mi bien, sitio, no amor mudo.

CARLOS.

Al fin, Sirena, es mudar.
En la corte cada dia
se muda todo; lenguage,
el sitio, el estado, el trage,
la amistad, la cortesía,
la privanza, el querer bien;
por eso el que os vais rehuso;
que vos por andar al uso,
os querreis mudar tambien.

SIRENA.

Antes tendrá mas ganancia
allá la firmeza mia;
que toda mercaduría
baja donde no hay ganancia:
y si en la corte dicho has
que hay tan poca fortaleza,
claro está que mi firmeza,
por sola, ha de valer mas.

CARLOS.

¿Ya hablais del valor? temer
puedo que saldreis ingrata,
porque quien del precio trata,
no está lejos de vender.
Mas ¡ay amores! no trates
de injuriarte de tú esposo;
que el loco, amante y celoso

cuanto dice es disparates.
No puedo mas: ¿qué he de hacer?
Ya no peleo con amor,
sino con celos de honor,
gigantes que harán temer
al corazon mas valiente.
Llévate el duque á su casa,
téngote de ver por tasa;
sin ella has de estar presente
á sus importunos ruegos:
¿qué mucho que tema, pues?

SIRENA.

Carlos mio, poco ves;
que tambien hay celos ciegos.
Para la seguridad
de mi fama y de tu honor,
¿puede haber cosa mejor
que llevarme á la ciudad?
¿En qué fortaleza habito,
que pueda hacer resistencia
á la amorosa violencia
de un poderoso apetito?
¿Tiene de poder Belvalle
y cincuenta labradores,
á pesar de sus amores,
defenderme y ausentalle?
Dirás que no, claro está:
pues si á la ciudad me lleva,
donde la duquesa nueva,
que debe de saber ya
el fuego que al duque enciende,
guardarme ha de pretender,
¿qué temes si una muger
recelosa me defiende?
¿Hay vida tan cuidadosa
que asegure tus enojos?
¿Hay Argos tan lleno de ojos
como una muger celosa?
¿Pues qué temor te acobarda,
si aquí segura no estoy,
y he de llevar donde voy
un angel tras mí de guarda?

Yo le diré á la duquesa
lo que le conviene estar
cuidadosa, y estorbar
lo que su amor interesa;
y andando yo cada dia
guardada de una muger,
es lo mismo que tener
tu honor en una alcancía.

CARLOS.

¿Qué importa, si no he de hablarte,
querida Sirena, mas?

SIRENA.

Pues ¿quédaste aquí? ¿no vas,
Carlos, á la misma parte?
¿Puede haber inconveniente
que al fin un primo no acabe?
¿Qué puerta hay jamás con llave
para el amor que es pariente?
¿No eres cazador mayor?
Busca, vela, ronda y traza;
que sin trabajos no hay caza,
ni sin diligencia amor.

ESCENA XI.

EL DUQUE *y* FLORO, *de noche.*— CARLOS. SIRENA.

DUQUE.

¿Qué importa que me aconsejes,
si yo muriéndome estoy?

FLORO.

¿No eres duque?

DUQUE.

Amante soy.

FLORO.

Por lo mas es bien que dejes
lo menos.

DUQUE.

¿Cuál es lo mas?

FLORO.

Ser duque.

DUQUE.

¿Que ser amante?

FLORO.

¿Pues no?

DUQUE.

Eres ignorante;
no he de admitirte jamás
á cosa del gusto mio.
Amor, ¿no es dios?

FLORO.

Esa fama
tiene acerca de quien ama.

DUQUE.

Luego has dicho un desarío;
que si amor en sí transforma
al amante, claro está
que amor, lo que soy será;
yo la materia, él la forma.
y si de Dios tiene nombre,
¿cuál es mejor de los dos?
¿el que amando es con él Dios,
ó el duque que al fin es hombre?

FLORO.

Lo que yo sé es que te engaña
el frenesí de tu pena.

DUQUE.

Dios soy amando á Sirena,
y no duque de Bretaña.
(*Hablan aparte Carlos y Sirena.*)

CARLOS.

El duque es este.

SIRENA.

¡Ay de mí!
Carlos mio, vete luego.

CARLOS.

Tocan los celos á fuego,
¿y he de partirme de aquí?
No me está bien esa traza;
que soy cazador mayor,
y no es cuerdo cazador

el que huye y deja la caza.

SIRENA.

¿Si te conoce?

CARLOS.

El disfraz
que traigo y la noche oscura
de ese temor me asegura.

SIRENA.

¡Ay esposo! vete en paz,
ó iréme yo, no me vea.

CARLOS.

El huir es claro indicio,
Sirena, del maleficio.
Tambien se ama en el aldea;
finge que Fenisa eres,
y haré que Carmenio soy.

SIRENA.

Mala fingidora soy.

CARLOS.

Pues bien fingís las mugeres.

SIRENA.

¿Qué sacas de que aquí esté?

CARLOS.

Defender pared ó puerta,
viendo que hay gente despierta,
cuando tan perdido esté
el duque, que hacer intente
lo que el amor y el poder
por obra suelen poner.

(*Hablan aparte el duque y Floro.*)

DUQUE.

Escucha, en la calle hay gente.

FLORO.

Tambien rondan labradores;
que contra el sueño y trabajo
suele tomar á destajo
esta gente sus amores.

DUQUE.

¿No es la casa del alcalde
esta en que Sirena está?

FLORO.

Pienso que sí.

DUQUE.

¿Quién será?

FLORO.

Quien por no pagar de balde
la ventana, ve la fiesta
de noche.

DUQUE.

En fin, ni al sayal,
ni á la seda principal,
ni á villana ó dama honesta
amor de noche preserva.

FLORO.

No hay quien no la pague escote,
porque es la noche un pipote,
señor, de toda conserva.

DUQUE.

¿Qué hablarán?

FLORO.

Cosas de risa
con que entretengan su mal;
él requiebros de sayal,
y ella favores de frisa.

DUQUE.

Oigámoslos. Dios tirano,
¿por qué ha de amar un pastor?

FLORO.

Porque es hombre.

DUQUE.

No es amor
bocado para un villano.

CARLOS.

(*Levantando y fingiendo la voz.*)
En fin, ¿que no hay quillotrar
á vueso padre, Fenisa,
para que un di-santo á misa
Guargueros nos venga á echar
la tribuna abajo?

SIRENA.

No.

CARLOS.

Hello por fuerza.

SIRENA.

Eso es malo;
que tien el mando y el palo.
¿No soy vuesa muger yo?
¿De qué diabros heis querella?

CARLOS.

Mas ¿de qué no la he de her?
De noche sois mi muger,
y de dia sois doncella.
A medias estó casado;
yo busco muger entera,
mi Fenisa, dentro ó fuera.

FLORO.

(*Aparte con el duque.*)
¡Labrador determinado!

DUQUE.

A habello yo, Floro, sido,
no tuviera que temer.

FLORO.

Habla, por ser su muger,
con libertad de marido.
No lo es tuya la marquesa.

CARLOS.

¿Entraré?

SIRENA.

Lo dicho dicho;
esta noche hay entredicho;
sabe el amor que me pesa.
¡Mal haya Sirena, amen!

CARLOS.

No la maldigas, que es linda.

SIRENA.

¿Es bella?

CARLOS.

Como una guinda:
par Dios que la quiero bien.

SIRENA.

No gusto yo mucho de eso.

CARLOS.

Ya que hayas de maldecir,
sobre el duque puede ir,
porque es nuestro sobrehueso,

que esta noche nos estorba.

SIRENA.

Como esas nos ha estorbado.

DUQUE.

Yo vengo á ser el culpado.

SIRENA.

¡Mala landre que le sorba!
¿No tiene ya su muger?
¿Qué diabros nos quiere aquí

CARLOS.

Como no vuelva por sí,
palos debe de querer.

DUQUE.

¿Palos?

FLORO.

Esto va muy malo,
aunque entre los labradores
las bubas y los amores
se sanan tomando el palo.

SIRENA.

Palos á un duque es pecado.

CARLOS.

En dando en ser cascabel,
yo le apalearé á él,
y no tocaré al ducado.
¡Si me estuviese escuchando...!

SIRENA.

¿Pues para qué?

CARLOS.

¿No podia,
viendo que en casa dormia
Sirena, andalla rondando?

SIRENA.

Pardiobre, por mas que ronde,
no temas que la trabuque.

CARLOS.

¿No, Fenisa, siendo un duque?

SIRENA.

Ni un rey, ni un papa, ni un conde.

DUQUE, *aparte.*

Todos son historiadores
de mi desdicha.

CARLOS.

Sirena
duerme sin cuidado y pena;
amor en los labradores,
si se agarra y da en costumbre,
no se puede soportar:
las tapias quiero saltar
y aliviar la pesadumbre.

SIRENA.

¿Estás loco?

CARLOS.

Loco estó.
Yo soy vuestro esposo y dueño;
aténgome al matrimeño;
ó sois mi muger, ó no.

SIRENA.

Ruido suena, padre llama
la gente; vóime á acostar.

CARLOS.

¿Y qué he de her yo?

SIRENA.

¿Qué? esperar,
que es costumbre de quien ama.

CARLOS.

¿Cuándo habraremos los dos,
ya que así mi fuego atizas?

SIRENA.

Mas dias hay que longanizas.
En yéndose el duque. A Dios. (*Vase.*)

ESCENA XII.

—

EL DUQUE. CARLOS. FLORO.

DUQUE.

Floro, con la ayuda de este,
que, en fin, es ladron de casa,
el fuego que así me abrasa,
podrá ser no me moleste.—
¡Ah de la calle! ¿Quién va?

CARLOS.
¡Ah de la calle! ¿Quién viene?
DUQUE.
Quien cerrado el paso tiene.
CARLOS.
Pasos abrimos acá:
es el monte mas cerrado.
DUQUE.
¿Con quién hablabais aquí?
CARLOS.
¿Confesaisme vos á mí,
que pescudais mis pecados?
DUQUE.
Ea, no repliqueis mas:
¿con quién hablabais?
CARLOS.
¡Buen cuento!
En los diez no hay mandamiento
que nos mande: "no hablarás."
DUQUE.
Pues yo os lo mando.
CARLOS.
¿Sois vos
mas que los diez mandamientos?
DUQUE.
Ahorremos de fingimientos,
y advertid que somos dos,
y vos uno.
CARLOS.
Uno, y no manco.
DUQUE.
Haced lo que os digo, pues.
CARLOS.
Dos sois y conmigo tres;
aun no hay para pies á un banco.
¿Qué quereis?
DUQUE.
En casa agena,
y donde el alcalde vive,
y por huéspeda recibe
á la marquesa Sirena,
es notable desacato

que á su ventana hableis vos.

CARLOS.

Perdonadme, que par Dios,
que sois lindo mentecato.

DUQUE.

Villano, ¿sabeis quién soy?

CARLOS.

Del duque me pareceis
en el trage que traeis.
Por él este nombre os doy.

DUQUE.

¿Por qué el duque lo merece?

CARLOS.

Porque si fue requestada
Sirena para casada,
y aun con esto le aborrece,
¿qué tien ya que responder
si se ha casado con otra?
¿Ha de gustar ser quillotra
quien no quiso ser muger?

DUQUE.

¿Quién os mete á vos en eso?

CARLOS.

¿Quién? el que á vos os metió
en reñirme si habro ó no.
Los dos estamos sin seso,
y así dándomos por buenos,
irmos es cosa barata;
que es un asno quien se mata,
cual vos, por duelos agenos.

DUQUE.

¿Y si fuese el duque yo
á quien habeis eso dicho?

CARLOS.

Si sois vos, lo dicho dicho.

DUQUE.

¿No os desdireis de ello?

CARLOS.

No.
Pocas veces me desdigo,
porque de honrado me precio.

DUQUE.

Ni sois cobarde, ni necio;
yo quiero ser vuestro amigo.
¿Quereis vos?

CARLOS.

Si me estuvier
bien, podrá ser que lo sea.

DUQUE.

¿Y estaráos bien?

CARLOS.

Cuando os vea,
y vuestro estado supiere.

DUQUE.

Decidme, pues, vuestro nombre.

CARLOS.

Vos proponeis el partido;
lo que me pedís os pido.

DUQUE.

¡Has visto, Floro, tal hombre?
Ahora, yo os he menester;
la necesidad me obliga
á que estado y nombre os diga.

CARLOS.

Mal podeis mi amigo ser,
si os fuerza necesidad;
que amistad interesable
jamás ha sido durable.

DUQUE.

¿No se obliga una amistad
con buenas obras?

CARLOS.

A veces;
mas despues de recebida,
ó se paga mal ú olvida.

DUQUE.

Labrador, mas me pareces
filósofo que villano.

CARLOS.

Lo uno y otro puede ser.

DUQUE.

¡Qué de ello te he de querer,
si me remedia tu mano!

Discrecion tienes estraña,
aficionado te quedo,
sacarte del sayal puedo,
que soy duque de Bretaña.

CARLOS.

¡Válgame Dios! ¿que el duque es?
Perdone su rabanencia,
(que la noche da licencia)
y deme á besar los pies
desde aquí.

DUQUE.

Llégate mas.

CARLOS.

Hame dado una licion
la fábula del leon:
ya tú, señor, la sabrás.
Estaba viejo una vez
y tullido; que no es nuevo
quien anda mucho mancebo,
estar cojo á la vejez.
Como no podia cazar,
y andaba solo y hambriento,
remitió al entendimiento
los pies que solian volar;
y llamando á cortes reales,
mandó por edito y ley
que atendiendo que era rey
de todos los animales,
acudiesen á su cueva.
Fueron todos, y asentados,
dijo: "vasallos honrados,
á mi me han dado una nueva
estraña, y que me provoca
á pesadumbre y pasion,
y es que dicen que al leon
le huele muy mal la boca.
No es bien que un supuesto real,
de tantos brutos señor,
en vez de dar buen olor
á todos, huela tan mal.
Y así buscando el remedio,
hallo que á todos os toca

que llegándoos á mi boca
veais si al principio ó medio
alguna muela podrida
huele mal, porque se saque,
y de esta suerte se aplaque
afrenta tan conocida."
Metióse con esto adentro,
y entrando de en uno en uno,
no vieron salir ninguno.
La raposa, que es el centro
de malicias, olió el poste;
y convidándola á entrar
para ver y visitar
al leon, respondió: «¡oste!»
Y asomando la cabeza,
dijo: «por no ser tenida
por tosca y descomedida,
no entro á ver á vuestra alteza;
que como paso trabajos,
unos ajos he almorzado,
y para un rey no hay enfado
como el olor de los ajos.
Por aquesta cerbatana
vuestra alteza eche el aliento;
que si yo por ella siento
el mal olor, cosa es llana
que hay muela con agujero,
y el sacalla está á otra cuenta;
que yo estoy sin herramienta,
y en mi vida fui barbero.»
Lo mismo somos los dos,
y en fe de vuestra amistad,
acercarme es necedad,
porque he dicho mal de vos.
Y un viejo tiene por tema
decir, cuando á alguien me allego:
«del rey, del sol y del fuego,
lejos; que de cerca, quema.»

DUQUE.

¿Pues no me habeis de decir
quién sois, si os lo he dicho yo?

CARLOS.

Antes si; pero ya no,
por lo que acabais de oir.

DUQUE.

No habrá amistad en los dos
si el nombre encubrís asi.

CARLOS.

Vos me heis menester á mí,
segun decís, yo no á vos.
Si asi amistad no quereis,
tomáosla, señor, allá.

DUQUE.

Sabio simple, ven acá;
ya he visto lo que os quereis
tú y Fenisa, y que ha llegado,
venciendo estorbo y temor,
al fin dulce vuestro amor
que espera un enamorado.
Sé la poca voluntad
que tiene de que os caseis
el alcalde, á quien quereis
por padre de afinidad;
y que á pesar suyo allanas
tapias, saltando paredes;
que no es poco hacer mercedes
paredes que son villanas.
De mí os sentí formar quejas
porque estorbo vuestro amor:
para gozalle mejor,
si á un lado recelos dejas
que dices tienes de mí,
y al aposento me guias
de Sirena, ya podrias
quedar, de villano, aquí
hecho hidalgo y caballero,
y con Fenisa casado.

CARLOS.

¡Por alcahuete, privado!
(*Aparte.* Pero no seré el primero.
Tiene mil dificultades,
señor, lo que me mandais:
el oficio que me dais

úsase por las ciudades;
mas no por aldeas ni villas:
alcahuetes hay allá
señorías; pero acá
sufrimos pocas cosquillas.
Esto es lo uno; lo otro es
que Fenisa es tan hermosa
como Sirena, y mi esposa;
y si allá os meto, despues
cuando Sirena os reproche,
quizá dareis en Fenisa;
que suele el diabro dar prisa,
y todo es pardo de noche.
Hay en la puerta un cencerro
gruñidor, y en el corral
hay un pozo sin brocal.
Lo tercero, tiene un perro
que si os vé, y desencuaderna
los dientes dando tras vos,
no tengo á mucho, par Dios,
que se os meriende una pierna.
Lo cuarto, habeis de pasar
por la cama del alcalde,
y no pasareis de balde
si al mastin siente ladrar;
porque si una estaca arranca,
mientras se averigua ó no
si es el duque el que pasó,
sabreis lo que es una tranca.
Lo quinto, fuera de aquesto,
no os quiero her otro regalo:
lo sesto, ya veis que es malo
todo lo que toca al sesto.

DUQUE.

Mata ese villano, Floro.

CARLOS.

No consiento mataduras;
iguales somos á escuras;
sin luz no reluce el oro.
Tente, duque; que es de noche;
no te quedes en Belvalle.

FLORO.
Hachas vienen por la calle,
y detras de ellas un coche.

DUQUE.
¿Coche y hachas por aqui?
¿Hachas y coche en aldea?
¿Quién será?

CARLOS.
Sea quien sea,
señor duque, á Dios. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

EL DUQUE. FLORO.

DUQUE.
¡Que así
de los dos se haya burlado
un villano!

FLORO.
Está en su villa,
y villanos en cuadrilla
desharán un campo armado.
Oye, que el coche atascó,
y no pudiendo arrancar,
los ha obligado á apear.

DUQUE.
¿No es aquella que salió
la duquesa?

FLORO.
Ó sueño, ó sí.

DUQUE.
Sospechará si nos vé. (1)
Retírate.

FLORO.
¿Para qué,
si está ya tu esposa aquí?

(1) Suplido.

La guarnicion de la capa,
que con la luz resplandece,
señor, á tu esposa ofrece
lo que la escuridad tapa.
Ya te ha visto.

DUQUE.

Por saber
lo que es esto, no me voy.

ESCENA XIV.

LEONORA, *de camino.* LUDOVICO. DOS PAGES, *con hachas.*— EL DUQUE. FLORO.

LEONORA.

Basta, que en Belvalle estoy,
hazaña al fin de muger
recien casada y celosa.

DUQUE.

Leonora.

LEONORA.

¿Es el duque?

DUQUE.

Ya
seré duque, pues está
aquí mi duquesa hermosa.
Pues, mi bien, ¿qué causa pudo
obligaros á tal hora
venir así?

LEONORA

Quien no ignora
que amor, por andar desnudo,
ni de noche temor tiene
que le salgan á robar,
ni repara en caminar,
en fe que con alas viene.
Como soy recien casada
y novicia en el amor,
despues que os quiero, señor,
me teneis mal enseñada.

Ví que la noche venia,
y estando ausente mi dueño,
lo habia de estar el sueño,
que sin vuestra compañia
ya será imposible hallalle:
y para estar desvelada,
mas quise hacer la jornada
que hay de la corte á Belvalle,
que á sospechas dar lugar.

DUQUE.

El haberme encomendado
mi padre aumento y estado
de Sirena, disculpar
me puede en esta ocasion.

LEONORA.

No tengo yo que os reñir,
antes vengo por cumplir
esa justa obligacion.
¿Adónde esta la marquesa?

DUQUE.

Por aposentarme á mí
en su casa, vive aquí.

LEONORA.

Cortesía suya es esa.
Y vos, porque esté segura,
sueño y puerta le guardais.

DUQUE.

Cuando vos, mi bien, estais
ausente, vuestra hermosura
contemplo, como en retrato,
en la luna y las estrellas.

LEONORA.

Y hallareis mas luz en ellas
á estas puertas cada rato.
Haced que la llamen luego;
que ha de ir en mi compañia.

DUQUE.

¿No aguardaremos al dia?

LEONORA.

¿Para qué es tanto sosiego?
Está desapercebido
á estas horas el lugar,

y no podrá aposentar
los que conmigo han venido.
La corte aun no está de aquí
dos leguas.

DUQUE.

Yendo con vos,
docientas no fueran dos.

LEONORA.

Pues si eso sentís así,
¿qué hay que aguardar?

DUQUE.

Por mí, nada;
mas cogemos de repente
á Sirena, que inocente,
mi bien, de aquesta jornada,
ha de juzgar por rigor
lo que á venir mas de asiento,
tuviera á entretenimiento.

LEONORA.

Yo sé que me hará favor
en pagar la voluntad
y prisa en venir á vella,
con dar la vuelta con ella
á nuestra corte y ciudad.
Diganla como aquí estoy.

FLORO.

La puerta han abierto ya.

ESCENA XV.

CORBATO, *con un candil.* FENISA.—DICHOS.

CORBATO.

¿Quién diabros voces nos da?
Arre allá: ¿soy ó no soy
alcalde?

FENISA.

¿Toda la noche
á nuestra puerta roído?
Pero ¡aho! ¿quién ha venido

acá con cirios y coche?
¡El duque, padre, y la duca!

CORBATO.

No era el roído de balde.
¡Señor!

DUQUE.

¿Sois vos el alcalde?

CORBATO.

Aunque la vejez caduca,
yo so ogaño el envarado.

DUQUE.

¿Y es Fenisa esta doncella?

CORBATO.

Para serville yo y ella.

DUQUE.

Ponelda, alcalde, en estado;
que es ya grande.

CORBATO.

Duerme bien,
almuerza y come mejor,
no la quillotra el amor,
ni hasta agora canas tien.
¿Quién me mete á mí en metella
en prensa?

FENISA.

¿Casarme? ¡Jo!

DUQUE.

Haced lo que os digo yo,
ó si no, casaráse ella.

ESCENA XVI.

SIRENA.—DICHOS.

SIRENA.

¡Señora! ¿aquí vueselencia?
Mándeme dar esos pies.

DUQUE.

La marquesa, mi bien, es.

LEONORA.

La fama de vuestra ausencia,
Sirena, me trae así
de vos tan enamorada,
que no siento la jornada,
pues por ella os hallo aquí.
No he de partirme sin vos;
que he de ser vuestro galan,
y ya recelos me dan
que estando ausentes los dos
me habeis de quitar el sueño.

SIRENA.

Si al principio tal favor,
señora, hallo en vuestro amor,
aunque en méritos pequeño,
el mio aceta el partido,
pues si va á decir verdad,
muerta por vuestra beldad,
de Belvalle me despido.

CORBATO, *aparte.*

De muger á muger va,
pata para la traviesa.

ESCENA XVIII.

CARLOS, *de galan.*— DICHOS.

CARLOS.

¿En Belvalle la duquesa?

CORBATO.

A escuras se vino acá.

CARLOS.

¿Tanta merced, gran señora?

DUQUE.

¡O Carlos! mucho dormís.

CARLOS.

Si en el aldea vivís,
sabreis que el que en ella mora,
todo el tiempo, gran señor,
gasta, si no va á cazar,

solo en dormir y jugar.

LEONORA.

Habéisme de hacer favor
de que sin culpar mi prisa,
en el coche nos entremos,
y por Belvalle troquemos
la corte, porque es precisa
la ocasion que de tornarme
esta misma noche tengo:
y pues solo á veros vengo,
ya sin vos no podré hallarme.

SIRENA.

Cuenta el duque me habia dado
de la merced que desea
vueselencia hacerme, y crea
que tengo muy deseado
este punto; que de estar
sin padre, y á cargo suyo,
mi seguridad arguyo.

LEONORA.

No tenemos que esperar;
que porque mejor lo esteis,
vengo en persona por vos.

SIRENA.

Y estarémoslo las dos,
si vos tal merced me haceis.

LEONORA.

Ya os entiendo. Venga el coche.

DUQUE.

(*Aparte á Floro.*)
Floro, cumplió mi deseo
el amor.

CARLOS, *aparte.*

¡Que en poder veo
de mi enemigo, cruel noche,
mi honor! ¡que sufrillo pudo
mi amor honrado! ¡Sirena
en poder y casa agena,
y yo con celos y mudo!

DUQUE.

Carlos, mirad que os aguarda
el oficio que os he dado.

CARLOS.

Yo tengo, señor, cuidado.

CORBATO.

Fenisa, pon el albarda
al rucio, y alto, al molino,
pues los huéspedes se van.
Echa en las alforjas pan.

LEONORA.

Corto es, marquesa, el camino.

SIRENA.

(*Aparte á Carlos.*)
Todo en tu favor se traza.
No tengas, mi bien, temor.

CARLOS, *aparte.*

Pues soy cazador mayor,
recelos, ojo á la caza.



ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio del duque.

ESCENA I.

EL DUQUE. LEONORA.

DUQUE.

Saben los cielos, mi Leonora hermosa,
si desde que mi esposa te nombraron,
y de dos enlazaron una vida,
por vella divertida en otra parte,
quisiera aposentarte de manera
en ella, que no hubiera otra señora,
que no siendo Leonora, la ocupara.
Si un reino, es cosa clara que se rige
de un solo rey que elige por cabeza,
y la naturaleza solamente
dió al mundo un sol ardiente y una luna;
si en cada cuerpo es una el alma bella,
no es bien que esten en ella dos señores,
ni ocupen dos amores una casa,
como en la esfera escasa de mi pecho.
Diligencias he hecho que no han sido
bastantes al olvido; he intentado
ausentarme, he probado á divertirme, (1)
y para persuadirme al tuyo honesto,
las partes he propuesto que ennoblecen
tu fama, y enriquecen mi ventura.
Tu virtud, tu hermosura, tu nobleza,
la célebre grandeza de tu casa,

(1) *Procurado divertirme* dice la primera edicion, faltando á la medida.

mi memoria repasa cada dia;
mas ¡ay Leonora mia! que no basta
contra la mala casta de un tirano,
que á todo da de mano, y en mi pecho
de suerte asiento ha hecho, que con todo
alzándose, no hay modo que se aplaque,
si no es que con él saque el alma y vida
que está con él asida, y porque goce
su reino, desconoce al propio dueño.
Esto me quita el sueño; que quisiera
un alma darte entera y no partida.
No sé qué medio impida aqueste daño,
pues contra el desengaño, esposa mia,
crece mas cada dia: solo uno
hallo que es oportuno y provechoso,
si bien dificultoso, pues comienza
la tímida vergüenza á refrenalle
al tiempo de esplicalle; y esto pende
de tu amor, si se estiende, Leonor bella,
á tanto, que atropella de los celos
la línea y paralelos, porque estriba
solo en que el duque viva, que padece.
Si el tuyo te parece que es bastante
á hazaña semejante, haréte cierta
de la herida encubierta, que te llama
su médico.

LEONORA.

Quien ama como debe
debajo el yugo leve y amoroso
del matrimonio, esposo, no repara
en cosa por mas cara que parezca;
pues si es bien que se ofrezca al golpe rudo
el brazo, aunque desnudo, cuando mira
que á la cabeza tira y amenaza,
bien es que de esta traza yo pretenda
tu vida y te defienda, pues estriba
mi ser todo en que viva la cabeza,
que la naturaleza en ti me ha dado.
Si el fin de tu cuidado en mí consiste,
no estés, Filipo, triste; dame cuenta
de la pasion violenta que te abrasa,
y pues tienes en casa la ventura

que dices, ponte en cura, aunque yo muera.

DUQUE.

¡O mi bien! ¿quién pudiera para amarte
mejor, desocuparte el alma toda,
que hospeda y acomoda ingratas prendas?
No imagines ni entiendas que te pido
que si por su marido ofreció Alceste
la vida, imites este ejemplo estraño,
ni que tan en tú daño mi sosiego
te salga, que en el fuego riguroso,
el amor de tu esposo, como á Evadne
te arroje, porque gane eterna fama;
que ni acero ni llama han de ser medio
que pueda dar remedio á tanta pena.
La marquesa Sirena es el tirano
que con violenta mano se retrata
dentro del alma ingrata y homicida:
la posesion debida á tu hermosura
tiranizar procura: ya há dos años
que con mil desengaños menosprecia
la voluntad, que necia permanece
cuanto mas me aborrece, mas constante.
Ni el verme mozo amante, ni el estado
ilustre que he heredado, y su señora
la llamara, Leonora, ablandar pudo
aquel pecho desnudo de clemencia:
ni el ver que la potencia, en compañía
del poder, cada dia precipita
la razon, si la irrita el menosprecio,
la obligó ¡caso recio! á ser mi esposa.
Viendo, pues, peligrosa mi esperanza,
para tomar venganza y olvidalla,
del alma quise echalla, haciendo dueño
suyo, en tiempo pequeño, á mi Leonora.
Llamóte al fin señora mi Bretaña,
y como te acompaña la belleza
igual á tu nobleza, creí contento
echar del pensamiento al dueño ingrato
que en el alma retrato, pues ausente
de Sirena, y presente tu hermosura,
¿en qué pizarra dura se esculpiera
que no la echara fuera y se borrara?

Ni el sol de aquesa cara, ni su ausencia,
ni el ver por esperiencia ya imposible
mi frenesí terrible, hizo otra cosa
que aumentar mas furiosa la cruel llama
que ciega se derrama, y como loca
se sale por la boca. Al fin, Leonora,
viendo de hora en hora alborotada
y ya banderizada el alma mia,
que de tu parte cria atrevimiento,
porque el entendimiento te defiende,
que conoce y entiende lo que vales,
con armas desiguales la refrena
memoria de Sirena, y de su parte
la voluntad reparte, aunque sin ojos,
la vitoria y despojos de mi vida.
Viéndote de vencida y ya olvidada,
porque desengañada te siguiese
la voluntad, y viese juntamente
tu belleza escelente, y la hermosura
de quien mi mal procura, fuí por ella,
y aquí quise traella; que un contrario
junto á otro, es ordinario dar mas muestra
de la virtud que muestra. De esta suerte
crei, mi bien, que en verte mas perfeta,
mas hermosa y discreta, se enlazara
en tí el alma, y dejara á la marquesa,
de quien, aunque le pesa, le atribuye
la ventaja que incluye tu hermosura.
No salí con la cura, antes creciendo
el fuego en que me enciendo, es ya de suerte,
que si no es que la muerte le reporte,
desde que está en la corte á tal estado
me trae, que me ha obligado á que disponga
mi vida, y que la ponga ¡ay Leonor bella!
en tu mano; que si ella no me sana,
cualquiera cura es vana.

LEONORA.

El cómo aguardo.

DUQUE.

¿Crêrás que me acobardo y no me atrevo,
cuando á decirte pruebo mi locura,
viendo que tu hermosura, entendimiento

y discrecion afrento? Leonor mia,
quita mí cobardía: en esta mano
que beso, y por quien gano el bien que espero,
(*Bésasela.*)
poner mi salud quiero; ansí me veas
libre, porque poseas toda el alma,
que pongas quieta calma á esta tormenta.
No has de estar descontenta ni enojarte.

LEONORA.

Empieza á declararte, lisonjero.

DUQUE.

Si me juras primero no hacer caso
de celos, pues me abraso, aunque procuro
olvidar....

LEONORA.

Yo lo juro; ea, acabemos.

DUQUE.

No te cansen estremos, ten paciencia.
Ya suele la esperiencia haber mostrado
causar odio y enfado, si se alcanza,
lo que hace la esperanza mas perfeto.
Ya sabes que el objeto deseado
suele hacer al cuidado sabio Apeles,
que con varios pinceles, en distinta
color esmalta y pinta con bosquejos
lo que visto de lejos nos asombra,
y siendo vana sombra, nos parece
un sol que resplandece, una hermosura
que deleitar procura, y nos provoca;
mas si la mano toca la fingida
pintura apetecida, ve el deseo
ser un grosero angeo, en que afeitado,
ni cria yerba el prado, ni la fuente
prosigue su corriente, ni ve, ni habla
la imagen que la tabla representa,
y así lleno de afrenta, busca viva
la que la perspectiva enseña muerta.
Mi voluntad incierta, que engañada
ve en Sirena pintada una hermosura
divina, una cordura deleitable,
un sol, que hacen amable sus reflejos,
como la ve de lejos, ignorante

juzga lo que delante le parece,
y engañada apetece como loca
lo que si gusta y toca, ser podria
que hiciese, esposa mia, mas segura
la divina hermosura que en tí siento,
y el aborrecimiento y desengaño
remediasen el daño que me abrasa.
El remedio está en casa, por quien peno;
tú has de ser mi Galeno, y mi bien todo:
haz, Leonora, de modo, aunque provoque
tus celos, que yo toque esta pintura;
desengañar procura mi deseo,
sepa yo si es angeo, comparado
contigo, este adorado desatino;
sepa yo si es divino ó si es humano
este angel, porque sano, como es justo,
te estime mas mi gusto, y la esperiencia
me enseñe la escelencia, mi Leonora,
con que eres vencedora: y yo mudado,
vuelva desengañado y reducido,
no á darte dividido, sino entero,
un amor verdadero.

LEONORA.

La primera
muger que sea tercera de su esposo
seré; mas si es forzoso el agradarte,
y á costa he de curarte de mi gusto,
vaya con Dios; yo gusto darte en eso
la vida con el seso. A los desvelos
de averiguados celos pondré pausa,
si con tan justa causa no dan pena;
persuadiré á Sirena con caricias,
con ruegos, con albricias, y de modo
tentaré el vado todo, que si á ruegos
muestra desdenes ciegos, y te agrada
su belleza forzada, á que la fuerces
y el torpe gusto esfuerces daré traza.
¿Estás contento?

DUQUE.

Enlaza en este cuello
el tuson rico y bello de tus brazos:
acorta, mi bien, plazos, pues acortas,

si á mi dicha la exhortas, el agravio
que te hago; y cuerdo y sabio podré darte
toda el alma, que jura de adorarte. (*Vase.*)

ESCENA II.

LEONORA.

No sé como he reprimido
el ímpetu á la pasion,
ni como mi corazon
disimular ha podido.
¿Ha visto el mundo ó ha oido
combate de amor mas recio?
¡Ah Filipo torpe y necio!
á engendrar en mí comienza
venganza tu desvergüenza,
y desden mi menosprecio.
¿Tan fuerte es una muger,
que la pruebas en tu daño?
¿tan sufrible un desengaño,
que en mí le quieras hacer?
¿No pudieras escoger
otra tercera mejor,
ignorante pretensor?
No es mucho, pues indiscreto
me pierdes asi el respeto,
que yo te pierda el amor.
Pon los ojos en Sirena,
necio; que yo los pondré
en quien venganza me dé
de tu desprecio y mi pena.
Tu tercera hacerme ordena;
que yo te haré mi tercero,
porque por tus filos quiero
vengarme de esta manera,
para que tu honra muera
con las armas que yo muero.

ESCENA III.

SIRENA.—LEONORA.

SIRENA.

Para ser vuestra escelencia
la guarda que se ha encargado
de mí, muy poco cuidado
descubre mi diligencia.
Dos horas há que en su ausencia
el recelo me provoca
de que con voluntad poca,
pues que tanto se retira,
las cosas de mi honor mira.

LEONORA.

¡Ay, Sirena, que estoy loca!
Si de pesar no reviento,
es por ver que la esperanza
que tengo de la venganza
da riendas al sufrimiento.
Que ofendiendo al sacramento
conyugal, busque un marido
otro amor, ya es permitido,
y que su tálamo ofenda
aunque lo sepa y entienda
la esposa que ha aborrecido;
¡pero que se descomida
y sea tal su desacato,
que para tan torpe trato
ayuda á su muger pida....!
Hoy le quitara la vida,
á no juzgar por mejor
quitalle, amiga, el honor,
en él tan mal empleado.

SIRENA.

Ocasion justa te ha dado;
mas miraráslo mejor;
que siempre el agravio saca
palabras que la ira ofrece,

y el alma noble aborrece,
aunque con ellas se aplaca.

LEONORA.

No halla mejor triaca,
marquesa, el veneno recio
de mi injuria y menosprecio;
en esto me determino:
pague así su desatino
un marido que es tan necio.
Tan lejos de imaginar
está que me agravia en esto,
que en mi interes propio ha puesto
el dar á su amor lugar:
en llegándote á gozar,
dice que echándote fuera
del corazon, que es tu esfera,
si ahora soy aborrecida,
el alma por tí partida
me volverá á dar entera:
y así que te solicite
pide con ruegos, con trazas,
con joyas, con amenazas,
porque á su locura imite.
Si para que me ejercite
en oficio tan honrado
nombre de esposa me ha dado,
y á esto vine de Borgoña,
yo le daré la ponzoña
misma que á beber me ha dado.
Para con Dios, tanta pena
llega el hombre á merecer
que hace agravio á su muger,
como la esposa, Sirena.

SIRENA.

Señora mia, refrena
resolucion tan estraña.

LEONORA.

El duque me desengaña;
no hay que hablar: á ser primera
vine, y no infame tercera,
desde Borgoña á Bretaña.
Goce el duque tu hermosura;

que ya en mí no hay resistencia.

SIRENA.

¿Luego con vuestra escelencia
mi honra no está segura?
¿Luego ya salió perjura
la fe, que de defender
mi fama, quiere romper?

LEONORA.

Si tu amistad no me ayuda,
como mi honor pongo en duda,
el tuyo pienso poner.
El duque y su desatino,
mi aficion volvió en furor,
porque del mas fino amor
nace el odio que es mas fino.
Si por aqueste camino
no me ayudas, con mi fe
tu honor á riesgo pondré,
dando á mi enojo motivo,
pues cuando mi honor derribo,
no ha de haber honor en pie.
Los ojos ha puesto en tí
el duque para cegarlos,
y yo los he puesto en Carlos
tu primo.

SIRENA.

¿Cómo? (*Aparte.* ¡Ay de mí!)

LEONORA.

Mi desprecio vengo así;
á amar á Carlos me animo;
ni honra ni vida estimo;
de su prima vengo á ser
tercera, y así he de hacer
que lo seas de tu primo.
Hecho me ha solicitarte,
y que te ruegue permite;
yo haré que él le solicite,
y le ruegue de mi parte.

SIRENA.

Vendrás á desenojarte,
y miraráslo mejor.

LEONORA.

Ya lo he visto; mi rigor
ha dado aquesta sentencia:
Sirena, ya no hay paciencia,
ya no hay seso, no hay honor.
Si por tí Carlos me ama,
al duque haré tal engaño,
que resultando en su daño,
quede segura tu fama;
pero si no, de su llama
aquesta noche has de ser
materia para encender
tu afrenta.

SIRENA, *aparte.*

¿Qué es esto, cielos?
¡Entre la deshonra y celos
me habeis venido á meter!
Antes que pierda el honor,
la vida el duque destroce,
y antes que Leonora goce
á Carlos, me mate amor.
No sé cual daño es menor;
dar al duque aborrecible
contento, es caso terrible;
pues ser solicitadora
yo con Carlos, por Leonora,
eso no, que es imposible.
¿Qué he de hacer, triste de mí?

LEONORA.

Marquesa, á Carlos preven;
que á las dos nos está bien
vengarnos del duque asi.

SIRENA.

(*Aparte.* Disimular quiero aquí
el tormento que reprimo.)
Tu gusto, señora, estimo;
mas mira....

LEONORA.

No hay que mirar:
envia luego á llamar,
Sirena, á Carlos tu primo.
Busca amorosa elocuencia

con que persuadille puedas,
y si vitoriosa quedas,
haz que venga á mi presencia.

SIRENA.

Si, de dar á vueselencia
contento, segura estoy
del duque, á servilla voy.
(*Aparte.* Agora, Carlos, veré
los quilates de la fe,
que empiezo á probar desde hoy.) (*Vase.*)

ESCENA IV.

LEONORA.

Si consiste la prudencia
en el saber elegir
medios para conseguir
el fin de una diligencia,
la deshonesta insolencia
del duque cuan imprudente
es me ha mostrado al presente
en los medios que ha buscado,
pues ellos medio me han dado
para que su fama afrente.

ESCENA V.

CARLOS.—LEONORA.

CARLOS.

(*Para sí al salir.*)
Tener en casa el sustento,
y no poderlo comer;
cofres de oro poseer,
y estar pobre el avariento;
en el rio estar sediento,
sin agua y sal en el mar,

con alas, y no volar,
todo esto junto en mí pasa,
pues tengo á Sirena en casa,
y nunca la puedo hablar.

LEONORA.

Carlos.

CARLOS.

Gran señora.

LEONORA.

Pues
¿de qué venís pensativo?

CARLOS.

Disgustos son con que vivo,
despues que aquí estoy.

LEONORA.

¡Despues!
¿Pues en qué dama habeis puesto
el pensamiento, que necia
las muchas partes desprecia
de vuestro talle dispuesto?
¿Son desdenes? ¿llorais celos?

CARLOS.

No sé á qué sabe, señora,
ese manjar hasta agora.

LEONORA.

Mucho debeis á los cielos.
¿Quereis bien?

CARLOS.

Ni-bien, ni mal.

LEONORA.

Miraldo, Carlos, mejor;
que yo sé que os tiene amor
una dama principal
de palacio.

CARLOS.

¿Á mí?

LEONORA.

Y por veros
en donde estorbos no hubiera,
no sé si la vida diera,
que sustenta con quereros.

CARLOS, *aparte.*

¿Si le ha contado Sirena
á Leonora nuestro amor?
Pero no hará tal error,
pues no me ha puesto otra pena
sino el silencio discreto,
despues que con ella trato.

LEONORA.

Si dais lugar al recato,
y no ofendeis al secreto,
á un duque, Carlos, sé yo
que esta dama desestima
por vuestra causa.

CARLOS, *aparte.*

Mi prima
cuenta de todo la dió.
No hay mas; el deseo de hallar
traza de verme y hablarme,
pudo solo, por amarme,
peligros atropellar.
Y porque esté la duquesa
segura de los desvelos
que el duque ha dado á sus celos,
con este medio interesa
su amistad y intercesion,
para que pueda segura
hablarme. ¡Estraña cordura!
¡Peregrina discrecion!

LEONORA.

Entrado habeis en consejo
con vos mismo, y sois prudente;
que en peligro tan urgente,
no es mucho que esteis perplejo.
Mas pues que yo os aseguro,
no creo que hará el temor
agravio á mi mucho amor.

CARLOS.

Aunque es el enigma oscuro,
no tanto que de él no entienda
cuan favorecido quedo
de vueselencia. Ni puedo,
ni es prudencia que pretenda

agradecer con razones,
el bien que de vos consigo;
solo, gran señora, digo
que á tantas obligaciones
pienso pagar con quedar
por vuestro cautivo y preso;
y en señal, la mano os beso.

LEONORA.

Poco hubo que negociar.
La materia hallé dispuesta,
Carlos, que dudaba en vos.

CARLOS.

Ya há un año, y va para dos,
que el amor que os manifiesta
mi pecho, tuve encubierto.

LEONORA.

Pues de un año ya habla amor.

CARLOS.

Tuve del duque temor.

LEONORA.

Castigad su desconcierto,
y entrad vos en su lugar:
lo que vuestra prima bella
os dijere, haced; con ella
podeis sin temor hablar.
Seguid las trazas que os diere;
que yo os facilitaré
estorbos, y dispondré
todo lo que ella os dijere;
pues con tal intercesora,
sin peligro de mudanza,
dareis del duque venganza
á una muger que os adora. (*Vase.*)

CARLOS.

Llegó mi dicha á su estremo.
Sirena, si para hablarte,
Leonora está de mi parte,
¿qué hay que dudar, ó qué temo?
Afuera, celosa pena;
no pongais mi dicha en duda,
pues la duquesa me ayuda,
y es tan constante Sirena. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE. FLORO.

DUQUE.

No ha de quedar diligencia
que no intente hasta vencer
la espantosa resistencia,
Floro, que en esta muger
martiriza mi paciencia.
La duquesa, persuadida
de mis ruegos y desvelos,
de sus agravios se olvida,
y anteponiendo á sus celos
el remedio de mi vida,
me promete hacerse guerra
á sí misma, por templar
el fuego que en mí se encierra,
y persuadilla hasta dar
con su fortaleza en tierra.
Para que al estremo llegue
siempre mi vivo cuidado,
y mi tormento sosiegue,
que me llamen he mandado
á Carlos, porque la ruegue,
solicite y persüada;
que aunque forzalla pudiera,
nunca, la fruta alcanzada
por fuerza, de ella se espera
lo que estando sazonada:
con sazon quiero cogella.

FLORO.

Si en el consejo de estado
de amor (donde él atropella
la razon, falso letrado,
por no regirse por ella)
se admitieran pareceres,
uno pudiera yo darte
saludable, si es que quieres,

gran señor, no despeñarte.

DUQUE.

Tal puede ser el que dieres,
que le estime, si no es
divertirme de Sirena.

FLORO.

No, gran señor.

DUQUE.

Dile pues.

FLORO.

Edificas sobre arena,
y todo ha sido al revés
cuanto hasta este punto has hecho.
Un filósofo enseñaba
su facultad, satisfecho
que por sus letras ganaba
juntamente honra y provecho.
Al que estudiado no habia,
con un precio moderado
á su escuela le admitia;
pero el que estaba enseñado,
y algunas letras tenia,
dos precios habia de darle
si su oyente habia de ser,
uno por desenseñarle,
(que sobre ageno saber
no queria licion darle)
y otro por volver de nuevo
á hacelle en su escuela sabio.
Yo, que esta opinion apruebo,
si no lo juzgas á agravio,
á cumplir tu amor me atrevo;
pero con tal condicion,
que deshagas cuanto has hecho
en tu ciega pretension,
pues no será de provecho
de otra suerte la licion.
Ya que al principio lo erraste,
(pues sin curar dentro el mal,
con Leonora te casaste,
siendo Sirena tu igual,
y así imposibilitaste

el alcanzalla mejor)
y remediarse no puede
tan desenfrenado ardor,
porque incurable no quede
de todo punto tu amor,
has de deshacer agora
el disparate que has hecho,
pues viendo lo que te adora,
quieres que ablande su pecho
la duquesa mi señora,
que por mas que te parece
que terciar tu amor intenta,
ó este agravio la enloquece,
ó si no siente esta afrenta,
la duquesa te aborrece.
Y será cosa pesada
cualquiera de estas, señor;
que en la muger injuriada,
nunca hay venganza mayor
como la disimulada.
No has de provocar tampoco
que sea Carlos tu tercero,
por los peligros que toco;
que es Carlos muy caballero,
y si le tienes en poco,
como el honor de su prima
por tantas partes le alcanza,
si aqueste agravio le anima,
podrá ser que á la venganza
le fuerce tu desestima.
Sirena es, señor, muger;
como tal, ha de acudir
al natural de su ser;
lo que mas suelen sentir
es el verse aborrecer
de quien las quiso primero:
finge que la has olvidado,
no la mires lisonjero,
pregúntala descuidado,
y respóndela severo.
Cuando la hables, bosteza;
si cuidadosa te mira,

vuelve á un lado la cabeza;
de cuando en cuando suspira,
muestra, hablándola, tristeza,
ponte en parte que te vea
celebrar algun papel
á solas, y aquesto sea
fingiendo la letra en él;
y porque despues le lea,
haz al sacar el pañuelo,
despues que le hayas guardado,
que se te cae en el suelo;
escribe en él el cuidado
de una dama con recelo
de que á Sirena procuras
y en su amor te desvaneces,
y por mas que la aseguras
lo mucho que la aborreces,
que mientes en cuanto juras.
Verás, aunque el corazon
tenga como el bronce recio,
que vale en esta ocasion
mas una hora de desprecio,
que un año de pretension.

DUQUE.

Como médico de aldea,
comunes recetas das:
en bárbaros las emplea;
que en la corte no hallarás
quien las admita ni crea.
Los medios que yo he escogido
me darán por fuerza ó grado
el gusto que no he adquirido;
que el trabajo que he pasado,
no lo he de dejar perdido.
Estudia un consejo nuevo,
y déjame hacer á mí,
que el camino sé que llevo.

FLORO.

La duquesa viene aquí.

DUQUE.

Vete, pues, Floro.

FLORO.

No apruebo,
por mas que te determines,
tan peligrosos remedios.

DUQUE.

No importa que eso imagines.

FLORO.

Malos principios y medios
nunca alcanzan buenos fines. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LEONORA.—EL DUQUE.

LEONORA.

Duque, la mayor hazaña
que han visto jamás los cielos,
tiene hoy de honrarme en Bretaña:
contra el rigor de mis celos,
el amor que me acompaña,
y te tengo, me ha podido
persuadir que hable á Sirena.
Con lágrimas la he pedido
que dando alivio á tu pena,
la esperanza que he perdido,
y me robó su beldad,
me la procure volver;
que quiero, aunque es necedad,
verte mas en su poder,
que verte sin voluntad.
He dicho que si á tu pena
una vez alivio da
y sus desdenes refrena,
segura se casará
con el duque de Lorena,
á quien por tí la prometo:
que goce tu amor prestado,
pues lo sufro, y en efeto,
que ponga su honra y cuidado
en las manos del secreto.

¿Puedo hacer mas?

DUQUE.

No te quiero
hacer exageraciones,
porque pagar presto espero,
mi bien, tus obligaciones,
no partido, sino entero.
Mas ¿qué responde?

LEONORA.

No hay cosa
que á los principios no sea,
Filipo, dificúltosa:
cuando la hablo, colorea
entre airada y vergonzosa.

DUQUE.

Reina agora la verguenza
y el temor que de ella nace.

LEONORA.

Yó haré que tu amor la venza,
porque ya sabes que hace
la mitad el que comienza.
Una cosa solamente
falta, duque, por arrimo
de la conquista presente,
y es obligar á su primo;
que el persuadilla un pariente
á quien parte del honor
y de su deshonra cabe,
hace el peligro menor.

DUQUE.

Tu ingenio mi dicha alabe,
tu lealtad, tu firme amor.
¿No es bueno que habia enviado
con aqueste fin por él?

LEONORA.

Carlos es noble y honrado;
no te declares con él,
por si acaso alborotado
llega á perderte el respeto;
yo lo dispondré mejor;
que soy muger, en efeto.
Encúbrele de tu amor

el pensamiento secreto,
y dile que si desea
servirte y tenerte grato,
con mas frecuencia me vea,
y con prudencia y recato
cuanto le dijere crea,
porque en darme gusto á mí
estriba todo tu gusto.

DUQUE.

Dices bien, yo lo haré así.

LEONORA, *aparte.*

Y yo con castigo justo
me pienso vengar de tí,
haciéndote mi tercero,
pues que tu tercera me haces.

DUQUE.

Si á Sirena por tí adquiero,
despues con eternas paces
servirte, Leonora, espero.

LEONORA.

Carlos viene; el declararte
escusa con él, y di
que el servirme es agradarte.
¿Enviarásle luego?

DUQUE.

Sí;
luego, duquesa, irá á hablarte.
(*Vase Leonora.*)

ESCENA VIII.

CARLOS.—EL DUQUE.

CARLOS.

¿Qué manda vuestra escelencia?

DUQUE.

La baronía de Flor
está vaca, y el valor,
Carlos, de vuestra presencia,
por dueño hoy ha de tener.

Baron de Flor sois desde hoy.

CARLOS.

Tu esclavo sí, aquesto soy.

DUQUE.

Dicen que llega á valer
seis mil ducados de renta;
mas yo prometo aumentarlos
con otras mercedes, Carlos;
que os tengo muy por mi cuenta.

CARLOS.

Ya deseo que se ofrezca
ocasion en que poder
con algun servicio hacer
que tanta merced merezca.

DUQUE.

La que entre manos traeis
os le puede bien cumplir,
si me deseais servir,
segun me lo prometeis.

CARLOS.

(*Aparte*. ¿Mas que es la merced tan cara,
que quiere que intercesor
con mi esposa sea en su amor?
Moriré si se declara.)
Dígame vuestra escelencia,
de mí ¿en qué se servirá?

DUQUE.

La duquesa os lo dirá;
id, Carlos, á su presencia:
haced lo que ella os mandare,
dalde gusto vos; que así
me tendreis contento á mí;
y advertid que no repare
en peligros de honra ó fama
vuestro recelo; que á todo
por libraros me acomodo.
Andad, que Leonora os llama.

CARLOS.

Declaraos mas, gran señor;
mirad que confuso quedo.

DUQUE.

Carlos, amigo, no puedo;

ella os lo dirá mejor.
Haced diligente vos
lo que os pide y aconseja;
y advertid que si se queja,
hemos de reñir los dos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

CARLOS.

¡Hay confusion mas estraña!
La duquesa ¿no me anima
para que sirva á mi prima?
¿No há que el duque de Bretaña
sin seso por ella anda,
dos años? ¿Pues cómo agora
me pide que hable á Leonora,
y cumpla lo que me manda?
Ella manda que á Sirena
sirva, y me promete dar
para gozalla lugar;
el duque tambien ordena
que obedezca á la duquesa:
si el obedecer me está
tan bien, ¿qué pena me da?
¿qué temo? ¿de qué me pesa?
Pues con el duque y Leonora
cumplo con mi amor ardiente,
digo que soy obediente
mas que un fraile desde agora.

ESCENA X.

SIRENA.—CARLOS.

SIRENA.

Por muchos años y buenos,
aunque sea á costa mia,

se emplee vueseñoría
en pensamientos agenos,
y mejore de aficion;
que por lo bien que le está,
una tercera tendrá
en mí, con obligacion,
aunque lo sienta y me pese,
de acudir desde este dia
á su gusto.

CARLOS.

Esposa mia,
¿qué modo de hablar es ese?

ESCENA XI.

UN PAGE.—SIRENA. CARLOS.

PAGE.

A vueseñoría espera
la duquesa.

SIRENA.

¿A mí? Ya voy.

CARLOS.

¿Qué es esto, prima?

SIRENA.

No soy
prima ya, sino tercera.
(*Vanse Sirena y el page.*)

ESCENA XII.

CARLOS.

¿Tercera? ¿Cómo ó de quién?
Cielos, añadí eslabones
de enredos y confusiones
para que muerte me den.
¿En qué encantamento estoy?

¡Válgame Dios! ¿si he perdido
con la ventura el sentido?
¿Qué hechizos me espantan hoy?
Leonora ayudarme ordena;
el mismo duque me obliga
á que la obedezca y siga;
yo adoro solo á Sirena;
y cuando mi amor espera
gozalla, y su esposo soy,
se va, y me dice: «no soy
prima ya, sino tercera.»
¡Ah corte llena de encantos!
Líbreme el cielo de tí.

ESCENA XIII.

OTRO PAGE.—CARLOS.

PAGE.

El duque os llama.

CARLOS.

¿A mí?

PAGE.

Sí.

CARLOS, *aparte.*

Despertadme, cielos santos.

PAGE.

Mudad vestido, que quiere
salir con vos á rondar.

CARLOS, *aparte.*

Si se llega á declarar,
y á mi confusion luz diere,
yo escribiré esta quimera.

PAGE.

¿Venís?

CARLOS.

A vestirme voy.
(*Aparte.* ¡Que me dijese: «no soy
prima ya, sino tercera!») (*Vanse.*)

Vista esterior del palacio.

ESCENA XIV.

LEONORA *y* SIRENA *á una ventana.*

LEONORA.

Digo, pues, Sirena amiga,
que cuando á Carlos hablé
y le conté mi fatiga,
tan de mi parte le hallé,
que no sé como te diga
el gozo que recibió,
cuan pocos estorbos puso....
Ni de oirme se alteró,
ni me respondió confuso,
ni al rostro el color mudó;
antes alegre y humano
mi dicha hizo manifiesta,
pues de puro cortesano,
en lugar de la respuesta,
los labios puso en mi mano.

SIRENA.

¿Pues tan presto, gran señora?
Mira que es Carlos discreto.

LEONORA.

Marquesa, Carlos me adora;
el temor tuvo secreto
lo que manifestó agora.
Un año, y va para dos,
há que se muere por mí.

SIRENA.

Para en uno sois los dos.
(*Aparte.* ¡Que no me arroje de aquí!
¿El firme, Carlos, sois vos?
¡En tierra á la primer prueba!
Si una muger se mudara,

que en sí la inconstancia lleva,
¡qué tantas veces en cara
la dieran todos con Eva!
¡Ay hombres, hombres!)

LEONORA.

Parece
que de mi bien te ha pesado,
pues mi dicha te enmudece.

SIRENA.

Tiéneme puesta en cuidado
el peligro á que se ofrece,
si á sabello el duque alcanza,
mi primo.

LEONORA.

Amor es discreto,
industriosa la venganza,
y en las manos del secreto
no hay recelos de mudanza.
Para esto te he menester,
no para que á Carlos hables.

SIRENA, *aparte*.

¡Fragil llamais nuestro ser,
hombres, y en el ser mudables
sois menos que una muger!

LEONORA.

¿Sabes lo que he colegido
del pesar que has enseñado
á la suerte que he tenido?
Que si á Carlos he llamado,
debe de ser tu escogido.
Bien le quieres.

SIRENA.

Si te engaña
tu sospechosa quimera,
crê que no soy tan estraña
si amara, que no quisiera
ser duquesa de Bretaña
mas que ser dama de Carlos.

LEONORA.

No sé: de celos me muero.

SIRENA, *aparte*.

Y yo no puedo ocultarlos.

LEONORA.

Gente ha venido al terrero;
mas yo vendré á averiguarlos.

ESCENA XV.

—

EL DUQUE *y* CARLOS, *de noche.*—LEONORA. SIRENA.

DUQUE.

Traidor, no busques rodeos,
que ya conozco la causa
por que tanto dificultas
lo que mis penas te mandan.
Por mas que encubrirte pienses,
la turbacion con que hablas
me enseña por el aliento
las traiciones de tu alma.
No es la honra de Sirena
la que recelas y guardas,
sino el tenerla, en mi agravio,
mas que prima, por tu dama.

CARLOS.

Gran señor, sosiegaté,
y con la cólera envaina
el enojo, que te incita
sin razon á la venganza.
¿Qué has visto en mí que te obligue
y á creer te persüada,
haciéndote competencia,
que á mi prima adora mi alma?
¿Así se encubre el amor,
que en ser niño nunca calla,
y en ser fuego manifiesta
donde vive en humo y llamas?
No me tengas por tan vil
que si yo á Sirena amara,
aunque tu vasallo soy,
sufriera que la sacaras
de Belvalle, y la trujeras
á tu corte y á tu casa,

donde creciendo mis celos,
mis tormentos aumentaras.
Que yo sienta, siendo noble,
que tercero vil me hagas
de quien, por ser prima mia,
me ha de caber de su infamia
tanta parte, no te espantes,
pues sabes lo que Bretaña
me estima, y que soy tu deudo,
y de lo mejor de Francia.

DUQUE.

¿Pues qué afrenta se te sigue
de que cumpla mi esperanza
tu prima, y la goce yo,
si cuando me satisfaga,
dando á Leonora la muerte,
la has de ver entronizada
sobre mi silla ducal?

CARLOS.

Hablar siento en la ventana.
Mira, gran señor, que piden
mas recato esas palabras.

DUQUE.

¿Quién puede ser?

CARLOS.

Facilmente
lo sabrás, si oyendo callas.

SIRENA.

(*A Leonora.*)
Mal sabes quien es Sirena:
ni he dado ni daré entrada
en mi vida á amores locos
sin obras y con palabras.

DUQUE.

(*Habla aparte con Carlos.*)
¿No es tu prima?

CARLOS.

Ella parece.

DUQUE.

Carlos, disculpas no bastan
á asegurarme de tí:
si pretendes confirmarlas,

habla con Sirena agora;
finge que no te acompaña
ninguno, y colegirán
mis celos de tus palabras
si la pretendes ó no.
La obscuridad nos ampara
para que verme no pueda;
así sabré si me engañas.

CARLOS.

¿Qué la tengo de decir?

DUQUE.

Desdenes, desconfianzas,
celos, aborrecimientos,
con que la provoques, y hagas
que te responda: veré
mis sospechas confirmadas,
ó mas firme tu lealtad.

CARLOS, *aparte.*

¡Ay confusion mas estraña!
De esta vez mi poca dicha,
dándome la muerte, saca
año y medio de secreto,
para avergonzarme, á plaza.
¡O peligros del honor!

DUQUE.

¿No llegas? ¿Qué te acobardas?

CARLOS.

Lo que he de decir prevengo.—
¡Ah de las rejas!

SIRENA.

¿Quién llama?

CARLOS.

Carlos sóy.

LEONORA.

(*Habla aparte con Sirena.*)
Oye, marquesa.
De los celos que me causas
has de asegurarme agora.
No digas que á la ventana
estoy contigo.

SIRENA.

¿Pues qué?

LEONORA.

Finge que porque me ama
y en mis memorias se ocupa,
pierdes el seso y te abrasas.
Pídele celos de mí.

SIRENA, *aparte.*

No los pediré sin causa.

LEONORA.

¿Qué dices?

SIRENA.

Que por servirte,
quiero hacer lo que me mandas.—
¡Ah Carlos! ¿rondando vos?
¿Teneis en palacio dama?
¿No os dejan dormir sospechas?
¿Llorais desden ó mudanzas?

CARLOS.

¿Quién os mete á vos en eso?

SIRENA.

Ser vuestra prima ¿no basta
para correr por mi cuenta
vuestras dichas ó desgracias?

CARLOS.

¡Pues qué! ¿es pedirme eso celos?

SIRENA.

¿Fuera mucho?

CARLOS.

Si me cansa
vuestra memoria de suerte,
que no hay cosa mas contraria
para mi gusto que oiros,
¿por qué con vuestras palabras
aguais de mis pensamientos
pretensiones y esperanzas?
¿Heos querido yo jamás?

SIRENA.

¿A qué propósito y causa
eslabonais disparates?
¿Pídoos yo cuenta tan larga?
¿Heos rogado que me ameis
alguna vez? ¿Qué embajadas
de mi parte os solicitan?

¿qué papeles os enfadan?
¿qué prendas mias adornan
en público vuestras galas,
y en secreto vuestros gustos?
Si burlando os preguntaba
por la dama que os desvela,
(buen provecho, primo, os haga:)
desde aquí, por no enfadaros,
juro no hablaros palabra,
ni veros.

CARLOS.

(*Aparte al duque.*)
¿Estás contento?

SIRENA.

(*Aparte á Leonora.*)
¿Vives ya desengañada?

DUQUE.

Carlos, prosigue tu tema;
que me enamora la gracia
de aquellos dulces desdenes.

LEONORA.

Sirena, presto te cansas
de asegurar el amor
y fe que Carlos me guarda
cuando por mí te desprecia.
Muestra que estás enojada,
pídele celos por mí,
y entretengan mi esperanza
estas burlas.

SIRENA, *aparte.*

Estas veras
dirás mejor, pues me matan.

DUQUE.

Veamos como te aíras;
Carlos, enójala; acaba.

CARLOS, *aparte.*

¡Que á esto el duque me fuerce!
¡Ay Sirena de mi alma!
¡cuál debes de estar conmigo!

DUQUE.

¿Qué esperas, Carlos?

CARLOS.

(A Sirena.)

Mi dama
por vos, Sirena, me mira
sospechosa y agraviada;
celos tiene de que os quiero;
dos dias há que no me habla
por verme con vos hablar;
y sin el sol de su cara,
¿qué he de hacer? A mí me importa
la vida el asegurarla
aunque sea á costa vuestra;
y pues os va poco ó nada,
ni me hableis ni me mireis,
antes cuando entrare en casa
del duque, si os encontrare,
echad vos por otra sala.

LEONORA.

(Para sí.)

Mis celos ha penetrado:
para asegurar mis ansias,
menosprecia á la marquesa.
¡O amor discreto! ¿qué os falta?

CARLOS.

Esto, Sirena, os suplico.

SIRENA.

Eso mismo imaginaba
pediros, Carlos, yo á vos;
que de resistir cansada
pretensiones de dos años,
ha podido la constancia
de un amante, á quien ya quiero,
en mi pecho encender brasas.
De vos está receloso,
contándoos los pasos anda,
puede mucho, y haráos mal
si hablando conmigo os halla.
No alceis los ojos á verme.

CARLOS, *aparte.*

¿Cómo ¡ay cielos! si eso pasa,
y el duque mi honor usurpa,
cómo no tomo venganza

de mí mismo? Mas dirálo
celosa de mis palabras.

DUQUE.

Carlos, si mis dichas oyes,
llega á abrazarme. ¿Qué aguardas?
Pídeme largas albricias.
¿No ves cómo se declara
en mi favor la marquesa?
¡O venturosa mudanza,
o averiguacion discreta,
o firmeza bien empleada!

CARLOS.

Pues de fingir desatinos
tanto interes tu amor saca,
fingirme celoso quiero.
Veamos en lo que pára
tanta quimera.

DUQUE.

Bien dices.

CARLOS.

(*Aparte.* Hablemos verdades, alma:
aunque la vida nos cueste,
á luz mis desdichas salgan,
rompa mi agravio el silencio,
mudo fuí dos años, basta.)
¡Con qué pequeña ocasion
me das á entender, ingrata,
que eres muger, y que es fuerza
pagar pecho á la mudanza!
Ya yo sé que al duque quieres;
que á no amalle, no bastaran
para traerte á su corte
persuasiones ni amenazas.
Goza, en mi agravio y tu afrenta,
su amor mudable y tu infamia;
que para no vella yo,
muerte me dará esta daga.
(*Vase á dar con la daga, y ténele el duque.*)

DUQUE.

Carlos, para burlas sobran.
¿Estás loco?

CARLOS.

¿Pues pensabas
que me mataba de veras?

DUQUE.

Es de suerte la eficacia
con que celoso te finges,
que por instantes me engañas.

CARLOS.

Todo es de burlas. (*Aparte.* ¡Ay cielo,
si de veras me matara!)

LEONORA.

¿No ves que celos te pide?
Luego mis sospechas claras
desengaños averiguan.
¿Qué es esto, Sirena?

SIRENA.

Calla;
que lo dice porque teme,
siendo de mi sangre y casa,
que con los demas le injurie.
Porque veas si te ama,
de tí le he de pedir celos.—
Carlos, si agora me mandas
que ni te hable ni vea,
y está celosa tu dama,
¿por qué me injurias así?
¿por qué mudable me llamas?
Como primo te he querido;
nunca ha pasado la raya
del parentesco mi amor;
que ya ves, si la pasara,
los celos que te pidiera
de la duquesa, á quien hablas
á costa de la lealtad
que al duque tu amor quebranta.

DUQUE.

¿Cómo es esto?

CARLOS.

El verme hablar
con la duquesa, á quien mandas
que á menudo sirva y vea,
la ha dado, gran señor, causa

para pensar tal malicia.

DUQUE.

Es discreta: no me espanta;
que hay ocasion de creerlo.
No se te dé, Carlos, nada.

SIRENA.

Si afrento, porque amo al duque,
tu linage y mi prosapia,
¡ por eso le honrará mucho
la lealtad que al duque guardas!
Váyase uno por lo otro;
si quieres que calle, calla,
y á Dios, que siento rüido.

LEONORA.

¿ Adónde vas?

SIRENA.

No sé.

LEONORA.

Aguarda.

SIRENA.

No puedo. (*Vase.*)

LEONORA.

Confusa voy,
y entre temor y esperanza,
no sé si Carlos me burla;
mas yo lo sabré mañana. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

EL DUQUE. CARLOS.

DUQUE.

Ya Sirena se entró dentro.
Y tú, Carlos, en el alma
te has entrado de manera,
que ha de llegar tu privanza
hasta igualarte conmigo.
Marques eres de Anguiana.

CARLOS.

Gran señor....

DUQUE.

No hay para qué
me des por aquesto gracias.
Mucho á la duquesa debo;
ve á menudo á visitarla;
que de su gusto depende
mi dicha.

CARLOS, *aparte.*

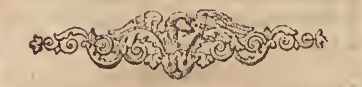
Ciegas marañas,
vosotras me matareis.

DUQUE.

¡Ay mi Sirena!

CARLOS, *aparte.*

¡Ay ingrata!



ACTO TERCERO.

Salon del palacio.

ESCENA I.

LEONORA. CARLOS.

LEONORA.

Carlos, ni sois obediente
á lo que el duque os encarga,
ni con dilacion tan larga
dais muestra de diligente.
Un año há que me jurais
que teneis amor á quien
os dije que os quiere bien,
y tan poco lo mostrais,
que cuando os allano el paso,
respondiendo mal y tarde,
ó dais muestras de cobarde,
ó haceis de mí poco caso.

CARLOS.

Hay tantas contradicciones,
señora, en lo que mandais,
que aunque estorbos allanais,
y dais lugar á ocasiones,
no me puedo persuadir
que es seguro aqueste amor.

LEONORA.

No hay, Carlos, sordo peor,
que aquel que no quiere oir.

CARLOS.

Vueselencia me ha mandado
que hable á Sirena.

LEONORA.

¿Pues?

CARLOS.

Y para gozar despues
esta ocasion sin cuidado,
dice que toma á su cargo,
por mas que el duque se ofenda
que no lo sepa ni entienda.

LEONORA.

De todo aqueso me encargo.
¿Qué hay de dificultad
en eso, que os da cuidado?

CARLOS.

Mucho. El duque me ha mandado
que de vuestra voluntad
no salga un punto, si intento
privar con él, como veis,
porque de que vos lo esteis,
pende el estar él contento.
Por otra parte enloquece
por Sirena, y cada hora
la sirve mas y enamora;
pues ¿cómo se compadece
amalla, y mandarme á mí
que cuanto vos me digais
ejecute, si gustais,
pues vive Sirena aquí,
que la hable y que la goce?

LEONORA.

¡Cómo!

CARLOS.

¿No me dais promesa
de hacer como á la marquesa,
que este favor reconoce,
alcance, por mas que intente
mi dicha el duque estorbar,
dándome industria y lugar
para la merced presente?

LEONORA.

¿Que á Sirena alcanceis vos
os tengo yo prometido?

CARLOS.

Como la corte es olvido,
no me espantaré, por Dios,
que lo que agora dijistes,
lo hayais olvidado ya.

LEONORA.

(*Aparte.* Medrado mí amor está.)
¡Lindamente me entendistes!
¿Segun eso de Sirena
há un año que sois amante?

CARLOS, *aparte.*

¿Qué mudanza en un instante
mis dichas hoy desordena?

LEONORA.

¿Y que por cierto tuvistes
que yo, Carlos, os servia
con Sirena de tercera?

CARLOS.

Vos ¿no me lo prometistes?

LEONORA.

Algun planeta tercero
me debe de ser propicio,
pues me da el duque ese oficio,
y de vos tambien le adquiero.
A amaros me habian movido
celos del duque importunos,
y por huir de los unos,
en los otros he caido.
Pero porque no alegueis,
Carlos, desde hoy ignorancia,
y, para ejemplo de Francia,
pues os ofende, os vengueis
del duque, cuya locura
á persuadirme le obliga
que á Sirena su amor diga
y conquiste su hermosura,
los ojos he puesto en vos,
y la voluntad tambien;
vengarnos nos está bien
(pues nos ofende á los dos)
del duque; que de Sirena
ya he venido á persuadirme

que no es tan constante y firme
como en Bretaña se suena;
pues á no estorballo yo,
ya el duque rendido hubiera
diamantes de acero, en cera,
que el tiempo y oro ablandó.

CARLOS, *aparte.*

Eso anoche á una ventana,
siendo testigos los cielos,
lo oyeron mis justos celos.
¡Ah Sirena! al fin liviana.

LEONORA.

Procurad corresponder
conforme mi voluntad,
y escusad la enemistad
de una celosa muger
que su amor os manifiesta,
porque al duque le diré
lo que de Sirena sé,
si me dais mala respuesta.

CARLOS, *aparte.*

A tanta desenvoltura,
delito es el responder.
¡Ah Sirena! al fin muger,
sol de enero, que no dura. (*Vase.*)

ESCENA II.

LEONORA.

Sin responderme se ha ido;
pero no hay de qué espantar,
que hay mucho que consultar,
y va de celos perdido.
A hacer el efeto en él
que en mí los del duque han hecho,
mi amor veré satisfecho,
y mi venganza crüel.
No pienso yo que osará
decir al duque, si es sabio,

que por vengarme, le agravio,
porque satisfecho está,
si le declaro ofendida
que en su competencia llama
á Sirena prima y dama,
lo (1) que peligra su vida.

ESCENA III.

SIRENA.— LEONORA.

SIRENA.

(*Sin ver á la duquesa.*)
No quepo en toda la casa;
mas si los celos son fuego,
¿cómo ha de tener sosiego
quien entre celos se abrasa?
¿Carlos tiene atrevimiento
de decirme á mí en la cara
que hay en casa quien repara
el gusto que en velle siento?
¿Carlos vuelve el paso atras
que mi amor llevó adelante?
¿Carlos me dice inconstante
que no me ha amado jamas?
¿Obligaciones olvida
Carlos, mudable y crüel?
¿Que cuando encuentre con él,
que no le mire me pida?
¿que eche por otra sala,
porque hay quien le pida celos?
¿Así paga Carlos ¡cielos!
á quien no solo le iguala,
sino á un duque le antepone,
que quiso duquesa hacerme?
¡Carlos se atreve á ofenderme!

(1) De lo.

El seso y vida perdone,
pues razon es que le pierda;
que no es muger de valor
la que perdiendo el honor,
queda viva ó queda cuerda.

LEONORA.

¿Qué cara es esa, Sirena?
Mala estais.

SIRENA.

Habrá ocasion,
porque la indisposicion
no sabe hacer cara buena.

LEONORA.

Ayer estábades sana,
y hoy teneis color mortal.
¿Mas que os hizo anoche mal
el sereno á la ventana?

SIRENA.

Bien puede ser; no lo sé.

LEONORA.

Si tan indispuesta andais,
¿por qué causa madrugais?

SIRENA.

Por morir, señora, en pie.

LEONORA.

¿Morir? No tanto como eso.
Celos serán; que quien ama,
nunca hace con celos cama;
que tienen humor travieso.

SIRENA.

¿Yo celos?

LEONORA.

A lo que escucho,
pues madrugais, no son vanos;
lo que tienen de villanos
los hace madrugar mucho.
Mas como en la facultad
de amor vais tan adelante,
madrugais como estudiante.

SIRENA.

Señora, ¿qué novedad
de hablar es esa? Reprima

vueselencia...

LEONORA.

No me engaño;
Carlos dice que há ya un año
que os lê cátedra de prima,
y goza la propiedad:
como es primo y le quereis,
primogénito le haceis,
marquesa, en la voluntad.
Celosa estoy; que aunque jura
no hablaros por mi ocasion,
si es de un año el aficion,
dificil será la cura.
Y de vos estoy quejosa,
pues no osándoos declarar
conmigo, distes lugar
á mi pasion amorosa.
Amad al duque, Sirena,
y no deis á una pasion
con sospechas, ocasion,
si la lengua desenfrena,
que se diga lo que pasa.
Esta noche os ha de hablar;
todos suelen imitar
á su dueño en una casa;
yo imito al duque en los modos
de su loco frenesí;
imitadme vos á mí,
y desquitémonos todos.

SIRENA.

Perdóneme vueselencia;
que no puedo responder.
(*Aparte.* Hoy, Carlos, tienes de ver
de mi agravio la esperiencia,
de mi desesperacion,
de la lealtad que has quebrado,
de un secreto mal guardado,
y una rota obligacion.) (*Vase.*)

ESCENA IV.

LEONORA.

Es reloj la voluntad :
desconcertada una rueda,
no hay quien concertalle pueda,
si no es con dificultad.
La rueda han desconcertado
los celos que amor labró,
y pues no tengo orden yo,
nada ha de andar ordenado.

ESCENA V.

EL DUQUE.—LEONORA.

DUQUE.
Duquesa, si verme sano
porque os adore, quereis,
¿cómo en mi cura poneis
tan tibiamente la mano?
¿Por qué la vais alargando,
pues cuanto fuere mas corta,
mas, mi Leonòra, os importa?
LEONORA.
De vicio os venís quejando.
¿Tan mala noche tuvistes
la pasada en el terrero,
donde á unas rejas de acero
dè cera un diamante vistes,
que del médico dais quejas?
Diligencias mias fueron
las que favor os hicieron,
no la noche ni las rejas.
DUQUE.
¿Luego ya os contó Sirena

lo que con ella pasé?

LEONORA.

Si industriada de mí fue,
¿qué mucho?

DUQUE.

Cesó mi pena.
¿Estábades vos allí?

LEONORA.

¿A qué propósito?

DUQUE.

Debo
mucho á Carlos; mas no es nuevo
servirme Carlos así.

LEONORA.

Antes le debeis tan poco,
que si algun estorbo impide
que de su rigor se olvide
Sirena, y no os traiga loco,
es Carlos, que por no hacer
lo que le mandais, no hace
mi gusto.

DUQUE.

¿Pues de qué nace
su rebelde proceder?

LEONORA.

De que vos no le mandais
con eficacia que acuda,
sin poner estorbo ó duda,
á servirme: si gustais
ver este imposible llano,
mandádselo con rigor.

DUQUE.

Esto será lo mejor.
Harálo, como villano,
por fuerza, pues no lo hace
por bien, como bien nacido.
Llamalde.

LEONORA.

Él mismo ha venido.
Vóime.

DUQUE.

Si no satisface

á vuestro gusto, desde hoy
satisfará mi venganza.

LEONORA.

De él estriba la esperanza
que de la marquesa os doy. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CARLOS.—EL DUQUE.

CARLOS.

(*Para sí al salir.*)
Porque el fuego no me ahogue
del veneno que provoco,
no oso parar: como el loco,
como el que ha tomado azogue,
como el bruto que ha perdido
los hijos, como el que pasa
por un monte que se abrasa,
como el ladron que anda huido,
así me traen mis desvelos;
pero ¿qué mucho, si son
veneno, azogue y ladron
los infiernos de mis celos?

DUQUE.

No es posible que en tus venas
sangre noble se reparte,
sino que por deshonrarte,
estan de villana llenas.
No es posible que tu madre,
con liviano desvarío,
por no hacerte deudo mio,
no hizo agravio á tu padre.
Vete, villano, de aquí,
sal de mi corte.

CARLOS.

Señor....

DUQUE.

¡Buen pago das á mi amor,
y al caso que hice de tí!

Vete, ó si no....

CARLOS.

¿Pues qué he hecho
para indignarte conmigo?

DUQUE.

No por lo hecho te castigo,
sino por lo que has deshecho.
Leonora se me ha quejado,
y con sentimiento justo,
que no acudes á su gusto
como yo te lo he mandado.
Cuando en su presencia estás,
te enfadas, y cuando llega
y alguna cosa te ruega,
sin respondella te vas.
¡Bien tu lealtad solicito!
¡ bien en agradarme entiendes!

CARLOS, *aparte.*

¡ Bueno es que me reprehendes
porque el honor no te quito!
¡ Ah mugeres, monstruos fieros !
¿con qué traicion no saldreis,
si aun los maridos haceis
de vuestro gusto terceros?
Estoy por decillo todo.

DUQUE.

Maquina entre tí, villano,
disculpas; piensa, aunque en vano,
para engañarme, algun modo;
que mientras no satisfagas
á Leonora, no hay pensar
que me has de desenojar,
por diligencias que hagas.
¿Callas?

CARLOS.

Digo que me pesa
que de mí quejas te den;
mas no te está, señor, bien
que yo sirva á la duquesa.

DUQUE.

¿Por qué, villano?

CARLOS.

Tu honor....

DUQUE.

No le pierdo en que á Leonora
nombre por intercesora,
ni en eso me hables, traidor.
(*Aparece Sirena en el fondo.*)
Sirena es esta; si intentas
tus culpas satisfacer,
delante de mí has de hacer
lo que en mi ausencia violentas.
Díla que esta noche quiero,
si darme gusto la agrada,
cumplir lo que la pasada
significó en el terrero;
y cuando rebelde esté,
dí que te importa la vida
el serme hoy agradecida.
Conjúrala, enojaté;
que si como anoche oí,
mi amor le causa cuidado,
y hoy de opinion ha mudado,
te he de echar la culpa á tí.

CARLOS.

Si así quedas satisfecho,
digo mil veces, señor,
que la hablaré. (*Aparte.* ¡Ay ciego amor!
¡qué de injurias que me has hecho!)
(*Apártase el duque, y sale Sirena.*)

ESCENA VII.

SIRENA.—CARLOS. EL DUQUE, *desviado de los dos.*

CARLOS.

Confusa, prima, venís,
y tan pensativa andais,
que ni sabeis donde estais,
ni en quien os mira advertís.
Mas no me espanto; que habita

en vuestra alma nuevo dueño,
que al antiguo por pequeño
posesion y vida quita.
Y como á ella se pasa,
que la alborote no hay duda;
que cuando el huesped se muda,
descompónese la casa.
¿Qué teneis? ¿estareis mala?

SIRENA.

¿Cómo á hablarme os atreveis?
¿Por qué, Carlos, si me veis,
no echais por esotra sala?

CARLOS.

Del duque traigo licencia,
que para hablaros me llama.

SIRENA.

Pues yo no de vuestra dama,
que como es toda escelencia,
por escelencia os dará,
si ve que me hablais, enojos.

CARLOS.

¡Qué bajos teneis los ojos!
¿Sois novicia?

SIRENA.

No, que ya
he profesado en querer
á quien por mi amor suspire.
¿No me mandais que no os mire?
¿Cómo los he de tener?

CARLOS.

Licencia el duque os ha dado;
hablarme y verme os consiente;
no por tenelle presente,
tengais recelo ó cuidado;
que aquí estoy por su respeto.

SIRENA.

¡Donosa está la porfia!

CARLOS.

De mí su secreto fia.

SIRENA.

¡Qué mal fiado secreto!
Si el duque sus esperanzas

osa fiar, por ser loco,
de quien hay que fiar tan poco,
perderáse por fianzas;
que no es el secreto en vos
moneda para fiar,
pues aun no sabeis guardar
el vuestro. (*Enojada.*) A no estar los dos
delante del duque, ingrato,
dando causa á que me escuche,
un cuchillo de mi estuche
la venganza que dilato
hubiera ya ejecutado,
sacándote esa vil lengua,
que en mi agravio y en tu mengua,
lo que un año oculto ha estado
hizo público, en deshonra
de quien tu traicion confiesa.
Gozaras de la duquesa,
quitárasle al duque la honra,
no hicieras caso de mí,
y con términos aleves
pagáras lo que me debes;
muriera yo honrada así,
quedando el error con llave
que ya la duquesa cuenta,
pues la deshonra no afrenta
hasta el punto que se sabe.

CARLOS.

Eso quisieras tú, ingrata,
porque el mundo no supiera,
si con el duque te viera
cuando deshonrarme trata,
que á mi firme amor has sido
despues de un año traidora,
y porque muerta Leonora,
fuera el duque tu marido,
y andando al uso del mundo,
el engaño jardinero
le vendiera por primero
el fruto que ya es segundo.
Cogelle esta noche intenta;
pero no le has de engañar;

que tengo de presentar
mil testigos en tu afrenta.
Moriré vengado así;
que no es bien que viva oculta
infamia que en mí resulta.

SIRENA.

Huyendo de él y de tí
esta noche, haré segura
la fama que me has quitado,
y buscaré un despoblado
donde me den sepultura
los brutos que en él estan,
que aunque de piedad desnudos,
por lo menos serán mudos,
y no me deshonrarán.

CARLOS.

Crüel, aunque finjas mas,
hoy has de ser mi homicida.

SIRENA.

Si hoy has de perder la vida,
á la noche lo verás. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

—

EL DUQUE. CARLOS.

CARLOS.

¡Buen enojo me ha costado
el haber sido, señor,
aquí tu procurador!

DUQUE.

Como habeis tan bajo hablado,
solamente he apercebido,
Carlos, cual y cual razon,
que cuando las junto, son
como de papel rompido.
Ya vi que enojado la has,
diciendo á la despedida:
"si hoy has de perder la vida,
á la noche lo verás."

CARLOS.

Es que habiéndome injuriado,
porque siendo caballero,
y haciéndome tu tercero,
su amor he solicitado,
me respondió: "aunque es verdad
que fiada del secreto
pensé poner en efeto
su gusto y mi liviandad,
por librarme de la pena
con que importunada he sido,
y porque me ha prometido
por esposo al de Lorena,
pues así te has declarado,
siendo mi primo, conmigo,
no te he de hablar, en castigo
de un secreto mal guardado."

DUQUE.

Así es: no sé qué oí
de mal guardados secretos,
dando de agraviada efetos.

CARLOS.

Díjela que si de mí
tenia lástima, advirtiese
que esta noche, de no hacer
tus ruegos, habia de ser
causa de que yo muriese;
y en fin, como visto has,
respondió al irse, sentida:
"si te ha de costar la vida,
á la noche lo verás.»

DUQUE.

Ya de tí quedo seguro,
Carlos: si sin hijos muero,
Bretaña por mi heredero
te jurará, y yo lo juro.
Vuélvela á hablar, no te canses,
pues sabes lo que interesa
mi vida de esa promesa,
y de que su enojo amanses.

CARLOS.

Voy, porque el servirte elijo.

(*Aparte.* Quiérola satisfacer,
no se vaya; que es muger,
y lo hará, pues que lo dijo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LEONORA. FLORO.—EL DUQUE.

LEONORA.

El duque mi padre está
tan cercano de Bretaña,
que si Floro no me engaña,
á tu corte llegará
mañana al amanecer.
Si le piensas recebir,
luego te puedes partir.

DUQUE.

¿Pues qué ocasion puede ser
la que sin darnos aviso
de su venida, Leonora,
le trae con tal prisa agora?

LEONORA.

Por escusar gastos, quiso
venir, á mi parecer,
á verte sin avisarte.

DUQUE.

¿Dónde está?

FLORO.

Esta noche parte
de tu casa de placer,
que los duques de Bretaña
tienen, señor, en Dinhan;
diez millas hay; llegarán
mañana. (*Vase.*)

DUQUE.

Desdicha estraña
es la mia; creí gozar
esta noche de Sirena,
y la suerte desordena
cuanto pretendo trazar.

LEONORA.

¿No te quedan hartas noches?

DUQUE.

Ya sabes que la ocasion
riñó con la dilacion;
mas ¿qué he de hacer? Traigan coches.

LEONORA.

Ya yo mandé aparejarlos,
que he de ir en tu compañia.

DUQUE.

Vamos. ¡Ay Sirena mia!

LEONORA, *aparte.*

Ya voy olvidando á Carlos. (*Vanse.*)

ESCENA X.

SIRENA. CORBATO. NISO. FENISA.

CORBATO.

Par Dios, señora, si entre tanta seda,
tantos tapices de brocado y oro,
tanto page sin capa y caperuza,
tanta bellaquería tambien vive,
buena pro os hagan pavos y faisanes,
y coma yo á la noche, si no hay olla,
un pedazo de pan y una cebolla.

SIRENA.

Corbato, los deseos del aldea,
incitados agora del agravio
con que el duque mi honor manchar pretende,
huir me mandan del confuso infierno
donde son los pecados cortesanos.

FENISA.

¡Y luego dirán mal de los villanos!

NISO.

Pues Carlos vueso primo, ¿no os defiende?

SIRENA.

Cortesano es tambien, todos son unos,
no hay que fiar.

NISO.

Es hospital la corte.
¡Venturoso el que sano de ella escapa!
Péganse como bubas los pecados.

CORBATO.

Y aun por aqueso tien tantos bubosos.

FENISA.

¡Ah cortesanos tiesos y engomados!
Líbreme Dios de cuellos amoldados.

SIRENA.

Ya los duques, Corbato, se habrán ido,
y si espero que vengan, corre riesgo
ó mi vida, ó mi honra, ó todo junto.
A mí me importa, hasta que tenga aviso
del peligro en que ando el rey de Francia,
esconderme de suerte, que no sepa
el duque donde estoy, aunque me busquen
sus mismos pensamientos.

CORBATÒ.

No os dé pena;
que á veros á buen tiempo hemos venido.

SIRENA.

Amigos, permision del cielo ha sido.

CORBATO.

Ya vos sabeis que cerca de Belvalle,
en Fuente-rubia, tengo yo una granja
de encinas y castaños guarnecida,
donde parece que naturaleza,
por si acaso faltasen en el mundo
los árboles diversos que le adornan,
quiso juntar allí cuantos reparte
en los diversos bosques que matiza;
y es tanta su espesura, que parece
que es cabeza del mundo aquella sierra,
segun son los cabellos que la cubren,
y de la gente y sol mi granja encubren.

SIRENA.

Pues á tal tiempo el cielo os trujo á verme,
y en mi favor los duques ha ausentado,
Fenisa ha de partir conmigo agora
sus aldeanas ropas.

FENISA.

Que me place.
Tres sayas traigo, dos de cordellate,
y una de paño fino; que la gala
de nuestras labradoras los di-santos
es cargar de sayuelos y basquiñas.
Venid, trocad palacios por campiñas.

SIRENA.

Sígueme, pues; que en este cuarto mio
esta transformacion haré segura.
Los demas me aguardad en esta sala.

CORBATO.

Par Dios, si vais allá, que no os descubra
el perro de san Roque, aunque trabuque
el monte todo el papa, rey ó duque.
(Vanse Sirena y Fenisa.)

ESCENA XI.

—

CARLOS.—CORBATO. NISO.

CARLOS.

(Para sí al salir.)
En despedir los duques he ocupado
el tiempo. ¡Ay mi Sirena! ¿si te has ido?
¡Desdichado de mí que lo sospecho!
Y si es verdad, mis juveniles años
verán hoy su fin trágico, acabando
á un tiempo mis desdichas y mis celos.
Las puertas la cerrad, piadosos cielos.

CORBATO.

¡Ah señor Carlos! ¿Ya no quiere hablarnos?
Mas no me espanto; que entre tanta seda,
piérdese un pobre labrador de vista.

CARLOS.

¡O alcalde! ¡o Niso! ¿qué hay acá de nuevo?
¿Habeis visto á mi prima?

NISO.

A eso venimos.

CORBATO.

Y habrando con perdon de vuesas barbas,
par Dios que diz que sois un gran bellaco.

NISO.

La marquesa Sirena lo confiesa,
y no puede mentir una marquesa.

CARLOS.

¿Luego ya la habeis visto?

CORBATO.

Si sois hombre
de guardarme un secreto, que me hurga
acá porque le escupa, sabreis cosa
que tien, por lo que os toca, de importaros.

CARLOS.

Acaba pues: ¿qué esperas?

NISO.

Callá, alcalde.

CORBATO.

Pardiobre que no puedo, y tengo miedo
de un secreto en el cuerpo detenido,
con que me muera yo y enviude Menga:
Niso, cámaras hay tambien de lengua.—
Sabed que está Sirena en su aposento
vistiéndose dos sayas de Fenisa,
y trocando damascos por la frisa.
Del duque se va huyendo, que esta noche
diz que quiso, par Dios, desdoncellalla;
y de vos tambien huye, porque dice
que por gozar lo mucho que ōs promete,
de primo habeis saltado en alcagüete.—
Par Dios, desque el secreto he desbuchado,
que parece que estoy desopilado.

CARLOS.

Sirena me ha culpado injustamente;
que ignora lo que su honra he defendido;
Mas ¿dónde podrá estar tan encubierta
que no lo sepa el duque, que en volviendo,
ha de hacer diligencias esquisitas?

CORBATO.

Par Dios, aunque haga mas que un pleiteante,
que en Fuente-rubia suelen, si se emboscan,
no hallar salida liebre ni raposa,

y cansadas, morir á nuestras manos.
Bien sabeis vos el sitio y la espesura,
que le esconden y guardan de la gente.

CARLOS.

La traza y el lugar es escelente.
Yo tambien quiero irme con vosotros,
de vuestro trage mismo disfrazado;
mas no sepa Sirena de esto nada;
que está de mi sentida injustamente,
y si ve que seguilla determino,
ha de mudar de intento y de camino.

CORBATO.

Yo no pienso encargarme de secretos
que tanta inquietud dan; Niso los guarde,
si es que se atreve, porque yo en dos credos,
si me embargaren, meteré los dedos.

CARLOS.

Pues veníos conmigo; iremos juntos,
y Niso podrá irse con mi prima;
que si ella está á peligro de la honra,
yo del alma, que no se halla sin vella.

CORBATO.

Vámonos, pues; que ya estará vestida.

CARLOS.

Cortesanos agravios y recelos,
hasta el vestido aquí quiero dejaros,
como en lugar que está apestado todo;
que es la corte ramera, y ya no dudo
que he de salir de su interes desnudo. (*Vanse.*)

Portal de una casa de labor.

ESCENA XII.

Suena grita dentro, y van saliendo mojados CARMENIO, CELAURO *y otros pastores.*

CARMENIO, *dentro.*
Tirso, á recoger las parvas;
que viene el agua sin tino.
CELAURO, *dentro.*
Deja el bieldo con que escarbas
la paja; que el torbellino
nos da con ella en las barbas.
CLORI, *dentro.*
Saca el trigo de las heras,
la gavillas mete en casa.
(*Salen Celauro y Carmenio.*)
CELAURO.
Junta la paja, ¿qué esperas?
CARMENIO.
Que ya la tempestad pasa.
CELAURO.
Par Dios que viene de veras.
CARMENIO.
El cielo tien mal de madre.
(*Sale Peinado.*)
PEINADO
Eso sí; ¡ verá si afloja!
CARMENIO.
Recogeos acá, comadre.
(*Sale Clori.*)
CLORI.
Agua, Dios; que ruin se moja.
PEINADO.
Y mojábase su padre.

CARMENIO.

¿Está el trigo recogido?

CELAURO.

Lo mas se queda trillado.

PEINADO.

Segun el agua ha venido,
temo que se ha de ir á nado
lo que ogaño hemos cogido.

CELAURO.

Fue á ver nuesamo á Sirena,
y á fe que él vuelva fiambre.

CLORI.

Sí, aguardaldos con la cena.

CARMENIO.

No ha de quedar vivo enjambre,
segun lo mucho que truena.

PEINADO.

Esta es la hora que el cura,
metido en la igreja en folla,
nubes hisopa y conjura.

CARMENIO.

¡No esté él jugando á la polla!
que si un todo dar procura,
no le harán ir por josticia
á conjurar.

CELAURO.

Sí, eso tiene;
que si en el juego se envicia,
no hay conjuros.

PEINADO.

Pues bien viene
por el diezmo y la primicia.

(*Sale Mengo.*)

MENGO.

¡Madre de Dios, y cuál vengo!
Dadme un camison y un sayo.

CLORI.

Remojado venis, Mengo.

MENGO.

Mató las mulas un rayo;
no sé como vida tengo.

CARMENIO.

¿Las mulas?

MENGO.

Y de camino
el mastin. Dadme otra ropa;
que vengo hecho un palomino.

PEINADO.

¡Qué calado!

MENGO.

Hecho una sopa;
mas dadme algunas en vino,
porque unas sopas con otras
se avengan acá mejor.

CLORI.

Bien tu enfermedad quillotras.
Lumbre hay.

MENGO.

Vo á entrar en calor.
¡Qué mal tiempo para potras! (*Vase.*)

(*Sale Tirso.*)

TIRSO.

¡Ah! ¡pese á quien me parió,
y al borracho que me hizo!

CARMENIO.

¿Qué traes, Tirso?

TIRSO.

¿Qué sé yo?
No he de ser mas porquerizo.

CELAURO.

¿La piara....?

TIRSO.

Ahí quedó
en la zahurda; ahogado
se han diez ó doce cochinos.

CARMENIO.

Tal agua escupe el nublado.

TIRSO.

No han bastado los encinos
para no haberme calado
hasta el alma.

CLORI.

Éntrate allá.

TIRSO.

¡Pobre de aquel que le coje
do tan presto no hallará
poblado!

CARMENIO.

Cuando se moje,
¿de eso á tí qué se te da?
Mas gente á caballo suena.

CELAURO.

A la fe que vien (1) de prisa.

CLORI.

Huéspedes teme la cena.

CARMENIO.

¿Quién son?

PEINADO.

Corbato y Fenisa,
que con Carlos y Sirena,
de labradores vestidos,
como abadejo en remojo,
vienen del agua perdidos.

CLORI.

Echa en la lumbre un manojo.

CELAURO.

Ellos sean bien venidos.

CLORI.

Ropa enjuta les vo á dar,
y aderezalles la cena. (*Vase.*)

CARMENIO.

Corre; que si á su pesar
tanta agua bebió Sirena,
gana traerá de cenar.

CELAURO.

Aun no escampa, y ya anochece.

(1) Vienen.

ESCENA XIII.

EL DUQUE. LEONORA. ENRICO, *duque de Borgoña.* FLORO.— DICHOS.

DUQUE, *dentro.*
El camino hemos perdido.
FLORO, *dentro.*
Hácia allí una luz parece.
TIRSO.
De nuevo suena rüido,
y el tiempo se está en sus trece.
(*Sale Floro.*)
FLORO.
¡Ah buen hombre! hacé avisar
al dueño de aquesta casa
que á los duques den lugar
mientras la tempestad pasa,
que ya se entran á apear.
PEINADO.
¿Qué duques?
FLORO.
Los de Bretaña,
y el de Borgoña.
PEINADO.
¡Arre allá!
TIRSO.
Llama á Corbato, alimaña.
PEINADO.
Si aun no cabemos acá,
¿do cabrá tanta compaña? (*Vase.*)
(*Salen de camino Leonora, el duque de Bretaña, y Enrico, todos mojados.*)
ENRICO.
¡Rigurosa tempestad!
DUQUE.
No la ví igual en mi vida.
Hola, á la gente llamad,
que por el bosque esparcida,

los pierde la obscuridad.

ENRICO.

Poned luces, y verán
donde estamos.—Pues, Leonora,
con rigor tratado os han
las nubes.

LEONORA.

No há mas de un hora
que salimos de Dinhan,
y mas en ella he pasado,
señor, que en toda la vida.

ENRICO.

Poco el coche os ha guardado
esta vez.

LEONORA.

Vengo perdida.
Lindamente me he mojado.

DUQUE.

No fue posible llegar
á esta aspereza los coches,
y obligónos á apear
la borrasca.

LEONORA.

Á muchas noches
de estas, no hay que desear.

ENRICO.

¡Estraños truenos!

LEONORA.

No puedo
volver en mí.

DUQUE.

¡Qué de espantos
hicistes!

LEONORA.

Téngolos miedo.

ENRICO.

Pues hartas santas y santos
acomodastes al credo.

ESCENA XIV.

CORBATO, PEINADO, *y luego* FENISA.—DICHOS.

CORBATO.

Mucho el agua me ha obrigado
esta vez, en mi conciencia,
pues por acá los ha echado.
Bien venido sea su eslencia,
y el buen viejo que trae al lado.

DUQUE.

¡O Corbato! ¿Sois el dueño
de esta granja vos?

CORBATO.

¿Pues no?
Aunque es astil el terreño,
Menga esta hacienda me dió
en dote del matrimeño.
(*Sale Fenisa.*)

FENISA.

Con salud la duca venga.
Éntrese acá.

CORBATO.

Aho, Fenisa,
haz que lumbre el hogar tenga,
y saca tú una camisa
que mude la duca, Menga;
que aunque groseras y rotas,
limpias al menos estan.

FENISA.

¿Mas que heis de chorrear gotas?

TIRSO.

Hechos palominos van.

DUQUE.

Descalzadnos estas botas.
(*Éntranse los duques.*)

CORBATO.

Hola, Crinudo, Mellado,
id vosotros y quitad

la ropa á los que han llegado,
y en el hogar la colgad.
Corre tú, Tirso, al ganado;
trae dos cabritos ó tres,
y tú otros tantos lechones.

TIRSO.

¿Ha escampado?

CORBATO.

¿No lo ves?
Corre tú y pela pichones
y gallinas.

PEINADO.

Vamos, pues.

CORBATO.

Aquí en el portal esten
los escaños y la mesa;
que es mas ancho y cabrán bien.
Saca tú fruta.

PEINADO.

¡Qué priesa!

TIRSO.

Ya van.

CORBATO.

En un santi amen.
(*Vanse Tirso y Peinado, y los otros pastores.*)

ESCENA XV.

CARLOS. SIRENA.—CORBATO.

CARLOS.

Basta, esposa de mi vida,
que el cielo nos ha juntado
todos aquí.

SIRENA.

La venida
del de Borgoña ha quitado
mi miedo, pues si no olvida
servicios y parentesco
de mi padre, espero de él

el descanso que te ofrezco.

CARLOS.

No temo la ira crüel
de Filipo, si parezco
delante de él, pues está
el de Borgoña ahora aquí.

CORBATO.

¿A qué os salís por acá?
¿á que os conozcan? Así
¿desquillotrástesos ya?
¿Hase el enojo acabado?

CARLOS.

El agua del torbellino
nuestros celos ha ahogado.

CORBATO.

Él es gentil desatino
andar arracacinchado
con ese diablo ó celera,
que á los de la corte os da.

SIRENA.

¿No hay celos aquí?

CORBATO.

Es quimera;
quítase eso por acá
con cavar una haza entera.
Mas escondeos; que si os ven
los duques, que estan al fuego,
no pienso que os irá bien.

CARLOS.

¿No han de cenar aquí?

CORBATO.

Y luego.

CARLOS.

Pues cuando á la mesa esten,
dejadme, Corbato, vos
trazar los platos.

CORBATO.

Sí haremos
de buena gana, par Dios;
que en el campo no sabemos
cuál es el principio ó pos.

CARLOS.

Pues entrémonos, marquesa,
antes que á cenar se asienten.

(*Vanse Carlos y Sirena.*)

CORBATO.

(*Mirando hácia dentro.*)
Ea, ¿no traeis la mesa?

ESCENA XVI.

PEINADO *y* TIRSO *que sacan la mesa puesta.*—CORBATO.

TIRSO.

¡Ah! pregue á Dios que revienten
con ello el duque y duquesa.

CORBATO.

Calla, bestia. Saca sillas.

PEINADO.

¿Pues han de caber en estas
tánta braga y lechuguillas?

CORBATO.

Si á duques tienen acuestas,
bien vienen ser de costillas.
Dí que salgan á cenar;
que ya se habrán enjugado.

PEINADO.

Tirso, velos á llamar.

CORBATO.

¿Mas que no tienes pensado
algo agora que cantar?

TIRSO.

Si tengo ó no, ello dirá.

PEINADO.

¿Mas que nos haces reir?

TIRSO.

Los duques salen acá.

ESCENA XVII.

EL DUQUE. LEONORA. ENRICO. FLORO. FENISA. CLORI. NISO. PASTORES.—DICHOS.

DUQUE.

Luego nos podemos ir,
pues ha serenado ya.

CORBATO.

Cenareis, señor, primero;
que porque estimeis mijor
vueso estado, daros quiero
la cena á lo labrador,
pues falta á lo caballero.

DUQUE.

Yo, Corbato, os pagaré
la costa.

CORBATO.

Poca es la hecha;
ningun cuidado eso os dé;
que todo es de la cosecha
con lo que os hemos mercé.
Ea, no hay mas que esperar
son sentarse; que se enfria
lo poco que hay que les dar,
si es que antes que salga el dia
á la corte han de llegar.

DUQUE.

Estamos en casa agena:
obedezcamos, señor.

(Dan agua-manos á los duques, siéntanse, y van cenando los tres, y Floro está detras del duque de Bretaña. Sirven Fenisa y Clori y algunos pastores.)

PEINADO.

¿Esta es la duca?

TIRSO.

¿No es buena?

PEINADO.

En Belvalle el regidor
dió á her una Madalena
para muesa cofradia,

y noramala, por Dios,
aho, para su señoría,
si se quedase entre nos.

TIRSO.

¡Buena Madalena haria!

PEINADO.

¿No tien gorguera y copete?
¿Faltábale mas que el bote?
Digámoselo.

TIRSO.

Anda, vete.

PEINADO.

Mas tiesa está que un virote.

TIRSO.

Es moza de buen jarrete.

DUQUE.

¿Úsase poner acá
de punta hácia el convidado
el cuchillo?

CORBATO.

Ser podrá.

DUQUE.

Al revés el pan me han dado.

FENISA.

Anda todo al revés ya.

CORBATO.

Comed, y no pareis mientes
en eso.

PEINADO.

Empieza á templar.

TIRSO.

Yo no tiemplo, impertinentes.

NISO.

Sin templar podeis cantar
al son que os hacen los dientes.

TIRSO, *canta.*

Pero Gil amaba á Menga
desde el dia que en la boda
de Mingollo el porquerizo
la vió bailar con Aldonza.
Mas en lugar de agradalla,
porque no hay amor sin obras,

al revés del gusto suyo
hacia todas las cosas.
Erraba siempre en los medios,
guiándose por su cholla,
y quien en los medios yerra,
jamás con los fines topa.
Por fuerza queria alcanzalla;
mas no es la muger bellota,
que se deja caer á palos
para que el puerco la coma.
Si botines le pedia,
la presentaba una cofia,
si guindas se le antojaban,
iba á buscalla algarrobas.
Nadaba en fin agua arriba,
y empeoraba de hora en hora,
como rocin de Gaeta,
quillotrándose la moza.
Fue con ella al palomar
una mañana entre otras,
y mandóle que alcanzase
una palomita hermosa.
Subió diligente Pedro,
y al tomalla por la cola,
volósele, y en las manos
dejóle las plumas solas.
Amohinóse Menga de esto,
contólo á las labradoras,
que al pandero le cantaban
cuando se juntaban todas:

Por la cola las toma, toma,
Pedro á las palomas,
por la cola las toma, toma.

DUQUE.

Si fueras poeta, Floro,
(Hablando aparte con él.)
en está ocasion no pongas
duda que de tí creyera
que escrito habias la historia
de mi amor mal gobernado.

FLORO.

Desengáñente las coplas,

pues no te desengañó
lo que yo te dije en prosa.

DUQUE.

Al revés serví á Sirena;
en la cuenta caigo agora,
aunque tarde; necio anduve
en fiarme de Leonora.
Galan al revés he sido;
mas, Floro, ¿cómo no notas
desde que aquí me senté,
que no hay manjar que me pongan
sino al revés? El cuchillo
la punta hácia mí acomodan,
el filo hácia arriba puesto,
la servilleta me doblan
al revés, el pan asientan
la cara abajo: ¿qué cosas
son estas?

FLORO.

Son groserías
de esta gente labradora.

DUQUE.

No, Floro; ordenadamente
van sirviendo al de Borgoña
y á la duquesa los platos;
solo escluyen mi persona.
Cuando agua-manos me dieron,
antes que me echasen gota,
me sirvieron la tohalla.

FLORO.

Turbacion de gente tosca.

DUQUE.

Cuando sentarnos quisimos,
vuelta hallé mi silla sola
las espaldas á la mesa;
despues en la cena toda
mi sospecha he confirmado:
diéronme asada una polla
sobre una taza, y la salsa
en un plato.

FLORO.

Calla agora.

DUQUE.

Cuando pido de beber,
agua me traen en la copa,
y el vino me echan encima.

FLORO.

Así se usa en Barcelona.
¿Qué pueden aquí saber
de corteses ceremonias,
si no han sido maestre-salas,
ni trinchan sino cebollas?

DUQUE.

Pronósticos con que amor,
porque me afrente y me corra,
mandando al revés servirme,
de amante al revés me nota.

TIRSO, *canta*.

Corrido Pedro de verse
que le corren por la posta,
á su comadre Chamisa
dió parte de sus congojas;
mas respondióle la vieja:
Pero Gil, cuando se enhornan,
se hacen los panes tuertos,
y cocidos, mal se adoban.
Si no aciertas al sembrar,
no te espantes que no cojas,
porque mal cantará misa
aquel que el a, b, c ignora.
El que por las hojas tira,
mal los rábanos quillotra,
que no se deja arrancar
el rábano por las hojas.
Ya que erraste á los principios,
cántente en bateos y bodas,
en fe que eres un pandero,
á su pandero las mozas:
Por la cola las toma, &c.

(*Cuando se ha cantado esto, salen Carlos y Sirena de labradores, y saca cada uno un plato, y en el un rábano, las hojas hácia el duque, delante del cual se hincan de rodillas.*)

ESCENA XVIII.

CARLOS. SIRENA.—DICHOS.

FENISA.

Señor duque de Bretaña,
si no ha entendido la historia,
sepa que por él se ha dicho,
y no por otra persona.
Para postre de la cena,
porque no hay conserva ò tortas,
le presentan los que ve,
el rábano por las hojas.
Diz que es tan mal pretendiente,
que empieza, cuando negocia,
por el *Ite*, *Missa est*,
para acabar en la *gloria*.
Si es discrecion esa ó no,
nueso duque de Borgoña
lo diga, pues Dios lo trujo
á que estos preitos componga.

DUQUE.

¡Sirena! ¡Carlos! ¿qué es esto?

CARLOS.

Diligencias que la honra,
gran señor, hacer procura.
La tempestad rigurosa
nos ha juntado aquí á todos,
para que alcánce vitoria
contra amorosos deseos
en tí la razon honrosa.
La marquesa que has amado,
es mi prima y es mi esposa:
juzga si es razon, señor,
volver por entrambas cosas;
y mirando á la nobleza
de tu sangre generosa,
sal vencedor de tí mismo,
y mi osadía perdona.

ENRICO.

Duque, si vine á Bretaña,
quejas justas de Leonora
de mi estado me sacaron,
que han de averiguarse agora.
Sabido he todo el suceso
del ciego amor que hace heróica
la constancia de Sirena,
y vuestra edad alborota.
Ella es deuda de los dos;
mas no deuda que se cobra
en ofensa de su fama,
y agravio de vuestra esposa.
Pues Dios aquí nos juntó,
venturoso fin se ponga
con que ella y Carlos se partan
desde este sitio á Borgoña;
que en el condado de Aspurg
mi amor á Sirena dota,
para que en descanso viva,
pues la ausencia no ocasiona
juveniles apetitos.

LEONORA, *aparte.*

Albricias, venganza loca,
que con escalas de celos
combatistes mi deshonra;
que ausentes Sirena y Carlos,
á fortalecerse torna
la obligacion de mi honor.

DUQUE.

No es tiempo de que responda,
señor, al justo consejo,
que mi venganza os otorga,
sino que callando os pida
que le hagais poner por obra.

ENRICO.

Alto, pues; mis caballeros
con los marqueses se pongan
cuando amanezca, en camino,
y nosotros, pues es hora,
á Bretaña nos partamos.

CARLOS.

Tu prudencia, señor, sola
ha sido bastante á dar
feliz fin á tantas cosas.
Tus pies mil veces besamos.

DUQUE.

Basta. Fenisa donosa,
que al revés me dais la cena....

FENISA.

Y el rábano por las hojas.

DUQUE.

Yo en dote os doy mil ducados,
y á Corbato por la costa
de la cena otros dos mil.

CORBATO.

Déte Francia su corona.

ENRICO.

Alto de aquí, caballeros.

CARMENIO.

Aprienda á hacer desde agora
el amante pretendiente
las diligencias que importan.

FENISA.

Y sino, véngase acá,
y cenará á poca costa,
porque solo le daremos
el rábano por las hojas.



EXAMEN

DE

EL PRETENDIENTE AL REVÉS.

La pretension que sirve de base á esta comedia, es amorosa; es la de un marido que hace á su muger tercera de una pasion culpable. Si atendemos á muchos pasages de la fábula, y sobre todo á las escenas con que termina, parece que el maestro Tellez se propuso escarnecer al hombre que elije por confidenta y auxiliar á la misma á quien ultraja, pensamiento moral sin duda, pero desenvuelto desgraciadísimamente. Decimos con algun temor que parece fue tal el objeto de nuestro poeta, porque no podemos negarle suficiente talento para conocer que si el duque de Bretaña es un esposo infiel y un amante poco avisado, Leonora es de seguro mas delincuente que Filipo. Se nos dirá que la infidelidad *in fieri* de Leonora nace de la de su esposo, citándonos aquella redondilla que Tellez pone en boca de la duquesa:

Para con Dios, tanta pena
llega el hombre á merecer
que hace agravio á su muger,
como la esposa, Sirena.

Pero es menester advertir que poco antes Leonora se ha esplicado en estos términos:

Que ofendiendo al sacramento
conyugal, busque un marido
otro amor, ya es permitido....
¡ pero que se descomida,
y sea tal su desacato,
que para tan torpe trato
ayuda á su muger pida....!

De modo que la culpa que se castiga aquí es la confianza del duque, una imprudencia en la cual hay quizá algo de noble. ¿Quiso Tellez dejar traslucir la indigna máxima de que á las mugeres se les debe engañar siempre, y no fiarse nunca de ellas? Compadezcamos á los que piensan así. ¡Cuán interesante no podia haber sido

la ignoble figura de Leonora, si Tellez hubiera meditado mas sobre el partido que podia sacarse de aquella confesion que él ridiculiza! No hubiera aparecido ridículo ni odioso un marido que dijese á su muger: «yo quiero amarte, y una pasion mas fuerte que yo te lanza de mi pecho: ayúdame á vencerla.» No hubiera aparecido indecentemente criminal una esposa que hubiese fingido tener un galan para recobrar el cariño de su consorte por medio de los celos, y que cuando él la dirigiese reconvenciones hijas del honor que creia ultrajado, le respondiese: «todo ha sido un ardid; contempla en lo que tú padeces lo que yo he sufrido.» Aun hay mas: una esposa sagaz, como debia haber sido la del *Pretendiente al revés*, podia haber empleado para desimpresionar al duque el medio segurísimo de colocar siempre á Sirena en presencia de Filipo en posicion tan desventajosa, que apareciese constantemente menos discreta, menos amable, menos bella si era posible, que su competidora. Así hubiera tenido algun interes y novedad este argumento; pues el pintar una muger que se propone engañar á su marido en secreto, porque él lá es infiel á sabiendas, no es ciertamente una idea muy peregrina. En resumen, Tellez escogió un asunto vicioso, un cuadro inmoral, y no era facil que hiciese una buena comedia. ¿Qué es lo que hay de mérito en esta? Todo lo que no es indecente. El acto primero, la mitad del último, el papel de Sirena, las escenas puramente de celos entre los dos amantes. Pero lo demas.... ¡El deshonor de una dama titulada cual es Sirena, tratado como se puede tratar el arreglo de una partida de diversion! ¡Un marido puesto en el caso de reprender á un galan porque no le deshonra! ¡Una duquesa que se enamora por venganza, que manda á Sirena que se rinda á los deseos del duque, que amenaza á Carlos si no cede á los suyos, y que á lo mejor olvida sus amores y su venganza sin saber por qué! Es inútil detenerse mas en esto.

La grande escena en endecasílabos con el consonante en medio, parece escrita con trabajo, y su lectura es cansada: el metro sujetaba al ingenio. Todas las escenas de los aldeanos (que verdaderamente son tan españoles que ni aun el sacristan sabe una palabra de frances) estan bien desempeñadas: la de Carlos y el duque en el acto primero, cuando refiere la fábula del leon, es escelente.

EL AMOR MÉDICO,

COMEDIA.

PERSONAS.

DOÑA GERÓNIMA.
DON GASPAR.
DON GONZALO.
DOÑA ESTEFANÍA.
DON RODRIGO.
EL REY DON MANUEL.
DON IÑIGO.
DON MARTIN.
TELLO, *Criado.*
QUITERIA, *Criada.*
DELGADO.
MACHADO.
UN PAGE.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Sevilla y en Coimbra.

ACTO PRIMERO.

Sala de casa de don Gonzalo, en Sevilla.

ESCENA I.

DOÑA GERÓNIMA. QUITERIA.

DOÑA GERÓNIMA.
¿Hay huésped mas descortés?
¡Un mes en casa al regalo
y mesa de don Gonzalo,
y sin saber en un mes
qué muger en ella habita,
ó si lo sabe, que es llano,

blasonar de cortesano
y no hacerme una visita!
¡Jesus, Quiteria! grosero
es, aunque vuelvas por él.

QUITERIA.

Yo en lo que he notado de él,
perfeto le considero:
la persona un pino de oro;
una alma en cualquiera accion;
de alegre conversacion,
guardando en ella el decoro
que debe á su calidad;
en lo curioso un armiño;
mas no afectando el aliño
que afemina nuestra edad;
mozo, lo que es suficiente
para prendar hermosuras;
mas no para travesuras
de edad, por poca, imprudente.
Júzgole yo de treinta años.

DOÑA GERÓNIMA.

Pinta en él la perfeccion,
que el conde de Castellon
en su cortesano.

QUITERIA.

Estraños
humores en tí ha causado
ese enojo que condeno;
ya no tendrá nada bueno
porque no te ha visitado.
Si ignora que en casa hay dama,
¿qué le culpas?

DOÑA GERÓNIMA.

No lo creas;
que aunque abonarle deseas,
un mes de mesa y de cama
en casa, viendo criadas,
escuderos, coche y silla,
(si no es que se usa en Castilla
en las mas autorizadas,
servirse los caballeros
de dueñas y de doncellas)

sacado habrá ya por ellas
quién vive aquí.

QUITERIA.

Forasteros
mas tratan de su negocio,
que de tantas menudencias.

DOÑA GERÓNIMA.

¡Qué alegas de impertinencias!
La curiosidad es ocio
de obligacion en discretos;
que nunca estan los cuidados
en ellos tan ocupados,
que perjudiquen respetos
hijos de la cortesía,
y mas en casas estrañas.
Porque veas que te engañas,
anoche á la celosía
del patio le ví bajar;
y para que no tuviese
disculpas, porque me oyese,
dije en voz alta: «Aguilar,
¿dónde dejais á mi hermano?»
Y respondióme: «señora,
iba á la Alameda agora.»
Entonces él cortesano,
quitó á la reja el sombrero,
sin estrañar el oirme.
¿Osarás ahora decirme
que no peca de grosero
quien, sin hacer novedad
de escuchar que en casa habia
hermana, la suponia?

QUITERIA.

Culpa la severidad
de tu hermano. Mas ¿pasó
sin hablarte?

DOÑA GERÓNIMA.

Hizo un pequeño
comedimiento, y risueño
en la otra cuadra se entró.

QUITERIA.

Es tan negro circunspeto

mi señor, que habrá mostrado
en que no te vea, cuidado,
y don Gaspar tan discreto,
que le adivinará el gusto.
¿Mas que nunca en él te habló
despues que está en casa?

DOÑA GERÓNIMA.

No;
que como muestra disgusto
porque no me determino
en admitir persuasiones
casamenteras, pasiones
de hermano, á que no me inclino,
le ocasionan á no hablarme
dos meses há.

QUITERIA.

No me espanto:
haste embebecido tanto
en latines, que á cansarme
llego yo, sin que me importe,
cuanto y mas quien se encargó
de tí desde que murió
tu padre.

DOÑA GERÓNIMA.

Yo sigo el norte
de mi inclinacion; ¿qué quieres?
Mi señor se recreaba
de oirme, cuando estudiaba.
¿Siempre han de estar las mugeres
sin pasar la raya estrecha
de la aguja y la almohadilla?
Celebre alguna Sevilla,
que en las ciencias aprovecha.
De ordinario los vasallos
suelen imitar su rey
en las costumbres y ley:
si da en armas y en caballos,
soldados y caballeros
son el sabio y ignorante,
enamorados si amante,
si ambicioso, lisonjeros.
Dicen que en Indias hay gente,

que porque á un cacique vieron
sin un diente, todos dieron
luego en sacarse otro diente.
La reina doña Isabel,
que á tanta hazaña dió fin,
empieza á estudiar latin,
y es su preceptora en él
otra, que por peregrina,
no hay ingenio que no asombre,
tanto que olvidan su nombre,
y la llaman *la Latina.*
Por esto quiero imitalla.

QUITERIA.

Haces bien; mas de ese modo,
procura imitarla en todo,
por muger y por vasalla:
cásate, pues se casó.

DOÑA GERÓNIMA.

Dame tú un rey don Fernando,
que á Castilla gobernando,
me deje estudiar, que yo
haré mis dichas iguales.
El matrimonio es Argel,
la muger cautiva en él,
las artes son liberales
porque hacen que libre viva
á quien en ellas se emplea:
¿cómo querrás tú que sea
á un tiempo libre y cautiva?

QUITERIA.

Yo no te sé responder,
porque no sé argumentar;
pero ¿por qué ha de estudiar
medicina una muger?

DOÑA GERÓNIMA.

Porque estimo la salud,
que anda en poder de ignorantes.—
¿Piensas tú que seda y guantes
de curar tienen virtud?
Engáñaste si lo piensas;
desvelos y naturales
son las partes principales,

que con vigilias inmensas
hacen al médico sabio.—
Por ver si á mi patria puedo
aprovechar contra el miedo,
que á la salud hace agravio.
¿No es lástima que examinen
á un albeitar herrador,
á un peraile, á un tundidor;
y que antes que determinen
que pratique su ejercicio,
aprueben su suficiencia;
y la medicina, ciencia
que no tiene por oficio
menos que el dar ó quitar
la vida, que tanto importa,
con una asistencia corta
de escuelas, un platicar
dos años, á la gualdrapa
de un dotor, en ella esperto
porque mas hombres ha muerto,
prolijo de barba y capa,
en habiendo para mula,
luego quede gradüado,
antes de ser licenciado,
de dotor? Quien no regula
estos peligros, ¿no es necio?

QUITERIA.

Cuanto á esa parte, estoy bien
con lo que dices.

DOÑA GERÓNIMA.

¡Que den
joya que no tiene precio,
ni se puede restaurar,
á un bárbaro de esa suerte!

QUITERIA.

Y aun no dan de valde muerte;
que se la hemos de pagar.
Diz que en Madrid enseñaba
cierto verdugo su oficio
no sé á qué aprendiz novicio,
y viendo que no acertaba,
puesto sobre un espantajo

de paja, aquellas acciones
infames de sus liciones,
le echó la escalera abajo,
diciéndole: «andad, señor,
y pues estais desahuciado
para oficio de hombre honrado,
estudiad para dotor.»

DOÑA GERÓNIMA.

¡Cosa estraña! ¡que en cualquiera
arte, por poco que valga,
haya aprendiz que no salga
con ella, echándole fuera,
y que en esta no ha de haber
médico que desechar,
Quiteria!

QUITERIA.

Para matar,
poca ciencia es menester.
Tuvo un pobre una postema,
(dicen que oculta en un lado)
y estaba desesperado
de ver la ignorante flema
con que el dotor le decia:
"en no yéndoos á la mano
en beber, morios, hermano,
porque esa es hidropesía."
Ordenóle una receta,
y cuando le llegó á dar
la pluma para firmar,
la mula, que era algo inquieta,
asentóle la herradura
(emplasto, dijera yo)
en el lado, y rebentó
la postema ya madura;
con que cesando el dolor,
dijo, mirándola abierta:
"en postemas, mas acierta
la mula que su dotor.»

DOÑA GERÓNIMA.

Pues por eso determino
irme tras el natural,
que aprenden todos tan mal,

ya que en su estudio me inclino.

QUITERIA.

Volverás por el desprecio
de los médicos ansí.

DOÑA GERÓNIMA.

Y por el que hizo de mí
nuestro forastero necio.

QUITERIA.

¿Ahí tornamos?

DOÑA GERÓNIMA.

Me ha enfadado
el poco caso que ha hecho
de mí. ¿Sabes qué sospecho?
Que le trae tan desvelado
la dama que en Madrid deja,
que no le dan pensamientos
lugar para cumplimientos.

QUITERIA.

Eso agora ya es conseja.
¿Qué nos faltaba si hubiera
correspondencias constantes?
Ya obligaciones y guantes
se gastan de una manera.
Amadises y Macías
alambicaban celebros,
y habitando Beltenebros (1)
libros de caballerías,
tienen esa calidad;
que los de ahora, si lo notas,
en calzándose las botas,
descalzan la voluntad.

DOÑA GERÓNIMA.

Pues hagamos la esperiencia.

QUITERIA.

¿Cómo la habemos de hacer?

DOÑA GERÓNIMA.

Vile anoche revolver

---

(1) Nombre propio adjetivado. *Habitando* oscuros ó desdeñados en los *libros de caballerías,* (relegados á ellos) como *Beltenebros* en la Peña Pobre.

papeles, sin advertencia
de que accecharle podian.

QUITERIA.

¿Por dónde?

DOÑA GERÓNIMA.

Por el espacio
de la llave.

QUITERIA.

¡Qué despacio
tus desvelos te tenian!

DOÑA GERÓNIMA.

¿Qué quieres? La privacion
es causa del apetito;
no haberme visto, es delito
que ofende mi presuncion.
Y dije entre mí: «sepamos
quien puede este Adonis ser,
que no se nos deja ver,
temeroso de que aojamos.»
Estaba el tal en jubon,
con calzones de tabí
de naranjado y turquí,
y con tal satisfaccion
de sí, que de cuando en cuando,
Narciso de sus despojos,
se andaba, todo en sus ojos,
por sí mismo paseando.

QUITERIA.

Ya eso fue mucho notar.

DOÑA GERÓNIMA.

Si él fuera al paso discreto
que galan, yo te prometo
que llevara que soñar,
porque es su disposicion
por gallarda, peregrina.

QUITERIA.

Y eso ¿está en la medicina?

DOÑA GERÓNIMA.

No, pero en mi inclinacion.—
Advertí, pues, que leyendo
papeles, ya los doblaba,
ya otra vez los repasaba,

con los primeros riyendo,
con los otros suspirando,
y aunque no los entendí,
(que los leyó para sí)
dije: "¿riendo y llorando?
Aunque adivino en bosquejo,
afectos sentís de amante;
que siempre imita al semblante
de quien se mira, el espejo."
No los leyó una vez sola,
antes para asegundar
los mismos, despavilar
quiso la vela y matóla;
con que le forzó á acostarse,
y á mí riendo á volverme
á la cama. Entretenerme
pudiera, á no desmandarse
en mí su imaginacion,
que de principios pequeños,
apadrinándola sueños,
es ya mal de corazon.
Yo tengo celos, Quiteria,
y he de ver, pues me maltratan,
de qué estos papeles tratan.

QUITERIA.

¡Qué bien medraste en la feria!
¿Dónde, pues, hemos de hallarlos?

DOÑA GERÓNIMA.

Las navetas los tendrán
de aquel contador, que estan
sin llaves para guardarlos.
Salgamos de ese cuidado.

QUITERIA.

Vamos, porque le asegures,
y enferma, para que cures,
la ciencia que has estudiado,
que uno y otro es frenesí.

DOÑA GERÓNIMA.

En accidentes de amor,
no cura bien el dotor,
que no cura para sí. (*Vanse.*)

Una calle de Sevilla.

ESCENA II.

DON GASPAR. DON GONZALO. MACHADO.

DON GONZALO.
Yo sé que no habeis de echar,
mientras esteis en Sevilla,
menos, señor don Gaspar,
pasatiempos de Castilla;
que esa es rio y esta es mar.
Mucho de Toledo cuentan,
donde Isabel y Fernando
su corte dicen que asientan.
Su Tajo arenas criando,
que fama mas que oro aumentan;
sus pancayos cigarrales,
que viéndose en sus cristales,
les sirven de apretadores
listones de eternas flores,
que visten sus pedernales;
palacios de Galïana;
huerta del rey deleitosa,
que tanta opilacion sana;
viernes de la vega hermosa,
hasta en permisiones llana;
membrillares y amacenas;
sus riberas siempre llenas
entre frutas peregrinas,
de azabache sus endrinas....

MACHADO.
No olvides sus berengenas.

DON GONZALO.
Sus algibes siempre helados,
sus damas siempre discretas,
sus ingenios laureados,

ya de Apolo por poetas,
ya de Marte por soldados;
alcázar y iglesia santa,
puentes, título imperial,
concilios, virtud que espanta,
tanta sangre principal,
tanta mitra y gente tanta;
todo eso, que es maravilla
con que blasona Castilla,
y se ilustra mi nacion,
es la grandeza en borron
de nuestra Menfis Sevilla.

DON GASPAR.

No lo habeis encarecido
mucho, corto habeis andado,
pues un mes que la he vivido,
en vuestra casa hospedado,
de su nobleza aplaudido,
si en alabarla me fundo,
zodíaco considero
que es del uno y otro mundo,
dividiéndose el primero
por el Betis del segundo.
Árbitros límites da
á los dos orbes, y está
como raya su corriente
hácia esta parte de oriente,
y del ocaso hácia allá.
¿Quién hay que alabarla pueda?
¡Pluguiera á Dios que el pesar
que sus deleites me veda,
supiera en ella gozar
rio, alcázar y alameda!

DON GONZALO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

DON GASPAR.

Este pliego
que acabo de recibir
para fin de mi sosiego.

DON GONZALO.

Nunca os puedo persuadir,
por mas que os conjuro y ruego,

á que acabeis de contarme
la causa que por honrarme,
de Toledo os trujo aquí.
Ó no hallais caudal en mí
de amigo para fiarme
secretos, ó pagais mal
la amistad que me debeis.

DON GASPAR.

Si como os sobra el caudal,
don Gonzalo, y conoceis
que os le correspondo igual,
me permitiera el respeto
hablar, yo os satisfaciera.
Pero escuchad; que en efeto,
no es bien cuando amor espera
morir, que guarde secreto.—
Serví en la imperial Toledo
por inclinacion á un angel,
primer móvil de los gustos,
Argel de las libertades,
de superior gerarquía
hasta el nombre que sus padres
la dieron, que fue Micaela,
blason suyo, á ser constante.
Halló el favor en sus ojos
entrada para burlarme;
ventas las llamó un discreto,
donde el amor caminante
tomar un refresco suele,
y si anochece, apearse,
para proseguir despues
hasta el alma su vïaje.
Recibiéronme dos niñas
entre risueñas y graves;
pero de niñas y en venta,
quien se fia, poco sabe.
Hechizáronme amorosas,
y cuando pasé adelante,
sin alma me hallé; ¿qué mucho
que ventas y ojos engañen?
¡Qué de favores alegres
á censo echaron pesares,

que entonces tomaba á usura,
y agora aprietan! No en balde
dicen que el gusto y dinero
en príncipes y en amantes
deleitan al recibirse,
y congojan al pagarse.
Seis meses corrió mi dicha
la derrota favorable
de honestas correspondencias;
pero en amores y en mares
la mudanza es el piloto,
pues cuando desembarcarme
en la playa de Himeneo
pensaba, sopló un levante
de celos, que me volvieron
al golfo, donde sin lastre
de sufrimiento, me llevan
mis desdichas á anegarme.
Fue el caso, pues, que quisieron
intereses de su madre
y un hermano, sin consulta
de mi dama, hacer alcaide
de su voluntad, ya agena,
á un caballero que en sangre,
hacienda, edad, discrecion,
tengo, si no que envidiarle,
á lo menos que temerle:
permitidme que le alabe;
que el valor, aunque compita,
no desluce calidades.
Estaba en Valencia entonces,
y llamáronle ignorantes
de que sin su permision
la voluntad profanase
derechos de la obediencia;
como si en fe de llamarse
Dios amor, no se eximiese
de leyes universales.
Hasta entonces ignoraba
mi ingrata que apresurasen
cautiverios de por vida
diligencias tutelares;

y ansí creciendo favores,
fuera justo recelarme
de llamas que estan mas cerca
de su fin, cuanto mas arden.
Registradores baldíos
se ocuparon en contarles
los pasos á mis deseos;
y como el fuego no sabe
encubrirse, ni el amor,
sacaron por las señales
de mis afectos mis dichas:
¡qué de daño envidias hacen!
No sé cual de ellos, ó todos,
escribieron á don Jaime
(así se llama mi opuesto)
las razones semejantes:
"por mucho que apresureis,
llamado, pasos amantes,
si elecciones se anteponen,
á casaros vendreis tarde.
Don Gaspar de Benavides
llega á tener tanta parte
en la dama que os ofrecen,
que hay quien se atreve á llamarle
usufrutüario vuestro.
Si con esto juzgais fácil
el riesgo que la honra corre....
Discreto sois; Dios os guarde."
Iba la carta sin firma,
y como en Valencia nace
tan delicado el honor,
imitó á sus naturales,
y acreditó sus renglones,
escribiéndole á su madre
repudios y menosprecios:
con celos, no es cortés nadie.
Metió en el pliego el papel
recibido, y fue bastante
en su madre á concluir
con su vida sus pesares.
Estaba el hermano ausente,
y mi dama, que eclipsarse

sintió el sol de su opinion,
se persuadió (no os espante,
que fue la sospecha urgente)
á que yo, por estorbarle
ejecuciones violentas
tan á riesgo de matarme,
aquella carta habia escrito;
y airada de que quedase
por mí su fama dudosa,
y su amor por inconstante,
favores trocó en desdenes,
desprecios vi por donaires,
rigor por correspondencias,
por premios severidades.
No admitió satisfacciones,
ni bastaron á abonarme
juramentos inocentes;
pero ¿quién habrá que amanse
enojos en la muger,
que atropella por vengarse,
cuando aborrece de veras,
respetos y calidades?
Notificóme retiros,
á mis disculpas diamante,
á mis diligencias bronce,
á mis sentimientos aspid;
y dando cuenta de todo
á su hermano, provocarle
pudo á venganzas de honor:
¡ved de un yerro los que nacen!
Yo, que desvelado siempre,
registraba enemistades,
para averiguar por ellas
quien fue el autor de mi ultraje
y aquella carta sin firma,
una vez que por el margen
del Tajo, en estos discursos
consultaba sus cristales,
ví conversando junto á ellos
dos de estos que en las ciudades,
sanguijuelas de las honras,
sin espadas sacan sangre,

censura de las doncellas,
sátira de los linajes,
Zóïlos de los ausentes,
de los ingenios vejamen;
de estos en fin, que mirones
en los templos y en las calles,
porque todo lo malician,
dicen que todo lo saben.
Despreciábanlos los cuerdos,
temíanlos los cobardes;
pero entre todos, yo solo
gusté singularizarme
opuesto suyo, de suerte
que hallaron en mi semblante
con letras de menosprecio
escritas sus libertades.
A esta causa siempre tuve,
si no infalibles, probables
sospechas de que por ellos
renunció su amor don Jaime.
Lleguélos á hablar entonces,
y para certificarme
de todo punto, troqué,
cauteloso conversable,
sospechas en certidumbres;
porque empezando á tratarse
varios géneros de cosas,
unas de risa, otras graves,
los enlacé en mi suceso,
deletreando en las señales
de su inquieta turbacion
mis recelos sus verdades.
Entonces, ya la irascible
predominando en la sangre,
les dije: "no es bien nacido,
ni de hombre puede preciarse,
quien con la lengua ó la pluma,
cuando escriba ó cuando hable,
desmintiéndose en aquella,
firmar en esta no sabe.
Carta sin firma, es libelo
que contra sí mismo hace

quien no osa poner su nombre,
por confesar que es infame.
El apellido es blason
que califica linages,
que diferencia sugetos,
que autoriza antigüedades;
quien le oculta, es porque teme
que por él á luz no saque
sambenitos del honor
la bajeza de sus padres.
Si es infamia el desdecirse,
¿no es desdecirse el quitarle
á una carta autor y firma?
Dígalo el mas ignorante.
Claro está que receloso
de que tienen de forzarle
á desmentirse á sí mismo,
y confesar falsedades,
lo mismo que escribe niega,
y que en su contrario añade
circunstancias de valor
en todos los tribunales.
Infames, pues, por escrito,
hombres sin nombres, cobardes,
que os menospreciais del ser
que teneis, pues le ocultastes,
lo que no firmaron plumas,
firme el acero, y no manchen
espejos de honor honestos
cartas que sin firma salen."
Dije, y sacando el estoque
con la razon de mi parte,
ella y yo, dos contra dos,
partimos el sol iguales.
Dí muerte al uno, herí al otro,
y huyendo severidades
de Fernando (que castiga,
si premia) en los cigarrales,
guarnicion de aquellas peñas,
uno hallé donde ampararme,
y dentro de él un amigo,
que para que me ausentase,

me dió un caballo de monte,
un criado y liberales
socorros que en el camino
vencieron dificultades.
Llegué á vuestra casa, en fin,
en cuyo noble hospedage
pudiera templar desprecios
de quien gusta de olvidarme;
mas cartas despertadoras
quiere mi amor que dilaten
penas, que en esta me dicen
que las dé por incurables.
Ya se ha casado, en efeto,
mi ingrata, porque don Jaime,
averiguando mentiras,
y confirmando amistades,
llegó á lograr diligencias
de su hermano, que obligarle
pudieron, para mi muerte,
á ofenderme y á casarse.
Escríbenme que han pedido
requisitoria las partes
contrarias para prenderme,
y será fuerza pasarme
á Portugal, cuyo rey
gente alista que se embarque
al oriente, en cuyo estremo
son sus quinas formidables.
Generoso es; cuando sepa
quien soy, y para abonarme
lleguen cartas de la corte,
que me prometen sus grandes,
apacible á mis deseos,
no dudo que me despache
en esta armada á la India,
donde piélagos de mares
en medio, aneguen memorias,
y militando, restauren,
contra amorosas tragedias,
mi fama dichas de Marte.

DON GONZALO.

Agora que por estenso

sé la historia que á pedazos
me contábades, los brazos
os doy, pues echando á censo
obligaciones de amigo,
por tal quedo confirmado,
habiéndoos de mí fiado;
que yo, don Gaspar, me obligo
de quien en la adversidad
se llega á favorecer
de mi casa por tener
certeza de mi amistad.
No os aconsejo el vïaje
que al oriente disponeis;
Indias mas cerca teneis,
y en mas seguro paraje.
Dió patrimonio Colon
de un nuevo mundo á Castilla,
nueva grandeza á Sevilla,
nueva fama á su nacion.
El gobierno de la Habana
espero con brevedad:
ya que os embarqueis, gozad
entre gente castellana
preñeces de plata pura,
pues sabeis que Portugal
siempre se ha llevado mal
con Castilla.

DON GASPAR.

Ya asegura
don Manuel, que reina en él,
paces que eternizar pueda,
pues nuestros reinos hereda.

DON GONZALO.

Princesa es doña Isabel,
su esposa, de esta corona,
muerto el príncipe don Juan,
y ya jurados están;
mas lo que el tiempo ocasiona,
no asegura la mudanza.
Considerad lo que os digo,
y si os embarcais conmigo,
prometed á la esperanza

de mi parte todo aquello
en que os pudiere servir.

ESCENA III.

TELLO.—DON GASPAR. DON GONZALO. MACHADO.

TELLO.

Ríndase á Guadalquivir
Tajo y revés.

DON GASPAR.

Paso, Tello.

TELLO.

Déjame ¡ pléguete Dios!
celebrar damas y talles.
¡Cuantas topo por las calles,
hermosas ! De tres las dos,
de cuatro las tres, de siete
las cuatro y media, ¡mas bellas
que tras el pastel las pellas,
que el vino tras el luquete!
¡Válgate Dios por lugar,
la mitad de cuanto veo
hermoso!

ESCENA IV.

DOÑA GERÓNIMA *y* QUITERIA *con sombreretes y mantos de anascote á lo sevillano.*—DICHOS.

DOÑA GERÓNIMA.

(*Aparte á Quitería.*)
Tápate.
(*Échanse el manto las dos.*)

TELLO.

Creo
que nos busca el dicho par.
Aguárdolas á pie quedo

una á una. ¿Mandan algo?

QUITERIA.

(*Hablando á don Gaspar al oido.*)
Hácia el alcázar, hidalgo,
sabreis cosas de Toledo. (*Vase.*)

DON GONZALO.

A vos dijo.

DON GASPAR.

¿Quién será?

TELLO.

¡Tapadas! ¿Si es desafio?

DON GONZALO.

No tiene esotra mal brio.

DON GASPAR.

¡De Toledo!

TELLO.

¿Si es de allá?

DON GASPAR.

¿Hasta aquí llega la fama
de mi amor?

DOÑA GERÓNIMA.

(*A don Gaspar al oido.*)
Si os atreveis,
al alcázar, y sabreis
mil cosas de vuestra dama.

DON GASPAR.

¿Y no aquí?

DOÑA GERÓNIMA.

No, que recela
mi honor que me puedan ver.

DON GASPAR.

¿Traeis cartas?

DOÑA GERÓNIMA.

Puede ser.

DON GASPAR.

¿Cuyas?

DOÑA GERÓNIMA.

De doña Micaela.

DON GASPAR.

¡Ay cielos!

TELLO.

Deja disputas:

vamos; ¿qué andas por las ramas?

DOÑA GERÓNIMA.

Al estanque de las damas.

DON GASPAR.

Ya os sigo.

DOÑA GERÓNIMA.

Entre las dos grutas. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON GASPAR. DON GONZALO. TELLO. MACHADO.

DON GONZALO.

¿Qué os dijo?

DON GASPAR.

Que esperaria
á las grutas del jardin
de las damas.

DON GONZALO.

¿Con qué fin?

DON GASPAR.

Cartas de la ingrata mia
me ofrece.

DON GONZALO.

¿Y os la nombró?

DON GASPAR.

Sí, amigo. Confuso quedo.

DON GONZALO.

Dama será de Toledo.

DON GASPAR.

Su despejo lo mostró.

DON GONZALO.

Hay notables aventuras
en el alcázar; sus salas
saben, disfrazando galas,
acomodar coyunturas.
Cúrsanlas la primavera
como en escuelas de amor,
unas huyendo el calor,
otras haciendo tercera

su acomodada frescura;
que como tienen enfrente
la lonja con tanta gente,
donde el interes procura
enriquecer mercaderes,
son, aunque con varios nombres,
lonja aquella de los hombres,
y esotra de las mugeres.
Andad, don Gaspar, á ver
lo que escribe vuestra dama:
podrá ser mienta la fama,
que os ha obligado á creer
bodas que os causan pesar,
antes que esten concluidas:
cartas se escriben fingidas,
que es peor que por firmar.
Quiera Dios que verdadero
salga yo, porque escuseis
destierros que disponeis.

DON GASPAR.

A Dios.

DON GONZALO.

En casa os espero.

(*Vanse don Gonzalo y Machado.*)

ESCENA VI.

—

DON GASPAR. TELLO.

DON GASPAR.

Tello, ¿no me dices nada
de esto?

TELLO.

¿Qué quieres que diga?
Cada cual su rumbo siga,
tu amor tú, yo á la tapada;
que el diablo del sombrerete,
que parece tajador
de aldea, para mi humor
tiene no sé qué sainete,

que alienta mis disparates.
¡O anascote, o caiſascote,
o basquiñas de picote,
o ensaladas de tomates
de coloradas mejillas,
dulces á un tiempo y picantes,
o chapines, no brillantes,
mas negros y con virillas,
o medio ojo que me aojó,
o atisbar de basilisco,
o tapada á lo morisco,
o fiesta y no de la O!—
Sigamos á quien nos llama;
¿qué aguardas?

DON GASPAR.

¡"Si os atreveis,
al alcázar, y sabreis
mil cosas de vuestra dama,"
cuando el rigor me desvela
de sus bodas!

TELLO.

¿No es muger?

DON GASPAR.

"¿Traeis cartas?—Puede ser.—
¿Cuyas?—De doña Micaela."
Quien tanta noticia tiene
de mis cosas, no hay que hablar,
de Toledo á consolar
mis ansias sin duda viene.
Penas de amor absolutas,
no desespereis mis llamas.
Ven.

TELLO.

Al jardin de las damas.
Ten cuenta, entre las dos grutas. (*Vanse.*)

Jardin.

ESCENA VII.

DOÑA GERÓNIMA. QUITERIA.

DOÑA GERÓNIMA.

Este hombre se me ha entrado
en el alma por las puertas
mas nuevas y peregrinas
que ha visto el amor, Quiteria.
Comenzó por menosprecios
el mio: ¡ ay Dios ! ¿quién creyera
que hicieran descortesías
en mí lo que no finezas?
Sentí que huésped en casa,
al fin de un mes de asistencia,
no preguntase curioso
qué muger moraba en ella.
En nosotras, ya tú sabes
que imperando la soberbia,
se rinde por sus contrarios:
hombre que nos menosprecia,
téngase por bien querido:
finjase quien nos desea
desdeñoso descuidado,
no nos mire, no dé quejas;
causarálas en su dama;
porque en balanzas opuestas,
aunque amor es simetría,
cuando se abrasan, nos hielan,
y helándose nos abrasan.
Si ellos este estratagema
supieran, ¡qué á poca costa
atropellaran firmezas!
Causó en mí este sentimiento
una curiosa impaciencia,

y deseo de inquirir
si viven hombres de piedra;
y para que no alegase
ignorancias, á una reja
del patio fingí preguntas
que le avisasen quien era.
No hizo novedad de oirme,
aunque pudo sacar de ellas
ser mi hermano don Gonzalo.
Juntáronse á las primeras
quejas y culpas, segundas
que engendraron causas nuevas
de acusar descortesías,
si primero inadvertencias.
Parecióme que elevado
en lo que en Toledo deja,
se olvidó allá los sentidos,
y vino acá sin potencias.
Esto ya yo imaginaba
que A, B, C de celos era,
que si á la postre presumen,
al principio deletrean.
Pero celos ó no, en fin,
una noche acché inquieta
por la llave lo que hacia:
su mal busca quien acecha.
Demonstraciones amantes
ví entre papeles envueltas,
con gusto en los apacibles,
en los severos con penas.
Él leyendo, y yo acechando,
el sol nos amaneciera,
si con los dos compasiva,
no se acabara una vela.
Desvelos volví á la cama,
que á mi sueño hicieron guerra
y el plato á imaginaciones,
si inquietudes la sustentan.
Salió el alba, y don Gaspar
de casa, y dándonos cuenta
de amorosas novedades,
se la pedí á una naveta

del contador secretario,
y hallé papeles en ella,
serranos en lo tratable,
de Toledo en la agudeza.
Otros vi que se humanaban
algo libres, y á la cuenta
se escribieron cuando el gusto
lograba correspondencias.
Uno de ellos le decia,
si no las mismas, casi estas
razones bien rigurosas,
mas para mis celos tiernas:
"don Gaspar, en todo amor
que se prosigue de veras,
la honra de lo que se ama
no se eclipsa, antes se aumenta.
Cartas bastardas sin firma,
ya vos veis cuanta vileza
arguyen en quien pretende
hacer la infamia estafeta.
Mas os valiera fiaros
en mi voluntad que en ellas;
que ella os despenara firme,
y ellas viles os despeñan.
Por vos mi opinion perdida
desprecio en don Jaime engendra,
castigo justo en mi hermano,
llanto en mi madre y molestias.
Vos su muerte ocasionastes,
y yo, si os amara, fuera,
como ingrata á sus cenizas,
verdugo á mi fama honesta.
Aborreciéndoos, verá
el mundo, porque os desmienta,
la falsedad de una carta
que la infamia afirma vuestra.
No habla el cuerdo amor, ni escribe;
que es niño en cuanto la lengua,
y las plumas de sus alas
volaran mal, si escribieran.
Cara voluntad os tuve,
y tan cara, que me cuesta

menoscabos de mi honor,
y una madre, por vos muerta.
Si os buscare la venganza,
no os espante que pretenda
borrar con sangre la tinta
de tan afrentosas letras."
Esto, Quiteria, leí,
sospecho que en la postrera
de todas, con que animé
esperanzas y quimeras.
Estudié por las demas
todo el suceso y materia
de estos trágicos amores:
¡fin mas dichoso en mí tengan!
El nombre de la ofendida
supe que es doña Micaela,
Ayala en el apellido.
¡Triste amor que en *ay* comienza!
En efeto, mis pasiones,
sin saber donde me llevan,
me traen aquí á ¿qué sé yo?
ni ¿qué espero, aunque lo sepa?

QUITERIA.

¡En verdad que en el estudio
de la medicina medras
lucidamente! Dotora,
que en vez de curar, enferma,
el diablo que la dé el pulso.

DOÑA GERÓNIMA.

Decirme podrá el problema:
«dotor, cúrate á tí mismo.»

QUITERIA.

Estos son.

DOÑA GERÓNIMA.

Pues hazlos señas.

(*Tápanse.*)

ESCENA VIII.

DON GASPAR. TELLO.—DOÑA GERÓNIMA. QUITERIA.

TELLO.

Hay tanta muger tapada,
los sombrerillos de tema,
tantas con los medios ojos
anascotados, que es fuerza,
si no nos llaman, perdernos.

DON GASPAR.

Las dos grutas son aquellas.

TELLO.

Y las otras las dos damas.

DON GASPAR.

Señas nos hacen.

TELLO.

Pues llega.

DON GASPAR.

¿Son vuestras mercedes?

DOÑA GERÓNIMA.

Somos.

DON GASPAR.

Y yo quien á la obediencia
cortés de vuestros mandatos
llego humilde.

DOÑA GERÓNIMA.

Cosa nueva
será en vos la cortesía.

TELLO, *aparte.*

¿Ya empezamos por afrentas?
No es malo; que entrar perdiendo,
la ganancia tiene cierta.

DON GASPAR.

Rigurosa comenzais.
No sé yo que en esta tierra,
ni en otra me dé este grado
la fama que en mí profesa
diferentes atributos.

DOÑA GERÓNIMA.

No lo dice la esperiencia
de quien, de vos ofendida,
os culpa en tales materias.

DON GASPAR.

Es mi ventura tan corta,
que aquello en que mas se esmera
mi cuidado, le saldrá
al contrario. ¿No supiera
yo quien es esa ofendida?

DOÑA GERÓNIMA.

Una dama que se queja,
de vos con justas razones,
muy mi amiga, aunque no vuestra.

DON GASPAR.

Si se admiten conjeturas,
y corresponsal con ella,
me prometeis alentar
esperanzas con sus nuevas,
en Toledo está esa dama,
porque yo no sé que pueda
otra ninguna intimarme
tan descorteses ofensas.

DOÑA GERÓNIMA.

Bien puede ser.

DON GASPAR.

Eso mismo
me dijisteis allí fuera
no há mucho, pidiéndoos cartas.

DOÑA GERÓNIMA.

Decís la verdad.

DON GASPAR.

¿Traeislas?

DOÑA GERÓNIMA.

Yo vengo por carta viva.

DON GASPAR.

¿De Toledo?

DOÑA GERÓNIMA.

De allí cerca.

DON GASPAR.

¿Y no sabré yo quien sois?

DOÑA GERÓNIMA.

Si eso algun cuidado os diera,
no estuviera yo quejosa.

DON GASPAR.

¿Vos? ¿Por qué?

DOÑA GERÓNIMA.

Porque asistencias
de un mes de huésped, ni obligan,
ni cortesías despiertan.

DON GASPAR.

No os entiendo.

DOÑA GERÓNIMA.

Es mal antiguo
en vos no entender.

DON GASPAR.

Discreta
misteriosa, declaraos,
ya que me hablais encubierta.
¡Vuestro huésped un mes yo!

DOÑA GERÓNIMA.

Si tan presto negais deudas,
no hareis pleito de acrêdores.

DON GASPAR.

¿Dónde? ¿cómo? ¿cuándo?

TELLO.

(*A Quiteria.*)

Pueda
alcanzar yo algun favor
de ese retablo en cuaresma,
ya que no corren cortinas
aquí por pascuas, ni fiestas.
¿Eres dama motilona
de la hermana compañera?
¿Fregatriz ó de labor?
No quiero decir doncella;
que esa es moneda de plata,
y como el vellon la premia,
apenas sale del cuño,
cuando afirman que se trueca.
Dame un adarme no mas
de carantoña.

(*Va á destaparla, y pégale ella.*)

QUITERIA.

Jo, bestia.

TELLO.

Bestia soy, pues que te sufro,
y Jo (1) soy en la paciencia.

DON GASPAR.

En fin, ¿ni quereis decir
quien sois, ni quereis que os vea,
ni en qué parte me hospedastes,
ni cuándo os dí causa á quejas?

DOÑA GERÓNIMA.

Estais muy despacio vos,
y traigo yo mucha priesa:
vamos, don Gaspar, al caso.
Sabed que la dama vuestra,
pesarosa en desdeñaros,
y triste con vuestra ausencia,
ha despedido á don Jaime,
y ansiosa veros desea.

DON GASPAR.

¡O iris de mi ventura,
que disfrazada en tinieblas,
reflejos del sol retocan
colores con que me alegras!
Dame á besar esas manos.

TELLO.

(*A Quiteria.*)
Y dame tú, aunque las tengas
con callos del almirez,
las tuyas, pues todos besan.

(*Ven llegar á don Gonzalo, y apártanse las dos.*)

ESCENA IX.

DON GONZALO.

Don Gaspar, dejad ahora

(1) Job.

averiguaciones tiernas
de vuestra dama, y poned
cobro en vos; que diligencias
enemigas estan ya
en Sevilla, y tan molestas,
que mi casa han registrado,
requisitorias que os prendan.
El gobierno de la Habana
que me prometieron, truecan
por el de Pamplona, siendo
castellano de su fuerza.
Mándanme partir al punto,
porque las armas francesas
instantes en su conquista,
por Navarra dicen que entran.
Si dejando á Portugal,
quereis dar ilustres muestras
de la sangre que heredastes,
honrareis una bandera.
Determinaos esta noche,
y dad en la santa iglesia
á la libertad sagrado
que oprimir tantos desean.
Cama os llevarán allá
y regalos de una mesa,
si no poderosa, amiga:
retiraos, pues está cerca;
que yo voy á disponer
mi partida, porque pueda
salir de Sevilla al alba.
Hablaréos cuando anochezca. (*Vase.*)

DON GASPAR.

Señora, desdichas mias
presurosas desordenan
principios que aseguraban
mi sosiego en vuestras nuevas.
Ya veis el riesgo que corro,
y tambien estareis cierta
(pues venís tan informada
de mis cosas) lo que aprietan
diligencias enemigas
de la parte que desea

vengar una muerte honrosa
que satisfizo mi ofensa.
Pues no he podido hasta aquí
conoceros, y la priesa
que mis peligros me dan,
el breve tiempo me niegan
en que presumí obligaros
á este favor, por vos sepa
vuestra amiga y mi señora
que en la corte portuguesa
á su amor agradecido,
y deudor de su firmeza,
podrá divertir con cartas
soledades de su ausencia.
Embarcaréme esta noche:
si hay en que serviros pueda
allá, ejecutad mandando
los réditos de esta deuda. (*Vase.*)

TELLO.

Yo soy maza de esta mona:
ya ves que tras sí me lleva.
No pongas porte en las cartas,
si quieres que no se pierdan,
y pide cuanto mandares,
porque, en fin, cuando no venga,
cumples con tu obligacion;
que te atisbo pedigüeña.
Y á Dios, hasta la otra vida. (*Vase.*)

DOÑA GERÓNIMA.

¿Qué tropel de olas, Quiteria,
quieren hoy desbaratar
mi amor? ¿qué desdicha es esta?

QUITERIA.

¿Qué sé yo? Vamos á casa,
porque no nos eche en ella
menos tu hermano; y arroja
en Guadalquivir tus penas.

DOÑA GERÓNIMA.

¡A Lisboa se me parte,
donde amor en sus bellezas,
estrangero con las damas,
perpetúe su asistencia!

¿Qué intentais, locuras mias?

QUITERIA.

De los libros te aprovecha
en que estudias.

DOÑA GERÓNIMA.

¡Plegue á Dios
que por ellos no me pierda! (*Vanse.*)



ACTO SEGUNDO.

Sala de casa de don Iñigo en Coimbra.

ESCENA I.

DON RODRIGO, *de camino.* DON GASPAR. DELGADO.

DON GASPAR.

Dadme otra vez los brazos.

DON RODRIGO.

Acortó, don Gaspar, la ausencia plazos.
Pues aquí veros puedo,
no echo menos amigos de Toledo.
Juzgábaos yo embarcado.

DON GASPAR.

Mejor que imaginaba he negociado.
El cargo de un navío
me daba el rey; mas como ví á mi tio
que á Portugal venia,
del rey Fernando embajador, el dia
que supe que llegaba,
la embarcacion dejé.

DON RODRIGO.

Mal os estaba.
Surquen hijos segundos
golfos de sales, midan sus profundos,
y gocen herederos
mayorazgos en paz, pues son primeros.
En fin, ¿os tiene en casa
don Iñigo de Cárdenas?

DON GASPAR.

Y pasa
su favor adelante
de deudo y huesped; permision de amante
tengo tambien en ella.

Dueño me intenta hacer de su hija bella,
y es doña Estefanía
competencia del sol que luz le envia.
Dice que pues heredo
á su hermano y mi padre, y en Toledo
mi mayorazgo tiene
su antigüedad y casa, no conviene,
pudiendo eslabonarla
con nuevo parentesco, desmembrarla;
que mientras se mitiga
el rey contra mí airado, á que se obliga,
á cargo suyo toma
nuestra dispensacion, que ya está en Roma:
ved si es razon que pierda
la buena suerte de eleccion tan cuerda.

DON RODRIGO.

Quedárades culpado,
si no de ingrato, de desalumbrado;
principalmente agora
que desposada vuestra dama, adora
á don Jaime Centellas.

DON GASPAR.

Las de mis celos aumentara en ellas,
si no las apagara
la prenda hermosa que mi amor repara.
Ya el suyo en mí es olvido;
logre doña Micaela el que ha tenido
de mí, creyendo engaños,
y gócense los dos felices años;
que yo desde Sevilla
informado de nuevas de Castilla,
aunque no verdaderas,
conservaba en el alma, ya quimeras,
si hasta agora esperanzas:
agradecido estoy á sus mudanzas.
(*Aparte.* ¿Quién la dama seria
que me habló en el alcázar aquel dia?
No hay que hacer caso de esto;
pues mis dichas los cielos han dispuesto
por tan nuevos caminos,
trocaré por aciertos desatinos.)
Pues, señor don Rodrigo,

¿á qué venís acá?

DON RODRIGO.

La corte sigo
del rey Manuel, fiado
en que como Castilla le ha jurado
por príncipe heredero,
y la casa que pone, á lo que infiero,
será á lo castellano,
respeto de favores tenga mano
con su alteza, y en ella
algun título honroso.

DON GASPAR.

Buena estrella
os dé vuestra ventura;
que en los palacios todo es coyuntura.

DON RODRIGO.

El creer que la hallara
en Lisboa, y en ella negociara,
fue causa de un rodeo
bien cansado; mas ya que aquí le veo
sin muestras de mudanza,
asentará mis cosas la esperanza.

DON GASPAR.

Pica la peste tanto
en Lisboa, que á todos pone espanto;
y en riesgo tan terrible,
es ciudad saludable y apacible
Coimbra, celebrada
por la fama presente y la pasada;
benévolo su clima,
fértil su territorio, en cuya estima
cristales del Mondego
compiten con el Tajo, y el sosiego
convidando á las musas
(que donde hay multitud viven confusas)
aquí hallan puerta franca,
sin envidiar Coimbra á Salamanca;
que es este lugar solo
habitacion de Amor, Marte y Apolo.

DON RODRIGO.

Ilustre le hizo al mundo
la asistencia del rey don Juan segundo,

olhai, e un ramo de cravos.
"¿Para qué diablos querrá,
dije, si loca no está,
olla, boñigas y clavos?
El tiempo anda enfermo, y este
altera nuestra salud;
deben de tener virtud
sin duda, contra la peste."
Compré una olla vidriada,
al campo salí, llenéla
de clavos, emboñiguéla,
y llevándola tapada
con la capa, la hallé hablando
con su padre y mi señor.
(No era muy fino el olor
con que me iba perfumando.)
Llegué, y díjela al oido:
"aquí aquel recado está;"
y respondióme: *dai-ca.*—
"¿Estás fuera de sentido,
señora, que á esto me obligas?
repliqué: ¡gentil humor!
¡sacarle á un embajador
un puchero de boñigas!"
Mandó que lo descubriese,
y vino á causar su prisa
á unos asco y á otros risa,
y á que mi amo se corriese,
y tuviésemos mohinas.
¡Averigüe Garibay
que es aquí «mirad» *olhai*,
que las flores son *boninas*,
y *cravos* claveles son!
En fin, yo que su humor sigo,
porque se huelgue conmigo,
paso plaza de bufon.

ESCENA IV.

—

DOÑA ESTEFANÍA. DON IÑIGO. DON MARTIN. DON GASPAR.
DON RODRIGO.—DICHOS.

DON IÑIGO.
(*A don Rodrigo.*)
Huélgome infinito yo
de veros por esta tierra;
que el que en la suya se encierra,
y nunca se divirtió
en las demas, no merece
de discreto estimacion.
Historias los reinos son,
y el que verlos apetece,
estudiando en la esperiencia
que á tantos renombre ha dado,
vuelve á casa consumado,
y es para todo. No hay ciencia
en libros como en los ojos,
porque en la prática estriba
la mas especulativa.
La ociosidad causa enojos;
mozo sois, y en Portugal,
que es una comun escala
de cuanto el orbe señala,
yo sé que no os halleis mal.

DON RODRIGO.
Ni ya menos echaré
á Castilla ni á Toledo,
si con vueselencia quedo
acreditado.

DON IÑIGO.
Hablaré
hoy al rey que se dispone,
segun la voz comun pasa,
á poner segunda casa
castellana; y si la pone,
sabiendo vuestro valor,
no tiene dificultad

que os honre su magestad.

DON RODRIGO.

Siendo vos mi protector,
señor, ya la dicha mia
asegura mi cuidado.
(*A doña Estefanía.*)
Añadirá otro criado
en casa vueseñoría,
y seré yo venturoso
en acertarla á servir.

DOÑA ESTEFANÍA.

Yo os quisiera ver lucir,
señor, algun cargo honroso,
con que en Portugal quedaran
satisfechos de Castilla.

DON MARTIN.

Al que en Portugal se humilla,
por forasterò le amparan
fidalgos y caballeros;
porque siempre llevó mal
presunciones Portugal
de arrogantes forasteros;
mas vos, señor don Rodrigo,
que sois tan cuerdo y cortés,
en cualquiera portugues
tendreis hermano y amigo,
y en mí un nuevo servidor.

DON RODRIGO.

Por mi señor os elijo;
que, en fin, en todo sois hijo
de quien siendo embajador
de nuestros reyes aquí,
tiene la opinion en pie
castellana.

DON IÑIGO.

Hoy hablaré
al rey, que audiencia pedí.—
Paréceme, Estefanía,
que estás triste.

DOÑA ESTEFANÍA.

Causarálo,
señor, el tiempo, que es malo,

y engendra melancolía.
Dicen que la peste asombra
todo este reino.

DON IÑIGO.

Si das
en eso, no vivirás
segura; que á quien la nombra,
maltrata su contagion,
y en todo temor mortal
no hace tanto daño el mal
como su imaginacion.
Coimbra tiene frescuras,
su rio alegres riberas;
cuando divertirte quieras;
si frecuentarlas procuras,
podrás divertir cuidados
que aumenta la ociosidad.

DOÑA ESTEFANÍA.

Antes con su soledad
suelen dar pena, doblados.
Yo procuraré, señor,
ocupar mis pensamientos
donde no puedan violentos
acreditar su rigor;
cuando no por otra cosa,
por no darte pena á tí.

DON GASPAR.

El alma, prima, que os dí,
viéndoos triste, está quejosa,
porque como por vos vive,
juzga, y no sin propiedad,
que no tiene voluntad
quien triste al huésped recibe.
Siquiera por forastera,
tratarla bien será justo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Quien vive donde no hay gusto,
¿qué es, don Gaspar, lo que espera?
La tristeza me entretiene:
no sé yo que haya posada,
que al huésped esté obligada
á darle lo que no tiene;

mudarla será mejor,
si no se halla bien en ella.

DON GASPAR.

No fuérades vos tan bella,
á mostrar menos rigor.
No lo dije yo por tanto,
ni ya podré hacer mudanza:
el amor, que es semejanza,
llorará con vuestro llanto,
y alegrándoos, estará
alegre; que el mar y amor
no tienen otro color
que el que su objeto les da.

DOÑA ESTEFANÍA.

Hoy me habeis de perdonar,
si dejo de responderos.

DON GASPAR.

Serviros, y no ofenderos,
pretendo yo.

DON IÑIGO.

Don Gaspar,
dejémosla; que es costumbre
que de su madre heredó,
la tristeza: díla yo
muchas veces pesadumbre,
aunque tanto me queria,
si á consolarla llegaba,
cuando de esta suerte estaba.

DON RODRIGO, *aparte.*

¡Qué hermosa es la Estefanía!

DON IÑIGO.

Haz que te pongan el coche;
sal á pasearte al rio.

DON GASPAR, *aparte.*

¡Qué presto, recelo mio,
os muestra mi sol su noche!
¡Apenas salió el aurora
del favor, cuando ya veo
nublados en mi deseo!

DON IÑIGO.

Venid, que debe ser hora
de ir á palacio, y querria,

don Rodrigo, hablar por vos
hoy al rey.

DON RODRIGO, *aparte.*

¡Válgame Dios!
¡qué bella es la Estefanía!
(*Vanse todos, menos la dama.*)

ESCENA V.

—

DOÑA ESTEFANÍA.

Imaginacion tirana,
pues con vos sola me dejan,
decidme: ¿qué os aconsejan
penas que os hacen liviana?
¿De cuando acá sois tan vana,
que dais audiencia á locuras?
¿Cómo acertareis á oscuras,
dónde yerran claridades?
¿Por qué amais desigualdades,
ni posibles ni seguras?
¿Este fin será razon
que tengan mis altiveces?
Libertad, que tantas veces
triunfó vuestra presuncion,
ya que imitais á Faeton
cayendo, no os despeñeis
sin que en todo le imiteis;
pues aunque de seso falto,
Faeton se perdió por alto,
y vos por baja os perdeis.
¡A un médico amais! Callad;
que el publicarlo es locura:
¿para qué se llama cura,
si es la misma enfermedad?
Destruye la voluntad,
¡y á curar cuerpos se allana!
¿Qué medicina inhumana,
qué médico, amor, es este,
que cura pestes, y es peste

que enferma al mismo que sana?
¡Nunca en casa le admitiera
mi padre! ¡nunca llevara
salarios con que matara
á la visita primera!
¡nunca yo el pulso le diera!
pues para mi perdicion,
en fe de ser contagion
de tanta quimera loca,
apenas la arteria toca,
cuando abrasa el corazon.

ESCENA VI.

—

DON IÑIGO. DON GASPAR. DON RODRIGO. DON MARTIN.
TELLO.—DOÑA ESTEFANÍA.

DON IÑIGO.
Está indispuesto su alteza,
y no despacha este dia;
quiero mucho á Estefanía,
don Gaspar, y su tristeza
obliga á volverme á casa.

DON GASPAR.
¿A quién no dará cuidado
el ver el sol eclipsado,
señor, que entre nieve abrasa?

DON RODRIGO.
Todos participaremos
de su mal, si no mejora.

DON GASPAR.
Y mas quien cual yo la adora.

TELLO.
¡Gentil hospital tendremos!

DON IÑIGO.
Hija, mientras sola estés,
tu tristeza aumentarás:
¿por qué al campo no saldrás
si en él la eficacia ves
con que divierten sus flores,

y alegran sus aires puros?

DOÑA ESTEFANÍA.

No son remedios seguros
los que acrecientan rigores.
El campo al triste entristece,
como la música.

DON IÑIGO.

¿En qué
fundas la tuya?

DOÑA ESTEFANÍA.

No sé:
nada mi gusto apetece.

DON IÑIGO.

Quebrada estás de color.

TELLO, *aparte.*

Pues poco valen ó nada
vasija y vírgen quebrada.

DOÑA ESTEFANÍA.

Mala me siento, señor;
por solo no darte pena,
disimulo mis pasiones:
si duermo, imaginaciones
me despiertan; estoy llena
de disgustos, cómo mal,
aprietos del corazon
me angustian....

TELLO.

¿Palpitacion?
Ramo es de gota-coral.

DON IÑIGO.

Tello, tú alegrar solias
tus tristezas con frialdades:
dí algunas.

TELLO.

Las navidades
entretienen y son frias:
pónganla encima del bazo
diez ó doce, y sanará;
aunque navidades ya
son en viejas embarazo,
porque aborrecen verdades,
y oyen de terrible gana

que digan: "doña Fulana
tiene muchas navidades."
El mas eficaz remedio
de toda doncella ha sido
cuatro arrobas de marido,
sin suegra que se entre en medio.
Récipe que de esto coma;
que son muchas dilaciones
esperar dispensaciones
por el prototo de Roma.

DOÑA ESTEFANÍA.

Échenme de aquí este necio.

TELLO.

¿Escocióla?

DOÑA ESTEFANÍA.

Idos de aquí,
ó iréme.

TELLO.

En el punto dí.
No tiene mi ciencia precio;
mas si no sanan fatigas
las recetas que la doy,
tengan, que á buscarla voy
olla, clavos y boñigas. (*Vase.*)

ESCENA VII.

UN PAGE.—DOÑA ESTEFANÍA. DON IÑIGO. DON GASPAR. DON RODRIGO. DON MARTIN.

PAGE.

El médico está, señor,
á la puerta.

DOÑA ESTEFANÍA.

Entre, y advierta
que al dotor nunca la puerta
se le cierra.

DON IÑIGO.

Entre el dotor.
(*Vase el page.*)

ESCENA VIII.

DOÑA GERÓNIMA, *de médico, con cuello abierto pequeño, sotanilla larga, capa de gorgoran con capilla, y guantes.*—DOÑA ESTEFANÍA. DON IÑIGO. DON GASPAR. DON RODRIGO. DON MARTIN.

DOÑA GERÓNIMA.

Dios sea en aquesta casa.

DON IÑIGO.

Vengais, dotor, en buen hora.
No está buena Estefanía.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Qué mucho, si es tan hermosa?

DON GASPAR.

¿Pues repugna la salud
á la hermosura?

DOÑA GERÓNIMA.

¿Eso ignora
vuesa merced? Claro está
que cuando se proporcionan
de las cuatro calidades
los cuatro humores, dan forma
á la belleza apacible,
buen talle y gentil persona.
Esto es lo que llama *ad pondus*
nuestro Galeno*, y de él consta
la igualdad y simetría
saludable y deleitosa.
De aquí nace la belleza,
y esta tal consiste toda
en la sangre delicada,
y tiene su esfera propia
en el hígado, y allí,
blanca entrando, sale roja
á nutrir todos los miembros
con los cuales se conforma,
siendo carne con la carne,
hueso con el hueso, y toma

de la sustancia que nutre,
color, calidad y forma,
porque cada miembro busca
su semejanza amorosa;
de modo, que cuanto mas
fuere elegante una cosa,
tanto mas tendrá la sangre
delicada, y si se nota,
por esta causa estará
mas espuesta y peligrosa
á cualquiera alteracion
que la destemple y corrompa.
Por esto niños y damas
tan facilmente se aojan,
porque la fascinacion
halla resistencia poca
en la sangre que penetra,
y ansí al punto que la toca,
le pega su calidad,
lo que no hiciera en la tosca.
¿Ve, señor, vuesa merced
como toda dama hermosa
está sujeta á accidentes
que llama el griego *symptomas*?

DON GASPAR.

Ello está muy bien probado.

DOÑA GERÓNIMA.

Esta calidad morbosa,
que de malas influencias
aires y gente inficiona,
produce melancolías,
y aunque no enferme, congoja
cualquiera disposicion,
si bien unas mas que otras;
porque aumenta el atra-bilis
terrea, fria, y que provoca
á retiros intratables.
Si vueseñoría, señora,
no procura divertirse,
y imagina, estando sola,
tristezas, enfermará;
que *imaginatio*, es axioma

general, que *facit casum*;
y así será bien que ponga
con medios preservativos
atajos á esta ponzoña.

DOÑA ESTEFANÍA.

No gasteis, señor dotor,
de aforismos tanta copia;
que es almacen ordinario
de todo médico broma.
Ved si tengo calentura.

(*Da el pulso.*)

DOÑA GERÓNIMA.

No es confirmada hasta agora;
pero dispónese á serlo.
Pesado pulso.

DOÑA ESTEFANÍA, *aparte.*

Amorosa
sangre, decilde mi mal;
sirva la arteria de boca,
pues viene del corazon.

DOÑA GERÓNIMA.

Vena obtusa. Dadme esotra.

(*Da el otro pulso doña Estefanía.*)

DON GASPAR, *aparte.*

¿Que tenga un dotor licencia
tan ámplia, que lo que goza
el tacto, á mí se me niegue?
¡Oh facultad venturosa!

DON RODRIGO, *aparte.*

Por Dios que debe de ser
su enfermedad contagiosa,
porque se me va pegando.
¿Qué es esto, inclinacion loca?

DOÑA GERÓNIMA.

¿Duéleos algo?

DOÑA ESTEFANÍA.

El corazon.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Agora?

DOÑA ESTEFANÍA.

No, estando sola....
(*Aparte.* Iba á decirle: «sin veros.»)

DOÑA GERÓNIMA.

¿Y qué sentis mas?

DOÑA ESTEFANÍA.

Me ahoga
(*Aparte.* Mi secreto iba á decirle.)
no sé yo qué, que me estorba....

DOÑA GERÓNIMA.

¿El escupir?

DOÑA ESTEFANÍA.

No, el hablar.

DOÑA GERÓNIMA.

Mucílago es pituitosa.

DOÑA ESTEFANÍA.

Abrásanseme las palmas
de las manos: cuanto tocan,
encienden; tentad, tentad.

(*Dale las dos manos.*)

DOÑA GERÓNIMA.

¡Brava *intemperies*!

DOÑA ESTEFANÍA.

Soy Troya.

DOÑA GERÓNIMA.

Teneis toda la region
del hígado por la cólera
lesa, que con la pituita
quemándola se incorpora.
Ahora bien, señora mia,
vuesiría se disponga
á preservar accidentes
que la esperiencia diagnóstica
nos indica: lo primero
con dïeta flemagoga
y algo colagoga, enfrene
cualidades licenciosas.

DOÑA ESTEFANÍA.

Dotor, habladme en romance.

DOÑA GERÓNIMA.

Digo que vusía coma
manjar entre húmedo y seco:
pan con anís, y este en roscas,
carnes no del todo asadas,
verbigracia, pavos, pollas,

perdices, lechones, liebres,
ternera; mas no palomas.
Si apeteciese cocido,
mandará echar en las ollas
culantro verde, mastuerzo,
verdolagas, ó buglosa,
borrajas y yerba buena,
que mezcladas unas y otras,
templarán lo seco y frio;
mas no han de llevar cebolla.
Los peces secos y asados,
de corrientes pedregosas,
no de estanques ni lagunas,
y las salsas olorosas,
sin pimienta ni canela.
Cene á la noche escarolas
cocidas, peras asadas,
huevos frescos, y dos gotas
de clarete bien linfato.
Guardarse de estar ociosa,
hacer mediano ejercicio,
y echar aparte congojas:
con esto, y unos jarabes
que alteren, cuezan, dispongan
esos humores rebeldes,
y cinco píldoras solas,
espero en Dios de dejarla
sana en distancia tan corta,
que restituya alegrías,
y á sus mejillas sus rosas.

DOÑA ESTEFANÍA.

Haced vos eso, dotor,
si mi salud os importa,
(que si gustais, bien podeis)
y de cuanto soy señora
dispondreis á vuestro arbitrio.
(*Aparte.* ¡Ay! ¡si me entendiese!)

DOÑA GERÓNIMA.

Sobran
voluntad y medicinas;
pero falta que se pongan
en ejercicio.

DOÑA ESTEFANÍA.

Por mí
recetad; que desde agora
estoy puesta en vuestras manos.

DON IÑIGO.

¿Cómo te sientes?

DOÑA ESTEFANÍA.

Mejoran
los enfermos de mi humor
solo de ver de hora en hora
al médico junto á sí.

DON GASPAR.

Aunque breve de persona,
sin autoridad de barba,
y la edad no muy dotora,
suple lo limpio y pulido
las letras, que serán pocas,
de quien en lugar de testos,
gasta el estipendio en ropa.

DOÑA GERÓNIMA.

No dan las ciencias los años,
ni es tanta la que le sobra,
señor, á vuesamerced
que por mí no le responda
el filósofo monarca
en sus problemas curiosas.
Pregunta: «¿por qué el ingenio
es mayor en la edad moza?»
y respóndele el poeta
Ausonio: «no porque goza
mil años de vida el fenix,
será razon que se oponga
á los cien ojos con que Argos
alcanza todas las cosas;
que este en vela, siempre estudia,
y aquel vive muerte ociosa.»
Cedimus ingenium quantum
præcedimus ævo. Ausonia
sentencia, en fin; que Minerva
niña se pinta y hermosa.
Nerva y Celso, de quince años,
la jurisprudencia en Roma

honraron, de diez y nueve
Augusto triunfó victorias,
de treinta y dos alcanzó
Galeno el lauro y corona
de Apolo. *Felix ingenium*
non gaudet ætate longa.
Díjolo Filon judío.
Ni de mi estatura corta
menor alabanza espero,
cuando el sabio las abona.
Platon toda corpulencia
hace al ingenio enfadosa;
de aquí el adagio, *amens longus*;
de aquí el filósofo axioma
fortior est virtus unita
se ipsa dispersa; y oiga
la causa en que esto se funda,
porque ó se enmiende ó se corra.
La humedad dilata miembros,
cuya obediencia es mas propia
para el calor natural,
que con su aumento la honra.
Por esto el muy corpulento
es muy húmedo, y no hay cosa
de las cuatro cualidades
que así destruya las obras
de la ánima racional
como la humedad, que borra
las imágenes y especies
del discurso y la memoria.
Esto no hay en los pequeños,
cuya sequedad corpórea
no permite que la carne
se dilate correosa,
y no pudiendo estenderse,
queda en su estrechez angosta
el ánima mas unida;
porque es cualidad heróica
que sutiliza el ingenio
la sequedad, de tal forma,
que dijo Heráclito de ella
esta sentencia famosa:

Est animus sapientissimus
splendor (1) *siccus*; de forma
que la falta de mi cuerpo
en el espíritu sobra.
La curiosidad del trage,
ni afectada ni pomposa,
sino limpia y aliñada
en el médico, ocasiona
autoridad y respeto,
y mas cuando se acomoda
con ella cara apacible;
que *præstantissima forma*
digna est imperio: y así
entre seis ó siete cosas
que el médico ha de tener
con que Hipócrates le adorna
en sus Epidemias, pide
que el vestido corresponda
al buen rostro: *quod est pulchrum*
amicum est; y es forzosa
circunstancia en la belleza
la curiosidad sin costa,
el despejo, buena gracia,
buen olor y buena prosa.

DOÑA ESTEFANÍA.

Decidme esas condiciones
que al médico perficionan;
que me entretiene el oiros.

DOÑA GERÓNIMA.

Agrado, lenguage, forma,
vestido, limpieza, olor,
disminuyen las congojas
del enfermo, si las tiene
el médico, mi señora.
De grosero y desabrido
Galeno á Caliantes nota,
porque entraba desahuciando,
y así fue su medra poca.

---

(1) El doctor Barbosa pronunciaba sin duda es*plendor*: de otro modo no constaria el verso.

Primero se han de curar
los afectos que apasionan
el alma, que los del cuerpo,
sol aquella, estotro sombra;
pues si entra á ver al paciente
un dotor, presencia tosca,
mal vestido, y peor hablado,
¿cómo es posible que ponga
buen ánimo en sus enfermos?

DOÑA ESTEFANÍA.

Es esa verdad tan propia,
que de haberos solo oido
aliviada, me siento otra.
Tornad á verme estos pulsos.

(*Dáselos.*)

DOÑA GERÓNIMA.

¡Jesus! ¡su mudanza asombra!

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Qué os parece?

DOÑA GERÓNIMA.

Que estais buena.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿La color?

DOÑA GERÓNIMA.

Jazmin y rosa.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Las palmas?

DOÑA GERÓNIMA.

Refrigeradas.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿El aliento?

DOÑA GERÓNIMA.

Azâr en pomas.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿La disposicion?

DOÑA GERÓNIMA.

Divina.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Y la igualdad?

DOÑA GERÓNIMA.

Milagrosa.

DOÑA ESTEFANÍA.
Tomad estos dos diamantes.
DON GASPAR, *aparte.*
Por Dios, que soy si nombra
medicina, y no amor esto,
en uno y en otro idiota.
DOÑA GERÓNIMA.
Volveré á la noche á veros.
DOÑA ESTEFANÍA.
¿Pues adónde vais agora?
DOÑA GERÓNIMA.
A recebir una hermana,
que por no estar en Lisboa,
donde muere tanta gente,
quiere ser habitadora
de Coimbra.
DOÑA ESTEFANÍA.
¿Hermana vuestra?
DOÑA GERÓNIMA.
Mia, y vuestra servidora.
DOÑA ESTEFANÍA.
¿Y ha de llegar hoy?
DOÑA GERÓNIMA.
Sospecho
que estará ya en casa.
DOÑA ESTEFANÍA.
¿Moza?
DOÑA GERÓNIMA.
Y de cara razonable.
DOÑA ESTEFANÍA.
¿Doncella?
DOÑA GERÓNIMA.
Y escrupulosa.
DOÑA ESTEFANÍA.
Pues yo ¿no tengo de verla?
DOÑA GERÓNIMA.
Si esa merced se le otorga,
en descansando unos dias,
vendrá á serviros.
DOÑA ESTEFANÍA.
¿Se nombra...?

DOÑA GERÓNIMA.
Doña Marta de Barcelos.
DOÑA ESTEFANÍA.
Y vos el dotor Barbosa.
DOÑA GERÓNIMA.
Como el moreno Juan Blanco:
ellas saldrán por la posta.
(*A don Iñigo.*)
Vueselencia ha de ampararme
en una ocasion forzosa,
donde me va por lo menos
opinion, interes y honra.
DON IÑIGO.
Y ¿es la ocasion?
DOÑA GERÓNIMA.
Heme opuesto,
por los que se me apasionan,
á la cátedra de vísperas
de medicina.
DON IÑIGO.
¡Animosa
resolucion!
DOÑA GERÓNIMA.
Siguemé
la juventud que me abona,
y algunos graves del cláustro,
que son los que solos votan.
De oposicion leo mañana;
apadríneme aquella hora
vueselencia y sus amigos;
será cierta mi victoria.
DOÑA ESTEFANÍA.
Pues ¿qué hará mi padre en eso?
DON IÑIGO.
Iré yo, mi casa toda,
y cuantos títulos tiene
esta corte; y si os importa
hablar votos....
DOÑA GERÓNIMA.
Eso no;
mi justicia, señor, sola
es de quien he de valerme;

que los sabios no sobornan.
Guarde Dios á vueselencia
en vida de mi señora,
y del señor don Martin.
(*Aparte á don Iñigo.*)
Una palabra aquí á solas.
Vueselencia no la trate
en este tiempo de bodas;
que aunque á don Gaspar se inclina,
cualquiera accion imperiosa,
en tiempo que es tan enfermo,
y en complexion melancólica,
cansa la imaginativa,
y es fuerza que descomponga
la sangre, y dañe el celebro.
Alma quieta y vida ociosa
piden tiempos apestados.

DON IÑIGO.

Pondráse todo por obra.
Volved á la noche á verla.

DOÑA GERÓNIMA.

Lo que he dicho cene y coma,
y á Dios. (*Vase.*)

DOÑA ESTEFANÍA.

Traed vuestra hermana
á verme, doctor Barbosa.
(*Vanse doña Estefania y don Martin.*)

ESCENA IX.

DON GASPAR. DON IÑIGO. DON RODRIGO.

DON IÑIGO.

Es notable habilidad.

DON RODRIGO.

¡Lucidos años por cierto
en tal juventud!

DON IÑIGO.

Su acierto
es tanto en esta ciudad,

que á él solo se le atribuye
la comun salud que goza.

DON GASPAR.

Con todo eso, edad tan moza
en medicina no arguye
seguridad al temor,
si es adagio verdadero
que ha de ser mozo el barbero,
y con canas el dotor.

DON IÑIGO.

Dícenlo por la esperiencia
que adquieren maduros años;
pero escusan de esos daños
el estudio y la asistencia:
todo el ingenio lo pasa.
Él tiene grande opinion
aquí, y yo satisfaccion
de que visite mi casa.
Ved en doña Estefanía
comprobada esta verdad.

DON RODRIGO.

Mucho hace la voluntad
del médico, cuando fia
del médico su salud,
si tiene fe en él.

DON GASPAR.

Pues yo
no le diera el pulso.

DON IÑIGO.

¿No?
¿Por qué?

DON GASPAR.

Es mucha juventud
para el estudio y desvelos,
que pide su ciencia.

DON IÑIGO.

Mal
le quereis.

DON GASPAR, *aparte.*

Será señal
de que me abrasa de celos.

DON IÑIGO.

¿Qué os ha hecho?

DON GASPAR.

¿Qué? Pues ¿puede
hacerme á mi mal, señor,
una pizca de dotor?

DON IÑIGO.

¡Y cómo!

DON GASPAR.

¿A mí?

DON IÑIGO.

Cuando os vede
la cosa que mas amais,
conocereis que es crüel.

DON GASPAR.

Si no me curo con él,
¿qué ha de vedarme?

DON IÑIGO.

No estais
en el caso, y es forzoso
el notificaros yo
lo que aparte me ordenó.
El tiempo anda peligroso,
y todo ánimo ocupado
la salud llega á ofender:
ya sabeis que la muger
no tiene mayor cuidado
que el casamentero....

DON GASPAR.

¿Sí?

DON IÑIGO.

En llegando á tratar de esto,
hasta el sueño le es molesto.
Dice, pues, que como os di
palabra de yerno en ella,
puesto que os tiene aficion,
aquesta imaginacion
con su sosiego atropella,
y que la sangre que cria
(como es sutil y ligera,
y el tiempo enfermo) se altera,
y pára en melancolía:

que mientras la peste pasa,
de esta pena la escusemos,
en divertirla tratemos,
y que vos la hableis con tasa;
que ociosa, y entretenida,
podrá conservar mejor
para otro tiempo su amor.
Ya veis, si estimais su vida,
que esta receta es forzosa:
así lo podeis hacer,
porque yo he de obedecer
en todo al dotor Barbosa. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON GASPAR. DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

(*Aparte.* Y yo por esa receta
mil gracias á darle voy.
Con celos amando estoy;
pasion, si loca, discreta.
Pues hablarla le limita,
ya le debo este favor;
visitemos al dotor,
celos, que á mi bien visita.)
Todo lo que se dilata
en amor de prometido,
trae, don Gaspar, añadido
de gusto: curarse trata
triste vuestra prenda hermosa;
si su dueño habeis de ser,
paciencia, y obedecer
en todo al dotor Barbosa. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON GASPAR.

Para confirmar temores
de esta sospecha homicida,
basta y sobra el ver que impida
el médico mis amores.
Mi dama es toda rigores,
puesto que afable y piadosa
premiaba mi fe amorosa:
¿qué mucho? Es al fin muger.
Celos, ya empieza á temer
mi amor al dotor Barbosa.
Cuando no le vé, está triste;
y en viéndole, toda es gozo;
él es despejado y mozo;
cúrala, á su pulso asiste;
poco la sangre resiste,
si la ocasion la provoca;
si llega y arterias toca,
comunicarále penas:
¿quién vió que amor por las venas
hablase, y no por la boca?
Que la vaya á ver me quita,
porque de mí se divierta,
patente para él la puerta
que para mí se limita.
¡Él una y otra visita,
y á mí tanta privacion!
Médica jurisdiccion,
malicioso estoy: ¿qué quieres
de ocasiones y mugeres,
ella muger, tú ocasion?
¡O médicos, que inhumanos
con los cuerpos sois, dejad
las almas con libertad,
que ya perseguís tiranos.
Dos veces le dió las manos,

y á tocarlas le importuna;
envidie amor su fortuna,
y llorad, desdicha, vos.
¡Él manos de dos en dos!
¡yo con celos, y ni aun una!
Forzaránme mis desvelos
á hablarle, y no dispensando
retiros que estoy dudando,
vengaránse mis recelos.
No hay médicos para celos,
que es incurable y furiosa
la pena que los acosa;
parta visitas conmigo,
ó llámeme su enemigo
desde hoy el dotor Barbosa. (*Vase.*)

Una calle de Coimbra.

ESCENA XII.

DOÑA GERÓNIMA, *de muger*, *y* QUITERIA, *ambas con mantos.*

DOÑA GERÓNIMA.

Quiteria mia, esto pasa;
solo descanso contigo;
nuevamente mi enemigo
por dama nueva se abrasa;
nuevamente está por mí
loca doña Estefanía;
y nueva la pena mia,
es viejo mi frenesí.
Todo se imposibilita;
don Gaspar ciego apetece
voluntad que le aborrece:
su dama en esto le imita;
pues amándome, ya ves
cuan incurable es su mal;

amo yo con pena igual,
y engañámonos los tres.
¿Cómo hallaré la salida
de tan encantada Creta?

QUITERIA.

Si no la da algun poeta,
no la esperes en tu vida.
¡Buen fin á nuestro viage
ha dado tu ciego amor,
buena disculpa á tu honor,
buen fin á nuestro viage!
Don Gonzalo está en Pamplona
peleando, y cuanto gana,
echando á perder su hermana:
yo no sé de qué blasona
la ciencia en que te señalas,
si á tal locura te obliga;
pero diré que á la hormiga
por su mal le nacen alas.
Tú en Coimbra en opinion
de otro Galeno, no hay hombre
que en viéndote no te nombre:
"el Hipócrates capon."
Visitas á bulto, y ganas
dineros restituibles;
haces curas imposibles;
matas veinte, cuatro sanas.
Ya sabes andar á mula;
ya tiras, que es lo mejor,
gages de un embajador;
ya en paredes te rotula:
aunque en esto decir puedes
que á la vergüenza te saca
tu fama, y de puro flaca,
la pegan á las paredes.
Das en querer catedrar
de vísperas ó maitines,
con que médicos rüines
no te acaban de envidiar,
sin que haya en ellos quien hable
en favor de tus recetas;
que en médicos y en poetas,

la envidia es sarna incurable.
Y para aliñarlo agora,
finges que una hermana tienes,
y que á recibirla vienes;
quiere verla tu señora,
y aunque á todos satisfaces,
nunca acabas de mirar
que en alguno te has de errar,
si tantos papeles haces.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Ves todo eso? Pues de todo
habemos de salir bien.

QUITERIA.

Ruego al cielo que no den
con nosotras en el lodo.
¿Dónde vamos de mugeres?

DOÑA GERÓNIMA.

A ver á la Estefanía,
causa de la pena mia.

QUITERIA.

Pues ¿qué es lo que enredar quieres?

DOÑA GERÓNIMA.

Ello dirá.

QUITERIA.

Don Gaspar
es aquel, y su criado.

DOÑA GERÓNIMA.

Tápate.

QUITERIA.

Ya me he tapado.
(Tápanse.)

ESCENA XIII.

DON GASPAR. TELLO.—DOÑA GERÓNIMA. QUITERIA.

TELLO.

(Hablando aparte con su amo al salir.)
Sospecho que ha de posar
allí, de donde salieron

amo yo con pena igual,
y engañámonos los tres.
¿Cómo hallaré la salida
de tan encantada Creta?

QUITERIA.

Si no la da algun poeta,
no la esperes en tu vida.
¡Buen fin á nuestro vïage
ha dado tu ciego amor,
buena disculpa á tu honor,
buen fin á nuestro vïage!
Don Gonzalo está en Pamplona
peleando, y cuanto gana,
echando á perder su hermana:
yo no sé de qué blasona
la ciencia en que te señalas,
si á tal locura te obliga;
pero diré que á la hormiga
por su mal le nacen alas.
Tú en Coimbra en opinion
de otro Galeno, no hay hombre
que en viéndote no te nombre:
"el Hipócrates capon."
Visitas á bulto, y ganas
dineros restituibles;
haces curas imposibles;
matas veinte, cuatro sanas.
Ya sabes andar á mula;
ya tiras, que es lo mejor,
gages de un embajador;
ya en paredes te rotula:
aunque en esto decir puedes
que á la vergüenza te saca
tu fama, y de puro flaca,
la pegan á las paredes.
Das en querer catedrar
de vísperas ó maitines,
con que médicos rüines
no te acaban de envidiar,
sin que haya en ellos quien hable
en favor de tus recetas;
que en médicos y en poetas,

la envidia es sarna incurable.
Y para aliñarlo agora,
finges que una hermana tienes,
y que á recibirla vienes;
quiere verla tu señora,
y aunque á todos satisfaces,
nunca acabas de mirar
que en alguno te has de errar,
si tantos papeles haces.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Ves todo eso? Pues de todo
habemos de salir bien.

QUITERIA.

Ruego al cielo que no den
con nosotras en el lodo.
¿Dónde vamos de mugeres?

DOÑA GERÓNIMA.

A ver á la Estefanía,
causa de la pena mia.

QUITERIA.

Pues ¿qué es lo que enredar quieres?

DOÑA GERÓNIMA.

Ello dirá.

QUITERIA.

Don Gaspar
es aquel, y su criado.

DOÑA GERÓNIMA.

Tápate.

QUITERIA.

Ya me he tapado.
(*Tápanse.*)

ESCENA XIII.

DON GASPAR. TELLO.—DOÑA GERÓNIMA. QUITERIA.

TELLO.

(*Hablando aparte con su amo al salir.*)
Sospecho que ha de posar
allí, de donde salieron

las sebosas embozadas...

DON GASPAR.

¿Tambien hay acá tapadas?

TELLO.

De Castilla lo aprendieron.

QUITERIA.

Nuevas tramoyas comienzan.

TELLO.

Ya aguardan; hablarlas puedes.

DON GASPAR.

Dios guarde á vuesas mercedes.

DOÑA GERÓNIMA.

Fidalgo, os anjos os bençam.

TELLO.

¡Los ajos han de vencer!
Pues aquí ¿somos villanos?

DON GASPAR.

Calla.

TELLO.

Somos castellanos,
y allá no se usa comer,
sino entre rústicos bajos,
ese cavador manjar.

DON GASPAR.

En fin, ¿no quieres callar?

TELLO.

¿Por que han de vencer los ajos?

DON GASPAR.

Los ángeles, majadero,
nos bendigan, dice.

TELLO.

Ansí....
¿Los ángeles? Eso sí.

(*Saca una mano sin guante doña Gerónima.*)

DON GASPAR.

¡Ay! ¡qué mano!

TELLO.

(*Aparte á su amo.*)

De mortero.
Ensébanlas las hermosas
que en nuestra Castilla estan;
considera tú que harán,

siendo aqui todas sebosas.

DOÑA GERÓNIMA.

Deixai-nos pasar diante;
que temos presa.

DON GASPAR.

Esperad;
y primero me avisad
si es la cara semejante
á esa mano; que há mil dias
que no la he visto tan bella.

DOÑA GERÓNIMA.

Ainda melhor.

DON GASPAR.

¿Mejor que ella?

DOÑA GERÓNIMA.

Naon me enjeitam zombarias.
Ficai, fidalgo, com Deos;
que naon fallo á castelhanos.

DON GASPAR.

Ni yo busco sino manos
que ansí hechizan los deseos.
Si es igual vuestra hermosura,
deme esa mano un favor.

TELLO.

Come manos mi señor;
que es amante de grosura.

DON GASPAR.

Calla, necio. Demos traza
de que yo dos dedos vea
de cara; que me recrea
vuestro aire.

DOÑA GERÓNIMA.

¡Tamanha graça!
¿Vindes doudo?

DON GASPAR.

Loco vengo,
y de pérdida, por Diós.
¿Quereis despicarme vos?
Amor á una dama tengo
con muchos inconvenientes.

DOÑA GERÓNIMA.

Se fore desengraçada,

enfadadiza, escoimada,
vos lhe arreganhai os dentes,
e agachar-se-vos ha logo,
porque com mimos ninguem
de nosoutras quere bem.
Assentai com ella o jogo
desde hoje assi, e naou cureis
de mais cà, nem de mais lá.

DON GASPAR.

Quien tales consejos da,
diestra está en amar. ¿Quereis
autorizar con la cara
tan sazonado consejo?

DOÑA GERÓNIMA.

¡Oh! ¡que enfadonho é sobejo!

TELLO.

(*A Quiteria.*)
Quítenos esa antipara
tambien acá, y muestre á ratos
ribetes vuestra hermosura.
Destápate, ninfa escura.

QUITERIA.

Tirai-vos lá, esfola-gatos.

TELLO.

Afrentóme. Hola, señor,
en lenguage portugues,
esfolagatos ¿qué es?

DOÑA GERÓNIMA.

Deixai-nos ir.

DON GASPAR.

A un dotor
buscaba, que vive aquí;
mas despues que os llegué á ver,
pienso que no es menester.
De cuantas bellezas ví
en esta corte, ninguna
cuidado de amor me da,
y no sé qué me hace acá
vuestro donaire; solo una
hablé en Sevilla, tapada,
que se os parece no poco
en el talle; mi amor loco

de medios ojos se agrada.
¡Ay si fuésedes tan bella
como voy conjeturando!
Si por vos fuese olvidando
el desden que me atropella,
si mi amor que á ciegas anda,
se quedase en Portugal,
si fuésedes principal,
si cariñosa, si blanda,
¡qué bien mi suerte se aliña!
¡qué bien mi amor se mejora!
Descubrid el sol, señora;
acabad.

DOÑA GERÓNIMA.

¡Ai mana minha!

DON GASPAR.

Perdonad mis desvaríos.

DOÑA GERÓNIMA.

Naon me deis enfadamento.

DON GASPAR.

Lastimaos de mi tormento.

DOÑA GERÓNIMA.

Pois eu, fidalgo, ¿pari-vos?

DON GASPAR.

No me paristes; mas sé
que habeis de ser contrayerba
de una voluntad proterva,
que desconoce mi fe.
Su despego me desmaya;
en desden favores trueca,
y aunque es hermosa, es muy seca.

DOÑA GERÓNIMA.

¿É seca? Pois vos regai-a.

DON GASPAR.

Haced lo que os tengo dicho;
que si de este golfo salgo
por vos, á fe de fidalgo
y caballero....

DOÑA GERÓNIMA.

¡Bom vicho!

DON GASPAR.

Que si al talle y al olor

la calidad y belleza
corresponde, si nobleza
teneis, que mude de amor,
y de un mayorazgo os haga
dueño, que en Castilla heredo.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Morgado tendes?

DON GASPAR.

Toledo
de sus propios me le paga.

DOÑA GERÓNIMA.

De maneira esconjurado
fallais, que por derradeiro,
á facer o que naon queiro
forçais, vindo-vos chagado.
(*Apártanse los dos.*)

TELLO.

(*Aparte.* ¡Miren allí que meollo!
Tantas quiere cuantas vé.)
Yo contigo ¿no podré
tantico?

DOÑA GERÓNIMA.

Catai-me este olho.

TELLO.

(*A su amo.*)
¿Ojos catas? ¿es melon?

DON GASPAR.

¡Qué hermoso, negro, rasgado!
¡qué risueño! ¡qué alentado!
No tiene comparacion
el sol con él.

DOÑA GERÓNIMA.

Pois catai
estoutro.

DON GASPAR.

Entre dos hermanos
tan bellos, y en tales manos,
me pierda yo.

DOÑA GERÓNIMA.

Pois olhai....
Mas naon, que é meu irmaon aquelle.
Martinha, entremos em caza.

DON GASPAR.

¿Vuestro hermano?

DOÑA GERÓNIMA.

Olhai: iá passa.

DON GASPAR.

¿El dotor?

DOÑA GERÓNIMA.

Meu irmaon é elle.

DON GASPAR.

¡Hay tal caso!

DOÑA GERÓNIMA.

Cavalleiro,
se naon cuidais d' outra boda,
mostro-vos a cara toda.
Olhai que muito vos queiro.
(Descúbrese toda la cara, y vase.)

DON GASPAR.

Cara con tal circunstancia
de mi amor es piedra iman.

TELLO.

¿Vaste?

QUITERIA.

A ruar. (Vase.)

TELLO.

¿A Ruan?
Esos son pueblos en Francia.

ESCENA XIV.

DON GASPAR. TELLO.

DON GASPAR.

Tello, esta muger me ha muerto.
Desde el punto que la ví
tapada, el alma la dí,
y ya que se ha descubierto,
mil almas tener quisiera
que ofrecerle cada dia.

TELLO.

Pues de nuestra Estefanía,

¿qué has de hacer?

DON GASPAR.

Echarla fuera.

TELLO.

¿Y de doña Micaela?

DON GASPAR.

Desterrarla por tirana.

TELLO.

¿Y de nuestra sevillana?

DON GASPAR.

Ni la ví, ni me desvela.

TELLO.

¿Y estotra?

DON GASPAR.

Triunfa imperiosa.
Es serafin, no es muger.

TELLO.

¿Luego habremos menester
desde hoy al dotor Barbosa?

DON GASPAR.

A darle quejas venia;
mas ya gracias le daré
por la hermana en quien mudé
memorias de Estefanía.
¿Hay tal mano, rostro tal,
tal lengua, tanto donaire?
Todo lo demas es aire
con damas de Portugal.

TELLO.

Del de tus cascos me avisas,
segun á todas acudes.
¡Bueno es que en un año mudes
tres mugeres! ¿Son camisas?

DON GASPAR.

Ellas ocasion me han dado.

TELLO.

¿Y haste de casar con esta?

DON GASPAR.

¿Qué sé yo? Si es tan honesta
como hermosa....

TELLO.

Estás picado;

duerme primero sobre ello,
y advierta tu ciego amor
que es hermana de un dotor.

DON GASPAR.

Mejor dirás angel, Tello.

ESCENA XV.

DOÑA GERÓNIMA, *de doctor*. DON RODRIGO.—DON GASPAR. TELLO.

DOÑA GERÓNIMA.

(*A don Rodrigo.*)

Tambien es enfermedad
el amor, y aunque es afeto
del alma, cuyo sugeto
es, señor, la voluntad,
como obra por instrumentos
corporales, y es pasion
que asiste en el corazon,
suelen los medicamentos
hallar cura en la esperiencia,
que el alma espiritüal
presa en el campo mortal,
obra siempre á su presencia.
El pulso teneis amante;
si Erasístrato viviera,
facilmente os conociera;
mas si el mal fuese adelante,
medios refrigerativos
habrá que ese daño aplaquen,
sangrías que el fuego saquen,
y antídotos curativos.

DON RODRIGO.

En la pasion que me abrasa
guardad silencio, dotor.

DOÑA GERÓNIMA.

El médico y confesor
son mudos.—¡Junto á mi casa
tal bien, señor don Gaspar!

(*Llegándose á él.*)
Téngase por venturosa.
¿Qué mandais?

DON GASPAR.

Dotor Barbosa....

TELLO, *aparte.*

Barbosa, mas sin barbar.

DON GASPAR.

De vos sola mi esperanza,
mi vida y mi amor se fia.

DOÑA GERÓNIMA.

Eso á doña Estefanía.

DON GASPAR.

(*Hablando aparte con Tello.*)
No he visto tal semejanza.

TELLO.

Si son hermanos, ¿qué mucho?

DOÑA GERÓNIMA.

Matareisla, si este mes
la hablais; tiempo habrá despues.

DON GASPAR.

Tengo que hablaros.

DOÑA GERÓNIMA.

Ya escucho.

DON GASPAR.

Pero imposibles intento;
que os tengo por enemigo.
¿Tiene tambien don Rodrigo
que le cureis?

DON RODRIGO.

No me siento
bien dispuesto de hoy acá.

DON GASPAR.

La peste pone temor.

DON RODRIGO, *aparte.*

¿Qué peste como el amor?

DON GASPAR.

¿Vais á casa?

DOÑA GERÓNIMA.

Voy allá.

DON GASPAR.

¡Qué de ello os he menester!

DOÑA GERÓNIMA.

La Estefanía os apura.

DON GASPAR.

No, dotor, mi muerte y cura
teneis en casa.

DOÑA GERÓNIMA.

A entender
os dad.

DON GASPAR.

Son ansias secretas.

TELLO.

Deben de ser almorranas.

DOÑA GERÓNIMA.

Drogas enfermas y sanas
tiene mi ciencia en recetas.
Mirad que me habeis de honrar
los dos en mi oposicion,
porque me va la opinion.

DON RODRIGO.

¿Pues eso habeis de dudar?

DOÑA GERÓNIMA.

Venid.

DON GASPAR, *aparte.*

¡Notables sucesos!

TELLO.

Sepa, señor dotor tilde,
que en la parte mas humilde
me matan nueve diviesos.

DOÑA GERÓNIMA.

Pues luego al punto se sangre.

TELLO.

Son postemas sospechosas.

DOÑA GERÓNIMA.

Echaos luego cien ventosas,
sacaos veinte onzas de sangre.

TELLO.

Esas ¿son onzas ó tigres?
¡Veinte! ¡y cien ventosas!

DOÑA GERÓNIMA.

Sí.

TELLO.

¿Soy yo buey?

DON GASPAR.

Tello, hazlo ansí,
si quieres que no peligres.

TELLO.

¡Cuerpo de Dios! ¡veinte y ciento!
No habrá, recetas Barbosas,
viento para cien ventosas
en cien molinos de viento.



ACTO TERCERO.

Salon del real alcazar de Coimbra.

ESCENA I.

EL REY DON MANUEL, DOÑA GERÓNIMA *á su izquierda con capa, calza, gorra y muceta amarilla, y sobre la gorra borla del mismo color*, DON GASPAR, DON IÑIGO, DON MARTIN, DON RODRIGO, TELLO, *y* ACOMPAÑAMIENTO *del rey. Suenan dentro vítores y música.*

DOÑA GERÓNIMA.

Mezcla vuestra magestad
lo grave con lo apacible,
causando amor y respeto
al soberbio y al humilde,
y en mí eterna obligacion
de que estudios le dedique,
con que honrándome, celebre
merced tan nueva y insigne.

REY.

Dotor, vuestras muchas letras
en años tan juveniles
merecen que yo las honre,
porque los demas se animen.
La cátedra que llevastes,
y soluciones sutiles
que soltaron argumentos,
es justo que se confirme
con que en mi cámara entreis,
y desde hoy el pulso os fie
la reina, en cuya salud
la de Portugal consiste.
Dotor de cámara sois

TELLO.

(*Aparte con su amo.*)

Si á mí me hicieran de orines....

DON GASPAR.

¡Ah necio!

TELLO.

Pues ¿qué tenemos?
Veráslo si me hace el brindis.

DOÑA GERÓNIMA.

Déme esos invictos pies
vuestra alteza, y los felices
siglos de la antigüedad
en vos nuestra España admire.
Mas precio vuestra alabanza,
que las que historias escriben
dió á Galeno Marco Aurelio:
aunque Atenas sacrifique
á Hipócrates por su dios,
mientras estátuas le erige,
que en oro honren su areopago,
aunque Justiniano estime
á Oribasio por su Apolo,
y con Octaviano prive
su médico Antonio Musa,
con Alejandro Felipe,
no igualan á las mercedes,
gran señor, que se me siguen
de vuestra real alabanza;
mas como Séneca dice:
aquel *qui laudandum laudat*,
se ipsum laudat.

TELLO, *aparte.*

Con latines
nos dan la muerte afeitada
aquestos engaña-simples.

REY.

Id á visitar la reina,
dotor, desde hoy; que está triste,
y tengo en vos mucha fe.
(*Vase el rey con su acompañamiento.*)

DOÑA GERÓNIMA.

Nuevos orbes se os humillen.

ESCENA II.

DOÑA GERÓNIMA. DON GASPAR. DON IÑIGO. DON RODRIGO. DON MARTIN. TELLO.

DON IÑIGO.

Goceis la plaza, dotor,
muchos años, que autoricen
la cátedra vitoriosa,
que hoy justamente os recibe.

DOÑA GERÓNIMA.

No esperaba menos suerte
quien á vueselencia sirve,
pues siendo yo su criado,
era forzoso seguirse
tal dicha tras tal favor.

DON IÑIGO.

Ni será razon se olvide
por los cargos de palacio
la salud que en vos consiste
de Estefanía.

DOÑA GERÓNIMA.

¡Jesus,
señor! ¿Eso ha de advertirme
vueselencia, cuando sabe
lo que medro yo en servirle?
Al momento parto á verla.

DON IÑIGO.

No quiere que la visite
otro médico; pagalda
la fe que os tiene.

DOÑA GERÓNIMA.

Ni impiden
estorbos obligaciones.
Yo espero restituirle
á vuestra escelencia el gusto
que su salud le apercibe.

(*Vase don Iñigo.*)

DON MARTIN.

La de prima goceis presto,
señor dotor.

DOÑA GERÓNIMA.

Porque estimen
mas á quien es vuestro esclavo.
(Vase don Martin.)

ESCENA III.

DOÑA GERÓNIMA. DON GASPAR. DON RODRIGO. TELLO.

DON GASPAR.

Y porque yo participe
de vuestras dichas tambien
como espero, aunque no os dije
cosas que en orden á esto
será razon que os obliguen,
deseo yo vuestras medras.

DOÑA GERÓNIMA.

Ya entiendo. Si lo permite
el tiempo, que ya mejora,
aunque desde ayer no vistes
vuestra dama, yo os prometo
que la ausencia que os aflige,
dure poco. No os dé pena
que por hoy os la limite.

DON GASPAR.

¡Qué mal tomais á mi amor
el pulso, pues que no os dice
cuan diversos accidentes
son ocasion que se entibien
memorias de esa persona!

DOÑA GERÓNIMA.

Aunque el dotor pronostique,
cuando es sabio, no sé yo
que haya alguno que adivine.
Si me hablais escuridades....

DON GASPAR.

Es mi voluntad esfinge:
ella se declarará,

si á solas quereis oirme.

DOÑA GERÓNIMA.

Por hoy tengo ocupaciones
catedráticas; decidme
mañana lo que gusteis,
porque de ese mal os libre.

DON GASPAR.

¡Largo plazo! pero vaya. (*Vase.*)

ESCENA IV.

—

DOÑA GERÓNIMA. DON RODRIGO. TELLO.

TELLO.

Dotor para con chapines,
que con la amarilla borla
puede llamarse Amarilis,
en mí los tales diviesos
son de linage de chismes,
que unos van naciendo de otros,
y me abrasan los cogines.
No hay en todo Portugal
vidrïero que se obligue
á labrar tanta ventosa,
como mandais embestirme.
Pues si de sangre me sacan
veinte onzas, ó veinte tigres;
la cuba de Sahagun
se despulsará: aforisme
vuesamerced cien cerotes
que el orbe me circuliceu,
así esa cara barbeche,
y salga tenor de tiple.

DOÑA GERÓNIMA.

Que me place, señor Tello.
La parte lesa se vizme
con unos polvos que atajen
el dolor.

TELLO.

Pues polverice.

¿Cuántos, y de qué?

DON GASPAR.

Seis onzas
de pimientos.

TELLO.

¡Puto!

DOÑA GERÓNIMA.

Piquen
medianamente, de modo
que en breve los cautericen,
porque son ramo de peste;
y juntamente se aplique
de alumbre con albayalde
un adarme, y de salitre
seis escrúpulos.

TELLO.

Por Dios,
dotor, que no escrupulices,
si tienes buena conciencia,
remedios que me acribillen.

DOÑA GERÓNIMA.

Pues morirá de otro modo.

TELLO.

¡Pimientos! ¿Soy yo caribe?
¡Yo albayalde! ¿Tengo usagre?
¿Quién vió salitrar cuadriles?

DOÑA GERÓNIMA.

Haga lo que yo le ordeno,
y á mi cuenta.

TELLO.

Cicatrice
rezagos del Tamorlan.
¿Quién tales emplastos pide?
¡Salitre! ¿Soy yo arcabuz?
¡Pimientos! ¿Soy yo cacique?
¡A-lumbre yo, y no de pajas!
¡Fuego en médicos meñiques! (*Vasc.*)

ESCENA V.

DOÑA GERÓNIMA. DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

Entre tantos parabienes,
si no es que se desestimen
los mios por ser postreros,
bien merecen preferirse
á los demas, pues sabeis
que no hay quien se regocije
como yo con vuestras honras
desde que á esta corte vine.
En fe, pues, de estos deseos,
y albricias de que os sublime
el cielo á pulsos de altezas,
que rijais años felices,
bien será, dotor Barbosa,
que de la pasion que os dije,
y por instantes me abrasa,
vuestra esperiencia me alivie.
Vine, ví, y amé celoso.

DOÑA GERÓNIMA.

Eso es, porque simbolice
con lo que á Roma escribió
Cesar, *veni*, *vidi*, *vici*.

DON RODRIGO.

Amé, en fin, tan brevemente,
que juzgo por imposible
que sea amor el que me quema,
porque si el amor consiste
en reiterar asistencias,
comunicar apacibles
simpatías, y primero
es forzoso que se incline
una alma, y que poco á poco
venga el fuego á introducirse
por prévias disposiciones
que las contrarias resisten,

¿cómo podré yo, dotor,
en un instante rendirme
á unos ojos, que tan presto
me hicieron su combustible?

DOÑA GERÓNIMA.

Filósofo hablais. Sabed
que amor que en la vista asiste,
es, tal vez, fascinacion,
y esta, tarde ó nunca admite,
si halla el sugeto dispuesto,
dilaciones; porque el lince
en un instante penetra
impedimentos visibles.
Llegan, mediante la luz,
especies que se dirigen
por los rayos visüales
al objeto, y de él reciben
la calidad contagiosa
que al retroceder admiten
los ojos con los retratos
que traen para que los mire.
Luego el sentido comun
manda que se depositen
(digámoslo ansí) en su sala
donde materiales viven.
Toda esta accion es corpórea;
llega luego el alma, y pide
al entendimiento agente
que las inmaterialice,
y vuelva espiritüales,
que como no se las guise
á su modo y proporcione,
ni las digiere, ni admite.
Formada la inteleccion,
la voluntad, que es quien rige
todo el hombre, como reina,
ó la reprueba ó elige.
De estas dos operaciones,
la primera se divide
de esotra, por ser corpórea:
la que en los ojos asiste,
en un instante retrata

lo que la mandan que mire,
volviendo con las especies
que de lo que vió se siguen.
Si el objeto que miró
era hermoso, apetecible,
y conformidad de estrellas
causan á que se le incline
el natural apetito
que está en la concupiscible,
al momento lo desea,
si estorbos no se lo impiden.
La voluntad, que del alma
es potencia noble y libre,
viendo espiritualizada
la imagen con que la sirven,
produce luego el amor,
sin que los astros la obliguen,
con la apariencia del bien,
que es el objeto que sigue,
y á este tal, cuando á ella llega,
haciendo que la apadrine
el apetito animal
con cartas de favor, rinde
privilegios voluntarios,
si no es que constante y firme
el albedrío se oponga;
que el sabio siempre resiste.
Como el alma y sus potencias
tienen acciones sutiles
por ser espirituales,
sin que tiempo necesiten,
obran instantáneamente;
y así el amor que las sigue,
puede, segun mas ó menos
es su objeto apetecible,
amar aprisa ó despacio;
y quien esto contradice,
no sabe filosofar,
ni por sabio ha de admitirse.
De modo, que si al instante
que vos vuestra dama vistes,
la amastes, es porque en ella

vinieron á un tiempo á unirse
influencias de los cielos,
simpatías apacibles,
fascinacion amorosa,
y proporciones felices.
No han hecho menor efeto
én ella, si he de regirme
por sus pulsos, que pregonan
las prendas que en vos compiten
con las del que se os opone,
pues desde que os vió, anda triste,
con don Gaspar intratable,
y con vos menos terrible.
Dejadme á mí el cargo de esto;
que aunque yo no vaticine,
no en balde impedí el hablarla
don Gaspar. Apercebidme
para guantes cuando esteis
en altura tan sublime,
que con título de esposo
mis curas os maravillen.
Y á Dios, que hay muchos enfermos. (*Vase.*)

ESCENA VI.

—

DON RODRIGO.

Hazlo tú como lo dices,
¡o médico prodigioso!
y cuanto quisieres, pide.
¡Vive Dios, que ha dicho bien!
pues desde el punto que vine,
desdeñando á don Gaspar,
con los ojos le despide.
¿Mas si á su instancia el dotor
ha ordenado que le priven
de hablarla? Bien puede ser,
pues no sin misterio dice
que ocasionó su tristeza.
¿No es muger? ¿No me apercibe

á amarla un dotor tercero?
Pues él vencerá imposibles;
que hay médicos *in utroque*,
criminales y civiles,
con billetes por recetas,
que á amor y á Galeno sirven. (*Vase.*)

Calle.

ESCENA VII.

DON GASPAR. TELLO.

DON GASPAR.
En achaque del dotor
vengo á verla.

TELLO.
¿Luego aun dura
el tema de tu locura?

DON GASPAR.
Estoy perdido de amor.

TELLO.
Tendrá su achaque de bruja,
y atizará aquesa llama,
hasta topar otra dama
que la saque de la puja,
que con esta, ya es la cuarta
que hemos mudado.

DON GASPAR.
¿Qué quieres?
Entre todas las mugeres....

TELLO.
¿Rezas?

DON GASPAR.
Sola es doña Marta
digna de ser adorada.

TELLO.
Yo que rezabas creia

por ella el Ave-Maria.

DON GASPAR.

Tello, ¿no es cosa cansada
verte siempre de un humor?

TELLO.

Entre todas las mugeres,
dicen, *bendita tú eres*
los que rezan. Si tu amor
da en herege, ¿qué te espantas?

DON GASPAR.

No mezcle tu desatino
lo humano con lo divino.

TELLO.

Ni mudes tú damas tantas.
Estamos en tierra agena;
el recato portugues
con las mugeres, ya ves
que libertades enfrena.
El uso de esto te avisa:
toda doncella de casa
no sale hasta que se casa,
ni aun los domingos, á misa.

DON GASPAR.

Eso será en las aldeas:
Tello, no son de ese porte
privilegios de la corte,
ni tú mi agorero seas.
En su cátedra ocupado
su hermano, me da lugar
de poderla visitar:
ya sabes con el agrado
que corriendo á su hermosura
velos, dijo: *cavalleiro*,
olhaí, *que muito vos queiro.*
Gocemos la coyuntura
de hablarla, y ver si en su casa
es tan agradable y bella
como juzgué al salir de ella.

TELLO.

Por mí vaya, mientras pasa
otra, que en todo distinta,
te pique por despicarte

de estotra, y nos desenmarte:
vendrá á ser la dama quinta.

ESCENA VIII.

—

DOÑA GERÓNIMA, *de médico.*—DON GASPAR. TELLO.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Segunda vez don Gaspar
en mi barrio, y á estas puertas?
Si en Castilla estan abiertas,
dando ocasiones lugar
que logren sus intereses,
acá las cierra el honor,
porque del modo que amor,
son los celos portugueses.
¿Qué pretendeis vos aquí?

DON GASPAR.

No teneis por que alteraros,
si advertís que vengo á hablaros.

DOÑA GERÓNIMA.

Andais huyendo de mí,
y rondándome la calle;
sabeis que tengo una hermana;
no quitais de la ventana
los ojos.... ¡Muy gentil talle
para venirme á buscar,
dejarme con don Rodrigo
agora, y hacer testigo
al que os viere registrar
mis puertas, de liviandades
que culpen vuestra nobleza!
La castellana llaneza
permite allá ociosidades,
que por acá lleva mal
la gente menos sencilla.
Mientras no esteis en Castilla,
vivid como en Portugal,
y hayámonos bien los dos;
que entre libros y recetas,

guarda tambien escopetas
mi estudio.

TELLO, *aparte.*

¡Zape! Por Dios
que es el dotor desbarbado
hombre de sangre en el ojo.

DON GASPAR.

Desembarace ese enojo
la pena que os he causado,
y escuchadme como amigo.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Qué me podeis vos decir?

DON GASPAR.

Si no me quereis oir,
mal lo sabreis.

DOÑA GERÓNIMA.

Decid.

DON GASPAR.

Digo.
Yo, puesto que no estudié,
si amor es filosofia,
sé que doña Estefanía
todas las veces que os vé,
del mal que la desatina
se aligera, y que los dos
entendiéndoos, halla en vos
su médico y medicina.
De aquí proceden impulsos
de amor mas que de tristeza;
de aquí el gastar su belleza
tanto tiempo en daros pulsos,
que son índices del alma;
el pediros que templeis
fiebres, que vos encendeis;
daros una y otra palma;
que como consiste en tactos
vuestra facultad, dotor,
el médico y el amor
todo es físicos contactos;
de aquí, en fin, el limitarme
que la diga mis desvelos,
ya porque vos teneis celos,

ya porque ella en desdeñarme
por vuestra causa se emplea.

DOÑA GERÓNIMA.

Baste, señor don Gaspar;
que no es noble el maliciar,
sino villano en su aldea.
Yo soy hombre de opinion,
y hasta ágora nadie ha habido
que haya, cual vos, deslucido
la médica profesion,
ni la justa confianza
que todo el mundo hace de ella.

DON GASPAR.

No sé si yerra en hacella
quien sus peligros alcanza.
Lo que acabo de deciros
no ha sido para ofenderos,
sino solo para haceros
mi amigo; y para serviros,
pretendo certificaros
de cuan poca competencia
os ha de hacer mi asistencia,
si gustais aseguraros
con que quedemos los dos
deudos por afinidad.

DOÑA GERÓNIMA.

No os entiendo.

DON GASPAR.

La beldad
que retratándoos á vos,
puso el cielo en vuestra hermana,
tiene en mí tanto poder....

DOÑA GERÓNIMA.

Pues ¿vístesla vos?

DON GASPAR.

Ayer,
honrando aquella ventana.—
Que por no obligar desdenes
de quien enferma por vos,
quisiera que entre los dos
partiésemos nuestros bienes:
yo cediéndoos el derecho

que tengo en Estefanía;
y vos.... ¿Cómo os dejaria
de esta verdad satisfecho?
Y vos, en fin, no rehusando
que con medios permitidos,
mientras hacemos partidos
que amoroso voy trazando,
supiese la calidad
que el cielo á los dos os dió;
que si, como pienso yo,
hallo en aquesta ciudad
quien vuestra limpieza apruebe,
sin que en el dote repare,
cuando esposa la llamare,
hará mi amor lo que debe,
habilitándoos á vos;
pues siendo, en fin, mi cuñado,
quedais mas autorizado
para que podais los dos
lograr vuestros pensamientos,
y mas quedando á mi cargo
defenderos.

DOÑA GERÓNIMA.

Cuento largo,
y arena los fundamentos.
Don Gaspar, yo os doy mi fe
que si en la sangre estribara
lo que vuestro amor repara,
aunque médico, no sé
quien á quien hace ventaja;
que en la hacienda cierto estoy
que si tan rico no soy,
no es mi fortuna tan baja,
que á faltar (mil años viva)
un mi hermano, no adquiriera
mayorazgo que os pudiera
admirar; pero no estriba
aquí la dificultad;
que siendo médico yo
de cámara, ya adquirió
principios mi calidad
con que atesore intereses;

que aunque entran necesitados,
siempre mueren hacendados
médicos y ginoveses.
Yo estudié la medicina
por inclinacion no mas,
sin que intentase jamas
que facultad tan divina
fuese de *pane lucrando*.
En cuanto á esto, es cosa llana
que os estaba bien mi hermana.

DON GASPAR.

Pues ¿en qué estais reparando?

DOÑA GERÓNIMA.

¿He de decirlo, en efeto?

DON GASPAR.

No me suspendais ansí.

DOÑA GERÓNIMA.

Curo á cierta dama aquí,
(por hoy perdone el secreto)
que os tuvo en Castilla un mes
hospedado.

DON GASPAR.

¿A mí en Castilla?

DOÑA GERÓNIMA.

Y de medio ojo en Sevilla
sé yo que os habló despues,
no sé yo en que gruta ó fuente.

DON GASPAR.

¿Esa muger está aquí?

TELLO.

Bruja es que viene tras tí.

DON GASPAR.

¡Válgame el cielo!

DOÑA GERÓNIMA.

¡Escelente
hombre sois para engañar!

DON GASPAR.

¡Yo! ¿Cuándo, cómo, ó en qué,
si no la ví, la engañé?

DOÑA GERÓNIMA.

¿No la vistes, don Gaspar?
Pues si palabra la distes,

por lo menos, de marido;
si los dos Eneas y Dido
en amor y engaños fuistes;
si huyendo requisitorias,
la dejastes agraviada;
si os siguió, y apasionada
de que olvideis sus memorias,
por vos á la muerte ha estado,
¿es nobleza, es cortesía
dar á doña Estefanía
la pena que la habeis dado?
Vos causastes su tristeza;
por eso severa os mira,
os desdeña y se retira,
y no porque su belleza
agravie en tales empleos
como los que maliciais
en mí: ved ¡cuán bien lograis
esperanzas y deseos!
Segun esta informacion,
¿fiaros mi hermana puedo?
¡Muerto por vos en Toledo
un hombre, sin opinion
por vos doña Micaela,
con cartas que sin firmar,
la intentaron desdorar!
¡Civil y baja cautela!
¡Una dama sevillana
que vuestros engaños llora,
y una embajatriz agora,
que despreciais por mi hermana!
Dejaos de burlar bellezas,
y cumplid como cristiano
caballero y castellano
palabras, contra bajezas
indignas de sangre tal,
antes que noticia den
á quien, cuando no por bien,
os haga casar por mal. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON GASPAR. TELLO.

DON GASPAR.

¿Qué es esto, Tello? ¿qué es esto?

TELLO.

¿Qué sabe Tello? ¿qué sabe?
Si tú tiraste ese cabe,
cumple el juego, y paga el resto.
¡Bueno es que en Castilla goces
dama, sin saberlo yo,
que en el alcázar te habló,
que vino aquí, y me des voces!

DON GASPAR.

¡Yo en Castilla! ¡yo gozar!
¡yo hospedado de ella un mes!

TELLO.

Gallo en damas, y despues
gallo en el no te acordar.
No es mucho lo que te importo.
¡Sin mí, y en tal ocasion!
Cinco ya las damas son;
no darás cinco de corto.

DON GASPAR.

¿Vióse testimonio igual?

TELLO.

Cumple palabras, no den
cuenta á quien, si no por bien,
nos haga casar por mal.

ESCENA X.

—

QUITERIA.—DON GASPAR. TELLO.

QUITERIA.

(*A don Gaspar.*)

Fidalgo, minha senhora
da janella vos escuita,
e vos têm vontade muita:
tomai, e ficai embora.

(*Dale un papel y vase.*)

TELLO.

¿Qué es frisar en borra aquí?

DON GASPAR.

Dióme la moza un papel.

TELLO.

Frisa y borra vendrá en él.

DON GASPAR.

Ó yo estoy fuera de mí,
ó algun embeleco es este.
¿Yo palabra? ¿yo hospedado....?

TELLO.

Debe de andar encantado
el mundo en tiempo de peste.
¿No lês?

DON GASPAR.

El cielo socorra
mi seso.

TELLO.

Si da con él.

DON GASPAR.

¿Yo palabra?

TELLO.

Abre el papel,
y busca la frisa y borra.

DON GASPAR.

(Lee.) *Tudo quanto vos fallou*
meu irmaon vos hei ouvido
pelo furaco escondido

da chave; se vos bradou,
naon temais, que vossa sou:
homem é o doutor mofinho;
zombai do seu escarninho,
pois sois fidalgo galante,
e vinde-cá d'hoje avante,
se vos prace serdes miño.
¡Qué dulce y tierno papel!

TELLO.

Derrítese el sebo luego.

DON GASPAR.

¿Entiéndesle?

TELLO.

Como á un griego.

DON GASPAR.

Un almibar es todo él.

TELLO.

Deja probaré á entenderle.
(Lee.) *Turron cante....*

DON GASPAR.

¡Qué ignorante!

TELLO.

Esto es turron de Alicante.

DON GASPAR.

Anda, necio: oye leerle.
(*Vuelve á leer don Gaspar.*)
Tudo quanto vos fallou
meu irmaon vos hei ouvido....

TELLO.

¿Qué dice?

DON GASPAR.

Que á lo escondido
nos ha escuchado.

TELLO.

Fallou
¿es esconderse? Ya saco
poco á poco su sentido.

DON GASPAR.

(Lee.) *Pelo furaco escondido.*

TELLO.

¡Malo! ¿Escondido y urraco?
Esa es pulla, vive Dios.

DON GASPAR.

¿Qué pullas, desatinado?

TELLO.

Lo mismo es que vil honrado.
Entendeos allá los dos,
porque yo no hay darle alcance.
¡*Furaco escondido!* ¡Fuego!
¿Mas que te han de quemar luego?

DON GASPAR.

Oye: lêréle en romance.
(Lee.) "Cuanto mi hermano os habló
agora, todo lo he oido
por el espacio escondido
de la llave: si os riñó,
no importa; vuestra soy yo:
es mal acondicionado;
burlaos de él, aunque enojado,
pues sois vos, en fin, mi amante,
y vedme de hoy adelante,
si mi amor os da cuidado."

TELLO.

Aun ansí no es tan bellaco,
puesto que algo libre viene;
mas eso ¿qué diablos tiene
que ver con blandon y urraco?

ESCENA XI.

DOÑA GERÓNIMA *y* QUITERIA, *de mugeres á lo castellano, cubiertas.*—DON GASPAR. TELLO.

DOÑA GERÓNIMA.

(*Aparte con su criada.*)
Cúbrete bien, no te vea
la cara.

QUITERIA.

Sáquenos Dios
de estas cosas.

DON GASPAR.

Estas dos

¿no son las que ver desea
mi amor?

TELLO.

Esta es la criada,
que es lo que me toca á mí.

DON GASPAR.

¿No es doña Marta?

TELLO.

No, y sí:
no, porque es carta cerrada,
y sí, porque el sobrescrito
muestra que es suya la letra.

DON GASPAR.

Todo mi amor lo penetra.—
¡Mi doña Marta!

DOÑA GERÓNIMA.

Quedito,
hidalgo, y con cortesía.

TELLO.

¡Castellano habla, por Dios!

DON GASPAR.

¿No sois doña Marta vos?

TELLO.

¿Y tú la Martiña miña?
Como vemos la basquiña,
el frontispicio veamos,
y mi amo y yo conozcamos
á la Marta y la Martiña;
que si enseñas los ojetes
antes que de aquí me parta,
tú Martiña, y tu ama Marta,
y nosotros martinetes,
de ver medios ojos hartos,
vendrá nuestro san Martin,
Martina, en martes, y en fin,
seremos peña de Martos.

(*La va á descubrir, y ella le da un bofeton.*)

QUITERIA.

Arre allá.

TELLO.

Carrillos barre.
¡Ay! Quebróme una mejilla.

Con un *jo* topé en Sevilla,
y aquí me sacude un *arre.*
Jo debe de ser la herencia
que mi padre me dejó,
jo la mano que aojó,
jo toda mi descendencia,
jo yo en el talle y aliño,
jo el planeta que me apoya:
dime, pues eres mi joya:
á jo, *á jo*, y seré tu niño.

DOÑA GERÓNIMA.

(*A don Gaspar.*)

No soy la que imaginais,
aunque de su casa salgo.
Yo nací en Toledo, hidalgo;
en ella, si os acordais,
(que no hareis) os tuve un mes
por mi huésped regalado,
en Sevilla descuidado,
y en Portugal descortés;
cumplid como hombre promesas
á inocencias toledanas,
ó pues burlais castellanas,
no deshonreis portuguesas,
y corresponded leal,
antes que noticia den
á quien, cuando no por bien,
os haga casar por mal.

(*Vase con Quiteria.*)

ESCENA XII.

DON GASPAR. TELLO.

TELLO.

Por Dios que prosigue estotra
el tema de su sermon.

DON GASPAR.

¡Jesus! ¿qué es esto?

TELLO.

Vision.
No aguardemos que salga otra,
y haya tercera papilla.

DON GASPAR.

No lo acabo de entender.

TELLO.

En el aire, la muger
es la propia de Sevilla.

DON GASPAR.

Y en el mismo es semejanza
de la hermana del dotor.

TELLO.

Ella le contó tu amor.
No es lo que te dijo chanza.

DON GASPAR.

¿Mas que tienen de dar trazas,
Tello, que de aquí salgamos?

TELLO.

¿A dónde, si las llevamos
tras nosotros como mazas? (*Vanse.*)

Sala en casa de don Iñigo.

ESCENA XIII.

—

DOÑA GERÓNIMA, *de muger, con manto.* DOÑA ESTEFANÍA *de casa.*

DOÑA ESTEFANÍA.

Quitaos el manto.

DOÑA GERÓNIMA.

Naon posso;
que além de que á veros venho,
ocupaçoens muitas tenho.

DOÑA ESTEFANÍA.

Quiéroos yo con mas reposo.

DOÑA GERÓNIMA.

Virei vagante outro dia.

DOÑA ESTEFANÍA.

¡Qué de ello que os pareceis
á vuestro hermano! Teneis
su misma fisonomía;
ninguna diferencia hay
en los dos: quedo admirada.

DOÑA GERÓNIMA.

Parió-nos d'uma ventrada
ambos os dous nossa mai,
bem que elle nasceu primeiro.

DOÑA ESTEFANÍA.

Es muy galan y curioso.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Quem? ¿elle? E' muito mimoso,
com as damas feitizeiro,
gabaon-lhe os homens de savio,
querem-lhe as mulheres bem,
e pinça alegrete, além
d' outras graças.

DOÑA ESTEFANÍA.

Hace agravio
á su salud quien no llama
dotor que entretiene y cura.
¿Es amante por ventura?
¿tiene en esta corte dama?
Decidme, ¿por quién se abrasa?

DOÑA GERÓNIMA.

Eu vô-lo direi por certo.
Seus mimos têm aqui perto.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Aqui cerca?

DOÑA GERÓNIMA.

Em vossa caza.

DOÑA ESTEFANÍA.

Doña Marta de Barcelos,
en casa, ¿quién puede ser?

DOÑA GERÓNIMA.

Anda por uma mulher
pendurado dos cabellos.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿En casa?

DOÑA GERÓNIMA.

Sim; mas pergunto....

DOÑA ESTEFANÍA.

Mugeres somos las dos:
hablad claro.

DOÑA GERÓNIMA.

A serdes vos....

DOÑA ESTEFANÍA.

¡Yo! ¿Estais loca?

DOÑA GERÓNIMA.

Tende punto;
naon vos acanheis taon cedo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Yo por dotor le conozco
no mas.

DOÑA GERÓNIMA.

Desbafo comvosco.
Ouvi-me agora um segredo:
a serdes vos sua terceira,
eu vos prometo boa fé.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Yo su tercera?

DOÑA GERÓNIMA.

Naon é
isto ser alcobeteira.

DOÑA ESTEFANÍA.

Decid.

DOÑA GERÓNIMA.

Dareis-lhe um bom dia,
porque lhe magoam cuidados
de dous olhos orbalhados
de feitiços e alegria.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Conózcola yo?

DOÑA GERÓNIMA.

¿Pois naon?

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Y está en casa?

DOÑA GERÓNIMA.

¡Como rima!

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Es doña Leonor mi prima?

DOÑA GERÓNIMA.

Por ella morre meu irmaon.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Por doña Leonor? (*Aparte.* ¡Ay cielos!)
¿Y le ama doña Leonor?

DOÑA GERÓNIMA.

É cavalleiro o doutor
dos Barbosas e Barcelos:
bem pode....

DOÑA ESTEFANÍA.

Malograré
su intento.

DOÑA GERÓNIMA.

Tende cuidado,
porque se ja se ham cazado,
Deos vos guarde, que feito é.

ESCENA XIV.

QUITERIA. UN PAGE.—DICHOS.

QUITERIA.

Senhora, ¿tendes de vir?

PAGE.

A vueseñoría llama
su padre.

DOÑA ESTEFANÍA.

¡En casa, y su dama
mi prima!

DOÑA GERÓNIMA.

Por vos servir,
fallaremos outro dia
de vagar, porque o doutor
ou têm de ser de Leonor,
ou de vossa senhoria.

(*Vanse doña Gerónima, Quiteria y el page.*)

ESCENA XV.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿De Leonor tiene de ser,
ó mio? Amor, esto sí.
Honra, lastimaos de mí.
Pues que nos dan á escoger,
mas dificil es perder
la vida, que no el amor.
Matóme doña Leonor:
¿qué mucho, cielos, será
que quien los pulsos le da,
le dé la mano al dotor?
Si es, cual dicen, caballero,
¿qué pierdo? Mas ¿qué no gano?
Poco hay del pulso á la mano;
enferma estoy; sanar quiero.
Perdonará mi severo
padre, pues trujo á su casa
la peste que el alma abrasa,
en lugar de echarla fuera;
que si es fuego, donde quiera
que toca el amor, abrasa.

ESCENA XVI.

DON RODRIGO.—DOÑA ESTEFANÍA.

DON RODRIGO.

Enviábaos á llamar
el embajador, señora,
y entró una visita agora,
con que os he de dilatar,
no sé si diga pesares,
ó contentos: ya ha venido
la dispensacion que ha sido
de mis encuentros azares:

si bien mi esperanza piensa,
que desconformes los dos,
mientras no dispenseis vos,
en balde el papa dispensa.

DOÑA ESTEFANÍA.

Pues de que dispense ó no
el papa, ¿qué azar ó encuentro
interesais vos?

DON RODRIGO.

Soy centro
de esa pena ó gusto yo.
Quien vuestra salud gobierna,
por los pulsos conjetura
vuestro amor y mi ventura:
miraisme amorosa y tierna
desde el dia en que entré á hablaros;
rigores notificais,
cuando á don Gaspar mirais,
sin permision para hablaros;
y como el amor no es cosa
oculta, juzga el dotor
que me habeis cobrado amor.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Quién juzga....?

DON RODRIGO.

El dotor Barbosa.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Que yo amor os he cobrado?

DON RODRIGO.

Me lo jura y certifica.

DOÑA ESTEFANÍA.

Si así en todo pronostica,
ni es dotor, ni es acertado,
ni fe en él tener espero.
Nunca deis crédito á indicios
de quien es, mudando oficios,
dotor y casamentero;
que en eso la cura erró.

DON RODRIGO.

Señora, aunque os cause enojos,
tal vez la lengua y los ojos
mienten; mas los pulsos no.

Él viene, y sabrá mejor,
aunque negando fingís,
la dicha que me encubrís.
Al médico y confesor
se ha de decir la verdad;
con él podeis descubriros;
que aquí está para serviros
mi vida. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

—

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Hay tal libertad?
Infaliblemente adora
el dotorcillo á mi prima,
y en fe que me desestima,
por terceros me enamora.
¡Ay sospechas indiscretas!
¿Vióse locura mayor?
¡Que me busque á mí un dotor
casamientos por recetas!

ESCENA XVIII.

—

DOÑA GERÓNIMA, *de médico.*—DOÑA ESTEFANÍA.

DOÑA GERÓNIMA.

Ocupaciones forzosas,
señora, me han impedido
el tiempo hoy de visitaros;
mas no el gusto de serviros.
Esta cátedra, de un rey
autorizada, el oficio
que ya en su cámara gozo,
los parabienes de amigos,
disculpen mi dilacion,
si no basta haber suplido

doña Marta mi tardanza,
por ser mi retrato mismo.
¿Cómo, mi señora, estais?
¿Qué hay de tristezas? Alivio
prometen esas colores:
venga el pulso.

DOÑA ESTEFANÍA.

No le fio
de médicos licenciados,
(licenciosos, dotor, digo)
que su facultad profanan,
y donde son admitidos,
las doncellas enamoran.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Qué decís?

DOÑA ESTEFANÍA.

¡Gentil aliño
de curar, descomponiendo
pulsos, del alma registros!

DOÑA GERÓNIMA.

Pues ¿yo....?

DOÑA ESTEFANÍA.

Pues ¿vos....? Sois un santo.
¿Escribió en sus aforismos
remedios casamenteros
vuestro Galeno?

DOÑA GERÓNIMA.

¿Os han dicho
de mí que soy busca-bodas?

DOÑA ESTEFANÍA.

No sé; pero don Rodrigo
dice que á vuestras enfermas
dais récipes de maridos.
Doña Leonor, á lo menos,
por ahorrarse del partido
que á los médicos se paga,
y previniendo peligros,
tendrá desde hoy adelante,
si yo su eleccion no impido,
(que sí haré) dotor y esposo
en una pieza.

DOÑA GERÓNIMA.

Haos metido
el malicioso villano....

DOÑA ESTEFANÍA.

Paso, dotor.

DOÑA GERÓNIMA.

Mal nacido....

DOÑA ESTEFANÍA.

Sí será: paso, dotor;
no os deshonreis á vos mismo.

DOÑA GERÓNIMA.

Envidias de la opinion
con que estudios autorizo,
llevo cátedra á ignorantes,
y pulsos reales obligo,
con vos me descompondrán.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Descomponeros conmigo?
Antes de puro compuesto,
se queja el recelo mio;
allá con doña Leonor,
mas alentado y festivo,
descompondreis pensamientos,
y lograreis desatinos.
Pues, dotor casamentero,
desde agora os notifico
que no entreis en esta casa,
ni aun á curar sus vecinos:
sabrá mi padre quien sois,
y os dirá si es permitido
que á mugeres de importancia
soliciteis con fingidos
y hipócritas pensamientos.
¡Bueno es, habiendo salido
de vísperas catedrático,
que por mi prima perdido,
la de *prima* pretendais!

DOÑA GERÓNIMA.

Mirad, oid....

DOÑA ESTEFANÍA.

Dotor, idos.

DOÑA GERÓNIMA.

Señora, volved en vos.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Qué no os vais? ¿He de dar gritos?
Desengañará mi padre
al rey, porque esté advertido
de quien entra en su palacio,
y á quien su médico hizo,
el riesgo en que estan sus damas,
la ciencia que en otros libros
estudiais, no de Galeno,
sino de Marcial y Ovidio.
¿Qué aguardais?

DOÑA GERÓNIMA.

Que no deis voces.
¿Luego á todo lo que os dijo
mi hermana de mí, dais fe?

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Pues no he de darla? ¿es testigo
vuestra hermana apasionado?
¿Paréceos que habrá fingido
engaños en daño vuestro,
si participa los mismos?
No os han de valer traiciones.
Salid.

DOÑA GERÓNIMA.

Pasito, pasito.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Qué es pasito? ¡Don Gaspar,
(*A voces.*)
gente, pages!

DOÑA GERÓNIMA.

Paso digo;
que soy doña Marta yo.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Quién?

DOÑA GERÓNIMA.

La dotora.

DOÑA ESTEFANÍA.

¡Oh qué lindo!
¡A mí mentiras de ciegos!

DOÑA GERÓNIMA.

Miradme y vereis si os finjo.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Pues cómo hablais castellano?

DOÑA GERÓNIMA.

De mi hermano lo he aprendido.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Y quién me asegurará
de esta duda?

DOÑA GERÓNIMA.

El artificio
con que (para daros celos,
y el amor sacar en limpio
que mi hermano recelaba,
viéndole en vos escondido)
no há un instante que mentí
Leonores que nunca ha visto,
bellezas que no apetece,
y penas que no ha sentido.
Mal pudiera yo tan presto
darle por estenso aviso
de lo que nos ha pasado
á las dos, si aun no he tenido
tiempo de llegar á casa.

DOÑA ESTEFANÍA.

Decís bien. Mas ¿qué artificio,
con qué traza, ó en qué parte
pudo en hombre convertiros
tan brevemente?

DOÑA GERÓNIMA.

El tener
una amiga y un vestido
de mi hermano en esta calle;
que así industrias apercibo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Dúdolo, dotor, ó Marta:
dadme mas ciertos indicios.

DOÑA GERÓNIMA.

¿No os dije yo *que o doutor*
tinha aquí perto seus mímos?
Terceira dos seus amores
vós roguei serdes, porque isto

naon é ser alcobeteira;
e por derradeiro sino,
¿naon vos disse que á meu irmaon
tinha de chamar marido
vossenhoria ou Leonor?

DOÑA ESTEFANÍA.

Basta; es verdad, yo me rindo.
En fin, ¿no está enamorado
de mi prima?

DOÑA GERÓNIMA.

Fue este arbitrio
saca-secretos, señora,
porque estaba, os certifico,
despulsándose por vos,
y con celos infinitos
de no sé que don Gaspar,
vuestro amante y su enemigo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Aseguralde vos de él;
que ya que es fuerza el deciros
verdades del corazon,
solo á vuestro hermano estimo.

DOÑA GERÓNIMA.

Beijo-vos as maons por elle.

DOÑA ESTEFANÍA.

Pero ¿por qué á don Rodrigo
le dijo que yo le amaba?

DOÑA GERÓNIMA.

Eso ignórolo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Aquí vino
necio de puro confiado,
ensartando desvaríos,
aparenciados muy bien,
pero muy mal recebidos.

DOÑA GERÓNIMA.

El vendrá á satisfaceros;
pero segun he entreoido,
no sé qué dispensacion
agora de Roma vino
en favor de un don Gaspar,
que en fe de ser vuestro primo,

dicen que, vuestro consorte,
juntais mayorazgos ricos.

DOÑA ESTEFANÍA.

No juntando voluntades
el cielo, cuyo dominio
es superior á preceptos,
¿qué importa?

DOÑA GERÓNIMA.

Pierde el jüicio
mi hermano por esta causa.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Luego lo sabe?

DOÑA GERÓNIMA.

Halo visto
en los ojos del dichoso.
Todo es gozo y regocijo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Pues decilde de mi parte
que si, cual pienso, averiguo
la calidad que promete,
por él, dejaré al rey mismo.
Decilde que soy diamante.

DOÑA GERÓNIMA.

¿No vale mas que decirlo
asegurarle primero?

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Cómo?

DOÑA GERÓNIMA.

Atajando peligros,
y dándoos los dos las manos.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Luego?

DOÑA GERÓNIMA.

Luego.

DOÑA ESTEFANÍA.

Necesito
saber primero si es noble.

DOÑA GERÓNIMA.

Eso yo os lo certifico.

DOÑA ESTEFANÍA.

Vos sois parte apasionada.

DOÑA GERÓNIMA.

Pues mientras buscais testigos,
ganaráos la bendicion
doña Leonor.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Cómo?

DOÑA GERÓNIMA.

Quiso
desposarse ayer con él;
y agora (á lo que colijo)
los dos juntos tratan de ello,
por prevenir descaminos.

DOÑA ESTEFANÍA.

¡Ay cielos! Pues, engañosa
Circe, ¿vos no me habeis dicho
que ni á Leonor apetece,
ni la visita, ni ha visto?

DOÑA GERÓNIMA.

Eso fue por aplacaros,
y á la postre, preveniros
con lo uno y con lo otro;
que el dilatarlo es martirio.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Hay semejante embeleco?
¿muger con tantos hechizos?
¿hombre con tantos engaños?
¡Con Leonor! ¡Ay celos mios! —
No esteis mas en mi presencia.
Iré, cuando no á impedirlos
su loco amor, á ofenderlos,
afrentarlos, perseguirlos.

DOÑA GERÓNIMA.

Quedo, señora.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Qué es quedo?
¿No os vais? Haré desatinos.

DOÑA GERÓNIMA.

Quedo, que soy el dotor:
¡cuerpo de tal! no deis gritos.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Quién sois?

DOÑA GERÓNIMA.

El dotor Barbosa.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Ya empieza otro laberinto?

DOÑA GERÓNIMA.

¡Bravos sustos os he dado!

DOÑA ESTEFANÍA.

Hombre en muger embebido,
acabemos de saber
uno ú otro.

DOÑA GERÓNIMA.

Yo eso pido.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Quién eres?

DOÑA GERÓNIMA.

Vuestro dotor,
que dos veces os visito,
una en nombre de mi hermana,
y otra agóra en nombre mio:
como muger la primera,
y esta en trage masculino.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Luego no fue doña Marta
la que estuvo antes conmigo?

DOÑA GERÓNIMA.

No, mi señora, su trage
solo en mí sostituido,
mi poca barba y edad,
el fuego en que me derrito,
la dispensacion severa,
los celos siempre atrevidos,
en muger me transformaron.
Naon vos acanheis, sol minho,
meus olhos, meu coraçaon,
minha gloria, meu feitiço,
mana minha, craco d'ouro:
eu sou vosso rapazinho.
Satis sit, crucior pro te
usque ad animi deliquium.
A requiebros castellanos,
portugueses y latinos,
¿qué desden será bastante

á enojarse y resistirlos?
Venga esta mano, y quedemos
(*Tómala.*)
en paz, casados y unidos,
como os pombos rulhadores
acostuman em seus ninhos.
¿Dáismela?

DOÑA ESTEFANÍA.

Vos la tomais.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Cómo esposo?

DOÑA ESTEFANÍA.

No sé.

DOÑA GERÓNIMA.

Insisto
en esto, ó enojaréme.
¿Cómo esposo? decid.

DOÑA ESTEFANÍA.

Digo
que sí.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Que sí? *Eu a beijo*,
(*Besásela.*)
embuçando meus focinhos,
e sentindo mais amor (1)
do que amantes tem sentido (1)
desde Píramo até Páris,
desde Adonis té Narciso.

ESCENA XIX.

DON GASPAR. DON RODRIGO.—DICHAS.

DON GASPAR.

(*Aparte á don Rodrigo al salír.*)
No reñiremos por eso,
si el dotor verdad ha dicho;
mas dúdolo, que es su amante.

(1) Suplidos para dar sentido á la frase.

DOÑA GERÓNIMA.

Pues, don Gaspar, don Rodrigo,
¿qué es esto?

DON RODRIGO.

Una competencia.

DON GASPAR.

En eso yo no compito.
Doña Estefanía tiene
poco gusto, aunque la sirvo,
en ser mi esposa.

DOÑA ESTEFANÍA.

Es verdad;
que casamientos con primos,
ó se logran siempre poco,
ó no se alegran con hijos.

DON GASPAR.

Yo pretendo á doña Marta.

DOÑA GERÓNIMA.

Yo por su esposo os admito;
mas ha de ser hoy la boda.

DON GASPAR.

Eso es lo que yo os suplico.
Llamalda.

DOÑA GERÓNIMA.

Escuchad aparte.
(*Apártale.*)
¿Quereis casaros conmigo?

DON GASPAR.

¡Jesus, dotor! ¿Estais loco?

DOÑA GERÓNIMA.

No juzgueis por los vestidos
la persona. Doña Marta
soy.

DON GASPAR.

¿Qué decís?

DOÑA GERÓNIMA.

He querido
con esta transformacion
asegurar el partido
del dotor mi hermano.

DON GASPAR.

¿Cómo?

DOÑA GERÓNIMA.

Tiene muchos requisitos:
dejaldos para despues.
Ya sabeis, como os lo he escrito,
lo que os quiero, y la palabra
que me habeis dado.

DON GASPAR.

Imagino
que de mí os estais burlando.

DOÑA GERÓNIMA.

¿Es porque mudo de estilo,
y no os hablo en portugues?
Pois catai os olhos minhos
que ante vistes um á um,
a boca, os dentes, e o riso.

DON GASPAR.

Basta; entregadme esa mano.
(*Dásela.*)

DOÑA GERÓNIMA.

Esta foi a que perdido
vos teve a volta primeira.

DON GASPAR.

Es la verdad.

DOÑA GERÓNIMA.

Dom Rodrigo,
chegai á ser testemunha
de que é dom Gaspar marido
de dona Marta.

DON RODRIGO.

Serélo.

DOÑA ESTEFANÍA.

Yo y todo, y si os apadrino,
me tendré por venturosa.
Goceisos alegres siglos.

DOA GERÓNIMA.

(*A don Rodrigo.*)
Isto é feito. Agora vos,
cavalleiro, agradecido,
dai a maon á vossa dama.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿A mí?

DOÑA GERÓNIMA.
(*Aparte á ella.*)
Facei o que pido;
zombaremos delle um pouco.

DOÑA ESTEFANÍA.
Ya vos ¿no sois dueño mio?
¿no sois mi esposo?

DOÑA GERÓNIMA.
Por eso;
que pues no corre peligro
nuestra boda, quiero yo
que la alegren regocijos.

DOÑA ESTEFANÍA.
(*Dando la mano á don Rodrigo.*)
Por el dotor os la entrego.

DON RODRIGO.
Conjeturo por indicios
verdades; débole mucho:
¡qué venturoso que he sido!

ESCENA XX.

DON IÑIGO. QUITERIA. DON MARTIN. TELLO.— DICHOS.

QUITERIA.
Donde el honor se atraviesa,
es traicion el encubrirlo.
Vueselencia lo remedie.

DON IÑIGO.
Dotor, mirad si ha perdido
el jüicio esta muger,
y curalda.

QUITERIA.
Lo que afirmo
es la verdad pura y clara.

TELLO.
¡Qué buena era para vino!

DOÑA GERÓNIMA.
¡*Martinha*!

QUITERIA.
Ya se acabaron

las Martinas y Martinos.
Tu hermano murió en Pamplona,
deshojando francos lirios,
y su mayorazgo heredas;
tus deudos y sus amigos
en Sevilla te echan menos,
y últimamente han sabido
que asistes en esta corte.
En busca tuya tu tio
viene, estrañando disfraces,
y está ya en casa.

DOÑA GERÓNIMA.

Prodigios
de amor disculpen finezas.
Don Gonzalo, hermano mio,
murió por su rey y patria:
á don Gaspar he querido
desde que fue huésped nuestro;
él solo médico me hizo,
y él, en fin, es hoy mi esposo.

DON IÑIGO.

¿Luego sois muger?

DOÑA GERÓNIMA.

He sido
quien á la naturaleza
con mi industria he contradicho.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Luego no teneis hermana?

DOÑA GERÓNIMA.

El amor la ha convertido
á ella y al dotor Barbosa
en un cuerpo.

DOÑA ESTEFANÍA.

¿Hay desatino
semejante?

DOÑA GERÓNIMA.

Don Gaspar
es mi esposo, merecido
á precio de estudios tantos,
tanto disfraz y suspiro.

DON GASPAR.

Yo me tengo por dichoso.

DON RODRIGO.

Merezca, pues, don Rodrigo
suceder en esta plaza
á don Gaspar.

DON IÑIGO.

Deudo mio
sois tambien: si viene en ello
mi hija....

DOÑA ESTEFANÍA.

Tu gusto sigo,
siquiera porque el Barbosa,
de dotor, fue su padrino.

TELLO.

Pues, Martiña....

QUITERIA.

Dí Quiteria.

TELLO.

Quiteria, para el domingo,
porque hoy todos no se casen,
delante el cura te cito.

DON IÑIGO.

¡Jesus! admirado voy.

DOÑA GERÓNIMA.

Amor médico me hizo,
y el *Amor Médico* es este;
si os agrada, decid ¡vitor!



EXAMEN

DE

EL AMOR MÉDICO.

En el prólogo que lleva la reimpresion hecha el año 1836 de *El Acero de Madrid*, comedia de Lope, despues de varios párrafos en que se dice que *El Médico por fuerza* de Molière es una composicion fria, insulsa é inverosimil hasta lo sumo, que Moratin era pobrísimo de ingenio, aunque dotado de gran soberbia, y que dos literatos y una academia, cuya calificacion es escusada, merecen palos, porque juzgan del autor del *Sí de las Niñas* de otro modo que el prologuista, se leen las palabras siguientes acerca de la comedia que da lugar á estas ligeras observaciones.

"Los españoles tenemos otro médico fingido en *El Amor Médico*, que Tirso de Molina puso á cargo de una dama discreta, instruida, traviesa y enamorada. La medicina se ejerce voluntariamente en ambas comedias: ejercida por fuerza y por personas incultas, no ofrece donaire alguno, ni dispara tiro tampoco contra los que practican esa gerigóncica facultad, estando revalidados en ella. El chiste ha de consistir en el buen remedo del estilo de los que estan graduados de médicos, y el escarnio ha de nacer de la facilidad con que se adquieren las esterioridades y frases con que algunos médicos atesoran y se han hecho célebres por su ciencia...."

Cierto es que ejercida por fuerza y por personas incultas, *la medicina* no ofrece donaire; pero no advirtió el crítico editor, cuando elogiaba á Lope á costa de Moratin y Molière, que no es *la medicina* lo que debe escitar la risa en *El Médico por fuerza*: lo cómico allí es el apuro del personage inculto obligado á pasar por hombre científico, ejerciendo una facultad que no sabe. Y si deben ser escarnecidos los médicos, segun el editor, por la facilidad con que se adquieren las esterioridades y frases de su profesion, no comprendemos como se tacha de inverosimil la combinacion de Molière, en cuya comedia el leñador á

quien hacen ejercer la medicina por fuerza, ha servido seis años á un médico y ha tenido algunos principios de gramática. ¿Qué mas se necesita para tomar esas esterioridades de adquisicion tan facil? ¿Qué mayor escarnio puede hacerse de una facultad, que probar con un hecho la posibilidad de que la ejerza un rústico que se ocupa en rozar un monte?

Creemos, pues, volviendo al *Amor Médico* ya, que lo cómico del personage de doña Gerónima no nace de que haga el papel de médico por su gusto, ni de que emplee la fraseología técnica, sino de la novedad que causa una muger tomando pulsos y ordenando recetas, de la estrañeza del disfraz á que ha recurrido para colocarse entre don Gaspar y doña Estefanía. No creemos nosotros que Tellez al idear su doctor con faldas quiso ridiculizar á los médicos de su tiempo con la intencion profunda que Molière en varias de sus comedias: doña Gerónima, aunque dirije algunas pullas á los médicos, no nos parece la sátira personificada de la medicina: doña Gerónima estudia el arte de curar para aventajarse en ella, para saber mas que sabian los doctores de su época, y porque estudia y sabe, le dan el grado. Si sus argumentos y citas nos hacen reir, es porque en una obra dramática mueve á risa todo lenguaje afectado ó simplemente facultativo; y es muy de creer que si Tellez hubiera introducido en alguna comedia la persona del mismo Hipócrates con ánimo de ensalzar su ciencia, le hubiera hecho hablar casi lo mismo que la Marisabidilla sevillana.

Pero si Tellez no era tan filósofo como Molière, no por eso la comedia del *Amor Médico* deja de tener mérito grande. Desde luego es harto filosófico el pensamiento de pintar á una muger que pugna por salir de su esfera, que quiere competir con los hombres en sabiduría, y que sin embargo cede, como la menos avisada, á la propension natural de su sexo, no sirviéndole su ciencia sino para lo que le bastaba con su hermosura y despejo; para destruir una inclinacion y producir otra, para casarse con el galan de quien se habia prendado. La posicion de doña Gerónima, haciendo el papel de amante de su rival, es tambien muy cómica, bien que ya comun en las obras de Tellez: lo mismo podemos decir del caracter de doña Estefanía y el de don Rodrigo, y de una gran parte

de las bellezas y defectos de esta composicion; pero era indispensable reimprimirla porque está tan bien escrita como *Desde Toledo á Madrid* y *Amar por señas*, porque es rara, y porque los dos disfraces que usa doña Gerónima, presentándose ya como médico, ya como portuguesa, dan cierta novedad á la fábula, de modo que se puede leer con gusto despues de *Don Gil de las calzas verdes* y *La Huerta de Juan Fernandez*, con cuyos argumentos tiene no poca semejanza. Por no repetir, pues, lo que ya mas de una vez hemos dicho, nos limitaremos á indicar un defecto de monta. Nos parece que Tellez debia haber empezado y concluido la accion del *Amor Médico* en Coimbra, porque el acto primero no es mas que una esposicion amplificada, que podia reducirse á un par de escenas: así hubiera quedado fuera el personage de don Gonzalo que de nada sirve.

El portugúes que se habla en esta comedia, dista mucho, á juicio de inteligentes, de ser correcto. El maestro Tellez ó no sabia bien aquella lengua, ó se persuadió que de cualquier modo que se espresase, bastaba para hacer reir, que era lo que él pretendia, ó creyó que los españoles recien llegados á Portugal no tenian obligacion de poseer el idioma. La ortografia que hemos seguido en las frases portuguesas, es la que permite una imprenta española.

L' Amour Médecin de Molière no tiene con la comedia de Tellez mas semejanza que la del título. Hay una escena en aquella piececita para la cual pudo servir al autor frances una relacion de nuestro poeta; pero no está en el *Amor Médico* sino en la *Venganza de Tamar*: á su tiempo hablaremos de ella.

PÁGINA 267.

QUITERIA.

Yo no te sé responder,
porque no sé argumentar;
pero ¿por qué ha de estudiar
medicina una muger?

DOÑA GERÓNIMA.

Porque estimo la salud,
que anda en poder de ignorantes.—

¿Piensas tú que seda y guantes
de curar tienen virtud?
Engáñaste si lo piensas;
desvelos y naturales
son las partes principales,
que con vigilias inmensas
hacen al médico sabio.—
Por ver si á mi patria puedo
aprovechar contra el miedo
que á la salud hace agravio.

Estos tres versos últimos pueden ser una segunda respuesta á la pregunta de la criada, en cuyo caso formarán como un paréntesis los otros siete que van entre guiones; pero parece mas natural creer que el sentido quedaba pendiente en el verso *que á la salud hace agravio*, y continuaba en una redondilla, que no se imprimió por olvido de los oficiales, ó por otra razon ó casualidad.

PÁGINA 330.

¡Buen fin á nuestro vïage
ha dado tu ciego amor,
buena disculpa á tu honor,
buen fin á nuestro vïage!

Aquí al hacer la impresion repitieron un verso y se dejaron otro: no lo hemos suplido porque al fin el sentido y la redondilla quedan completos. Tellez solia hacer á una palabra ser consonante de sí misma, colocándola en dos versos; pero nunca repitió un verso cabal sino en casos muy distintos de este.



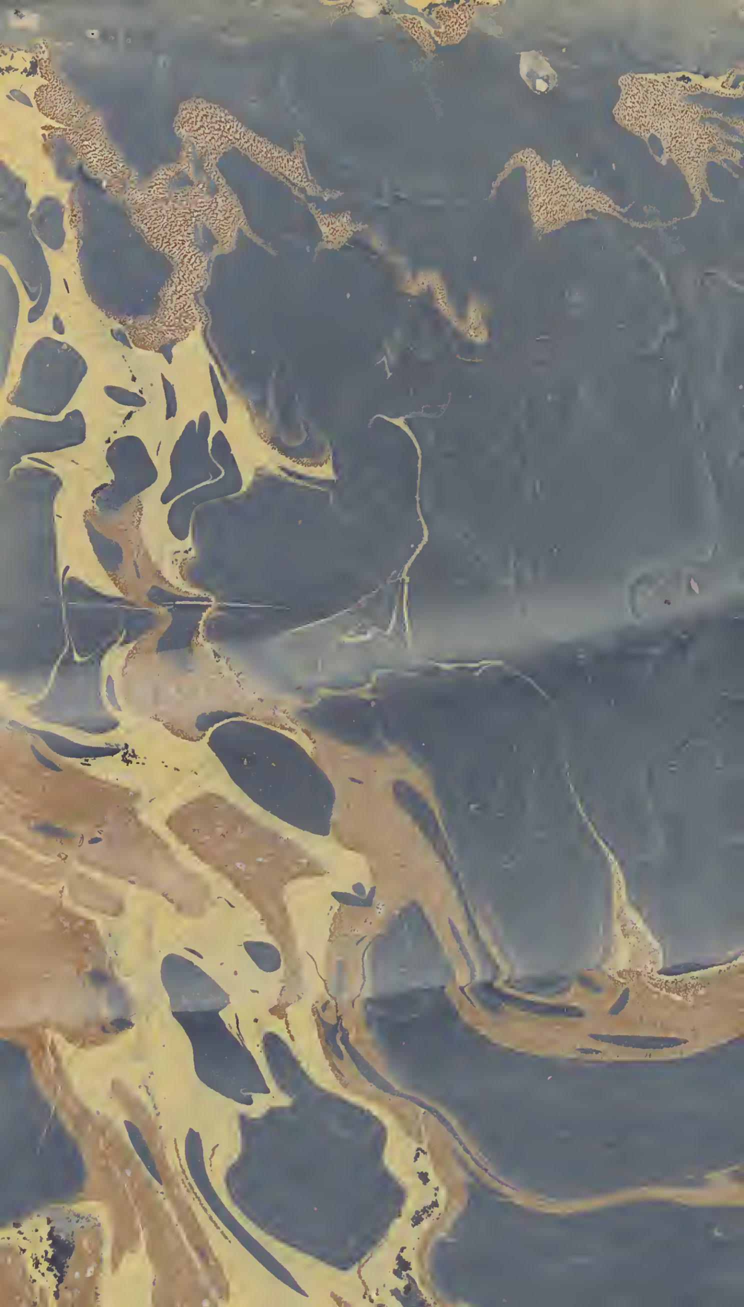
ÍNDICE.

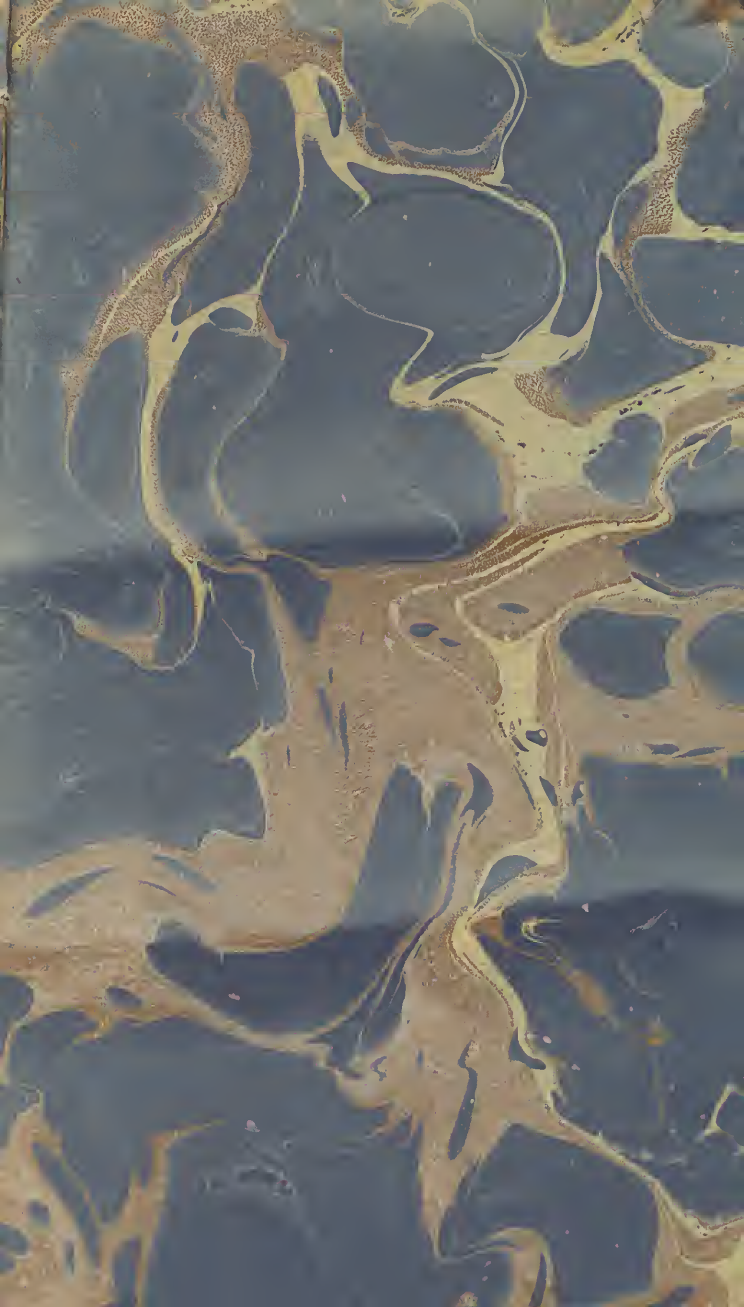
ERRATAS.

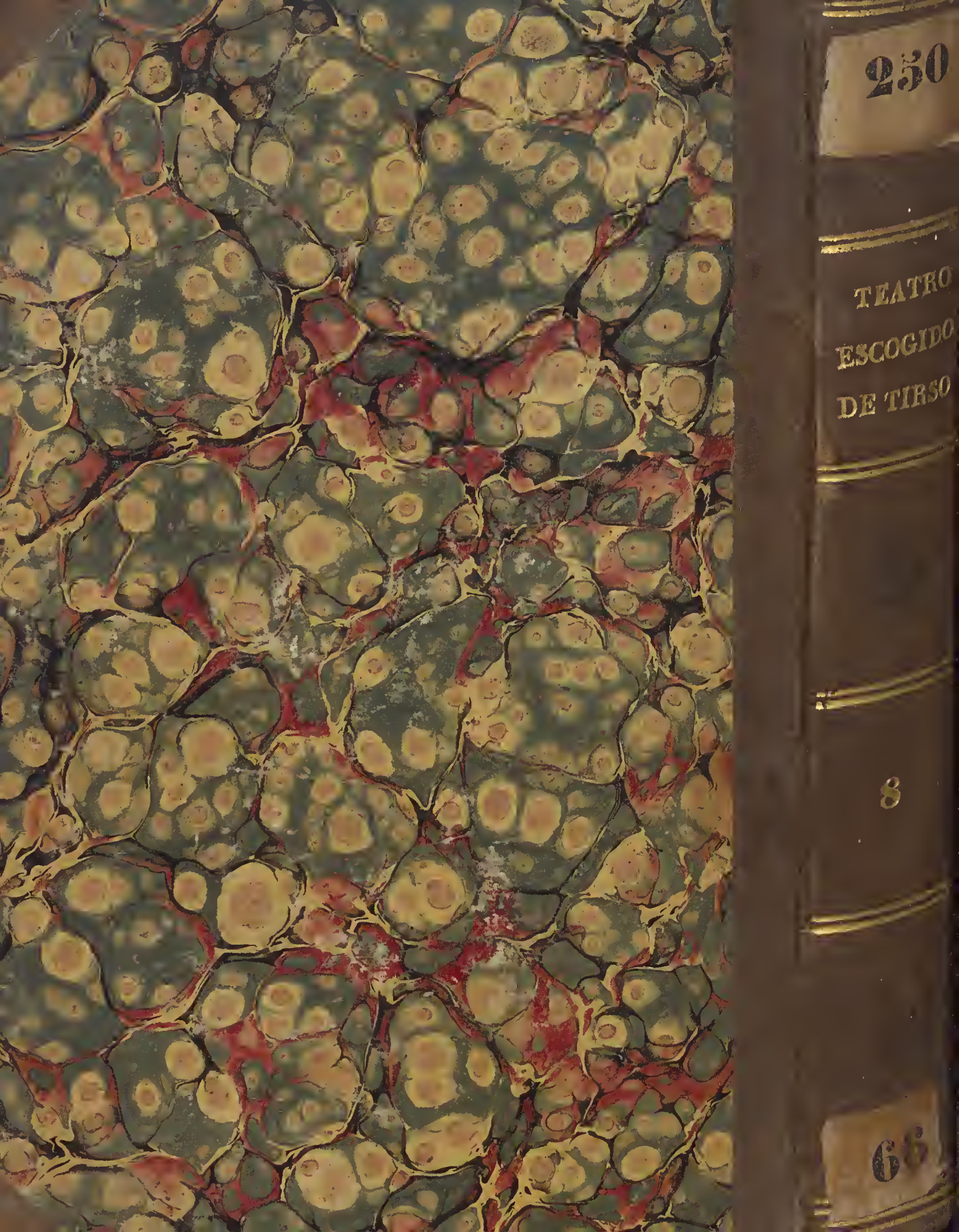
Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
13	26	requien	requiem
153	22	¿Eso	¿Eso,
212	20	¡Ay	¡Hay
214	8	haga:)	haga)
325	24	médico,	enfermo,

En la página 172 los primeros versos de la última réplica de Carlos deben leerse así:

(*Aparte.* ¡Por alcahuete, privado!
Pero no seré el primero.)






250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
8
66